Olga Osorio

Extraña



AdN

Olga Osorio

Extraña

AdN

Para Óscar y Teo

El hombre no es nada
más que su proyecto, no existe más que en la medida en que se realiza; no es, por lo tanto, más que el conjunto de sus actos, nada más que su vida.

JEAN-PAUL SARTRE

Nuestra memoria es nuestra coherencia, nuestra razón, nuestra acción, nuestro sentimiento. Sin ella no somos nada. La memoria, indispensable y portentosa, es también frágil y vulnerable. No está amenazada solo por el olvido, su viejo enemigo, sino también por los falsos recuerdos que van invadiéndola día tras día… La memoria es invadida continuamente por la imaginación y el ensueño y, puesto que existe la tentación de creer en la realidad de lo imaginario, acabamos por hacer una verdad de nuestra mentira. Lo cual, por otra parte, no tiene sino una importancia relativa, ya que tan vital y personal es una como otra.

LUIS BUÑUEL

Parte I
Bárbara

1

Su primer pensamiento al despertar es «quién soy», seguido, por supuesto, de «dónde estoy». Y es todo tan tópico que incluso le hace gracia. O se la haría si no fuera porque la confusión no deja espacio para nada más, como si regresara del más profundo de los sueños y se abriera paso hacia la realidad arrancando a duras penas y a jirones la niebla de su mente.

Pero no es un despertar normal. Para empezar, no está en su cama, sino en un callejón cochambroso, a pleno día. Los contenedores abarrotados y las manchas de las paredes delatan la pobreza y abandono de esa calle flanqueada por puertas de almacenes y las partes traseras de algún establecimiento de origen asiático.

Nunca ha estado allí antes y no tiene ni idea de cómo ha llegado. Siente miedo y frío.

Se toca los brazos desnudos y se estremece. La luz le hace daño y la obliga a cerrar los ojos mientras lucha por ubicarse y reconstruir qué ha sucedido.

Su último recuerdo es que iba caminando por la calle de Alcalá, tras una reunión en Interior para la que se había preparado con su equipo durante semanas. Pensar en eso la reconforta: salió de allí con la promesa de que, en adelante, su empresa se encargaría de la seguridad informática de todo el ministerio. Estaba contándoselo por teléfono a Marcos, su asistente. El semáforo se puso en rojo, ella se detuvo y… ¿y después qué? ¿Qué pasó a continuación? En su memoria hay un fundido a negro y luego nada.

Marcos. Sí, él sabrá qué ha ocurrido o, al menos, podrá ayudarla; es la eficacia hecha ser humano. Busca su móvil para llamarlo, pero,

al moverse, la vista se le nubla. Un intenso pitido le taladra el cerebro y el dolor se vuelve tan insoportable que se desmaya.

***

Cuando recobra el conocimiento sigue en la misma posición. De nuevo se toca la cabeza y se examina la mano con precaución. Por suerte, no hay rastro de sangre. Entonces… ¿qué le ha ocurrido? Se fuerza a contener el torrente de especulaciones, los alaridos de su cerebro que no ayudan lo más mínimo. Alguien vendrá enseguida, se dice. Solo debe tranquilizarse y esperar. Aunque es extraño que nadie haya aparecido aún. Es una ciudad de más de tres millones de habitantes: hay gente por todas partes, joder, incluso demasiada. ¿Dónde está la puta gente cuando de verdad se la necesita?

¿Y si está atrapada en una pesadilla, como en una mala serie televisiva? Menuda estupidez. David, su marido, asegura que a menudo es consciente de que está dormido y que eso le permite manipular sus sueños. Ella cree que se lo inventa o lo imagina, pero ahora mismo daría lo que fuera por que tuviese razón. Lo duda, pero ojalá.

La ropa que lleva puesta tampoco le resulta familiar. Alguien la ha desnudado y luego la ha vestido con… un pantalón negro ajustado y barato con un cinturón de leopardo, unas botas viejas de tacón, un plumífero fino del Decathlon y, debajo, una camiseta también negra, con una rosa bordada. Rehúye pensar en las implicaciones obvias. Pero hay algo que no cuadra. Si la han violado cuando estaba inconsciente, ¿por qué vestirla de nuevo con esa facha? ¿Por qué no limitarse a dejarla allí tirada con la ropa desgarrada? Cuanto más piensa más se asusta. Tal vez le hayan hecho algo monstruoso… ¿Qué exactamente? ¿Por qué? ¿Qué demonios está pasando?

Su móvil y su portátil han desaparecido. Desde ellos es de lo más sencillo acceder a sus contraseñas, correo e incluso muchos datos sensibles de su empresa. Necesita avisar a Marcos de inmediato para que los bloquee. Frenética, vuelve a buscar su teléfono con un

ademán tan mecánico como absurdo, como si no acabara de enterarse de que se lo han robado.

Aunque es una solemne tontería, una especie de pudor le impide alzar la voz pidiendo auxilio. Abre la boca y la vuelve a cerrar. Imagina que el grito debería ser instintivo, pero así, tan consciente y calculado, como que no le sale. Se fuerza a hacerlo. «Ayuda», verbaliza mentalmente. Al abrir la boca para pronunciarlo, algo le oprime la garganta, una presión densa, casi física, como si no fuera capaz de dar forma a su propia voz. Finalmente, consigue emitir un sonido estrangulado.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¡Necesito ayuda!

Suena de lo más extraña, como si no fuera ella. Se lleva la mano al cuello. La realidad parece haber adquirido una textura desconcertante. Le recuerda a la distorsión de los sentidos que de niña le provocaba la fiebre muy alta.

El sonido rebota en los muros, pero nadie responde. Un gato la escudriña hostil desde la tapa de uno de los contenedores cercanos. No le gustan los gatos.

Después de eso, el silencio se extiende como dedos grasientos. Por primera vez, y le extraña no haberlo pensado antes, especula sobre la posible relación entre lo ocurrido y la reunión que acaba de tener con el secretario del ministro. Suena un poco paranoico, pero también demasiada casualidad. ¿Habrán querido quitarla de en medio? No, es pronto para eso, se dice. Al fin y al cabo, nadie sabe todavía nada de lo ocurrido en el despacho. En cuanto lo piensa, le sorprende su propia ingenuidad. Pero si vive en una sociedad en la que absolutamente todos llevan en el bolsillo al menos una de las máquinas de espionaje más poderosas jamás inventadas…

De nuevo un dolor intenso le taladra el cerebro de lado a lado y la deja casi sin aliento durante unos segundos, que se le antojan horas. Cuando nota que empieza a ceder, se apoya en la pared para incorporarse. Al hacerlo ve una jeringuilla usada, muy cerca del lugar donde ha estado tumbada. Se estremece.

Se mira las manos. Son muy raras, descubre atónita. Unas manos extrañas, y a su alrededor todo se desenfoca, y la palabra también se vuelve rara mientras su pensamiento se distorsiona, como si lo oyera desde el fondo de un pozo. Son unas manos grandes. Con dedos raros. Todo es inusual; escurridizo; sinuoso. Y extraño. Entonces se da cuenta. Drogas, claro. La han drogado, quizá con aquella jeringuilla tirada a su lado. Qué asco. Y, de nuevo, ¿por qué?

Trastabillando, se acerca a los contenedores con la endeble esperanza de localizar allí sus cosas. No hay suerte, sino solo bolsas de basura que emiten un olor penetrante. El gato se abalanza sobre ellas en cuanto le abre una minúscula rendija.

Si soy una hija de puta y te cierro la tapa, ¿cómo piensas salir, eh?

Escucha abrirse la que antes supuso que era la puerta trasera de un restaurante chino. De ella sale una chica de edad indeterminada arrastrando un par de bolsas que casi la sobrepasan en tamaño. Se queda inmóvil cuando la ve.

—¡Eh! ¡Hola! —le dice.

La cara de susto de la cría es un poema, tanto que si la situación fuese otra habría empezado ya a dar forma a la anécdota con la que, se consuela, en breve sus amigos se partirán el culo. Aunque ahora tenga la gracia justa.

—Oye, ¿tú has visto qué me ha pasado? ¿Quién me ha traído?

La chica empieza a murmurar en su idioma.

—*¿Nihongo?* —aventura, con poca esperanza. *Nihongo* significa ‘idioma japonés’. Hace un par de meses que se ha puesto a estudiarlo con la excusa de un viaje a Japón, a donde irá en unos meses a presentar una ponencia.

La joven sacude la cabeza, deja las bolsas en el suelo y huye al interior, como si hubiera visto al mismo demonio. Debería haber estudiado chino y no japonés, como le recomendaron varios de sus amigos. Tampoco cree que le hubiera sido mucho más útil.

De repente, la imagen del rostro de una desconocida que se inclina sobre ella la golpea, casi literalmente, hasta el punto de

obligarla a apoyarse contra el contenedor y vomitar su propia bilis. Lucha por mantener la conciencia. ¿Es eso un recuerdo? ¿O una alucinación? Un recuerdo del sueño, se explica a sí misma mientras trata de apresarlo. Pero el malestar que siente no se lo permite.

Durante un rato los escalofríos son tan intensos que se asusta. Por un momento la seduce lo fácil que sería dejarse ir, pero de inmediato se rebela. Aquella mujer… ¿Quién es? ¿La ha soñado? Pensar en ella la hace sentirse aún peor. Tiene que salir de aquí, ponerse en marcha de una puta vez y luego ya buscar respuestas. Luego. Más tarde.

A Bárbara, su trabajo le importa mucho, por no decir que le importa todo. Su carrera es meteórica, sobre todo teniendo en cuenta que no ha cumplido los cuarenta. Es buena en lo que hace, le gusta y por eso destaca incluso a pesar de que tiene un hijo pequeño del que ocuparse: Mateo. Su nombre estalla en su cerebro como una salva de fuegos de artificio.

Ese día le toca a ella recogerlo en el cole y era allí adonde iba. Así lo pactó con David esa mañana, después de una discusión. A decir verdad, tan pronto puso un pie en la calle intentó que se hiciese cargo la canguro, pero, por lo visto, la chica tenía cosas mejores que hacer. Está claro que necesita encontrar a alguien que no la deje colgada a la mínima.

Últimamente discuten por casi todo. Él le ha lanzado la picada de que, «al menos esta vez», llegue puntual. Será capullo. En alguna ocasión se ha retrasado, sí, pero no es lo habitual ni mucho menos. Si compatibilizar una vida profesional con ser madre ya es difícil de por sí, su caso roza el milagro. ¿Cuántos altos ejecutivos son mujeres? Pues por algo será, ¿no?

Ha gastado cantidades ingentes de energía intentando convencerlo de que necesitan una persona a jornada completa que los ayude con la casa y con Mateo, pero no hay forma. Eso es de ricos, dice él. ¿Y? No están tan lejos de serlo: los dos ganan mucho dinero, como mínimo el suficiente para disfrutar cierta calidad de

vida. Pero él no lo ve así, de modo que no han logrado llegar a ningún acuerdo.

Sea como sea, si no lo hace ella, hoy nadie va a personarse en la puerta del colegio, así que, por si no tuviera ya bastante, también le urge resolver eso. Solo le falta una bronca por no haber llegado a la hora. Se cabrea de pensarlo y la mala leche le sirve de motor para arrancar.

El final del callejón parece estar a kilómetros de distancia. Echa a andar vacilante, apoyándose en esas paredes asquerosas, con la vista fija en su objetivo, concentrada en el siguiente paso. Tras una eternidad logra asomarse a la calle principal, por la que transitan varias personas, que la evitan, apuradas. Sigue muy mareada, tanto que a duras penas consigue enfocar la vista y leer la placa de la calle. Es Marcelo Usera, comprueba con asombro. La calle que da nombre al barrio en el que está el centro de estudios de su hijo. Sin embargo, ella no recuerda el trayecto hasta aquí, sino que su memoria se empecina en detenerse en el semáforo de Alcalá. Es como tropezarse contra un muro acristalado.

Un hombre mayor se acerca despacio por su acera. Lo aborda.

—Buenas tardes. Necesito ayuda. Me han atacado —dice.

De nuevo se toca la garganta, tratando de localizar dónde está el problema. Y es que sin duda, su voz suena distinta, más ronca, con un timbre diferente.

Sin detenerse, él le dedica un gesto hosco que a ella le sienta como una bofetada.

—Oiga, le he dicho que me han atacado —insiste, soliviantada—. ¿No me ha entendido?

Le habla ya a su espalda porque él ha pasado de largo.

—¡Fuera! —replica él.

Su respuesta es tan violenta y despectiva que nota el rubor ascenderle por las mejillas, una sensación olvidada desde su primera adolescencia. Lo ve alejarse, incapaz de reaccionar. Esto se asemeja a una pesadilla cada vez más.

Echa a andar, no sabe si en la dirección correcta o no. Se deja guiar por su instinto y, en cualquier caso, quiere abandonar ese barrio hostil cuanto antes.

Al final de la calle divisa un quiosco de revistas y chucherías, un auténtico vestigio del pasado. Desde su interior la estudia impasible una mujer demacrada con pelo mal teñido. Se acerca a saludarla en el tono más conciliador posible. La otra sigue mirándola con fijeza, sin molestarse en contestar.

—¿Podría dejarme su teléfono? Necesito hacer una llamada…

—No tengo —la interrumpe, cortante.

A Bárbara el enojo le trepa como una llamarada hirviente.

—Claro que tienes. Todo el mundo tiene teléfono.

—No, yo no. Y ya te estás yendo; me estás espantando a la clientela.

Ella se gira hacia los lados con una mueca de asombrada ironía: ni hay clientes a la espera ni pinta de que vayan a llegar en un buen rato.

—Creo que no lo entiendes. Me han atracado.

—La que no lo entiende eres tú. Te he dicho que te vayas.

—¿Qué pasa, que la calle es tuya? Me largaré si quiero, digo yo. —Pocas cosas lleva peor que a los matones, así que sin siquiera razonarlo se pone a la altura de su interlocutora.

—Pues tendré que partirte los dientes. —La quiosquera sube la apuesta.

Bárbara se queda perpleja. La ha pillado por sorpresa.

—¿Cómo?

—Ah, quieres que te los parta… ¿Eres masoquista o algo de eso?

El asombro la paraliza durante unos instantes. Esa mujer está como una cabra. Humillada, decide emprender la retirada.

—Puta de mierda, no vuelvas por aquí —le grita a un volumen al que es imposible no escucharla.

Le sale del alma levantar el dedo medio. Como si tuviera ocho años, piensa, tan avergonzada como temerosa, tras haber disparado la agresividad de la estanquera. Apura el paso con el miedo

atenazándole la espalda. Los tacones no ayudan. Son de lo más inestable y la obligan a pisar con extremo cuidado. Tiene frío, además. Y eso a pesar de ese plumífero tan inusual para el junio madrileño. Es sorprendente, con el calor que hacía por la mañana…

Pasado un rato, no ha encontrado a quien atreverse a preguntar de nuevo. Por lo menos, se siente mejor, aunque aún nota los efectos de la sustancia que ya no duda que le han inyectado. Los brazos han empezado a picarle muchísimo, obligándola a rascarse de manera compulsiva. Supone que así solo lo empeora, pero no se aguanta. Su respiración, lenta y pesada, por momentos anega su campo perceptivo. Durante un rato cree que los coches retroceden en lugar de avanzar, pero, por suerte, le dura poco. Los pinchazos, menos incapacitantes que antes, aún se suceden en oleadas. A cambio, la sensación de estar próxima al desmayo va perdiendo intensidad.

En la esquina, un cartel anuncia el colegio de su hijo a un kilómetro de distancia. Se queda clavada al verlo. Es la primera buena noticia que recibe desde que empezó todo esto. Intuye que personarse allí de esa guisa es una idea pésima, pero tampoco se le ocurre nada mejor. Al menos, cuando llegue podrá avisar a David y a la policía.

Se detiene en un semáforo, al lado de un hombre al que, con cierta timidez, aprovecha para preguntar la hora. Él se gira con una sonrisa que se le congela al verla, aunque lo disimula con una afabilidad aparente al hablar.

—Las cuatro y media —responde.

En su rostro se evidencia la conmiseración. Y ella lo de dar pena lo lleva fatal, casi peor que a los matones.

—Me han atracado —explica.

Él se tensa. Ella se pregunta por qué, mientras ve sorprendida cómo se apresura a cruzar en cuanto cambia el semáforo, sin volver la vista atrás. Una precaución innecesaria porque, justo entonces, se siente de nuevo tan mareada que necesita detenerse y tratar de

controlar la respiración con las inspiraciones y espiraciones largas y profundas que le han enseñado en yoga.

De todas formas, lo que acaba de oír es otra buena noticia. Llegará a tiempo para recoger a su hijo. Se anima. Allí estará, de vuelta en su territorio, una ciudad de gente amable, bien educada, que la ayudará a dejar atrás esa locura y a poner fin a la pesadilla. Solo debe concentrarse en colocar un pie delante del otro, un pie delante del otro, así, hasta el final. Diría que por fin la mala racha ha terminado.

2

Son las cinco menos diez cuando avista el colegio, uno de los centros bilingües más prestigiosos de Madrid, como no podía ser de otro modo. La hora la comprueba en el reloj de una farmacia. Justo enfrente hay una comisaría. Duda si entrar, pero decide posponerlo hasta haber recogido a Mateo. Es cierto que detesta ser el último. Las veces que ha ocurrido —desde luego, muchas menos de lo que ha insinuado David esta mañana—, la recibió con un aire de cachorro abandonado más eficaz que cualquier reproche. Algo a lo que no quiere enfrentarse. Al menos hoy.

Al entrar en el recinto escolar, el mareo, que parecía haberle dado por fin tregua, se reactiva. Respira hondo. No va a derrumbarse ahora. Ni de coña.

Varias madres se apartan al verla, sorprendidas por su apariencia y su andar inestable. Que les den. Obviando sus miradas levemente escandalizadas por su aspecto, se acerca a una de ellas, la típica que todo lo sabe y todo lo organiza. Tanto que incluso ella, que va poco por allí, la conoce de sobra.

—Hola, Marta —la saluda.

Al oír de nuevo esa voz extraña se toca el cuello, agobiada, mientras la interpelada le devuelve el saludo. Su tono cantarín y la sonrisa de oreja a oreja no disimulan la reprobación con que la escudriña; es de suponer que ni siquiera lo pretende. Se la imagina analizando ese momento ante el corifeo que normalmente la acompaña y le entra una rabia que le cuesta contener. Aunque le importa un bledo lo que opinen de ella esa panda de marujas que compiten sin descanso por el título de madres del año.

—Me ha pasado una cosa que flipas… —Se frena, perpleja, al escucharse—. Te lo explico luego con calma; necesito llamar a David

y no tengo mi teléfono. ¿Puedo usar el tuyo?

Marta agiganta su falsísima mueca, lo que hace unos segundos parecía casi imposible.

—Uy, es que me lo he dejado en el coche… Lo siento.

Acto seguido, claramente con el objetivo de poner fin a la conversación, centra su atención en una niña que viene hacia ella.

—Hala, ¡qué guapa, qué trenzas tan chulas!

—Me las hizo mamá.

La madre aludida aprovecha para interponerse entre Marta y Bárbara, como si lo hubieran ensayado las muy zorras.

Entonces todo se acelera. La puerta se abre y los niños empiezan a dirigirse en hordas hacia sus progenitores. No ve a su hijo por ningún lado, pero tampoco le suenan el resto de los críos. Otea el recinto hasta que, a lo lejos, lo localiza por fin, afanado revisando cromos con otro niño. Mateo es trigueño y lleva el pelo larguito, con flequillo. Esta misma mañana ha pensado que tendría que pedir vez en la la peluquería para que se lo arreglen. Pero ahora no solo no ve que le haga falta, sino que incluso diría que está demasiado corto. Aparenta más edad con ese peinado. Incluso parece más alto. Otro pinchazo le atraviesa el cerebro de lado a lado: intuye algo raro que no logra decodificar, pero que está ahí, sin duda. ¿Alucinaciones? O paranoia, razona. Después de todo, no tiene ni idea de con qué la han drogado. Por fuerza ha de ser eso, se dice.

Levanta el brazo para atraer la atención de su hijo, que, absorto en lo suyo, la ignora. Está a punto de perder la paciencia cuando por fin él alza la vista en su dirección, tan distraído que no la ve, a pesar de que sus ojos claramente se posan sobre ella. Redobla la intensidad de su gesto hasta que, irritada, opta por acercarse, abriéndose paso como puede entre el tumulto de padres y críos.

Al verla, él se refugia detrás de su maestra. Por primera vez, Bárbara intuye lo horrible que debe de ser su apariencia. ¿La habrán golpeado en la cara? Se la toca y la encuentra un poco hinchada. No le duele ni está manchada de sangre; no puede ser tan grave.

Seguramente sus pintas lo habrán asustado; también la maestra parece impresionada.

—Venga, Mateo, vamos —le dice con sequedad cuando llega a su altura.

La tutora la escruta suspicaz.

—¿Me enseña el carné, por favor?

—¿El carné? —pregunta Bárbara, confusa.

—El de recoger a los alumnos. El… amarillo.

—Ah, sí. No lo tengo. No lo traigo nunca, y siempre me lo habéis dado sin él.

—Pues no puede ser… Tenemos unas normas… Es por la seguridad de los niños.

—Perfecto, pero te estoy diciendo que no tengo el dichoso carné.

Se percata del efecto de sus palabras, por lo que decide rebajar el tono.

—Mira, llevo un día muy malo, no te imaginas cuánto. Me han robado y supongo que me han drogado o algo parecido… Preferiría no hablar de todo esto ahora. —Señala al niño con un gesto discreto, indicando que lo hace por él—. No tengo la cartera, ni mis cosas. Solo quiero llevarme a mi hijo, contactar con mi marido e ir al hospital. Me encuentro fatal. Así que, si no te importa, me lo voy a llevar.

La otra la observa, alarmada.

—Venga, vámonos —insiste ella.

—No, no. Nada de «vámonos». No puedo dárselo sin el carné, ya se lo he dicho.

—¿Qué no has entendido? Te he dicho que acaban de robarme, que por eso no tengo el puto carné, ni el DNI, ni el teléfono ni nada de nada…

Ha gritado demasiado. En su entorno se hace el silencio. Los padres que andan por allí la observan con una atención cargada de reconvenciones mientras la maestra busca ayuda con la mirada.

—Por favor —articula Bárbara, un poco temblorosa—, diles quién soy.

En respuesta, su hijo se oculta aún más. Su voz. Seguro que es por su voz, que suena tan distinta de lo normal.

—Mateo —repite, ya más bajo y a punto de flaquear, después de todos los horrores del día—. Soy yo. Díselo.

Una mano la agarra por el hombro. Es el conserje.

—¿Me acompaña un momento?

Su tono deja claro que la pregunta es una orden. A ella le choca semejante ejercicio de autoridad en alguien habitualmente tan melifluo y solícito. Se dispone a replicarle, retadora, cuando la vista se le nubla y la realidad por unos instantes se reproduce a trompicones, como el *streaming* de una película al fallar la red.

—Venga conmigo y lo aclaramos —continúa él.

La maestra, con la cara completamente roja, está al borde del llanto. Vaya reacción más pusilánime. No es para tanto. Otra profesora se acerca para llevarse al niño con disimulo. La escena empieza a adquirir tintes de melodrama televisivo, pero le cuesta verlo porque a su alrededor las caras se distorsionan. Se esfuerza en mantener el foco sobre Mateo, quien, al alejarse, se gira hacia ella brevemente, pero ya solo consigue ver manchas. Intenta dar un paso hacia él y está a punto de caer al suelo. A su alrededor, las otras madres sofocan un grito casi unánime.

Uno de los padres decide asumir las riendas del asunto. Siempre hay alguien así. O, mejor dicho, siempre hay un hombre que se considera legitimado para actuar así, tenga o no vela en el entierro del que se trate.

—A ver, tranquilícese. Vamos a conserjería con César y si hay que llamar a un médico, se le llama. No queremos asustar a los niños, ¿verdad?

La fatiga que la invade le frena las ganas de decirle a ese imbécil lo que opina. Y, en cambio, se deja llevar mientras acecha el lugar por donde ha desaparecido su hijo.

***

Ya en conserjería, los dos hombres se plantan ante ella como si fueran agentes del orden, arrogándose una autoridad que nadie les ha otorgado. La reconcome la rabia, pero necesita ayuda, por lo que intenta ganárselos.

—No sé qué ha pasado exactamente. Creo que me han robado y… drogado. Me desperté en un callejón, cerca de aquí…

En su mente se agolpan imágenes atropelladas. En ellas reaparece, durante unos instantes, el rostro de la mujer desconocida inclinándose hacia ella, el techo de un lugar que no reconoce, la cara de miedo de su hijo hace un momento que se mezcla con otra imagen de él sentado en una especie de hospital. Otros fogonazos la atraviesan, fugaces, sin darle opción a procesarlos. El pitido se vuelve tan intenso que no logra escuchar nada durante un buen rato. Hasta que cesa bruscamente y se marcha como vino.

—A ver, contesta, ¿por qué querías llevarte al niño? —El cabreo del padre diligente sugiere que ha tenido que repetirlo varias veces—. ¿Me oyes? ¿Quién eres?

Titubea.

—¿Yo? Soy Bárbara. Bárbara Rabelin.

El conserje sacude la cabeza, incrédulo. El justiciero, indignado, retoma la palabra, pero ella solo consigue captar sonidos inconexos porque el molesto zumbido ha vuelto a empezar.

Se lleva las manos a las orejas y se encuentra con su pelo. Se asusta. Es más largo de lo que debería. Lo recorre hacia abajo. Es larguísimo. Ella nunca lo ha llevado así, ese no es su pelo. Lleva una peluca, se dice, así que tira de ella con fuerza. Le duele. Como si fuera suyo. De alguna forma se lo han pegado al cuero cabelludo. Aunque eso no puede ser. Tal vez ahora tiene el pelo largo y no se acuerda. Vuelve a tirar de él. Los dos hombres se miran intranquilos, dudando si intervenir. Ella comprende que parece una demente. No le dejarán ver a su hijo de ese modo, razona, y se obliga a parar, a bajar la mano que quiere arrancarse ese pelo que no es el suyo.

La mano. ¿Qué mano? Sí, hay algo anormal en sus manos: unas manos morenas, grandes, muy delgadas y estropeadas. No son las

suyas. Y su voz tampoco. No, no lo es. Seguramente por eso Mateo se ha asustado. ¿Qué ocurre? ¿Estará enloqueciendo? ¿O son solo alucinaciones? ¿Pueden ser tan reales? Sí, es de suponer que sí. Provocan suicidios y asesinatos, ¿no es cierto? ¿Hasta dónde llegará esa que vive? Debe ir a un hospital o, de lo contrario, se va a volver loca.

—Necesito ayuda —consigue articular entrecortadamente.

Justo en ese momento entra la maestra, que la evita mientras se acerca a hablar con el conserje. Le susurra al oído y luego ambos se giran en su dirección, ella un tanto compungida y él con gesto duro.

—Ha venido la madre del niño a buscarlo.

Eso sí que lo oye con claridad. Con demasiada, incluso.

—No entiendo… —Se levanta con dificultades—. Su madre soy yo… ¿A quién coño le habéis dado al niño?

La maestra la mira con pena. Se dirige a ella.

—¿Le has pedido el puto carné? ¿Eh? ¿Le has pedido el carné?

La chica retrocede, asustada.

—Eh —interviene el padre—, ya vale. Vamos a llamar a la policía y nos dejamos de estupideces.

Está furiosa y sin tiempo que perder. Sin pensarlo demasiado, coge la silla y la tira ante sí, entre ella y los otros. Como en una película, piensa. El desconcierto que genera le da el margen suficiente para permitirle huir. Corre con una energía que no sabe de dónde sale. O sí, mejor, sí lo sabe. Es la adrenalina, que funciona como un chute. Le desbloquea todos los sentidos y ahuyenta el mareo de golpe; no en vano, hay algo crucial en juego: salvar a su hijo antes de que sea tarde.

Cruza el patio delantero sin que nadie la detenga. Al girarse comprueba con alivio que el conserje la vigila desde el portal, pero sin hacer el menor amago de seguirla. Deduce que, una vez fuera del recinto escolar, ya no es su problema.

Nada más salir localiza a Mateo. La secuestradora lo lleva de la mano. Exprime las pocas fuerzas que le quedan y corre para darles alcance.

Al llegar a su altura la agarra por el brazo, con esa fuerza asombrosa que la vuelve imparable. Hará lo que haga falta, no le cabe la menor duda.

Él se encoge, aterrorizado. Pero ella no lo ve. Lo que tiene frente a sí es tan increíble que le impide prestar atención a nada más.

Ante sí la observa, con la misma perplejidad que intuye en su propio rostro, una mujer idéntica a ella, como si estuviera frente a un espejo. Solo que el presunto reflejo parece tener voluntad propia y más rapidez de reacción, que le permiten soltarse de ella con brusquedad y lanzarse a por su hijo.

Bárbara le corta el paso. La impostora mira a todos lados, en busca de auxilio.

—¿Quién coño eres? ¿Qué me has hecho? —pregunta ella, adelantándose, amenazadora—. ¿Qué me has hecho? ¿Quiénes sois?

La mujer que es idéntica a ella se coloca, protectora, delante del niño, como si fuera ella la amenaza. Hay que joderse.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Quién eres? —insiste, atónita.

Bárbara observa a Mateo y luego a la mujer que es igual que ella. Da un paso al frente: quiere verla mejor. El niño llora, asustado.

Entonces sus ojos se tropiezan con el cristal de un escaparate y toda la adrenalina que la hizo correr como si no hubiera un mañana se desvanece de golpe.

El reflejo no es muy bueno, por lo que se acerca a escudriñarlo, a comprobar que lo que cree ver es lo que ve en verdad. Le cuesta hacerlo, como si tuviera que atravesar un medio sólido, como si cada pierna le pesase tres quintales. La otra aprovecha para huir, llevándose a Mateo.

Pero esta vez ella no reacciona. Se enfrenta a algo tan asombroso que solo cabe aceptar que debe de haberse vuelto loca de remate. El reflejo muestra con claridad a otra persona, a alguien que no es ella y a quien no ha visto nunca antes.

Se acerca. Se toca la cara con la mano. Al otro lado del cristal una gitana, con el pelo largo y el rostro abotargado, se la toca también. El pelo. Se lleva la mano a él y se sobresalta. El pitido se vuelve muy

agudo. Ella se tapa los oídos. Le da tiempo a girarse y verse a sí misma en la distancia, subiéndose a su coche y llevándose a su hijo. A esa ella que no es ella, pero que lo parece, no como la ella auténtica que, por alguna extraña razón, parece otra.

Y la otra se marcha y se lleva al niño, a su niño, y ella, la muy idiota, se queda como un conejo asustado en medio de una autopista. Solo que eso es Madrid y son las cinco de la tarde. Las cinco y cuarto, para ser exactos.

***

Se ha visto a sí misma subirse a su coche con su hijo.

No es posible, pero acaba de ocurrir.

Lo ha visto. Está segura.

O quizá no tanto.

Porque, por lo que se ve, ella no es ella, sino otra.

¿Cómo puede ser?

¿Se está confundiendo?

¿Es posible que se haya equivocado en eso? ¿Puede alguien equivocarse en eso?

Se lo pregunta a la otra, a la que le devuelve la mirada desde el espejo de los baños de un bar, donde se ha refugiado para recomponerse y aclarar sus pensamientos. Lleva un buen rato allí. La imagen reflejada es ahora diáfana y muestra con terquedad a una completa desconocida.

Se observa durante tanto rato que lo que ve empieza a perder sentido. «Yo», piensa. «Esa soy yo». Su cerebro se rinde al intentar considerar ese rostro como un todo, y las líneas y texturas pugnan por acaparar el protagonismo, como si estuviera frente a un cuadro abstracto. «Yo», se repite. Quién sabe qué significa eso en realidad.

Mareada, se lava la cara con la esperanza de que el nuevo rostro desaparezca o de detectar alguna incongruencia entre lo que hace y lo que ve. Como si la trampa estuviera en la bruñida superficie, en lugar de al otro lado.

—¿Quién eres? —articula con lentitud, estudiando el sonido de su voz y su sincronización con los movimientos de la boca en el espejo—. ¿Quién soy?

Se quita la camiseta y descubre un sujetador que tampoco reconoce y del que se desprende, apurada, dejando al descubierto unos pezones de un marrón muy oscuro, que no se asemejan en nada a los suyos, mucho más rosados. Agarra esos pechos desconocidos con las manos: son más grandes y firmes. A continuación, se baja los pantalones y las bragas. Con miedo, acerca las manos a su sexo. No le duele ni está hinchado, percibe con alivio. No cree que la hayan violado. Aunque, se pregunta con un escalofrío, si lo hubieran hecho, ¿realmente sería ella la violada? No reconoce nada de lo que toca, ni la forma de los labios, ni la vagina, ni el clítoris ni nada en absoluto. Una alucinación demasiado precisa y coherente para serlo.

Ella es una persona eminentemente práctica que se rige por el principio de la navaja de Ockham, según el cual la explicación más sencilla es siempre la más probable. Pero no se le ocurre nada que pueda darle sentido a esto. Han usurpado su identidad… ¿Cómo es posible? ¿Cómo lo han logrado? Y, sobre todo, ¿por qué?

Desde fuera, alguien golpea la puerta con violencia. Ella pega un respingo.

—¿Va todo bien? —interroga un hombre desde el otro lado. A pesar de sus palabras, su tono es cualquier cosa menos amistoso.

Se viste con rapidez y abre. El dueño del bar, con los brazos en jarras, la increpa.

—Joder, ya te vale. ¿Tú te crees que esto es un baño público? El váter es solo para clientes. ¿Vas a tomar algo?

Ya comprobó que no tiene dinero, así que, aunque quisiera, no podría. Pero tampoco quiere. Ese bar es un antro y solo ha entrado porque es el primer sitio que ha encontrado.

—Perdón… No me sentía muy bien.

El hombre le dedica un gesto hastiado antes de hacerse a un lado y dejarla pasar. Ella se escabulle hacia la calle. Un poco histérica,

piensa que esa podría ser una versión contemporánea de la expulsión de Eva del paraíso. Sería hasta gracioso si no fuera porque no lo es en absoluto.

3

Afuera, con la caída de la noche, la temperatura ha descendido aún más.

Echa a andar; necesita entrar en calor, pero, sobre todo, comprobar si esa mujer también le ha arrebatado su casa, si ha llevado allí a Mateo o, no quiere ni pensarlo, si esto no es sino una enrevesada trama para secuestrarlo.

La caminata le resulta interminable. Aunque su barrio y el colegio no están demasiado lejos, no es lo mismo salvar la distancia en coche que andando. A saber en qué momento ese centro de estudios le pareció buena idea. Su hijo debería poder ir caminando a clase, como lo hizo ella de niña. Cuando esto haya pasado, le buscará plaza en otro lado. Viven en Santa Engracia, un barrio céntrico y tranquilo, de sus favoritos de Madrid. Al pensar en los árboles que ve desde su ventana, siente ganas de llorar.

Su mente repasa los detalles de su ahora paraíso perdido. Por lo que sea, le viene recurrentemente a la memoria el pijama de pirata de Mateo y su peluche de dragón. Y su risa. Pero lo más curioso es que, de todas las imágenes que podría conjurar, la más nítida es la de unos vasos verdes que compró hace poco y que esa misma mañana reflejaban la luz del sol en su cocina.

Y es al pensar en ese triángulo de sol sobre la mesa cuando el cansancio la arrolla. No aguanta más. No es capaz de seguir caminando. En el fondo, además, ni siquiera quiere hacerlo, pero tampoco le quedan fuerzas para continuar. Así que se derrumbará en cualquier rincón y se dejará morir. Cualquier cosa que ponga fin a esa pesadilla absurda.

Sin embargo, morirse no es tan fácil. El instinto de supervivencia es poderoso y ella no es una suicida, no lo ha sido nunca. Y no está

dispuesta a dejar a su hijo con ese monstruo, así que va a tirar para adelante y luego ya decidirá si se muere o no.

Ya en su calle comprueba, con terror, que la luz del salón está encendida. Están allí. No puede permitirse perder el tiempo, así que abre el portal con un código de cuatro dígitos y se dirige a los ascensores.

—¿Buscas a alguien? —pregunta una voz familiar.

Bárbara se gira en su dirección. No va vestido con su bata gris habitual, así que tarda unos instantes en identificarlo, pese a que se cruza con él a diario. Es Julián, el portero. ¿Qué demonios hace allí a esas horas en vez de estar en su casa viendo la tele, como una persona normal?

Le contesta fingiendo una desenvoltura que está lejos de sentir:

—Sí, voy a ver a Bárbara Rabelin, 2.º D. Me está esperando. Pero no creo que sea asunto tuyo.

Aprieta el botón del ascensor. Julián coge su teléfono. Un escalofrío le recorre la espalda. ¿Qué pasa con el maldito ascensor, que nunca llega?

—Sí, disculpe las horas. Hay una mujer aquí que afirma que… —El portero le clava los ojos, a modo de advertencia—. Sí, gitana.

Mientras escucha la respuesta que le dan al otro lado, Julián se interpone entre ella y la puerta.

—La señora no está esperando a nadie. Me ha pedido que llame a la policía si no te marchas.

—Julián, escucha, sé que esto te sonará a locura, pero necesito que me ayudes…

El portero, desconcertado, intenta recordar de qué la conoce.

—Tengo que subir y hablar con ella. Es muy urgente.

Él endurece la expresión.

—No me busques problemas, anda.

—No lo entiendes. Mateo podría estar en peligro…

Al ver la reacción de su interlocutor, comprende que no va a conseguir ablandarlo, así que, sin darle más vueltas, se lanza hacia la escalera. Julián le grita para que se detenga, antes de seguirla en

el ascensor. La rebasa al alcanzar la segunda planta, por lo que cuando por fin llega a la tercera, él la espera en el rellano. La recibe con unos brazos en jarras que expresan su desaprobación.

—O te marchas inmediatamente o llamo a la policía y te sacan ellos.

La puerta está tan cerca que casi puede tocarla. Angustiada y, sin pensarlo demasiado, se abalanza hacia ella con la estúpida intención de echarla abajo. Del otro lado se oye el sonido de un cerrojo. Julián la agarra y se la lleva en volandas. Ella trata de resistir con todas sus fuerzas. Grita.

—¡Sé que estás ahí! ¡Suelta a mi hijo! ¡No te vas a salir con la tuya!

Pero el hombre es el doble de grande que ella, por lo que la última parte la berrea ya desde dentro del ascensor, que, inexorable, se pone en marcha. Él sigue sujetándola.

—Déjame salir, ¡hostias! ¡Te digo que Mateo está en peligro!

Rabiosa, le pega un puñetazo a la pared del ascensor.

—Esto sí que no, ¿eh? —protesta él, disponiéndose a llamar. A la policía, claro. Que difícilmente va a creer su historia, y menos aún después del número que ha montado. Respira hondo y hace por tranquilizarse.

—¡Para, para! Ya me calmo.

Justo entonces el ascensor llega a la planta baja. Sin soltarla, Julián la arrastra fuera de él. La aleja unos metros de la escalera antes de deshacer el placaje. Y ella no puede sino preguntarse cómo es posible que le ponga tanta energía a defender el edificio con la mierda de sueldo que le pagan. Para tranquilizarlo, levanta las manos en son de paz.

—Ya me voy.

—Más te vale. Y si tu idea es colarte cuando no esté, te adelanto que hay cámaras.

Le enseña el móvil.

—Y las veo desde aquí… Aparte de que vivo ahí abajo.

De sobra sabe que no miente, por lo que opta por emprender la retirada.

—Y que no se te ocurra volver —insiste él, a modo de despedida.

Así, por segunda vez en pocas horas, sufre en sus propias carnes la vejación de sentirse expulsada. Y es una experiencia infame.

No se va muy lejos. Se sienta en una de las estructuras de cemento que salpican la plaza, desde donde puede vigilar la ventana. Y de nuevo advierte que está extenuada, pero lucha contra la tentación de tumbarse porque sabe que, si cede a ella, en dos minutos alguien llamará a las fuerzas del orden. Le duele todo el cuerpo y, al cabo de un rato, también los ojos de la fijeza con la que los clava en el cálido rectángulo de su casa.

Tiene que esperar un buen rato hasta que ocurre algo. Es David, que sale con la guitarra en la mano y una manzana en la boca. Cruza la calle y camina en su dirección. Ella sonríe y se levanta, pero la mirada con la que él le responde la paraliza: no recuerda haber visto nunca semejante dureza en sus ojos. Cuando quiere reaccionar, ha desaparecido ya en el ascensor de acceso al aparcamiento.

Grita su nombre, pero ya no puede oírla.

Tras un momento de vacilación, se dirige hacia la salida, al mismo lugar donde siempre lo espera cuando es él quien saca el coche. Pero, esta vez, lo que hace al verla es acelerar de tal manera que se diría que está dispuesto incluso a atropellarla. Se aparta, conmocionada. Aún en *shock,* lo ve alejarse.

No va a ser él quien la ayude a salir de esta.

Más desmoralizada si cabe, regresa para retomar la vigilancia. Una silueta se detiene en la ventana. Deduce que se trata de la impostora. Sea ella o no, lo que hace es cerrar la persiana, un gesto que la reactiva y provoca que el pánico la atraviese como una descarga eléctrica. Ahora ya ni siquiera puede ver el rectángulo de luz al que lleva tanto rato aferrándose y, además, ese ser está a solas con Mateo, en un espacio cerrado y sin testigos. Quién sabe qué pretende. De niña, vio una emisión televisiva de *La invasión de los ladrones de cuerpos* y pasó meses sin querer a irse a la cama,

atemorizada por si la suplantaban en tanto se durmiera. ¿Será posible que alguna de esas fantasías cinematográficas tenga una base real? ¿O todo esto no será más que una alucinación que responde a esa obsesión de la infancia? O, dicho de otro modo, ¿se está volviendo loca? O, más bien, ¿lo está ya? ¿Será la locura como los sueños, que se desactivan cuando cobras conciencia de su irrealidad? Porque, si es así, ya debería estar despertándose. Pero nada ocurre. Nada en absoluto.

Pasa mucho rato así, puede que más de una hora, hasta que por fin un agente la interpela.

—¿Esperas a alguien?

Niega, con los ojos vacíos. En el fondo se alegra de que hayan venido por fin, que la saquen de allí y la encierren en algún lado, que le digan qué hacer o adónde ir. Ella, desde luego, no lo sabe.

—El portero de ese edificio dice que intentaste colarte… y que te pusiste violenta.

Al tratar de responder percibe que le castañetean los dientes y que tirita como una hoja. La mandíbula le responde a duras penas.

—Tienes que irte de aquí —insiste él.

Vale. Él tampoco va a hacerse cargo de nada. Se va a limitar a quitarse el problema de encima, como el resto. Querría reprochárselo, pero está tan agotada que no sabría ni por dónde empezar, así que responde de la única forma que se le ocurre: levantándose para irse. Él le dedica un atisbo de compasión.

—¿Estás bien?

—Hace frío —explica. De todo lo que le pasa, eso es lo único que se le ocurre verbalizar. Pues vaya.

—No tanto para octubre…

¿Octubre? ¿Cómo que octubre? Pero si es junio. El día 18. De eso sí está segura.

Busca su móvil para comprobarlo hasta que, frustrada, recuerda que ya no lo tiene porque también se lo han robado. Y de nuevo se queda estudiando perpleja esas manos desconocidas mientras trata de razonar si lo que le ha dicho el policía es cierto. Se obliga a

analizar los alrededores. En efecto, los plátanos han perdido ya buena parte de sus hojas y, aunque la gente no va muy abrigada, tampoco va vestida de verano. No puede ser… El pánico se le enrosca una vez más en la garganta. ¿Qué coño está pasando? ¿Es un engaño de sus sentidos? ¿Una broma de mal gusto? Pero si esa misma mañana llevaba sandalias… ¿Dónde ha estado todo ese tiempo que falta? ¿Dónde está el tiempo que le falta a ella?

—Hoy era junio… —le explica—. ¿Sigue siendo 2026?

—Sí, sigue siendo 2026 —responde él con una amabilidad tensa que no disimula su hastío—. Vamos a comisaría, les cuentas qué te ha pasado y ya allí que te aclaren ellos lo que sea, ¿ok?

Cree que está loca, es obvio, pero, al menos, por fin, ahora sí se va a hacer cargo. Y con suerte en breve alguien podrá explicarle qué le ocurre. Y con algo más de suerte, ese alguien se encargará de arreglarlo, de hacer que todo vuelva a la normalidad y de que las cosas sean como antes. Antes. Nada le gustaría más que eso. Nada en absoluto.

***

En la comisaría la atiende un hombre de mediana edad que apenas la mira de reojo. Se le ve consumido. De camino ha ido dándole vueltas a cómo plantear el asunto. No es fácil, así que ha decidido improvisar.

—Creo que he sido víctima de una agresión sexual —le dice. Deduce que empezando por ahí le harán más caso.

Él levanta la vista.

—¿Lo crees o lo sabes?

Bárbara sacude la cabeza.

—Nombre completo —ataja él.

—Tampoco lo sé. Me he despertado en un callejón con esta ropa, que no es la mía. Y me lo han robado todo, el bolso, el móvil…

—¿Te han robado la ropa? —pregunta, desconcertado.

Ella asiente. Suena estrambótico, es consciente, pero más lo será si se lo cuenta de una vez. Mejor ir de forma paulatina.

—Pero… te han dado otra…

La recorre con la vista, incrédulo. No lo culpa. Lo que le ha contado es un poco extravagante y bastante inverosímil. En ese momento, se lleva un pequeño sobresalto al ver a otra persona en la habitación: creía que estaban solos. Hasta que procesa que se trata de su propio reflejo. Por si se equivoca, levanta lentamente una mano para comprobarlo. Y sí, es ella en un espejo, con ese aspecto con el que no se reconoce en absoluto y al que, por supuesto, aún no se ha acostumbrado. Qué movida. Han transcurrido ya varias horas, ¿no debería empezar a recuperar la normalidad? ¿Qué narices está pasando?

—¿Hola? —Él trata de llamar su atención; ella «regresa» al darse cuenta—. Sigo necesitando que me digas cómo te llamas…

Ha decidido mentir para intentar ganarse su confianza. Ya contará la verdad luego, más tarde.

—Lo he olvidado.

Él empieza a dudar de si le toma el pelo.

—Que yo me aclare. No recuerdas cómo te llamas ni si has sido víctima de una agresión sexual. ¿Hay algo que recuerdes? ¿Sabes qué día es hoy?

Ella reprime unas amargas ganas de reírse. De forma inconsciente acaba de poner el dedo en la llaga. En una de ellas, al menos.

—No del todo. A ver, iba caminando por el centro cuando de repente perdí el conocimiento. Me desperté en un callejón en Usera…

—¿En Usera? ¿Y cómo has llegado hasta aquí?

—Andando. Estaba desorientada. Creo que me han drogado.

A él le llama la atención la forma en que ella se rasca los brazos de manera compulsiva.

—¿Te han drogado? —pregunta secamente—. ¿Contra tu voluntad, quieres decir?

—No sé. He dicho «creo», pero no estoy segura.

Le señala un escáner dactilar.

—Pon el dedo ahí.

Obedece con tanta urgencia como angustia. ¡Las huellas, claro! Necesariamente han de darles algún tipo de respuesta. Porque imagina que sus huellas seguirán siendo las suyas. No se pueden modificar, ¿no es cierto? ¿O sí? Él aprieta un par de veces el ratón y permanece atento a la pantalla de un ordenador obsoleto. Tras una eternidad, anuncia:

—Juliana Rodríguez Rodríguez.

Bárbara bizquea. No le suena de nada. Él sigue leyendo. Nacida el 29 de octubre de 1995, en Corral de Almaguer, provincia de Toledo. Domicilio en la misma localidad. Hija de Dolores y Antonio.

—Eso es imposible… —reacciona ella, perpleja.

—Será…

El hombre gira la pantalla y le enseña una foto. En efecto, se parece mucho a ella. Más joven y con la cara menos hinchada, pero si no la misma, sin duda asombrosamente parecida. Se acerca a observarla con curiosidad renovada.

—¿Eso es que estoy fichada?

—Todos tenemos nuestras huellas registradas. Cosa distinta es tener ficha policial…

Ella estudia su dedo con incredulidad. Ese dedo que no es el suyo. Bien visto, resulta lógico que arroje una identidad que no es la suya. En el fondo, eso prueba que no sufre una alucinación. Tiene sentido y no lo tiene en absoluto, ambas a la vez.

—¿Y yo? ¿Tengo ficha policial?

El agente estudia la pantalla y esboza un leve asentimiento. Sea lo que sea, no lo dice en alto. Ella vuelve a rascarse los brazos, con saña, y él, que la ve con el rabillo del ojo, sacude la cabeza, con un evidente punto de hastío. Quizá piense que es contagioso. Espera que no. Debe de estar sufriendo algún tipo de reacción alérgica. Solo espera que no vaya a más. No necesita más complicaciones por ese día.

—No figura ninguna condena —matiza él.

—¿Puedo tener una copia?

—¿Del DNI? —le responde—. Deberías, porque es delito andar por ahí sin documentación. Eso sí, la ventaja de poner denuncia es que no lleva tanta prisa. Y te sale gratis la renovación. Puedes venir mañana a hacerla.

—Me refería al historial policial.

—No, lo siento. Eso no se da. Lo que me aparece aquí es interno. Si quieres tus antecedentes, tienes que ir al Ministerio de Justicia. Pero para eso necesitarás el DNI.

Lo último lo ha dicho casi como una broma, tratando de aliviar la tensión, pero a ella no le hace puta gracia. A continuación, él lee la denuncia, que le suena como una de las cosas más absurdas que haya escuchado en su vida.

—Como ves, he incluido lo de la agresión… —Hace una pausa y suspira profundamente, antes de seguir—. Entonces, ¿está todo?

Ella da su visto bueno, aunque le preocupa cómo afectará haber aceptado esa versión de los hechos a la hora de demostrar qué le ha pasado realmente. Pero no se ve con fuerzas para más.

La impresora escupe el documento con exasperante lentitud, aunque él ni se inmuta. Se ve que está acostumbrado. Al terminar le da una última lectura en voz baja antes de tendérselo.

—Firma aquí, aquí y… aquí. Siempre falta una casilla. —La mira—. Por cierto, ¿has comido?

No, no ha comido nada. Él sale y al cabo de un rato regresa con un bocadillo de lomo con queso y un botellín de agua.

—¿Te gusta?

Quizá haga más de un lustro que no come algo así: sigue una alimentación baja en hidratos y grasas, con el sésamo y el brécol como protagonistas. Quizá por eso, ese bocadillo se le antoja lo mejor que le ha ocurrido en años.

—Ya me parecía —comenta él ante su reacción.

La deja comer sin apurarla. Después le pregunta si tiene dónde pasar la noche. El primer atisbo de esperanza en esa jornada infame.

—Te voy a derivar al Centro Santa Lucía. En el hospital no te van a hacer ni caso en este estado.

—¿En qué estado? —inquiere con acritud.

Su interlocutor arquea una ceja. Y ella por fin entiende lo que pasa.

—Crees que soy una yonqui…

—Eh, para. Yo no he dicho eso.

—Sí, lo he entendido perfectamente, pero te estás pasando de listo. Te equivocas, ¿sabes? Y mucho. A mí me han hecho algo…

Él la frena, seco.

—Te he cogido la denuncia y lo que teníamos que hablar aquí ya lo hemos hablado. Llevo treinta años trabajando de policía, diez de ellos en San Blas, y créeme que sé reconocer los síntomas del mono. En el Santa Lucía tienen una médica que no está siempre, aunque va los jueves. —Hace una pausa significativa, antes de añadir—: Y mañana es jueves.

Bien pensado, no necesita convencer a ese hombre de nada. El bocadillo le ha levantado bastante el ánimo y pensar en que en breve podrá dormir se le antoja el mejor de los escenarios. Confía en que, al día siguiente, al despertar, descubrirá que todo esto ha sido una absurda pesadilla. Y si no, tendrá que tratar de resolver el asunto ante alguien con capacidad de actuación, no allí con el comisario de San Blas, experto en yonquis.

***

El Centro de Acogida Santa Lucía queda a tomar por saco. Entre la verja de la calle y la puerta principal, un pequeño patio iluminado por una tenue luz amarillenta revela un par de coches aparcados con descuido. Los agentes que la llevan, después de identificarse, han dejado el suyo fuera.

La monja que les abre los amonesta por la hora, pero la deja entrar.

—Nosotros nos vamos entonces. Que vaya bien —se despiden.

Al verlos irse a ella le falta el canto de un duro para salir corriendo y suplicarles que no la dejen allí sola. La idea de pasar la noche en ese antro ya no suena tan bien, pero la monja no le da opción. Con brío la conduce a un cuarto enorme en el que la reciben el murmullo de ronquidos y un penetrante olor a humedad. Cuando la puerta se cierra a su espalda, lo único que piensa es en buscar el modo de huir, pero no sabe adónde y está agotada. Se quedará, aunque solo hasta que amanezca.

Se descalza y, con asco, se tumba vestida en la litera vacía que le ha señalado la monja. Se fuerza a respirar por la boca porque el ambiente le da arcadas. No será capaz de dormir, razona, en medio de una sinfonía de toses y resuellos.

Pero, al poco, ella también ronca y se sumerge en un sueño inquieto en el que una gitana le sopla en la mejilla, un policía le arranca la cara como si ella fuera un plátano, David se aleja con la cabeza girada y ella explica, con tranquilidad, a quien quiere oírla, que no pasa nada, que todo es normal, que siempre ha sido así y nunca ha sido de otro modo.

Lo más desconcertante es que Mateo no sale en su sueño o, si sale, por la mañana lo ha olvidado.

4

La luz baña la habitación cuando por fin despierta. Ha dormido muchísimo y, sin embargo, se encuentra incluso más agotada que anoche. Lo de irse en cuanto amanezca ya no se ve tan razonable. Entre otras cosas, porque sigue sin saber adónde.

En una litera cercana, una mujer termina de calzarse.

—Como no te apures te dejan sin desayuno —le advierte, observándola—. ¿Es la primera vez que vienes?

Bárbara asiente mientras se pone las botas. Un hedor apestoso la golpea. No tarda en darse cuenta de que proviene de ella misma.

—¿El baño sabes dónde está? —pregunta.

—Al fondo a la izquierda.

El olor a café con leche inunda el pasillo y le provoca dolor de estómago. Le pican los brazos y las piernas y parece tal cual como si tuviera un martillo neumático trabajando dentro de su cráneo. Los pinchazos del oído de la víspera se han convertido en un acúfeno constante y molesto.

Los baños le recuerdan a un camping. Un par de mujeres se mueven en silencio, con aire rutinario. Aunque se muere de ganas de hacer pis, al pasar ante el espejo no puede evitar quedarse prendida del reflejo. Ahí sigue la otra. Se mira —¿o debería decir «la mira»?— durante un buen rato, casi sin parpadear, hasta que, como ayer en el bar, la invade una sensación de irrealidad. La idea del «yo» se desdibuja y se vuelve absurda: yo, YO. Lo más importante del mundo hasta que intentas verte desde fuera. Incluso cuando es a ti a quien observas, si lo haces el tiempo suficiente y con bastante detenimiento, un rostro empieza a descomponerse en un montón de elementos extraños e inconexos: pelos en las cejas, pestañas, un lunar…

—Estás muy guapa, reina, pero en dos minutos te cierran la manduca —la interrumpe una de las mujeres, sacándola de su introspección.

Se enjuaga rápidamente la cara y sale sacudiéndose las manos para secarlas. No piensa ni acercarse a una toalla. Le da asco tocar cualquier cosa en esos baños.

La monja de la noche anterior es una de las encargadas de repartir la comida. Se llama sor Margarita. Su cara es tersa, pero el pelo que le asoma bajo la toca azul marino es de color gris. Es complicado determinar su edad. Esa, supone, es una de las funciones del tocado de las monjas. Como el *hiyab*. Se lleva la mano a su pelo: una frondosa melena ondulada de un color muy negro. Ella nunca ha conseguido dejarse el pelo tan largo: el suyo es demasiado fino. Nada que ver con esa espesa pelambrera. Se recrea unos instantes enredando los dedos en los rizos. Es una sensación agradable.

El desayuno consiste en café con leche y galletas, como en un hospital. También lleva años sin consumir lácteos ni azúcar, siguiendo los consejos de su nutricionista. Pero se tomará ese café con leche, claro, con la esperanza de que ayude a mitigar el hambre que todavía la devora.

—¿Qué tal hemos dormido? —pregunta la monja en tono cantarín.

—Bien, gracias —afirma con una leve sonrisa. Escucharse a sí misma la sorprende, incluso casi más que ayer.

Se dirige a la zona de comedor. Todo es paupérrimo. Las mesas están hechas de tableros y las sillas son las más baratas de Ikea. A su alrededor desayunan o pasan el rato un hombre de mediana edad con la mirada perdida, una anciana hecha polvo y varios sintecho con mala pinta. Los restos de comida y las sillas movidas delatan lo atestado que estuvo el lugar hasta poco antes. Ahora, sin embargo, transpira ese aire melancólico del abandono.

Le impresiona el halo de enfermos mentales que destilan los pocos que aún no se han ido. Siente pavor. ¿Es ella una más? ¿Es

igual que ellos? ¿Se ha vuelto loca? No quiere estar loca. Pero ¿saben los locos que lo están? Y, más importante, ¿cómo se sale de la locura? ¿Es suficiente con la voluntad? ¿Con negarse a permanecer en la enajenación? ¿Es acaso la locura una elección?

Le cuesta comer, pero se obliga. Le da un pequeño mordisco a una de las galletas. Y luego otro.

Un hombre fibroso y enérgico la estudia desde el fondo de la sala. Por cómo vigila e imparte indicaciones sin hablar, parece el *sheriff* de ese sitio.

Mientras ella termina de beberse el café con desgana, él se sienta a su lado.

—¿Qué tal? Soy Manuel. ¿Y tú?

Lo que menos le apetece es contarle su vida, así que opta por lo fácil.

—Juliana.

Él le tiende la mano y le da un apretón enérgico.

Un rato más tarde la guía por el centro a un ritmo al que a duras penas logra seguirlo. Pasan por un patio, una huerta, una zona de duchas, los dormitorios y una capilla. El recorrido termina en un almacén repleto de estantes de comida y ropa.

—Y este es nuestro pequeño Corte Inglés —anuncia él, con orgullo—. No está mal, ¿eh?

Ella asiente, medio noqueada. Sí, no está mal. Es gracioso. Piensa en la de veces que ha tirado ropa a un contenedor de Cáritas o en las que ha llevado paquetes de arroz y pasta al colegio de su hijo. ¿Era allí adonde iban a parar? De haberlo sabido, habría sido más generosa. Lo será, si alguna vez regresa a su vida.

—Coge algo de abrigo. Te vendrá bien.

Le apetece lo justo, pero termina por acercarse con timidez a un montón de jerséis doblados.

—Puedes quedarte lo que te haga falta, con una condición. Solo una. No te quejes, ¿eh?

Manuel provoca una pausa tan marcada que se ve obligada a mirarlo.

—No quiero drogas aquí dentro.

Querría replicar, pero le ha pillado tan de sorpresa que no se le ocurre qué decir. Tampoco él le deja tiempo, puesto que se adelanta, expeditivo.

—¿Lo has entendido? Son las normas. Si las sigues haremos lo posible por ayudarte. Si no, te vuelves al sitio del que has venido, ¿está claro?

Ella se niega a dejarlo estar. Escoge los términos con cuidado.

—Es que hay un error. Creo que es posible que ayer me administrasen algún tipo de sustancia. Me desperté en un callejón al que no tengo ni idea de cómo llegué. Y ya sé que con esta pinta…

—Para, para, para. Tú tienes un problema y nosotros te ayudamos a resolverlo, pero si me vienes con monsergas te buscas otro sitio.

—No lo entiendes. —Ella lo intenta de nuevo—. Es que yo no soy así.

—No, no me entiendes tú, por lo que veo. Y no me gusta mucho tener que repetirme.

Resignada, opta por dejarlo correr.

—También tenemos un médico. Viene los viernes por la tarde. O sea, mañana —continúa él, dulcificando el tono—. ¿Ves? Hasta en eso has sido afortunada.

—Bueno, según como se mire. El policía que me envió a este lugar me dijo que venía los jueves…

—Esa era la que teníamos antes. Podían preguntar en vez de abrir la boca.

Le señala un estante.

—¿Has visto esas botas? Están perfectas. ¿Qué número calzas?

—El 39 —responde compungida mientras coge una con los dedos—. Son mi número.

Siempre le ha dado asco meter sus pies en los zapatos de otro, pero se ha saltado tantas de sus normas en pocas horas que empieza a no importarle. De hecho, no va a poner *sus* pies en otros zapatos, sino *esos* pies que ni siquiera son los suyos, así que debería

darle igual. La idea le causa vértigo. Le asalta el recuerdo confuso de una película: alguien decía que, aunque a una persona le cortaran todas las partes del cuerpo —piernas, brazos, incluso la cabeza—, seguiría hablando en términos de «mi pierna y yo, mi cabeza y yo». Como si el «yo» no perteneciera al cuerpo, tal y como le está ocurriendo a ella. El pensamiento la sacude, demasiado grande para abarcarlo. Lo peor es que el protagonista acababa enloqueciendo. Como ella, se dice con angustia.

Para colmo, las botas ni siquiera son de su número. No le sirven. Los pies, esos pies, son bastante más largos y estrechos que los suyos. Y también está mucho más flaca.

Más tarde, ya vestida con otra ropa, modesta y pasada de moda, se sienta en un banco del patio. A pesar de que va más abrigada, aún la recorren los escalofríos. Se coge los brazos con las manos. A su alrededor todo es feo y deprimente. La luz es gris y mortecina. Pero al menos su situación ha mejorado con respecto a ayer. Ayer por la tarde, claro, porque por la mañana las cosas eran bien distintas.

Ayer. Qué lejos queda.

***

Media hora más tarde vomita en los baños del centro. Se deja caer en el suelo, desmadejada. Ya nada le da asco.

Alguien la lleva a un camastro incómodo en un cuarto diminuto. Para ella sola, todo un lujo.

Duerme, agitada. Tanto ella como la cama se empapan en sudor. En ocasiones las piernas se le mueven solas con los espasmos.

Transcurren las horas, desconoce cuántas. De nuevo cree morir. Se siente exánime, sin fuerzas para luchar. Gime pidiendo ayuda, pero nadie acude. El mundo le da vueltas. Suda. Pierde la noción del tiempo y del espacio. Empieza a comprender lo difícil que es salir del pozo de la locura desde que se entra en él. Y casi desea estar muerta, cualquier cosa que ponga fin a ese malestar. Pero el tiempo pasa y pasa y ella no se muere, maldita sea.

Hasta que por fin la luz del día se cuela por un ventanuco rectangular. Sor Margarita entra armando un estruendo insoportable. Trae una bandeja con un café con leche y las dichosas galletas. El olor le hace sentir que lleva semanas sin comer. Quizá las haga.

—¡¡Venga!! ¡Arriba esos ánimos! ¡El médico no espera!

El médico se llama Víctor y tiene aproximadamente su edad. La de Bárbara, vaya. Treinta y muchos, casi cuarenta. Él le habla con voz lenta y tranquila, pronunciando con cuidado, como si fuera retrasada. Lucha por contener los escalofríos y centrarse en escucharlo. Lo hace porque recuerda que le interesa mucho, aunque en verdad no siente para nada que le importe.

—… son los síntomas típicos del mono de heroína, sí, y por lo que describes estás viviendo ahora mismo el pico.

Ella se asombra.

—¿Por una dosis?

El gesto de él le resulta críptico, pero siguiendo un extraño instinto se arremanga despacio. Él sigue hablando.

—En todo caso, hay unos síntomas que debemos tratar, ¿sí? Y dentro de unos días veremos si siguen o no esos delirios.

Escribe una pauta en un papel mientras habla. Pero ella ha dejado de escucharlo. Y es que, en efecto, allí están. Las huellas de pinchazos en su brazo son evidentes, incluso para ella, que solo los ha visto en el cine. Y no hay uno, no, sino muchos, confirma con pavor. No se atreve ni a tocarlos, como si temiera que fuesen a contagiarle algo.

—Yo no… no recuerdo. ¿Qué me pasa? ¿De dónde sale todo eso?

—No te preocupes de momento; ya nos ocuparemos luego. Concéntrate en ponerte bien.

Esto es una película de terror, una auténtica, absoluta y total película de miedo. La invade el pánico al pensar en esos pinchazos en su brazo, en quién se los habrá hecho y cuándo. Qué coño está pasando, qué le ocurre. ¿Y por qué no se acuerda de nada?

—¿Me estoy volviendo loca?

Él esboza una ligera sonrisa.

—Todos lo estamos un poco, ¿no?

Ella no le ve la gracia. Él lo capta a la primera. Se pone serio.

—La cuestión aquí es que la química de tu cerebro está alterada. Todo apunta a que sufres un episodio de amnesia aguda, pero el efecto de algunas drogas puede ser muy potente y no sabemos qué te has metido. Así que por ahora estamos a ciegas.

Qué le han metido, lo corrige ella para sus adentros. Pero lo peor es que esos pinchazos no son una alucinación ni parte de un reflejo engañoso, sino algo real, físico, en su brazo. Puede verlos y podría tocarlos si no le causaran tanta angustia. Eso no es un producto de un estado alterado de conciencia. Están allí, igual que sus rizos o que esos pies dos números más grandes que los suyos.

—Lo importante es que tu organismo se limpie y tu química natural se regule de nuevo. No es fácil, pero tampoco imposible. Y tú pareces fuerte.

Ella se agarra a eso y decide que sí, que se pondrá bien. Por eso se vuelve a su camastro y se esfuerza por dormir, anestesiarse, dejar correr las horas hasta que el mono haya desaparecido.

Sor Margarita la cuida. Le lleva pastillas y comida. A veces le coge la mano; otras, le toca la frente. A veces ella llora. Se suceden los días.

Suda, vomita.

No duerme. O duerme todo el día.

Y toma más pastillas.

Un día que se encuentra mejor consigue papel y un bolígrafo y escribe.

«Me llamo Bárbara» es lo primero que pone, como los chicos pequeños en el cole.

Al ver lo que ha escrito se lleva las manos a la boca, angustiada: esa es *su* letra. No la ha escrito con sus manos, de eso ya no tiene ninguna duda, pero la letra es la suya: esas bes que casi parecen eles, la ligera inclinación ascendente de las líneas… Todo. «No estoy loca», escribe justo a continuación. No puede estarlo porque esa es su letra, la misma de siempre. ¿Cómo es eso posible si ella es otra

persona, tal y como tratan de hacerle creer? Lee las dos frases varias veces, como si las palabras la anclaran en una realidad escurridiza. Lo escribe de nuevo. Y otra vez más. Muy pronto el folio está lleno, de arriba abajo, con la misma frase. *Me llamo Bárbara. No estoy loca.*

Cuando sor Margarita pasa por su dormitorio, ella le tiende la hoja con gesto triunfal. La monja la mira apenas un segundo mientras vuela por la habitación, poniendo, recogiendo y colocando.

—Qué letra más bonita —dice, quitándole importancia—. Mañana puedes escribir más si quieres.

—No, no lo entiendes. Es que esta es *mi* letra.

—Sí, claro que es tu letra, cariño. Y es preciosa, ya te lo he dicho. Pero ahora es mejor que descanses.

La monja se marcha sin darle ocasión a hablar, dejándola furiosa y frustrada. ¿Acaso no entiende que esas manos no son las suyas, que ese cuerpo no es el suyo, pero que esa letra sí lo es? Se rinde. Primero quizá debería comprenderlo ella misma.

Rabiosa, rompe el papel en pedazos, con la misma parsimonia sistemática con que lo llenó. Esa rabia le da un calor extraño, como si por fin pudiera respirar, aunque enseguida retorna el vacío y, al cabo de unas horas, el tiempo ha vuelto a recobrar la misma textura densa de antes. Sigue atrapada donde al principio.

Día tras día, el recuerdo de su propia imagen se torna más borroso. No así el de Mateo. Lo ve a todas horas, como en un GIF animado, girándose hacia ella con su avión en la mano. A menudo se esfuerza en rescatar otros momentos y se recrea en ellos, pero ese viene sin llamarlo, una y otra vez. Gradualmente, esa otra realidad —David, la oficina, su casa, su ropa, su cara— empieza a parecer parte de un sueño. De una fantasía, para ser exactos. Porque sus sueños, los de verdad, son agitados y convulsos y la dejan hecha polvo durante horas. A menudo durante días.

Para ahuyentarlos, Víctor redobla su medicación para dormir. Gracias a eso se amortiguan y ella logra recuperar la energía suficiente para abandonar la habitación y hacer algunas tareas

sencillas, aunque las pesadillas no se van del todo, no llegarán a irse nunca.

Manuel le encomienda trabajos fáciles. Los relacionados con el huerto son los que más le gustan: le llevan horas y la dejan agotada.

Se mueve con lentitud y se le nubla la vista por la combinación del haloperidol con la metadona. Ha aprendido a instalarse en el hoy y el ahora. Si mira hacia el futuro la abruma el pánico, y el pasado no es un lugar mejor en el que instalarse, por mucho que sus sueños se empecinen. Así que hoy y ahora va a arrancar esa hierba o a recoger esas judías y así, segundo a segundo, seguirá avanzando para escalar las paredes de ese pozo y para… Y se prohíbe continuar porque, como ya ha dicho, no hay futuro, al menos no por ahora.

Los días pasan. La depresión la devora. El café sabe a metal y las jornadas son interminables. El médico le explica que esa tristeza es la primera consecuencia natural de la abstinencia y que por eso precisamente es tan duro dejar las drogas. Superar el mono, las ganas incontenibles de consumir, no es lo más difícil. Lo peor viene después. Durante mucho tiempo, el cerebro no consigue fabricar la dopamina que obtenía de la sustancia a la que es adicto. Por eso casi todos terminan reincidiendo. No solo los yonquis: también los alcohólicos, los que no pueden dejar las tragaperras, incluso los que se enganchan a la comida, al amor o a las redes sociales. A cualquier cosa capaz de administrar pequeñas dosis de felicidad, por alto que sea el precio que se paga a *posteriori.*

Ella lo entiende. Lo entiende tanto que muchos días piensa que para vivir así es mejor morirse. Y agradece haber olvidado esos chutes que se supone que se ha metido, ya que si se acordara correría a buscar más heroína que la rescatase de la infelicidad. Por suerte, no tiene ni remota idea de dónde encontrarla. Le recetan sertralina y diazepam, que de manera progresiva le devuelven cierta estabilidad, aunque su «problema» no se ha resuelto en absoluto. Porque ella sigue creyendo que no es ella, y Mateo y su avión siguen

siendo la primera imagen que su cerebro rescata cada vez que le da un respiro.

Algunas tardes se refugia en la capilla, que es el único espacio silencioso del centro. Allí, como cuando era niña, se anestesia en la lectura. En ocasiones le cuesta concentrarse y se ensimisma durante largos ratos, en los que intenta establecer conexiones y buscarles un sentido. En esas ocasiones se repite el que se supone que es su nuevo nombre: Juliana. En el centro todos la llaman así y se va acostumbrando, aunque sigue sin reconocerse por completo en él. Sabe que la medicación la ralentiza y ha aprendido a rebajar sus exigencias, aunque a veces siente rabia y lucha contra ese sopor y esa bruma que la anulan, que le están haciendo olvidar quién es, que la están convirtiendo en otra. La tristeza se la traga a una muy deprisa.

Hasta que, uno de esos días que trabaja en el huerto, por fin ocurre algo que, al menos, consigue sacarla de esa espiral de vacío que amenaza con devorarla. Mientras arranca hierbas con torpeza, una inquietud que no sabe de dónde viene le hace levantar la vista para encontrarse con que, a lo lejos, Manuel conversa con una mujer rubia. Solo la ve de espaldas, pero la postura, la melena, el modo en que inclina la cabeza… no le dejan lugar a dudas. Por increíble que parezca, está ahí.

Se incorpora bruscamente. Sí. Es la impostora y está ahí, ante sus narices. Varias hipótesis atraviesan su embotado cerebro, tratando de abrirse paso. ¿Por qué allí, ahora, con ese descaro a plena luz del día? La respuesta le viene como un fogonazo. Ellos le están provocando esto: es una conspiración y Manuel está implicado…

Se acerca con toda la rapidez y el sigilo de que es capaz.

—Juliana, ¿qué pasa? —pregunta él, con cautela al verla.

Ella ya ha tendido la mano y agarra con violencia el brazo de la otra, que se ha girado al oír a su interlocutor, justo cuando la interpela.

—¡¿Qué has hecho con mi hijo?!

La rubia se alarma. Lo malo es que no es la impostora. Ni siquiera se parece tanto de frente. Lo advierte de inmediato, pero aún tarda unos instantes en soltarla, abrumada por el desconcierto.

—Perdón —murmura, avergonzada—. Me he equivocado.

Se da la vuelta y regresa despacio a su sitio en el huerto. El silencio es insoportable. La mujer la observa con una mezcla de susto y compasión. Él tampoco le quita ojo, preocupado.

Ella vuelve a agacharse y finge arrancar hierbas, como si no hubiera pasado nada, pero las manos le tiemblan tanto que apenas puede sujetarlas. La ahogan las ganas de llorar, aunque no lo hace.

Unas horas más tarde, Manuel la llama a su despacho. No va a tolerar agresiones en el refugio, la amonesta. Esa mujer es uno de sus benefactores habituales y se ha llevado un buen susto. Menos mal que es una bendita.

—Me confundí —se defiende—. De espaldas se parecía mucho a ella.

—Eso no es motivo para agredir a nadie.

—Pero es que no la agredí. Solo la agarré del brazo.

—Le dejaste el brazo marcado con los dedos —rectifica él.

—Ya te he dicho que me confundí. Estoy hasta arriba de las mierdas que me dais. ¿Qué quieres que haga? Vivo dentro de una nebulosa, esto es un puto infierno. Para vivir así te digo que…

Se interrumpe. No verbaliza lo que piensa, pero él, que no es tonto, lo ha entendido perfectamente. Y, en consecuencia, él también rebaja.

—He hablado con Víctor. Va a revisarte la medicación. Creemos que deberías ponerte en manos de un especialista. Dado que ya has pasado el mono, deberías intentar normalizar tu vida, ir armándote una rutina. Todo va a mejorar, ya verás.

Bárbara asiente porque está segura de que eso es lo que espera de ella, pero no cree que algo vaya a mejorar. No ve cómo.

A la mañana siguiente la acompaña a una comisaría próxima para hacerse el DNI. Allí obedece las instrucciones como un autómata. «Mira a la cámara», «pon el dedo aquí», «ahora el de la otra mano».

Cuando el agente le pide que firme el cartón que le pone delante, se queda desconcertada: no sabe cómo es la firma de Juliana. La tranquilizan al respecto: puede cambiar de firma cuantas veces quiera. Así que, con su propia letra, escribe J. R. R. y traza una línea por debajo.

—Es una firma muy bonita —la anima Manuel. Sí, lo mismo que dijo la monja al ver su letra.

Poco después recibe el documento que la acredita como Juliana Rodríguez. Lo coge con las dos manos y lo contempla como si fuera una sentencia de muerte. De regreso al centro está tan en *shock* que no abre la boca.

En la habitación, coge una hoja de papel. «Me llamo Juliana», escribe. Y debajo firma como J. R. R. Estudia el papel durante mucho rato. Luego tacha lo escrito una y otra vez, una y otra vez, hasta que no queda ni rastro bajo un espeso manchurrón de tinta.

Esa misma tarde, sor Margarita irrumpe en la capilla como un vendaval.

—Víctor quiere verte —le anuncia.

—¿Hoy? ¿Qué pasa?

Es extraño. Es miércoles.

Pero la monja probablemente ni ha escuchado sus preguntas, de tan rápido como se ha ido.

En la pequeña consulta se sorprende al encontrarlo acompañado por dos desconocidas. Las estudia con rapidez: una lleva ropa cara y la otra… La otra no. Tiene unos treinta años y la piel muy morena, como la suya ahora. Y si está allí, no es difícil imaginar por qué.

—¿No me conoces? —le dice con una voz que no le resulta del todo ajena. Se parece a la suya. A la nueva, piensa.

Al oírla siente uno de esos pinchazos incapacitantes que apenas le deja aliento para responder con un «no» rotundo y claro. La otra traga saliva antes de responder:

—Pues soy tu hermana.

5

Dice llamarse Mari Jose y lo que cuenta es inquietante. Afirma que Juliana ha padecido o padece trastornos psiquiátricos graves que el consumo de drogas ha empeorado. Hace unos meses anunció que se pondría en tratamiento en un centro bueno y caro, pero ella no la creyó. Juliana peca de fantasiosa, todo el rato inventando historias, a cada cual más disparatada. A ver de dónde iba a sacar ella el dinero para pagar semejante cosa. Y, aunque sí que se preocupó cuando desapareció, al fin y al cabo no era la primera vez, y siempre volvía. Creyó que en esta ocasión sería igual, pero está visto que se equivocó.

—¿Y cómo sé que realmente eres mi hermana? —la interrumpe, arisca. Se dirige al médico a continuación, como si las otras no estuviesen—. Dime, ¿cómo sabes que es quien dice? ¿Lo ha demostrado? ¿Has visto su documentación?

En un obvio intento de calmarla, él adopta un tono tranquilo y reposado.

—Hemos ido nosotros a buscarla, Juliana. Fuimos a la dirección de tu DNI y, aunque allí ya no vive nadie de tu familia… —empieza a explicar el médico.

Lo interrumpe.

—Es que yo no soy Juliana. —Es mala idea y lo sabe, pero la rabia la desborda—. Bárbara, me llamo Bárbara. ¿Lo entiendes, sí o no?

Tan pronto lo verbaliza se arrepiente. Su presunta hermana se tapa la cara, horrorizada. Víctor y la mujer de la ventana intercambian un gesto de preocupación cómplice. Sí, de sobra sabe cómo suena, y por eso no le sorprende lo más mínimo que a continuación ella se presente como psiquiatra. Se llama Raquel y la admiración con la que Víctor la mira es más que obvia. Se pregunta

si estarán liados y eso le origina un ligero malestar. No sabe por qué, pero le duele que Víctor se fije en otra que, además —evalúa crítica— es bastante poquita cosa. Aunque es cierto que cuando habla se reviste de una autoridad con la que se va ganando su respeto.

Raquel le explica que ha ido allí con la intención de emitir un diagnóstico, pero para eso, aclara, necesita su ayuda. Hablar con ella es lo primero, y mejor a solas, por lo que la invita a que salgan juntas al jardín. Al pasar por su lado observa que son casi de la misma estatura. Le pareció muy bajita cuando la vio, pero, claro, razona, también lo es ella ahora.

***

El cielo azul y despejado no impide que haga mucho frío. Los jardines en invierno transmiten algo desolador, aunque la débil caricia del sol le proporciona hoy cierto consuelo. Las dos caminan embutidas en sus prendas de abrigo: el de Raquel, sobrio y bien cortado, y el suyo, un plumífero cómodo pero anticuado del que se avergüenza. Se siente tentada a justificarse, a explicar que ella nunca llevaría por voluntad propia una prenda como esa, pero lo siente fuera de lugar, así que se lo calla.

En cambio, sobre lo «suyo» lo cuenta todo. Por primera vez desde que empezó esa pesadilla consigue expresarse con honestidad. Raquel no la cuestiona y solo la interrumpe para clarificar algún detalle o dejar claro que escucha y entiende. Es un alivio indescriptible poder hablar así.

—Y ¿cómo lo explicas tú? —inquiere ella—. ¿Qué crees que te ha pasado?

Aunque no lo sabe, durante estas semanas ha ido elaborando hipótesis, algunas de lo más absurdo y la mayoría más propias de un filme que de la vida real: cirugías de cambio de rostro, realidades virtuales, alucinaciones hiperrealistas… Le habla de *El rostro ajeno,* que, de hecho, es una de sus películas favoritas. En ella un hombre,

desfigurado por un accidente, consigue una cara nueva mediante una prótesis que termina por borrar su identidad.

—Una de tus películas preferidas —repite la psiquiatra—. Fíjate que a mí ni siquiera me suena.

Su tono amable no consigue encubrir lo que implica. Bárbara se corrige.

—He exagerado. Me refería a que me gusta mucho. Pero no estoy obsesionada con ella ni mucho menos.

Menos mal, piensa, que no le ha explicado lo de *La invasión de los ladrones de cuerpos.*

—Pero crees que puede haberte pasado algo parecido —pregunta, afirmándolo.

—No, claro que no —precisa—. Mi cuerpo también es distinto, no solo mis facciones. Y hay alguien que es idéntica a mí que me está suplantando. Como si nos hubieran intercambiado.

—¿Por qué querrían hacer eso? No suena fácil de organizar, en caso de que realmente se pudiera hacer. Pero si así fuera, ¿por qué tú?

Ha pensado mucho en ello, como es lógico, aunque lo que se le ha ocurrido es de lo más enrevesado y suena bastante ilógico. Por desgracia, no se le viene a la mente nada mejor.

—Trabajo en una empresa, grande, de seguridad informática, en la que manejamos datos sensibles que en las manos equivocadas supongo que podrían tener mucho valor. Y a través de mí, o sea, de mi biométrica, se puede acceder a mucha información crucial. Justo la mañana que sucedió acababa de cerrar un contrato con el Ministerio del Interior. Un acuerdo muy importante para llevar las redes del ministerio. O sea, terrorismo, seguridad nacional… Me cuesta creer que haya sido una coincidencia.

—Biométrica.

—Lo que usan para el FaceID. Tus huellas, tu retina, tu tono de voz. Hay un mundo ahí fuera del que los ciudadanos no sabemos ni la mitad. Incluso ni los que nos dedicamos a esto.

—¿Una empresa rival?

—No, eso no creo. Pero tal vez, yo qué sé, el gobierno chino, o los rusos, o…

Ella misma se horroriza al escucharse en alto. Nadie puede creer semejante sarta de disparates. Pero sigue sin encontrar un motivo más sólido y necesita agarrarse a algo.

Cuando ya no sabe qué más añadir, es Raquel la que, de forma pausada, comienza a relatar lo difícil que ha sido la vida de Juliana. Su hermana y ella huyeron de casa cuando eran unas crías. Mari Jose ha eludido las explicaciones detalladas, pero es fácil intuir que hubo abusos en el entorno familiar, ignora si puntuales o continuados. Ya en Madrid empezó a vincularse con gente poco recomendable. Era muy guapa —se corrige—; es muy guapa. Unas cosas llevaron a otras: consumo de drogas, prostitución, un novio en la cárcel por trapicheos…

—Vaya, no falta detalle —la interrumpe Bárbara, molesta—. Un estereotipo con patas.

Le enfada comprobar que la conversación no va por donde a ella le gustaría. Raquel ha obviado todas sus especulaciones y, además, la deriva que está adquiriendo no le agrada lo más mínimo.

—Las situaciones —replica su interlocutora— favorecen la repetición de patrones. Todos somos estereotipos si nos reducen a titulares…

—¿Y por qué nadie se ha molestado en compartir esta información conmigo?

—Queríamos estar seguros.

Bárbara no logra contener su malestar.

—¿Seguros de qué? ¿Y de dónde salen estos datos? ¿De la tía esa? A lo mejor ella forma parte del plan. A lo mejor tú formas parte del plan. —La expresión de Raquel la frena—. Ya sé, ya; crees que soy una pirada y, aunque has aparentado escucharme, tenías tu idea preconcebida cuando llegaste y no la has cambiado lo más mínimo, ¿no es cierto?

—Tu discurso es coherente y está muy bien articulado. Oyéndote cuesta creer que padezcas un trastorno psiquiátrico serio.

Bárbara hace un gesto de incomprensión mostrando las palmas de las manos y enarcando las cejas.

—Pero tú misma dices que no entiendes qué ha ocurrido. No tienes una explicación y nada de lo que dices resiste a un análisis basado en la lógica o en las evidencias que tenemos.

Es cierto. Y por eso se siente derrotada al oírlo.

—Tengo una teoría. Y sí, ya la tenía antes de venir, a partir de los informes que me pasó Víctor. Después de todo este rato escuchándote, sigue pareciéndome lo más plausible. Pero aún no es un diagnóstico, ni mucho menos. Es solo, como te he dicho, una hipótesis.

—¿Pero? —Bárbara ha detectado la duda en Raquel.

—Algunas cosas no terminan de cuadrar. Las referencias cinéfilas, la forma en la que te expresas… No parecen muy coherentes con lo que sabemos de Juliana.

Bárbara la anima a seguir.

—Podría haber una explicación para eso. ¿Has oído hablar del síndrome del idioma extranjero?

—No.

—Ben McMahon. Un australiano que se despierta en coma en un hospital. Lo último que recuerda es estar desayunando en su casa. Cuando empieza a hablar lo hace en chino mandarín. Se le ha olvidado del todo su lengua materna, el inglés; sin embargo, es completamente competente en ese idioma que estudió de niño, pero que nunca llegó a dominar.

—¿También se le olvidó el accidente?

—Sí, pero eso es más o menos habitual. Lo del idioma sí que es una locura. El área que normalmente se asocia con el lenguaje es el lóbulo frontal del hemisferio izquierdo, el área de Broca. Se ve que, en el percance Ben sufrió daños en esa parte del cerebro y, en consecuencia, otras secciones pasaron a asumir la responsabilidad de las zonas afectadas. Determinadas vivencias o conocimientos que tenemos muy enterrados pueden adquirir de repente un protagonismo inusitado.

—Piensas que tuve un accidente grave y que al salir del coma se han activado áreas de mi cerebro que me hacen creer que soy Bárbara. Pero que, según tú, yo siempre he sido Juliana —enuncia despacio, mientras ella misma trata de digerir qué implica lo que está diciendo.

—Creo que estás experimentado una fuga disociativa, probablemente vinculada con un daño cerebral. Y sí, el resumen vendría a ser eso que has dicho.

Bárbara guarda silencio y observa a su interlocutora con curiosidad, animándola a seguir.

—Es un episodio poco habitual relacionado con la amnesia. Puede durar horas, semanas o meses… Hay casos de lo más llamativos, personas que un buen día desaparecen y se instalan en otro lugar, sin saber por qué ni cómo han llegado allí y olvidando todo o parte de su vida anterior.

Lo que dice resulta tan inverosímil como ridículamente coherente. Vuelve a recordar la dichosa navaja de Ockham: si algo parece lo más lógico, por fuerza ha de ser verdad. Pero así y todo, está segura de que Raquel se equivoca. No puede argumentarlo, pero lo sabe.

—A veces —continúa— el paciente adopta una identidad nueva, por completo ajena a la anterior y que normalmente resuelve muchos de sus problemas. Espera. Te lo leo…

La psicóloga coge el móvil y localiza un artículo. Bárbara se inclina hacia ella, tensa.

—En los casos en los que se asume otra personalidad, esta suele tener rasgos más desinhibidos que la previa, pudiendo darse un nuevo nombre, elegir nueva residencia y dedicarse a actividades sociales complejas que estén bien integradas y que no sugieren la presencia de trastorno mental.

—¿Y qué lo provoca?

—Un episodio traumático, un golpe en la cabeza, consumo de drogas…

—O un combinado.

—Exacto.

En efecto, las piezas encajan, aunque le cuesta creerlo y admitirlo, y suena, desde luego, mucho más lógico que sus cábalas. Pero sigue sin creerlo.

—Y… ¿se cura?

—Sí. Aunque nunca me he enfrentado a un caso como el tuyo, lo que sé es que la mayoría de las veces los recuerdos originales terminan regresando. Puede llevar tiempo. Meses o incluso años.

Es demasiado para digerirlo de golpe. Por un lado, el diagnóstico ofrece una explicación lógica de lo que está pasando; por otro, la idea de haber sido otra persona durante toda su vida es abrumadora. E insoportable.

—Y si Juliana regresa… ¿qué pasa con Bárbara? —pregunta.

Raquel guarda unos instantes de silencio. Lo que va a decir no es fácil y lo sabe.

—Bárbara es una construcción, un mecanismo de defensa —explica, comprensiva—. Si Juliana vuelve, Bárbara simplemente… desaparecerá.

La posibilidad de desaparecer, de no ser real, la aterroriza. No quiere. No está dispuesta a consentirlo. Raquel le roza el brazo con empatía, lo que le provoca una oleada emocional que no sabe si la llevará a pegarle o a abrazarla. Pero no hace ninguna de ambas.

—Entiendo cómo te sientes, pero es importante que te enfrentes a esto con la mente abierta. Estamos para ayudarte a que te recuperes. O eso espero.

—Claro.

Claro.

Salvo que el problema es que no se quiere curar. Si por un segundo acepta que lo que le ha contado Raquel es verdad, prefiere seguir enferma de por vida. Ella es Bárbara y Bárbara quiere seguir siendo. Ella es la madre de Mateo, una mujer de clase media-alta, culta y con buen gusto, con una vida feliz y ordenada, y no una yonqui sacada de una película de Eloy de la Iglesia. No hace falta ser médico para entender que esa es justo la base del trastorno que la

doctora acaba de describirle, pero le da exactamente igual. Nadie va a hacerla cambiar de opinión. Nunca. De ningún modo.

***

Cuando finalmente se reúnen con los otros dos, la curiosidad se impone a las ganas de huir y olvidar lo que ha escuchado. Pide que la dejen un rato a solas con Mari Jose, si ella no tiene inconveniente.

Víctor le sonríe, alentador.

—Estoy muy orgulloso de ti, Juliana.

Cuando se quedan solas, su «hermana» saca del bolso un osito de peluche muy sobado.

—Mira —proclama, solemne.

Y ella mira, pero no ve nada. Supone que si lo ha traído es porque debe de ser significativo para ella, así que lo coge, lo aprieta fuerte y cierra los ojos, tratando de evocar algo, lo que sea. Pero nada.

—Es el Panchete —susurra Mari Jose—. ¿Te acuerdas?

Panchete, repite para sus adentros. Intenta absorber su olor y su tacto. Y entonces una imagen aterriza en su cerebro, poderosa, a todo color. Un peluche, sí, pero no este, sino un dragón de color verde, tras el que Mateo se retuerce de la risa. Su peluche favorito. El dragón rabudo. Que, desde luego, no es Panchete.

Abre los ojos y suelta el oso con cierta aprensión. Se gira hacia su presunta hermana.

—¿Qué? —interroga la otra, esperanzada.

—No estoy segura. No sé. —Por alguna razón, le sabe mal desanimarla.

Se la ve tan decepcionada que le da pena. Y por eso pone la mano, esa que no es la suya, encima de la de ella.

—Acabaré acordándome, ya verás.

—Ojalá.

—Tú y yo nos llevamos bien, ¿verdad? Somos amigas…

A la otra se le escapan dos goterones. Se impresiona al verlos.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo malo?

—Que reñimos la última vez y… —Abre las palmas de las manos, como si fuera su única forma de explicarse.

No entiende de qué le habla. La otra sacude la cabeza.

—Siempre he intentado cuidar de ti, desde que nos fuimos del pueblo… Y ahora… Mírate.

Saca un clínex reutilizado del bolso y se suena la nariz ruidosamente. Luego se pasa la manga por la cara, para secarse, mientras fuerza una sonrisa.

Entonces lo entiende. Se echa la culpa. Esa mujer se culpa de lo que le ha pasado, se repite asombrada. Una idea pintoresca, aunque no se siente legitimada para cuestionarla. Qué sabrá ella de la vida de esa gente.

—¿Soy buena persona? —le pregunta con curiosidad.

Mari Jose se queda perpleja y ella insiste.

—No es tan difícil. Soy buena persona, ¿sí o no?

La otra duda.

—O sea, no —se impacienta.

—Cómo no vas a serlo. Tienes tu genio, como todo el mundo, eso sí… Pero vaya preguntas más raras me haces, chica.

—¿Tú crees que podría hacerle daño a alguien? —insiste. No sabe muy bien por qué, pero de pronto la necesidad de saberlo se ha vuelto acuciante.

La otra parece a punto de echarse a reír:

—Mujer, si te dan, las devuelves —contesta.

—Como todo el mundo, ¿no? —añade Bárbara, con retintín.

—Te estoy tomando el pelo —replica Mari Jose, divertida—. De buena eres tonta, eso es lo peor que tienes…

Le alivia escucharlo, aunque tampoco termina de entender por qué le importa. O tal vez sí. En el caso de que la hipótesis de la psiquiatra tuviera sentido —que lo tiene—, necesita averiguar si es de ella misma o de su vida de lo que escapa.

Se le ocurre una idea.

—¿Te importaría hacer una lista de palabras significativas para mí? En un papel… Como Panchete. O Corral de Almaguer. No sé, el

nombre de nuestros abuelos, algún novio… —Se frena en seco—. Por cierto, ¿soy heterosexual?

—Ay, hija, pues tú sabrás. Me imagino que sí, siempre te he conocido novios, pero yo qué sé.

Supone que a Víctor no le importará, así que arranca un par de hojas de una libreta que descansa sobre su mesa.

—Hacemos eso, ¿vale? Tú apuntas lo primero que te venga en relación conmigo y yo hago lo mismo durante tres minutos. Cuatro, mejor.

—No sé si voy a saber…

—Sí que sabes. La clave es hacerlo sin pensar. Aunque sean chorradas, tú escribe lo que se te ocurra.

Mari Jose asiente. Ella pone un temporizador en el móvil y empiezan.

Estaba segura de que los cuatro minutos no le iban a llegar a nada, pero van por la mitad, y ya no sabe qué más escribir. Es porque empezó muy rápido, intenta consolarse, a sabiendas de que es mentira.

Repasa su listado: Mateo, David, el mar, mi portátil, mi butaca, el yoga, la pulsera de conchas, meditar, mi pluma, Corrubedo, Marga…

Creía que su vida estaba muy llena, incluso demasiado, pero ahora no lo parece. Siendo sinceros, una lista honesta solo incluiría a Mateo y Corrubedo, el pueblo gallego de los veranos de su infancia, que para ella sigue siendo sinónimo de la niñez y, por tanto, de la felicidad. Entre otras cosas porque lo asocia con sus padres, fallecidos ambos con pocos meses de diferencia cuando ella tenía veinte años.

Cuando suena la alarma lleva un buen rato sin escribir nada. La otra sigue en ello.

—No sé si lo he hecho bien —titubea—. Lo he puesto todo, como me dijiste.

—De eso se trataba, sí.

Cierra los ojos y escucha su listado.

Alberto, Paula, Juan, mamá, discoteca Niágara, tus sobrinos, la Merchi, Pitusa, la ropa, Aitana, *101 dálmatas,* cantar, las manualidades, Nino Bravo —Bárbara parpadea; ya casi ha perdido la cuenta, pero la otra sigue leyendo, como si no tuviera fondo—, la Virgen de la Muela, disfrazarte, vodka con naranja, Pablo, el Pistas, la calle del Cordel, Jamaica…

Abre los ojos. No, nada de eso significa lo más mínimo para ella, como ya esperaba.

—¿Jamaica? —pregunta—. ¿He ido a Jamaica?

Mari Jose le dedica una mirada estupefacta.

—No te joroba… Anda la millonaria… —se ríe—. No, hija. Jamaica era el país que te pedías cuando jugábamos a la pelota en el barrio. ¿No te acuerdas? El juego ese de «España declara la guerra a…». Tú siempre decías: «Jamaica».

Por un momento eso casi le suena e incluso se cree a punto de rescatar un recuerdo acorde con el relato. Pero puede que solo se lo esté inventando.

—Y también que irías allí algún día… —Comprueba la hora—. Oye, me tengo que ir ya, que mañana trabajo.

Antes de marcharse, esa hermana que le ha salido de la nada le ofrece su número de teléfono.

—No tengo móvil —protesta—. No me sirve para mucho.

—Para cuando lo tengas —responde la otra, con desparpajo—. Si te ocurre lo que sea, tú me llamas, pase lo que pase.

Obediente, anota el número en una hoja del cuaderno, que se guarda en un bolsillo. Es curioso cómo en tan poco tiempo ha empezado a necesitar tantas cosas. Ahora también le hace falta un móvil, vaya por Dios.

—¿Y qué hacemos con el piso? —quiere saber mientras se levanta.

Se sorprende.

—¿Qué piso? ¿Tengo un piso?

—De alquiler, sí, no muy lejos de aquí. El sitio donde vivías antes de esto —replica, apenada—. Pero ¿de verdad que no te acuerdas

de nada? Y, bueno, lo tienes si es que no te han echado, porque supongo que ya no lo estarás pagando…

Mari Jose suspira al ver el desconcierto en su rostro.

—Ya. Si al final me caerá el muerto a mí. No sé ni *pa* qué hablo.

Bárbara ha dejado de prestarle atención. Un piso, ha dicho. Un lugar propio desde el que regresar al mundo de los vivos. Al imaginarse desayunando allí sola mientras escucha las noticias o música en la radio, la invade una felicidad que hace mucho que no sentía.

Ese encuentro ha sido una mierda, sí, pero ha sacado algo en limpio. Por fin cuenta con una motivación inmediata y asumible: abandonar este sitio lo antes posible e instalarse en ese espacio suyo, esté donde esté y sea como sea.

Y, de repente, esa necesidad le parece una de las más urgentes que ha tenido en su vida.

6

Lo primero que hace al día siguiente es ofrecerse a ir al supermercado. Desde que está mejor lo hace a menudo. Le permite imaginar que su vida es la de antes y que, como un día cualquiera de entonces, está yendo a hacer las compras de su casa. Su casa, sí, esa que pretenden que crea que es hija de su fantasía, y no ese apartamento del que le ha hablado Mari Jose y que ni siquiera es capaz de imaginar, aunque haya decidido ya instalarse allí tan pronto vea la oportunidad.

Lo que sí, ahora camina con un miedo que ya nunca la abandona. Un miedo nuevo, que antes no tenía. Se ha vuelto cobarde. Le asustan la posibilidad de perderse, de que la agredan y de olvidar de nuevo un tramo de su vida. Esos meses que ha perdido la obsesionan. Son casi cinco, y eso es mucho: todo un verano, casi la mitad de un embarazo o incluso el tiempo de vivir un amor y hasta un desengaño. Por no hablar del hijo que le falta y de la vida que ya no es suya. Quizá por eso, si alguien la mira, su primer instinto es huir. Al descubrirse en un reflejo ya no solo le impacta verse tan distinta, sino también lo encogidos que están sus hombros, la cabeza tan gacha y el temor que le asoma por los ojos. Y, aunque confía en que en algún momento volverá a ser como antes, en el fondo duda que pueda ser posible. Las cicatrices emocionales dejan huellas físicas a menudo difíciles de borrar.

En todo caso, hoy el supermercado no es más que una excusa. Tiene otros planes y por eso sale a toda prisa, antes de que sor Margarita tenga ocasión de ofrecerse a acompañarla. Ha encontrado una tarjeta de transportes en el suelo del comedor y aunque la ha cogido pensando en que lo más probable es que no tuviera saldo, no quiere dejar de probar suerte. Si no funciona, algo se le ocurrirá.

Por fortuna, le queda un viaje, así que coge el metro, se baja en Chamberí y enfila *su* calle. Porque sí, sigue siendo su calle, que digan lo que quieran Víctor, Raquel, la Virgen Santísima o la lógica aplastante.

Hoy es jueves y los jueves «ella» lleva durante una hora a su hijo al parque próximo a su domicilio antes de la clase de inglés.

Ya es diciembre, pero no llueve ni hace demasiado frío, así que en principio nada les habrá impedido ir. Si Raquel acierta y se lo inventa todo, no estarán allí y a ella no le quedará sino afrontar la realidad que pretenden imponerle como verdadera. Pero si, por el contrario, es ella la que está en lo cierto, los encontrará en el parque, y entonces tendrá una prueba más de que no está loca. O, al menos, de que su locura es un poco distinta de la que le diagnostican.

Ha estado tentada muchas veces de hacer esto antes, pero no se ha atrevido. Sin embargo, la necesidad de saber se ha vuelto más poderosa que cualquier temor. Camina, decidida, hasta que un brusco vuelco en su estómago la fuerza a detenerse. La impresión es tan fuerte que la obliga a apartar la vista. Precisa todo su valor para mirar de nuevo. Allí, ante sus ojos, está Mateo, su Mateo. Se mece aburrido en un columpio como si la vida no se hubiera puesto bocabajo. Su niño adorado, ese niño al que ha añorado tanto que verlo allí, como si nada, la atraviesa en dos.

Le cuesta un esfuerzo sobrehumano reprimir la urgencia de ir corriendo a abrazarlo. Unos metros a su derecha, la mujer idéntica a ella está enfrascada en su *smartphone,* con el pelo rubio cubriéndole parte de la cara y, aun así, perfectamente reconocible. Y, sí, el parecido es asombroso: es como si se estuviera viendo en una grabación de vídeo.

La cabeza amenaza con estallarle. En parte, deseaba llegar a esa plaza y tropezarse con unos desconocidos o, mejor aún, no encontrar a nadie. Lo que fuera que le permitiera aceptar que está loca y emprender el proceso de curación. Pero, por el contrario, lo que ve la reafirma, aunque le falte una explicación lógica que le dé

sentido. ¿Estará muerta y será eso el infierno? Desde luego, es la hipótesis más sensata de las que ha barajado hasta el momento.

Debería irse antes de que se fijen en ella, ahí parada, vigilando como una psicópata a ese niño que se supone que no es suyo, pero que ella sabe de sobra que sí lo es. Su pequeño Mateo, cuya piel conoce al detalle, cuya risa es el mejor sonido del mundo, cuya voz resuena en su memoria cada noche en el camastro de ese sitio inmundo al que no le queda otra que llamar «casa». Basta. Con eso no va a ganar nada. A todo esto, la usurpadora apenas ha levantado la vista del móvil en ese rato y, por supuesto, no se ha percatado de su presencia. No puede odiarla más. Nunca ha sabido lo que es la envidia, un sentimiento que ahora la envenena, la recorre ponzoñosa, salvaje, incitándola a destruir a esa zorra que le ha arrebatado su mundo y ni siquiera tiene la decencia de disfrutarlo.

Aunque se quedaría allí el día entero, ha de regresar antes de que la empiecen a echar en falta y de que su actitud llame la atención de alguien. Resignada, se arrastra como puede de vuelta al refugio. Es una caminata larga, pero va tan abstraída que, cuando llega, el único recuerdo que conserva del trayecto es la pesadez que siente en las piernas. De la del alma, mejor ni hablar.

***

Esa noche decide tomar solo la mitad de cada una de las pastillas que le dan a diario. El resto lo tira por el desagüe. Otra vez le parece estar en una película, qué cosas.

Ya en su cuartucho, coge el libro que está leyendo y, con él en la mano, entra en el despacho de Manuel, que hace las veces de pequeña biblioteca.

Tras asegurarse de que no hay nadie cerca, se aproxima con sigilo al ordenador, que es el verdadero objetivo de su incursión. Lo arranca y tamborilea con los dedos en la mesa, impaciente. El equipo tarda una vida en responder.

Después de una eternidad, consigue por fin buscar en internet «fuga disociativa», «cambio de cuerpo», «enfermedades

psiquiátricas», «alucinaciones»… Los temas que ha barajado con Raquel. No quiere que nadie se entere de sus pesquisas, así que vigila la puerta por el rabillo del ojo, temerosa de que la descubran. Encuentra en un artículo dedicado a la realidad virtual algo que se asemeja bastante a su vivencia. Similar a la ilusión de la mano de goma, pero llevado al cuerpo completo. Empieza a especular. Se le ocurren hipótesis más y más disparatadas. ¿Y si existe Matrix? ¿O un Westland en el que ella constituya un fallo de programación? Pero la vida no es una serie de televisión. La explicación debe ser, por fuerza, mucho más sencilla.

Con manos temblorosas, abre Instagram y busca la cuenta @barbarabelin. Es un perfil privado. Le tiemblan las manos mientras va al icono de iniciar sesión y escribe su nombre de usuario y contraseña. Reprime un grito cuando, en efecto, funciona y accede a todas las… a todas *sus* fotos, se corrige.

En la última, Mateo coloca la estrella en lo alto del árbol de Navidad. Está de puntillas, pero ya llega, observa ella, conmocionada. El año pasado había necesitado subirse a una banqueta, que, por lo que se ve en la foto, ya no le hace falta. Ese es su árbol y está en su salón. Reconoce todos los adornos. Como para no hacerlo, si los compró ella. Siente ganas de golpear la pantalla y ponerse a gritar… Se contiene. Repasa con rapidez el perfil. Identifica la mayoría, pero al menos las últimas treinta le resultan desconocidas, entre ellas una en la que mira a cámara, feliz y segura de sí misma: 27 de agosto. Es el día de su cumpleaños, el número treinta y ocho. Y se lo ha perdido. Mierda.

Mueve la rueda del ratón hasta que localiza la primera que recuerda. Es del 15 de junio. Son sus manos (las suyas, no las de ahora) y las de una compañera de trabajo, mostrando sus anillos a juego. Les hizo gracia la coincidencia y por eso subieron la foto a Instagram. Identifica perfectamente cuál es el momento, dónde estaban, y también que ella ocultó un poco sus dedos porque llevaba la manicura sin hacer y las uñas de la otra estaban perfectas. Quién

podría inventar semejante cosa: por fuerza debe ser verdad. De ahí hacia atrás las reconoce todas.

Pega un respingo. Alguien viene. Se apresura a cerrar la sesión, borra el historial y, consciente de la urgencia, apaga el ordenador a machete. Tal vez con eso ha terminado de cargárselo, pero tampoco es que sea una gran pérdida, habida cuenta de la cutrez del equipamiento informático.

—¡Qué susto! No contaba con encontrarte aquí —se sorprende Manuel al verla.

De pie, junto a la estantería, ella se gira sonriente.

—Estaba buscando lectura, pero me está costando.

—Esto te queda chico, Juliana. Nunca había visto a nadie leer tanto. Hay una biblioteca muy cerca: puedo dejarte mi carné o puedes ir y hacerte uno tú…

Intenta disimular la emoción que le provoca la propuesta.

—Me encantaría, sí. ¿Crees que podría ir mañana?

—Claro —acepta él—. ¿Por qué no?

Coge de nuevo la novela de Jane Austen que ha usado de disculpa para entrar allí. Manuel le echa una ojeada desde la distancia.

—¿Ese te llevas? Pensé que ya lo habías leído…

Bárbara titubea. No creía que se hubiera fijado. Rápida, sale como puede del apuro.

—Sí, sí que lo he leído, pero es que si no leo antes de dormir no consigo conciliar el sueño. Como mañana voy a ir a la biblioteca, casi prefiero no empezar otro.

Manuel asiente, a pesar de lo cual ella se nota intranquila al pasar por su lado. Se mastica una tensión que no alcanza a descifrar.

Y es que él también está inquieto. Víctor le ha contado las conclusiones de la psiquiatra, así como las suyas propias. Ambos creen que lo más prudente sería ingresarla en un centro, sobre todo ahora que la visita de su hermana puede haber activado resortes inesperados. Es un caso grave, le han dicho: un episodio de fuga disociativa extrema en una persona con esquizofrenia. Él contestó

que nada de eso era asunto suyo, pero no ha podido evitar darle vueltas y lo cierto es que el comportamiento de Juliana parece justificar sus temores y advertencias. Está más rara de lo habitual y es evidente que oculta algo. Tanto que Manuel se pregunta si no debería hacer caso de las sugerencias de Víctor.

Mañana lo llamará y hablará con él de nuevo.

7

La biblioteca ocupa la mayor parte de un edificio construido en los setenta. El resto, un centro comercial obsoleto que goza ya del encanto de lo *vintage,* lleva décadas abandonado. Solamente una tienda de móviles resiste en una esquina. Todo allí respira decadencia.

En el interior se aprecia con claridad el esfuerzo ingente de las bibliotecarias para compensar el entorno a base de color y estímulos. El espacio está aprovechado al máximo con estanterías repletas que ocupan cada pequeño hueco disponible. En otras circunstancias se le habría hecho la boca agua, pero hoy los libros son lo que menos le interesa.

—¿Tenéis una zona multimedia? —le pregunta a la bibliotecaria nada más llegar.

—¿Quieres ver películas o escuchar música?

—No. Me refiero a ordenadores conectados a internet —explica.

—Están al fondo. Puedes coger cualquiera que esté libre.

Se siente tan ansiosa que se va sin tan siquiera dar las gracias, aunque cuando ve los equipos se le cae el alma al suelo: son casi tan antiguos como el de Manuel. Bueno, tanto no, pero poco les falta. Intenta revisar las especificaciones de uno de ellos por si puede agilizarlo de algún modo. Pero no, dado que el equipo tiene capada cualquier opción salvo el explorador. Sería más o menos sencillo resolverlo, calcula, y por un momento se siente tentada a hacerlo, pero no está para retos absurdos. Necesita una solución mejor.

Escruta el entorno. En una de las mesas cercanas, un chaval de unos diecisiete años teclea en un equipo *gamer* de última generación. Si con esa edad se ha comprado semejante bestia es

que le sobra la pasta. A él o a sus padres, tanto da. Y sí, la idea de robarlo se ha colado casi como de rondón en su cerebro, aunque ya sabe que es exactamente lo que hará en cuanto encuentre la oportunidad.

Se interrumpe. No, allí no puede robar un ordenador. Es, de hecho, una idea pésima. Seguramente no tardarán en vincularla con el Santa Lucía y, por tanto, en dar con ella. Mierda. Necesita ir a otro sitio. Coge dos libros de los estantes, casi al azar, y con ellos en la mano se dirige al mostrador.

La bibliotecaria se fija en el carné que le tiende, el que le ha prestado Manuel.

—Anda, ¿estás en el Santa Lucía?

Se felicita por haber tomado la decisión correcta. Bien, ese es el estado de alerta en el que hay que moverse. Sin errores. Sin descuidos. Como si siempre hubiera vivido en la clandestinidad.

—Manuel es un gran hombre, dale saludos de mi parte —continúa la mujer del otro lado del mostrador—. Eso sí, no necesitas usar su carné, puedo hacerte uno si quieres. Es gratis.

—No, hoy no. Tengo prisa.

La bibliotecaria insiste. No les llevará nada, es casi inmediato. Ella le contesta con una brusquedad que la otra acusa. Incómoda, acepta. Mientras sella los libros, revisa los títulos.

—Buena elección —aplaude.

No se ha parado a pensarlo, pero las novelas que ha cogido son de dos de sus autores favoritos: Kazuo Ishiguro y Emmanuelle Carrère. El asombro en la cara de la bibliotecaria le resulta ofensivo. Deduce que esos títulos no cuadran con su aspecto. Una idea que le molesta y la ofende a partes iguales.

Su aspecto.

Casi se ha acostumbrado a él. Aún la sobrecoge encontrarse de improviso en un espejo. Menos que antes, eso sí. A veces, de repente, le impresionan sus manos o sus pies, pero ha empezado a olvidar los detalles de cómo eran antes. No el conjunto, sino los detalles. Por ejemplo, recuerda que la primera vez que se tocó la

nariz le pareció muy grande. Más que la suya, desde luego, pero ya no es capaz de percibir la diferencia: diría que su cerebro ha eliminado información inútil y por eso cuando se lleva las manos a la nariz, solo encuentra lo que espera.

Sus rasgos son bastante bonitos, por cierto. Con ese rollo racial hasta podría ser guapa, con el corte de pelo, el maquillaje y la ropa apropiados. No eres feo sino pobre, decía, con razón, un meme reciente. No ayuda esa cara hinchada, de luna llena. Supone que es por la medicación, pero no podría asegurarlo porque desconoce cómo era antes… Antes de tampoco sabe qué. Es un cuerpo delgado, pero también endeble. Le faltan tono muscular y probablemente una alimentación correcta, aunque la base no está nada mal.

Ella, con sus treinta y ocho recién cumplidos, siempre ha creído no aparentarlos. Se cuida, come bien, gasta dinero en cremas de marca y corre nueve kilómetros al menos tres días por semana. Aunque ha sido madre y eso le ha dejado huellas, entre otros sitios, en la firmeza de su vientre. También su piel es fina, lo que hace que, si uno se fija bien, las arrugas en torno a los ojos sean bastante perceptibles.

Pero, al comparar su cuerpo con este que la transporta ahora, el de Juliana, no le queda sino admitir que la diferencia de edad, en efecto, se nota. Según su DNI, tiene veintisiete años. Eso sí, los dientes amarillentos exhiben varios empastes metálicos, la piel se ve bastante envejecida para su edad y su vello facial es muy oscuro. Y luego la ropa, que la hace parecer una mendiga. Se frena, irritada. Es que solo la libra de serlo la caridad del Santa Lucía. Si ni siquiera tiene para coger el metro y poder moverse hasta una de las bibliotecas del centro, que es lo que ha decidido hacer a continuación.

A ciegas, echa a andar, sin saber muy bien adónde. Cuando lleva unos quince minutos caminando se le ocurre que está bastante cerca del recinto cultural Matadero y allí está la Casa del Lector,

donde malo será que no surja la oportunidad de agenciarse un ordenador.

Le lleva diez minutos más llegar hasta allí.

Según entra comprueba que allí llama más la atención que en la biblioteca del barrio, por eso mismo fingen no verla. Es gente educada, a la que le gusta considerarse inclusiva, tolerante y cero xenófoba, así que simula no sorprenderse porque una gitana con sus pintas deambule por la sala. Y eso a ella le viene que ni pintado.

Se instala en una de las mesas con un par de revistas y se sienta a ojearlas, aceptando con rabia las miradas de soslayo que algunos le dirigen de cuando en cuando. Tarde o temprano dejarán de prestarle esa atención que percibe a la perfección, a pesar del esfuerzo de ellos por disimularla.

Tiene aún más paciencia que prisa, así que deja pasar un buen rato antes de levantar los ojos y registrar de nuevo, sigilosa, el movimiento de la sala. En efecto, por fin ya nadie se fija en ella. Contribuye a ello esa atmósfera soñolienta que se crea en el silencio de las bibliotecas. Un poco más tarde, por fin uno de los estudiantes se levanta para ir al baño, no sin lanzarle antes un vistazo dubitativo al equipo. Déjalo, déjalo, déjalo, ruega ella para sus adentros. Y, bingo, el chico se va sin él. Ha sido una mala idea, muchacho, te toca aprender para la próxima.

Es ahora o nunca. Se acerca y, con sigilo, desconecta el cargador del enchufe y coge el portátil. Abandona la sala con ellos bajo el brazo, rápido, pero sin correr. Ni siquiera el empleado de la sala levanta la vista de su pantalla cuando pasa por su lado.

Acelera.

Y sale.

Respira hondo, como si el ruido de la calle trajera también el oxígeno de vuelta. Un bus se para en la acera de enfrente, unos metros más adelante. Echa a correr para cogerlo. Llega justo cuando el vehículo cierra las puertas. Las golpea, desesperada. Tras una leve duda, el conductor las abre con una airada reprimenda, que Bárbara

acepta con la cabeza gacha, disimulando su euforia. A continuación, finge buscar dinero para pagar, a sabiendas de que no tiene.

—Deja, chica, que te lo pago yo —le ofrece una señora—. No pases penas por esto.

Le da las gracias con efusividad mientras el vehículo arranca.

Se hace un ovillo en uno de los asientos traseros, donde, por fin a salvo, se permite echar un vistazo atrás. Ya muy lejos, ve salir al estudiante, que mira hacia todas partes, desesperado. Y, pese a que lo lamenta por él, no puede evitar que se le agrande la sonrisa, aún más, aferrada a su tesoro.

***

Empuja la puerta del refugio con cautela. Ha envuelto el portátil con el abrigo que lleva colgado del brazo, pero sostiene los libros en la mano, bien visibles. El edificio, a esas horas, resulta tan sombrío como el primer día que llegó, aunque la familiaridad ha terminado por desdibujar sus primeros recelos.

—Estuve un buen rato tratando de escoger —aclara al llegar—. Me he traído estos.

Manuel no les echa ni un vistazo. Su argumento suele ser que le sobran novelas en su vida. Por lo menos es mejor que el «no tengo tiempo» con el que se justifica la mayoría de los no lectores.

—La bibliotecaria te manda saludos —añade—. Te ha puesto por las nubes.

Para su sorpresa, él se esponja en el elogio, una reacción que ella no sabe si le inspira pudor o ternura. Por primera vez intuye el punto de ego que se oculta tras su labor, sin duda meritoria. Y en lugar de quitarle valor, en su opinión eso solo lo humaniza. Sean cuales sean sus motivos, ahí está, currándoselo. Y a saber dónde estaría ella si él no le hubiera echado una mano.

***

El ordenador robado, por supuesto, está protegido por una contraseña. Con dedos temblorosos, inicia una secuencia de teclas que hace mucho que no usa, pero que recuerda al instante. El alivio la embarga cuando accede a la consola de recuperación. «¿Está seguro de restablecer el PC? Todos sus datos se perderán». Con una punzada de culpa, piensa en Mateo y en su necesidad de respuestas. Y, de ese modo, de inmediato se le borra cualquier posible reticencia antes de pulsar «Sí».

Listo. Si no fuera por el pequeño detalle de que la wifi del Santa Lucía va a pedales, podría navegar por el mundo entero a velocidad de crucero. Aunque para lo que necesita, es más que suficiente.

Enseguida se sumerge en un océano de archivos y correos. Colarse en sus equipos ha sido pan comido a través de un pequeño servidor doméstico que en su día no se molestó en proteger mejor porque pensó que nadie tendría interés en sus archivos personales. Que haya sido tan fácil le provoca una mezcla de alivio y frustración. Desde el servidor no solo accede de forma directa a gran parte de su información personal, sino que le sirve como puerta de entrada a prácticamente toda su vida digital, dado que el equipo está autorizado para entrar en sus cuentas principales.

Al igual que en Instagram, en Gmail los correos posteriores al 18 de junio —el día de la reunión del ministerio— le resultan desconocidos, a pesar de que mantienen una apariencia rutinaria y una absoluta fidelidad a su estilo. Deben de haberla estudiado muy a fondo para ser capaces de hacer eso. La imitación es tan perfecta que ella misma necesita cotejar las fechas de los mensajes para comprobar si los ha escrito o no. David no se habrá dado cuenta de nada. Un escalofrío le recorre la espalda al imaginarlo durmiendo con «eso» o incluso haciendo el amor con… Basta, se ordena. No pienses, trabaja. Sigue.

En cuanto al 18 en sí, solo hay dos. Uno de muy temprano que ella recuerda perfectamente y otro, que es la primera vez que ve, de las ocho de la tarde, en el que alguien —la otra— le ha enviado a su jefe un resumen del acuerdo alcanzado esa misma mañana en el

ministerio. ¿Cómo es posible? El mensaje es tal cual ella lo habría escrito y, sobre todo, completamente fiel a lo ocurrido allí. Es cierto que nada más terminar se la contó por teléfono a Marcos, pero, aun así… Empieza a ser consciente de la dimensión de la suplantación. Así y todo, es imposible tenerlo todo tan perfectamente atado: en algún sitio ha de haber un error. Y ella va a encontrarlo.

La única mención que halla relacionada con ella es en un chat con su amiga Marga, precisamente el día de octubre en que «despertó» en el callejón de Usera. Con el corazón bombeándole a lo loco, lee cómo la usurpadora cuenta que le ha pasado una cosa terrorífica esa tarde. La «cosa terrorífica», deduce, ha de ser el encuentro que tuvieron en la puerta del colegio, la muy cabrona. Marga contesta anunciando que la llamará en media hora y la charla termina allí. ¡Mierda! Ojalá hubiera también un registro de las llamadas telefónicas, pero no, no lo hay, así que se queda a oscuras respecto a los términos exactos de la conversación, aunque se la puede imaginar: «Una loca se presentó hoy a recoger a Mateo diciendo que era yo, figúrate, qué miedo. Sí, quiso llevarse al niño, pero claro, no se lo dieron, menos mal. Que muchas veces los critico, pero mira, esto lo han hecho bien. Luego nos persiguió. Se la veía completamente trastornada a la pobre. Tal vez haya perdido a un hijo. Una gitana, sí, ya ves. Si no fuera por el susto que me he llevado me daría hasta pena».

Así lo habría contado ella si estuviera en su lugar. Y sí, ha perdido un hijo. Pero no hay nada que más le joda en el mundo que dar pena. Y eso los que la han estudiado tan a fondo deberían saberlo de sobra.

***

Cada mención o imagen nueva de Mateo que aparece a lo largo de ese repaso concienzudo la sacude con violencia. En algún momento leyó que una ruptura sentimental provoca un dolor similar al de un infarto. Nunca ha tenido uno y no puede comparar, pero, en efecto, lo que siente es físico, real y desgarrador, un latigazo que la recorre

por dentro, desde el estómago hasta el pecho. No le sirve de nada prepararse para la siguiente vez. Ni por esas logra aliviar la dureza de cada impacto. Tanto que le dan ganas de abandonar, y lo haría si no estuviera convencida de que solo así podrá recuperarlo.

Las que más daño le hacen son las fotos de una visita a la Warner que ella no recuerda en absoluto, aunque sí haberla planeado. Hay muchas estampas del niño con orejas de Bugs Bunny y una expresión de asombro maravillado. «Ella» también sale en algunas. En particular, se queda prendida de una de esas fotografías automáticas de las montañas rusas en la que él grita con los brazos en alto y ella, con cara de pánico, le pone un brazo alrededor del cuerpo. Debería consolarle comprobar que al menos aparenta cuidarlo, aunque no es así. Le hace daño, sí, y mucho, pero sigue hurgando porque no puede o no sabe hacer otra cosa.

Es en el Calendar donde encuentra por fin una pista interesante. El 18 en cuestión aparece anotada a primera hora la reunión en el ministerio, recoger a Mateo a las 17:00 y, entre medias, un bloque de dos horas etiquetado como «Ramón C». Y después, a las 17:30, «Ramón C.» de nuevo.

¿Ramón C.? ¿Quién demonios es Ramón C.? ¿Y por qué iba a citarse dos veces con la misma persona el mismo día? La asalta un vago recuerdo, que se le escapa al intentar apresarlo, como ocurre con los sueños. Y entonces, sin transición, llegan las imágenes: un destello de un portal, una mujer con un abrigo *beige* con Mateo de la mano, una desconocida que se inclina sobre ella, luces blancas, fluorescentes. Un fogonazo. Es demasiado rápido para poder atraparlo. El estómago le da un vuelco. Siente como si le clavaran millones de agujas en el cráneo… Se aprieta las sienes y se obliga a respirar con lentitud, seis segundos en la inspiración, retención de aire, seis segundos de espiración. Y así, paulatinamente, el dolor cede y le devuelve el control.

Y entonces, por fin, cae en la cronología de Google Maps.

En esa «máquina del tiempo» retrocede hasta el 18 de junio. Allí está todo: su recorrido de primera hora de la mañana, el rato que

estuvo en el ministerio, el trayecto a pie hasta el cruce donde termina su memoria y —el corazón se le acelera— un desplazamiento en coche que arranca allí y termina en… el barrio de Usera. Es su primer hallazgo sólido. Sin embargo, la ubicación que marca el mapa no parece el callejón en el que ella despertó y la aplicación tampoco indica la dirección exacta. Es más, le pide a ella que confirme el lugar. Ya le gustaría. Revisa las opciones que le ofrece. Un bar, una farmacia, un edificio de investigación, un parque… Los busca en Google, a ver si alguno le dice algo. Y entonces, pum, allí está, tan nítido que impresiona.

El centro de investigación. Está dedicado a las ciencias neurológicas y lleva el nombre de… Ramón y Cajal. Se da cuenta al instante: Ramón C. no es una persona, es ese sitio. Ella nunca ha estado allí y, sin embargo, percibe una familiaridad perturbadora, como un *déjà vu*.

La página web del sitio presenta, con un diseño minimalista, diversos objetivos genéricos relacionados con la investigación en temas sanitarios. Cuenta con numerosos departamentos. Uno de ellos dedicado a las enfermedades psiquiátricas. Se pasa un buen rato analizando sus publicaciones: adicciones, patologías alucinatorias, trastornos de la personalidad… Todo parece aludir a ella, tanto que no le sorprendería encontrarse su foto ilustrando alguna de las entradas.

Fuera empieza a amanecer. Dado que pronto será de día, decide que irá allí de inmediato. Necesita averiguar qué demonios hay en ese lugar y cómo se conecta con ella. Se pone en pie con energía. Al hacerlo, todo empieza a girar: han sido muchas horas ante una pantalla en una noche demasiado larga. Se apoya en la ventana para no caer. Y entonces lo ve: un coche parado fuera, con un hombre dentro, que la mira fijamente.

Su corazón se dispara. Retrocede instintivamente, pero se obliga a asomarse de nuevo. Sin embargo, el coche ya no está. Lo peor es que ha ocurrido tan deprisa que no sabe si de verdad estaba allí o si se lo ha inventado. Ya no puede fiarse ni de ella misma.

8

Antes de irse pasa por la cocina a coger un ibuprofeno, con la vana esperanza de que le alivie del malestar punzante que parece decidido a instalarse en su existencia. Se toma la pastilla y luego recorre los cajones. ¿Debería llevar algún tipo de arma para defenderse? Quizá un cuchillo de los grandes. ¿Sabría qué hacer con él llegado el caso?, sopesa acariciando el mango.

—Anda que has madrugado hoy…

La inesperada voz de la monja la impresiona tanto que le provoca un leve ataque de risa, con un punto de histeria.

—¿Estás bien?

Sor Margarita la mira con recelo. Se ha dado cuenta de lo rápido que se ha apartado del cajón, como si la hubieran pillado en falta. Le dan ganas de explicar que no es lo que parece, pero *excusatio non petita*…

Respira hondo y trata de recomponerse.

—Me he asustado. No esperaba que hubiera alguien despierto a estas horas… —argumenta, con una sonrisa fingida.

—Ni yo. —Sor Margarita no le quita los ojos de encima—. ¿Qué buscas?

—Algo para la cabeza. No he pegado ojo esta noche.

—¡Ay, pobrecilla! No hay nada peor que no dormir.

La monja se acerca y cierra el cajón mientras la aparta suavemente.

—Está aquí —aclara, señalando el aparador alto de donde ella lo ha cogido poco antes—. Toma.

Le tiende una pastilla y un vaso de agua. No sabe de nadie que haya muerto de sobredosis de ibuprofeno y tal vez así le haga efecto, así que se la traga sin rechistar.

—Me vuelvo a la cama entonces, si no te importa —opta por decirle—. A ver si duermo un par de horas.

Sor Margarita la despide tensa.

Y sí, se va de verdad porque ese encontronazo le ha dejado claro que no está en condiciones de ir a ningún lado, con los nervios tan a flor de piel y ese malestar que solo va en aumento. Irá al Ramón y Cajal después de haber dormido un rato. Lo malo es que no consigue pegar ojo. El dolor no cede y le cuesta apagar el remolino de ideas que no paran de girar, enloquecidas. Enloqueciéndola.

Tras una hora dando vueltas se resigna a levantarse. Si se asoma ahora se verá obligada a ayudar a sor Margarita y a Manuel y no podrá irse, aunque, a cambio, tal vez logre ahuyentar los pensamientos obsesivos. Una pura fantasía.

A lo largo de esa mañana interminable, ordena un pedido, ayuda en la cocina y luego colabora con la monja en servir la comida, limpiar y recoger el comedor. Pero su cerebro sigue imparable, centrifugando sin descanso la información reciente y obligando a brazos y piernas a arreglárselas como puedan. No es capaz de dejar de darle vueltas a qué relación guarda el Ramón y Cajal con lo que le ha pasado. Porque está segura de que algo hay.

—¿Por qué no vas a echarte un rato? —le propone la mujer, consciente de su ausencia—. Lo que has dormido por la mañana y nada es todo uno.

—No. Lo que haré es salir a despejarme cuando acabemos. El aire me hará bien.

—Vete ya, si quieres. Pero no le digas a Manuel que sales.

—¿Por?

—Por nada. Hale, corre. Vete, que me está dando una cosa verte…, que pareces más del otro lado que de este.

Bárbara le sonríe, agradecida. A punto de marcharse, se le ocurre una idea.

—Oye, Marga… ¿Crees que podría pedirle un poco de dinero a Manuel a cambio de…?

Señala el comedor, pero se refiere a su trabajo allí, en general. Y es que necesita efectivo de inmediato. Le hace falta un móvil para poder seguir con sus investigaciones. Y para volver a la vida de los vivos, sin más.

La monja reflexiona.

—Aquí andan las cosas muy justas, Juliana, y no sé yo si será el mejor momento para plantear esto. Si lo que quieres es cobrar un salario…

—Tanto como un salario… Algo, para mis gastos.

Sor Margarita apoya la escoba y saca un bote de galletas de uno de los armarios. Estudia a Bárbara con una seriedad que da forma a una advertencia silenciosa. Dentro del tarro hay unos cuantos billetes, de los que aparta uno de cincuenta.

—¿Más? —inquiere, con él en la mano.

Sí, claro, necesita mucho más, pero ya ha entendido que debe encontrar otra forma de conseguirlo, por mucho que se lo haya ganado de sobra. Y eso que allí ha trabajado muy duro. En verdad, nunca había invertido semejante esfuerzo para un rendimiento tan miserable, ni siquiera cuando arrancaba su carrera profesional.

—Debería buscarme un trabajo —dice, a modo de respuesta.

—Una idea excelente —replica la monja, que añade otro billete de cincuenta. Le pone ambos en la mano y la cierra sobre ellos, sin soltársela.

—Prométeme que no vas a hacer ninguna tontería —la insta, mirándola fijamente.

Tarda unos instantes en entender. Por un momento ha creído que era capaz de leerle la mente. Hasta que por fin pilla lo que insinúa la religiosa.

—No voy a comprar drogas si es eso lo que te preocupa —la tranquiliza—. Ya sabes que ni siquiera sabría dónde encontrarlas, aunque quisiera. Pero es que no quiero.

***

Hay una pequeña caminata desde la parada de metro hasta el centro de investigación Ramón y Cajal. Durante el trayecto, se detiene en una tienda de móviles, donde se agencia uno barato, de segunda mano, con una tarjeta prepago. Ahí van ochenta de los cien euros. No ha hecho mala compra. El teléfono cuenta con una cámara de calidad razonable y sus especificaciones no están del todo mal. Lo estrena copiando el número de Mari Jose. «Hermana», escribe, sin saber si reír o llorar.

El colegio no queda de camino, pero está cerca, a siete minutos andando. Y son las cinco menos diez. Como si tuvieran criterio propio, sus pies se encaminan al recinto escolar. Y, a pesar de que no es buena idea, allá va, poseída por una fuerza superior a su voluntad. Al menos hoy tampoco va a llegar tarde.

Se para antes del portalón. Desde allí ve el patio de entrada. Lejos, pero lo ve. Están saliendo los pequeños. Son muy graciosos, diminutos oseznos torpes, con sus gorros, sus bufandas y unas manoplas que acentúan, si cabe, su impericia. No hace nada que Mateo era como ellos y ahora ya es un niño grande. Y por eso mismo no quiere perderse ni un minuto más de su vida.

De golpe procesa que su hijo ya va a primero de primaria: ha cambiado de curso en esos meses «desaparecidos». Una cosa más que le han arrebatado. Intenta tranquilizarse. No es tan importante, no le habría prestado mucha atención de haberlo vivido. Y qué más da. Eso debería haberlo decidido ella, no pueden imponérselo otros. Esos otros cuya identidad espera descubrir en breve. Y que entonces se las pagarán, vaya que sí.

Esa tarde es David quien lo recoge, menos mal. Los vigila desde lejos. El niño parlotea sin cesar y su padre le sonríe distraído mientras se alejan de ella, dejándole un hueco como si alguien hubiera metido una cuchara de helado gigante en su interior.

***

Lo que encuentra al llegar a su destino la decepciona. No sabe qué esperaba, pero allí todo exuda normalidad. El Ramón y Cajal es

como cualquier otro edificio de su estilo: varios volúmenes cuadrangulares de color blanco y una diminuta zona verde que los rodea. Podría ser un centro de salud o una sede administrativa más.

Decide rodearlo en busca de algún indicio y, al hacerlo, experimenta otra vez la sensación de *déjà vu,* que tantas veces la asalta desde el cambio, pero que en esta ocasión bien puede deberse a lo poco que ha dormido. Los *déjà vu* no son más que un mal funcionamiento del cerebro, que procesa el recuerdo de la percepción antes que la percepción misma. Su intuición de que esta no es su primera visita a ese lugar puede ser debida a uno de esos fallos, una simple autogestión o la verdad. No hay forma de saberlo.

El portal exterior está cerrado. Junto a un pequeño telefonillo, una placa discreta reza: «Fundación Ramón y Cajal. Investigación en neurociencias. Centro clínico. Horario de atención al público de 8:00 a 15:00».

Aun así, llama. La asalta como un relámpago un fugaz destello de sí misma cruzando ese portal. Bueno, para ser exactos y en este caso la precisión es crucial, ha sido un fogonazo que excluye su rostro, en el que se ve con una gabardina… *Beige,* sí. No, se corrige. Era un abrigo. Y para su desesperación, la imagen que trata de evocar empieza a transformarse a medida que baraja posibilidades, enfrentándola a la total falibilidad de su memoria. Si ni siquiera puede confiar en el recuerdo de algo tan nimio, cómo no va a cuestionárselo todo.

Nadie contesta a su llamada. Lo intenta un par de veces más, pero el edificio parece muerto.

Por unos instantes valora saltar el muro y ver qué encuentra en el interior. Enseguida lo descarta. Por mucho que esté cogiendo soltura con eso de delinquir, no es plan que la detengan allanando una propiedad privada.

En ese momento, una voz sale por el telefonillo. «¿Hola?», dice, en medio del ruido típico de una mala conexión. Y es entonces cuando, puf, un pinchazo intenso le taladra el cráneo y todo a su

alrededor funde a negro. Como la vez anterior, logra pensar justo antes de que se le apaguen los plomos y se haga la oscuridad.

***

Recobra la conciencia con la sensación de haber tenido un sueño extraño. Hasta que se ve las manos. No, por desgracia no era un sueño y sigue aprisionada en un cuerpo que no es el suyo.

—Se está despertando…

Sobre ella se inclinan un chico y una chica muy jóvenes.

—¿Te encuentras bien? —pregunta ella.

Al intentar incorporarse, una ráfaga de imágenes la inunda. Destellos escurridizos que vienen y van sin darle margen a procesarlos, que se le escurren como si intentara agarrar agua. Pero que le dejan la sensación clara de que, sí, en efecto ha estado allí y de que le da miedo. Tanto es así que está temblando.

—Tranquila —interviene el chico—. Voy a llamar a una ambulancia, ¿vale?

De tranquila, nada. Lo que quiere es irse, y cuanto antes. Es como un animalito que se ha metido en la trampa por voluntad propia, será estúpida. Aunque nada a su alrededor resulta atemorizador, empezando por esos dos chicos superados por la situación.

—No, no hace falta la ambulancia… ¿Cómo he llegado aquí?

—Llamaste al timbre, varias veces —aclara ella—. A estas horas el centro está cerrado, pero como insistías fui a mirar y te vi caer redonda por la cámara.

—Por la mañana hay médicos, pero ahora solo estamos nosotros —completa él—. Somos investigadores.

—Ni siquiera. Somos becarios —matiza su compañera.

Intenta ponerse de pie, pero la vista se le nubla otra vez.

—¿Quieres una Coca-Cola? —propone ella—. Si es una bajada de tensión te vendrá bien.

—La Coca-Cola es un asco —rebate él—. Deberían prohibirla. Es solo azúcar.

—Pues precisamente por eso es buena para esto —replica ella.

Mientras discuten, Bárbara se esfuerza por apresar alguno de los fogonazos que siguen sucediéndose en su cerebro. Es como despertar de una pesadilla de esas que te dejan un poso de inquietud que vuelve por oleadas y del que, sin embargo, es casi imposible asir el recuerdo que lo provocó.

—Yo insisto en que hay que llamar a una ambulancia —le escucha decir a él.

No. Ni de broma. No va a consentir que se la lleven a ningún sitio.

—No, no. Estoy perfectamente, en serio. Voy a llamar para que me vengan a buscar.

Mari Jose se alegra mucho al oírla, hasta que le cuenta el motivo de su llamada.

—Pero ¿qué haces ahí? Si estás en el otro extremo de Madrid. Me va a llevar la vida llegar…

—¿Cómo vienes? ¿En taxi?

—En taxi, dice. Sí, claro, como si fuera millonaria.

—Lo pago yo, no estoy para coger el metro. —Duda—. ¿Llegan veinte euros para ir y volver?

Hay un breve silencio al otro lado de la línea. Bárbara insiste.

—Por favor, no me dejes aquí. Y ven pronto. —Pone en su súplica toda la intensidad de la que es capaz.

La espera fuera, apoyada en el muro de la entrada, con la chica, que se ha ofrecido a hacerle compañía. Allí por fin se siente a salvo y, ya que está, decide intentar recabar algo de información.

—Dijiste que eres investigadora. —La joven lo confirma—. ¿Y qué investigas?

—Trabajo en inteligencia artificial. Que ahora está muy de moda, pero te aseguro que cuando empecé a interesarme por ella me trataban de pirada.

—¿En serio? Me interesa mucho.

—Sí, todo el mundo está a vueltas con eso.

—En mi caso, el interés es anterior, como te pasa a ti —argumenta, picada—. Mi proyecto final de carrera iba sobre

prevención de ciberataques mediante inteligencia artificial. Mi propuesta era que la IA aprendiese el *modus operandi* de los virus informáticos, y pudiera predecir su evolución o anticiparse a ellos.

Su interlocutora la mira boquiabierta, como si fuera un pato que de repente se hubiera puesto a recitar a Shakespeare.

—Perdona, no sabía que tú… —La chavala parece buena gente y se la ve molesta consigo misma por haberla juzgado desde el prejuicio, lo que hace que pase a caerle bien—. Tu proyecto suena muy interesante. ¿Lo conseguiste?

Bárbara sonríe.

—No. Abandoné. Mi investigación fue una de esas que sirven para invalidar la hipótesis de partida. Aunque no era mala idea: seguro que alguien consigue que funcione.

—Seguro. Y se forrarán, ya verás. Entonces, ¿has venido por algo relacionado con tu proyecto?

—No, qué va. Es una larga historia. De hecho, creo que me confundí de sitio.

—Ah, vale. Es que te iba a decir que aquí solo nos dedicamos a investigaciones neurológicas. Todos los proyectos versan sobre la mente humana, desde distintas áreas. No guarda mucha relación con lo tuyo.

—No, pero suena fascinante.

—Y lo es —replica ella, entusiasta.

—¿Y en qué trabajas exactamente?

Su curiosidad es genuina. En otra vida ella podría haber sido esa chica, que suelta una risita sorprendida por ese interés que no suele despertar cuando explica su trabajo.

—Te va a sonar a ciencia ficción. Formamos parte del proyecto Human Brain. ¿Lo conoces?

—No. —Y es verdad. Ignora de qué le habla, pero de pronto entiende que, sin haberlo pretendido, se acerca por fin a lo que busca. Se tensa.

—Normal. Casi nadie lo conoce. Y no lo entiendo, porque es bestial. Hay un montón de laboratorios trabajando en él.

Pretendemos construir un cerebro digital.

—¿Con qué objetivo? —Intenta imaginar cómo sería ese cerebro, si tendrá forma o algún tipo de entidad.

—Pues para muchas cosas. Entender su funcionamiento, hacer simulaciones sin necesidad de intervenir en uno real…

—¿Implantar recuerdos falsos, por ejemplo? ¿Se puede?

—Vaya que sí. Con ratones. Cogen a uno que nunca ha estado en un laberinto y le «colocan» la memoria de otro que ya ha aprendido dónde está el queso. Y pum: va directo a por la comida a la primera. No me digas que no es para caerse de culo.

Lo es. Pero los suyos no son falsos. Si lo fueran no serían coherentes con los correos, con el Calendar, con las fotos de Instagram… Lo único que diferencia un recuerdo falso de otro que no lo es, es la realidad. Eso los distingue. Y eso le da la razón. Y punto.

—¿Y cómo lo consiguen? —continúa.

—Ni idea. Es que esa no es mi área. Lo mío es bastante menos lucido: análisis de grandes cantidades de datos como parte del HPAC… —La chica se percata de la mirada perdida de Bárbara—. Te estoy aburriendo.

No, no se aburre. Al revés. Solo intenta digerir y fijar toda esa información. De hecho, se tiraría allí horas interrogándola, pero justo entonces llega Mari Jose. Menuda putada haberla apurado tanto.

Nada más bajarse del taxi «su hermana» no le da opción y la abraza, apretándola con fuerza. Tanta que está al borde de las lágrimas. Pero no porque le haga daño, sino porque lleva varios meses sin tocar a nadie, y de pronto esa carencia se convierte en lo más importante del universo. Nunca habría imaginado cuánto.

—¿Estás bien? —le pregunta mientras la agarra por los hombros y la aleja para verla mejor, sin soltarla.

Le acaricia la mejilla y ese detalle tan simple provoca, ahora sí, que una lágrima siga la trayectoria de su mano. Solo una.

—No, no, no llores. Ahora no. Para llorar era lo de antes.

Mari Jose la abraza de nuevo y, por primera vez desde que empezó esa pesadilla, Bárbara le ve ventajas a haberse convertido en Juliana. Y es ella la que, aprovechando el abrazo, se aferra a su hermana como la náufraga que es.

—¡Oye, que me vas a romper! —protesta la otra, entre risas.

Al soltarse, se da cuenta de que la acompaña una niña de unos siete años, que no le quita ojo. Consciente de su sorpresa, Mari Jose se gira hacia la pequeña, rápida.

—Venga, saluda a la tita, no te quedes ahí como una boba, anda. —Mira a Bárbara con aprensión—. Porque de la Merchi sí que te acuerdas, ¿verdad?

El susto que asoma a los ojos de la cría la conmueve de tal forma que dice lo único que cabe decir y que, por supuesto, es lo mismo que le sugieren las pupilas de su «hermana», clavadas sobre ella con fiereza.

—Claro, cómo no me voy a acordar…

Aliviada, la cría salta hacia ella y la abraza. Su fragilidad la impresiona. El cuerpo de su hijo es sólido y como mínimo el doble de ancho que el de esa niña, que, por contraste, se diría que en cualquier momento se podría quebrar como una rama.

—Le conté que iba a buscarte y se ha empeñado en venir, imagínate —explica su madre—. Y eso que mañana tiene cole.

A Bárbara le impresiona darse cuenta otra vez de que para esa gente «ella» es importante. Tanto como ella —la auténtica— lo es para David y Mateo. Bueno, no tanto, se corrige. Una hermana no es como una pareja y una sobrina no tiene nada que ver con un hijo. O eso cree.

Ya en el taxi, les pide que la lleven a su casa. A la de Juliana. Mari Jose tiene sus reticencias, pero al final accede porque, explica, no queda muy lejos del Santa Lucía y luego podrían volver andando. De camino, Merchi le coge la mano y el contacto de su palma blanda y su piel suave la impacta dejándola sin habla. La niña le lanza ojeadas furtivas, a las que ella contesta con una sonrisa que le cuesta la vida. Debería ser Mateo, y no ella, quien la cogiese así.

Pero eso es algo que, desde luego, no es culpa de la cría. Así que le aprieta la mano con fuerza y la acerca a ella, como habría hecho con su propio hijo.

9

La calle se llama Ramón Gómez de la Serna. Ni le suena. A cambio sí que recuerda haber leído algún libro del escritor que le da nombre. Está en el barrio de Peña Grande, le explican, pero ella se siente como en un país extranjero mientras estudia las calles por las que circulan, en las que inmigrantes y gente de edad avanzada se mezclan en un desmoralizador paraje suburbano.

—La Vaguada queda por aquí, ¿no? —Trata de ubicarse aferrándose a algo que sí conoce.

—A media hora andando —apunta el taxista.

La carrera son treinta y cinco euros, que Mari Jose paga a regañadientes. Se niega a aceptar los veinte que Bárbara le tiende.

—Guarda, anda, que te hacen más falta a ti.

Luego le señala el portal.

—¿Se te va haciendo el acordante?

Se encoge de hombros. Con buena voluntad, podría interpretarse como un «sí», aunque lo cierto es que significa todo lo contrario.

—Que sepas que te lo he adecentado —continúa su hermana—. Estaba hecho una pocilga. Y la montaña en el fregadero, media vida me llevó. A ver si te vuelves un poco limpia, que ya tienes una edad.

Suben en el ascensor hasta el cuarto piso. Huele a perro mojado. Le da asco. Se le ha debido de escapar una mueca inconsciente, dado que la otra reacciona de inmediato.

—Eso es la del segundo, que tiene demasiados bichos.

—A mí me gustaría tener un perro —interrumpe Merchi.

A Mateo también. Le encantan, pero ni siquiera intenta pedir uno porque tanto David como ella se niegan. «Lo que faltaba, un perro, con la vida que llevamos», le han dicho siempre, al unísono casi. Una de las pocas cosas en las que están de acuerdo.

Parecido a lo que responde ahora Mari Jose mientras el ascensor avanza.

—Lo que nos faltaba. Con el trabajo que dan.

No son tan distintas, después de todo.

Al salir aún les falta por subir un tramo de escaleras. Frente a él se alza un cortafuegos, que al empujarlo deja a la vista un pasillo estrecho, flanqueado por varias puertas. Su asombro debe de ser tan obvio que la otra responde con una risotada.

—Pues no te esperarías el Ritz…

Cuando entran, le tiende el móvil a la niña, para que no les dé la lata. Bárbara se fuerza a no decir nada: ella no le permite a Mateo jugar con el suyo, es muy rígida al respecto. Es cierto que esta niña es un poco mayor que él; aun así, le parece una inconsciencia dejar un teléfono con internet en manos de un crío. Pero tampoco está en situación de dar lecciones a nadie, así que se calla.

«Su» casa no es más que un trastero de veinte metros cuadrados. La lavadora está dentro del armario, en el que la ropa se amontona de cualquier manera. Una especie de biombo separa la zona de estar del dormitorio. Este último consiste en una cama de noventa y una pequeña mesa a rebosar de barras de labios, peines, collares, tarros de crema, revistas y papeles.

Junto a la mesa, un espejo de cuerpo entero le devuelve su reflejo. Allí está Juliana, en su mundo, rodeada de objetos que a ella le son por completo ajenos.

Un corcho repleto de fotos, tarjetas de visita, folletos de pizza y alguna entrada cuelgan de la pared situada sobre la mesa. Se acerca a estudiarlo. En las instantáneas sonríe, enseñando todos los dientes. Al contemplarla así percibe que en verdad es muy guapa.

Cotillear en sus fotos la incomoda. No le gusta esa sensación de estar robándole la vida a otra persona, husmeando en sus pertenencias, ocupando su lugar. Pero no es culpa suya. Ni puede evitarlo ni ha hecho nada para estar allí. En una de ellas, Juliana abraza a un oso de peluche, el mismo que apretujó ella en el Santa Lucía. A su lado localiza un elemento que la impacta. Tanto que otra

vez le traspasa el cráneo de lado a lado un pinchazo bestial que la lleva al borde del desmayo. Lo mismo que un par de horas atrás, salvo que, en esta ocasión, consigue aferrarse *in extremis* a la conciencia.

—¿Estás bien? —La voz de Mari Jose suena a lo lejos.

La tranquiliza con un gesto mientras le tiende el detonante del malestar: una tarjeta del centro de investigación en el que acaba de recogerla. El mismo en el que Bárbara Rabelin tenía una cita el 18 de junio y con el que acaba de comprobar de manera fehaciente que Juliana está relacionada. «Clara Riquelme. Directora del CCI» puede leerse en ella.

—¿Te suena? —logra articular cuando consigue recuperar el habla—. ¿Es aquí donde te dije que iba a ir a curarme? Es el sitio donde me recogiste hoy.

—No sé. A mí no me dijiste más —contesta, mirando la tarjeta con desconfianza.

Ya casi repuesta, Bárbara empieza a abrir los cajones. Al principio con cierta aprensión, que, al poco, la necesidad de saber barre por completo.

—¿Qué buscas? —Mari Jose la observa con recelo.

Ni idea. Cualquier cosa. Lo que sea.

—¡Juli! —la apremia su hermana—. ¿Qué haces? ¿Qué buscas con tanta ansia?

La pequeña Merchi la observa con los ojos muy abiertos. No quiere asustarla, así que da una explicación rápida.

—No sé, una pista. Lo sabré cuando la vea.

—Pero pista ¿de qué?

—¿Pues de qué va a ser, joder? —Se gira, enfebrecida—. ¿No ves que me han hecho algo? ¡¿Es que no te das cuenta?! ¿Eres idiota o qué?

Mari Jose se queda perpleja ante el exabrupto. Ella evita mirarla, todavía poseída por la ira. Está a punto de disculparse cuando la otra la corta. Su voz tiembla, pero, así y todo, su dignidad impresiona. Y, sí, en efecto, se ha pasado de la raya.

—A mí no me hablas así. Ni tú ni nadie, y menos delante de la Merchi. Si no, me largo y te las apañas sola.

En efecto, se ha pasado de la raya.

—Lo siento. Me he puesto nerviosa —admite, incómoda.

—Ya lo he visto, ya. Creo que va a ser mejor volvernos al Santa Lucía, que no sé *pa* qué te traje.

No, ahí se equivoca. Ir allí ha estado mejor que bien. Ha encontrado pruebas que conectan a Juliana con el Ramón y Cajal y por fin todo empieza a encajar. Pero ha hablado ya de más, así que calla. En su lugar anuncia, con el tono más reposado posible:

—No voy a volver al Santa Lucía. ¿Me das las llaves? —pide, con la palma abierta.

Mari Jose duda, pero termina por entregárselas.

—Para mí que no es buena idea.

—Ya verás como sí. —Duda un momento—. Lo único… ¿Crees que podrías prestarme un poco de dinero? Te lo devolveré.

—Sí, claro, como las otras veces…

—¿Qué pasa? ¿Te debo mucho?

—Es buen chollo esto de la memoria, ¿eh?

Aun así, saca la cartera del bolso y estudia su contenido con una expresión tan seria que le hace recordar lo mucho que le costó pagar el taxi. Tendrá que arreglárselas de otro modo.

—No te preocupes, ya me las arreglaré —afirma con convicción.

—¿Seguro?

—Que sí.

—Bueno, es que ahora además mucho *pa* darte no tengo.

—De verdad. Olvídalo.

Y, aunque no tiene ni idea de cómo va a apañárselas, considera que es la única cosa que cabe decir.

—Cuídate, Juli. Y llámame —se despide su presunta hermana.

Ella imagina que no lo hará, pero dice lo contrario.

—Claro.

Abandonar el centro dejando allí el ordenador robado no es una opción. Tan pronto como se van, ella decide volver para recuperarlo

y, ya de paso, anunciar su partida.

Camina a buen ritmo. Confía en que andar la ayude a ordenar sus ideas, pero cuando está a punto de cruzar una calle descubre el mismo coche que vio de madrugada cerca del refugio, que ahora circula lentamente tras ella.

Frena en seco, y se queda parada, retadora. El conductor le clava la vista al pasar a su altura, antes de detenerse en un semáforo unos metros más adelante. Decide aprovechar la oportunidad y acelera para alcanzarlo.

Al verla aparecer él se sobresalta, pero, aun así, le dedica un gesto interrogativo.

—¿Por qué me sigues? —le espeta ella—. Estabas vigilándome el otro día, de madrugada, frente al Santa Lucía, ¿verdad? ¿Qué coño quieres?

Como única respuesta, él se da prisa en subir la ventanilla y pone el seguro, alarmado, mientras masculla algo que no logra entender del todo. Ella golpea el cristal con los nudillos.

—Contéstame, joder. ¿Qué quieres? ¿Quiénes sois? —grita.

El coche arranca y ella amaga una patada al aire, frustrada. Al verlo perderse en la avenida, por un instante duda de si era el mismo o no. Visto desde lejos, este parece más azul. Y entonces procesa lo que ha dicho el hombre; lo oye con toda claridad, como un eco brutal en su cabeza:

«Estás pirada».

***

Se encuentra la puerta cerrada. Le abre sor Margarita, como la primera noche, aunque su cara hoy no es precisamente amigable.

—Anda que… ¿Dónde te has metido?

—Con mi hermana.

La monja la estudia incrédula.

—¿Eso es que recuperaste la memoria?

—Estoy en ello.

Manuel aparece en lo alto de la escalera, como en una película de terror de serie B, aunque el pijama que lleva desmerece el efecto. Con un ademán expeditivo, le indica que se quede donde está y baja, enfadado.

—¡Juliana! ¿Te has creído que esto es un hotel? Hay unas reglas, ya te lo dije el primer día.

—Me acuerdo, sí. Nada de drogas —replica ella, molesta—. ¿Por qué? ¿Dirías que vengo colocada?

—No me vaciles. Estábamos preocupados. Yo puse la mano en el fuego por ti delante de Víctor y justo vas y desapareces…

—¿Cómo que la mano en el fuego? —lo interrumpe ella, alarmada.

La monja se adelanta.

—Víctor piensa que deberías estar en un centro especializado y Manuel está inquieto porque últimamente te comportas raro. Y yo, si te soy sincera.

—¿Eso qué significa? ¿Queréis encerrarme? —pregunta, aterrada—. ¿En un manicomio?

La palabra le provoca escalofríos. No se le había ocurrido hasta este momento que esa podía ser otra de las amenazas que pesan sobre sí. De repente lo ve claro: en su lugar, ella también lo haría.

—No puedes andar entrando y saliendo como te venga en gana.

—Eso se parece bastante a encerrarme.

—Si quieres verlo así… Defendí que te quedases porque apenas salías, pero ha sido darte el diagnóstico y… —Deja la frase colgando, como si no necesitara explicar más.

—Pues venía a deciros que me marcho.

Él vacila, menos seguro que antes.

—No puedo impedírtelo, pero creo que cometes un error muy gordo. Sería una pena que echases por tierra todo lo que has avanzado. —Manuel se queda callado, mientras busca sin éxito qué decir. Una incapacidad que resuelve con una brusquedad inesperada—. Bueno, pues si no te veo mañana, que tengas suerte.

Se da media vuelta y sube, con una torpeza inesperada. Entonces comprende que Manuel se refugia en la acción porque no maneja bien las emociones y que por eso no sabe qué decir. Ella tampoco, así que recurre a sor Margarita.

—No pueden encerrarme…, ¿verdad?

—Hace falta una incapacitación y no las dan así como así… Pero si sigues diciendo insensateces…

—No estoy loca.

—¿Y qué más da, si al final eso son solo palabras? Lo importante es que estés tranquila y centrada. Y pienso que para eso vas a estar mejor aquí.

Quizá tenga razón, sí, pero no puede, ni de broma. Hoy ha cogido la mano de Merchi en vez de la de Mateo, y eso le ha dejado un poso de dolor insoportable. Dolor y miedo, porque aún ignora quién ocupa su lugar y ante eso no puede mirar hacia otro lado.

—Tienes razón. Voy a dormir y mañana hablamos —concluye para cerrar la conversación.

Antes de irse le da un beso en la mejilla. Es paradójico, pero la monja ha acabado por convertirse en una amiga; quién se lo ha dicho al principio, si no pueden ser más distintas.

A pesar de lo que ha afirmado, nada más entrar en la habitación guarda sus cosas en una bolsa de supermercado. Termina enseguida: solo tiene el portátil y un par de prendas.

A continuación, va a la cocina y coge otros cincuenta euros del bote de emergencias. Está a punto de llevarse cien, pero se lo piensa mejor. Luego contempla lo que la rodea. Le da pena marcharse, de nuevo algo difícil de imaginar si se retrotrae a unos meses antes.

«Gracias, Marga. Perdona que me vaya así, pero no puedo quedarme. El dinero lo devolveré», reza la nota que mete en el bote. Al dejarla, coge el segundo billete de cincuenta que acaba de rechazar momentos antes.

10

El regreso a su apartamento en plena noche le baja los ánimos hasta el subsuelo. El edificio es aún más tétrico que de día, tanto que se arrepiente de no haber cogido uno de los cuchillos de sor Margarita. El aire está cargado de crujidos y amenazas, y huele a cañerías estancadas y a cerrado. Comparado con esto, el hogar de Santa Lucía parece un hotel de cinco estrellas.

Duerme sin desvestirse, sobre el cobertor.

La noche se le hace interminable.

El amanecer, cuando por fin llega, le da un vuelco completo a su perspectiva: desde muy temprano el sol invernal entra por la única ventana creando un efecto hipnótico. Se queda un buen rato ensimismada viendo cómo rebota la luz en las paredes.

En los armarios de la cocina encuentra algunos productos de limpieza, así como detergente para la ropa. Armada de lejía y de la promesa de una vida mejor, se pone manos a la obra. La invaden incluso las ganas de cantar y, aunque no llega a tanto, amaga algún tímido paso de baile mientras emprende su particular batalla contra la miseria. En esas está cuando, a media mañana, el timbre la sobresalta. No tiene la menor intención de abrir, pero la insistencia de quien sea la obliga a cambiar de idea.

Al otro lado de la puerta se encuentra a un hombre gordo, de aspecto zafio, que la atraviesa con sus ojos diminutos. La repugna nada más verlo.

—Qué alegría —dice. Y algo en esa voz la hace estremecerse—. Creía que no volverías. Te he echado de menos.

Desconcertada, trata de averiguar qué relación la une con ese tipo, que, por encima de su hombro, escruta con descaro el interior.

—Se me hacía raro que siguieras pagando el alquiler. ¿Dónde has estado metida?

—No sé si eso es cosa tuya… —contesta con cautela, marcando límites por si acaso.

—Uy, ¿qué clase de respuesta es esa? —se recochinea él—. ¿Vas a ponerte brava?

Avanza un paso. Y, como ella se resiste a retroceder, ahora están muy cerca, de forma que puede oler perfectamente su colonia barata, que le provoca arcadas.

—Sería una pena, porque venía con la ilusión de cobrarte el mes entrante en especias…

Le echa la mano a uno de sus rizos. Ella se la aparta con brusquedad y, esta vez sí, muy a su pesar, se ve obligada a dar un paso atrás.

—Eh —él se vuelve un punto agresivo—, ¿a ti qué te pasa?

Saca un fajo de billetes del bolsillo.

—Si hace falta puedo pagarte yo, que por dinero no va a ser.

Se echa la mano a la bragueta.

—Mira cómo me tienes…, totalmente desatendido.

El muy asqueroso empieza a desabrocharse el pantalón.

—¿Qué haces…? —lo increpa, atónita.

Con gesto vicioso, echa un vistazo a ambos lados del pasillo.

—¿Tú qué crees? Aquí no nos ve nadie.

—Estás de puta coña, ¿no?

Lo arisco de su tono surte efecto y el tipo se queda descolocado.

—Lárgate o llamo a la policía —continúa ella, aprovechando su desconcierto.

—Pero ¿qué dices? ¿A ti qué coño te pasa? Que te he dicho que te voy a pagar.

Sin pensarlo más, Bárbara le cierra la puerta en las narices. Él la golpea un par de veces, desde fuera.

—¡Pues ya te estás buscando otro sitio, zorra! —grita—. No quiero putas tiñosas en mi edificio.

Ella le da una vuelta a la llave, por si acaso. Afortunadamente, él no tarda mucho en largarse, dejando tras de sí un poso de turbiedad y violencia. Uno que no hay lejía en el mundo que sea capaz de borrar.

***

El encontronazo la deja temblorosa y descompuesta. Aunque no sabe adónde ir, tiene claro que no se quedará allí ni un minuto más.

Mientras recoge para irse, le ronda la sensación de que ese hombre ha mencionado algo importante que ahora se le escapa. Repasa la conversación hasta que se da cuenta de qué es. Ha dicho que ha seguido pagando el alquiler. A juzgar por lo que sabe, resulta raro que Juliana pudiera tener ahorros suficientes para afrontar varios meses de renta. ¿De dónde ha salido el dinero? Ahí hay otro hilo del que tirar.

Pero antes necesita resolver lo más urgente. Si no estuviera sin blanca se iría a un hotel o a un hostal, pero, con los ciento veinte euros que constituyen su capital, no parece un plan factible. A falta de una idea mejor, decide recurrir de nuevo a la única persona que, espera, la podrá ayudar. En caso de que aún quiera hacerlo. La llama con miedo.

—Deberías haberte quedado en el Santa Lucía —le riñe cuando se lo cuenta—, pero no creo que pueda echarte por la cara, sobre todo si le has pagado… Porque estás segura de que le has pagado, ¿no?

—Qué voy a estar, si no lo estoy de nada. Eso es lo que ha dicho él y no creo que mintiera. El problema no es ese, sino que no quiero quedarme y no tengo adónde ir.

Mari Jose tarda en responder y, cuando lo hace, su tono trasluce las reticencias que no expresa.

—Pues venga, va, vente con nosotras.

—¿Segura? ¿No seré una molestia?

—Pues no lo sé, Juliana. Tú sabrás. No lo eres si no vuelves a la mala vida, a robarme el dinero, a mentirnos a mí y a la Merchi, que para mierdas de esas le llega y le sobra con su padre.

—No voy a hacer eso.

—¿Qué te dije la última vez? —continúa en barrena—. La última vez te avisé de que no iba a ayudarte más, de que estabas muerta *pa* mí.

—Pero es que te juro que no soy la misma. He cambiado. Créeme.

Hay una pausa larga del otro lado. Está claro que su «hermana» tiene muchas cosas que discutir consigo misma.

—En el Santa Lucía planeaban ingresarme en un manicomio —añade—. No puedo volver allí.

Tan pronto lo verbaliza percibe su error. Si estuviera en su lugar, ese sería el argumento definitivo para apartar a quien fuera de la vida de su hijo. El suspiro con que su interlocutora recibe la información parece confirmarlo. Por eso, su respuesta la pilla desprevenida.

—Vale. Pero si disgustas a mi hija, te mato.

—Gracias —dice—. No te vas a arrepentir, ya lo verás.

—No vuelvo hasta las ocho. Pero la Merchi tiene llaves de casa y sale del cole a las cinco. Puedes ir a buscarla y así no vuelve sola. Va al Luis de Góngora.

—Pásame la dirección. —La asalta una duda repentina—. Oye…, ¿cuánto tiempo estuve fuera? ¿Desde junio?

—¿Junio? No, qué va. No tanto. Pues sería… ahí por septiembre u octubre… Un par de meses.

Dos meses desaparecida, si bien a ella le faltan de su vida casi cinco. Otra pieza que no encaja.

Antes de ir a buscar a su recién estrenada sobrina le quedan unas horas por delante, que decide aprovechar para una nueva revisión exhaustiva de las cosas de Juliana. En uno de los cajones encuentra varias fotos tamaño carné. Coge un par de ellas, claramente separadas por varios años, y las guarda en su cartera como una especie de toma de tierra por si los momentos de confusión se vuelven aún más duros.

En el mueble de la entrada encuentra el típico cajón con folletos de publicidad. Y…, bingo, hay varias cartas del banco, todas sin abrir.

La primera arroja un extracto de movimientos en el que, en efecto, se ven reflejados los pagos de luz, agua y cuatrocientos cincuenta euros de alquiler. ¿cuatrocientos cincuenta euros por ese cuchitril? ¿En serio? Pero lo que más le asombra es el saldo tras los pagos: ocho mil ciento treinta y siete euros.

Algo le dice que eso no cuadra con el estado habitual de las finanzas de Juliana.

***

Diez mil euros, exactos, fue lo que ingresó en el mes de septiembre, le confirma la mujer de la caja.

—Te lo tramité yo misma —añade—. ¿De verdad no te acuerdas? Estabas contentísima.

—He tenido un problema de memoria —se justifica.

—Ya me extrañaba a mí no verte. ¿Y estás bien?

—Más o menos.

—Qué mala pata, para una vez que tienes algo…

—¿Y quién me lo pagó? ¿Se sabe?

—Qué va. Era un cheque al portador. De un sitio muy limpio no creo que saliera, chica, no te voy a engañar.

Sin pensarlo mucho, decide seguir su instinto.

—Quiero anular los pagos del alquiler. Me voy a ir del piso. —Se rectifica a sí misma—. O, mejor, cancela la cuenta y dame el dinero.

—¿Por?

—Me voy a ir del barrio.

—¿Y?

—Y nada. Que prefiero abrirme otra en otro sitio.

—Pero si tenemos sucursales por todo Madrid. Y tampoco es una cantidad para ir con ella en el bolsillo.

Bárbara se pone seria.

—Sí, sí que me lo voy a llevar. Es mío, ¿no?

—Ni siquiera sé si tendremos tanto en la caja.

—Pues entérate. Me espero. Y si no, lo buscas.

Necesita más de una hora de negociaciones para abandonar el banco con los ocho mil ciento treinta y siete euros distribuidos entre la mochila, los dos bolsillos del pantalón y el sujetador. En efecto, no va muy tranquila con tanta pasta, aunque a plena luz del día no cree que la asalten y menos aún que nadie sospeche que lleva semejante cantidad encima. Un dinero que, por fuerza, ha de guardar relación con lo que le ha ocurrido a ella, con lo que les ha ocurrido a ambas. Y con el Ramón y Cajal, claro. Salvo que Mari Jose le dé una explicación alternativa y razonable, que es posible, aunque improbable.

Ya fuera, aparta un billete de cien. Luego se lo piensa mejor y añade uno más. «A la atención de sor Margarita», escribe en el sobre en que los mete. «Gracias», añade antes de echarlo a un buzón. Tanto la palabra como el detalle se quedan cortos, pero es lo que hay.

Y, a pesar de que ahora sí podría buscarse otro sitio, eso sería romper su compromiso con ellas, de la misma manera que entiende que Juliana ha hecho muchas veces. Ella no lo hará: le ha dado su palabra. Por eso, botín en mano, decide esperar hasta que la niña salga del cole mientras se come un plato combinado en un bar, unos huevos fritos con patatas que le saben a la misma gloria. La dieta, ¿qué ha sido de ella?

Merchi se lleva la alegría de su vida al ver a «su tía» esperándola. De camino a casa, se le hace cuesta arriba mantener la atención en su parloteo insaciable, pero al final consiguen por fin encontrar un tema en común.

—Podríamos probar un juego superchulo que me ha comprado mamá —sugiere la niña—. Se llama *Saboteur.*

Pronuncia mal el nombre, pero ella lo reconoce: ha jugado varias veces con su hijo y con David.

—Sí, es muy divertido.

—No lo sé, porque se necesitan tres para jugar… Pero si te gusta más, podemos cantar con el karaoke… —continúa la pequeña.

Bárbara se ríe.

—Esa no es buena idea: canto fatal.

—¿Qué dices? Si cantas genial. Y mamá también. La que canta fatal soy yo. —Merchi entrecierra los ojos—. Se ve que he salido a mi padre en eso.

No puede ser. Siempre ha querido saber cantar. Se pregunta si lo que dice la niña será verdad. Por eso, cuando ya están en casa prueba a tararear en bajito. No suena mal, aunque no se atreve a elevar la voz, por si acaso: prefiere quedarse instalada en la esperanza antes que descubrir que sigue siendo un grajo afónico.

***

Mari Jose contempla atónita el dinero.

—Nunca antes había visto tanto junto —aclara, por si fuera necesario.

—¿Sabes de dónde lo he podido sacar? ¿Una herencia? —sugiere esperanzada.

—Que herencia ni que herencia. ¿Pero tú estás mal? Como no hayas vendido un riñón…

Bárbara siente ganas de abrazarla: es una puñetera genia.

—Eres listísima. Sí, debe de ser algo así.

—¿Has vendido un riñón? —La mira con pánico—. ¿Para drogas? Serás capaz…

—No lo sé porque no me acuerdo. Pero tengo una teoría…

Saca la tarjeta del Ramón y Cajal y se la enseña. Junto al nombre de Clara Riquelme figura una extensión telefónica.

—Creo que sale de aquí y también que ellos son los responsables de esto. —Se señala la cabeza.

—¿Borrarte la memoria?

—Exacto.

—¿Y no es un poco peliculero todo esto? ¿Qué gana esa gente con borrarte la memoria? ¿Y por qué iban a pagarte por eso? Más bien sería al revés, digo yo, que pagases tú para no recordar según qué… ¿Y qué ganas tú con que te paguen si luego no te acuerdas?

Bárbara la detiene.

—Frena. No sabemos qué ha pasado exactamente. A lo mejor pretendían otra cosa y les salió mal… Me desperté en un callejón. Puede que trataran de acabar conmigo para no dejar pruebas.

Mari Jose se muestra escéptica. Bárbara insiste.

—¿Me vas a ayudar a averiguarlo, sí o no?

—Ayudaré, qué remedio.

—Solo tienes que llamar a este número. Preguntas por Clara Riquelme y le cuentas…

—Tonta tampoco soy, Juli —la interrumpe—. De hecho, hasta ahora, entre tú y yo, la lista era yo.

Con mucho remango, coge la tarjeta y marca el número. Tras una espera eterna, alguien responde.

—¿Hablo con Clara Riquel…?

—Sí, soy yo —interrumpe la otra—. Diga.

Han puesto la conversación en altavoz para poder escucharla ambas.

—Pues buenas tardes tenga usted… —prosigue, para incredulidad de Bárbara.

—Sí, dígame, ¿qué quiere? —la apremia su interlocutora.

—Estoy buscando a mi hermana, que está desaparecida.

El silencio del otro lado se vuelve masticable. A Clara Riquelme le ha descolocado lo que oye. Se miran, nerviosas.

—He ido a su apartamento y me he encontrado con una tarjeta en la que aparece su nombre, así que he pensado que a lo mejor…

—¿Cómo se llama su hermana?

—Juliana Rodríguez Rodríguez.

Otra vez hay una pausa prolongada, de la que Clara regresa con un tono significativamente distinto.

—No me suena. Lo lamento…

—Es esquizofrénica.

—Vale, ya entiendo la llamada, pero es que yo no hago clínica. Si padece esquizofrenia y ha dejado de tomar la medicación… —Los

puntos suspensivos sugieren un mal desenlace—. ¿Desde cuándo está desaparecida?

—Desde hace casi tres meses.

—¿Y lo ha denunciado a la policía?

—No. Es que se va a menudo, ¿sabe usted? Pero siempre vuelve.

—Sí, eso le iba a decir. Depende del caso, claro, pero lo más seguro es que regrese, tarde o temprano. ¿Y de dónde dice que ha sacado mi nombre?

—Tenía una tarjeta de visita en su apartamento.

—Ya. Ni idea. Siento no poder ayudarla. Y ahora, si no le importa…

Mari Jose le hace un pequeño guiño a Bárbara antes de lanzarse.

—Es que he encontrado algunas notas junto con su tarjeta. Anotaciones sobre experimentos, dosis de medicamentos, fechas. Me preguntaba si debería compartir eso con la policía porque a lo mejor es útil para encontrarla, ¿qué opina usted?

Bárbara le lanza una mirada furiosa. Al otro lado, Clara suena ligeramente alarmada o, como mínimo, afectada:

—No sé de qué me habla, pero si tiene alguna información relevante le aconsejo que contacte con las autoridades —sentencia antes de colgar, sin dar espacio a réplica.

Mari Jose se queda con el teléfono en la mano.

—¿La medicación la estás tomando? —la interroga, con suspicacia.

—¿En serio? —replica ella.

—¿Es que sabes lo que pasa? Que nunca te había oído hablar así. Si es que no pareces tú.

—Bueno, a lo mejor allí me han activado conexiones neuronales que tenía infrautilizadas. Como en *Flores para Algernon*. ¿Lo has leído?

La estupefacción de «su hermana» no tiene límites. Ella se tensa al detectarla. Se promete ser más cuidadosa hasta que encuentre cómo contarle la verdad y conseguir que la crea, no vaya a ser ella quien la mande directamente a un puto manicomio.

—Tú quieres que vuelva a ser como antes, ¿cierto? —añade.

La duda de su interlocutora es bastante explícita, pero decide pasarla por alto.

—Pues para eso hay que descubrir qué me han hecho en ese sitio.

—Pero es que esa mujer dijo que no te conocía de nada.

—Claro. Porque lo normal sería que dijese: «Ay, sí, qué gracia, ahora que lo dices, le hemos borrado la memoria, espero que no le haya importado. Dale recuerdos de mi parte».

Mari Jose se ríe, cómplice.

—Que sí. Que oculta algo. Vamos a esperar unos días, ¿te parece? Es importante que mientras tanto no le cuentes a nadie que estoy aquí. ¿Merchi será capaz de guardar el secreto?

—Soy una tumba.

Las dos se giran pegando un brinco. En la puerta, la niña las contempla con toda la seriedad del mundo.

—Y me creo —añade— que lo que dice la tía Juliana es verdad.

Bárbara le sonríe de oreja a oreja y la cría le devuelve una sonrisa desdentada. Al verla, siente un nuevo latigazo. ¿Se le habrán empezado a caer a Mateo los dientes?, se pregunta. Trata de sacudirse la idea, pero no es fácil. Se le queda dentro, como un malestar sordo.

11

Se instala con ellas. Viven en un piso humilde, aunque no tanto como el antro de Juliana. Allí de nuevo trata de combatir la pobreza con orden y lejía. De puro viejo, todo parece sucio y, los primeros días, la aprensión la obliga a moverse de puntillas. Por las noches la despiertan los alaridos del vecino de arriba, un anciano que padece una demencia senil agresiva, que lo convierte en una sirena espeluznante de madrugada. Los domingos por la mañana, un grupo de chavales del barrio se adueña del patio trasero para atronar con trap y reguetón al vecindario. Se siente tentada a llamarles la atención, pero no quiere líos. Cuando se lo sugiere a Mari Jose, ella se limita a encogerse de hombros.

—Mal no hacen —argumenta.

Se ve que no es muy consciente de sus propias ojeras.

Pero a todo se acostumbra uno, y a los pocos días tampoco ella presta atención a los gritos, a la música, ni a los olores de los guisos de los vecinos que emanan del extractor. No le gustan, pero los tolera. Hasta el punto de que casi llega a olvidarlos.

Para extremar las precauciones, apenas sale, salvo un rato por la noche, para airearse. Los días transcurren sin novedades, y la rutina termina por aportarle una paz que la reconcilia con su nueva piel.

Mientras Mari Jose está en algunas de las casas que limpia por cuatro perras y Merchi en el cole, ella reparte su tiempo entre su labor investigadora y las tareas de la casa. En lo primero avanza lentamente. Las segundas le hacen sentirse útil y le permiten descansar su mente. Y la asombrada gratitud que recibe a cambio es de lo más alentadora.

—Pero, chica —se sorprendió el primer día—. ¿Has limpiado el baño? ¿En serio?

No le explicó que lo hizo por egoísmo, porque le daba asco utilizarlo. Ni tampoco que se había dado cuenta de que, por más que lo haga, no va a mejorar: la vejez no la arregla el detergente.

—Pero si lo has dejado de maravilla… —continuó—. ¿Ves como si quieres sí que sabes?

Un poco por agradecimiento y otro poco por seguir recibiendo las alabanzas de su anfitriona, a diario se esmera durante un par de horas como mínimo. La otra no sale de su asombro.

—Pues sí que había conexiones cerebrales que tenías sin utilizar —señala, con cierto cachondeo—. Vamos a tener que darles las gracias a los del laboratorio.

Además de lo doméstico, a diario accede a los equipos de Bárbara y repasa sus movimientos. De momento no ha detectado nada extraño. Además, revisa, sistemática, correos y archivos del pasado. Se asombra al localizar tres citas previas en el Ramón y Cajal, espaciadas en plazos de seis meses. No recuerda ni la primera. Varias coinciden con días que ha ido a recoger a su hijo al colegio y algunas, como la del día X, están partidas en dos bloques: uno matinal y otro vespertino. Rescata un correo enviado desde el Gmail de Bárbara Rabelin a Clara Riquelme pidiendo que le confirme hora y duración de la «sesión». ¿Sesión de qué? No tiene ni idea y el mensaje no lo explicita. Pero, sobre todo, le mosquea el hecho de que no le suene nada, pero nada en absoluto, a pesar de que tanto el correo como las anotaciones en Calendar datan de meses e incluso de años antes. Está claro que pretenden falsear una conexión inexistente con ese lugar, pero ¿cuál es el objetivo de hacerlo a una escala tan íntima? Por más vueltas que le da, no le encuentra el menor sentido.

También lee los trabajos publicados por el equipo de Riquelme, con la esperanza de que arrojen algo de luz. Al principio entendía la mitad, o menos, pero va ubicándose y ya empieza a encontrarlos fascinantes. En apariencia, actualmente están volcados en el campo de la optogenética, que consiste en utilizar rayos lumínicos para controlar células en tejidos vivos, típicamente neuronas, modificadas

para responder a la luz. Suena increíble, pero, según lee, se ha convertido ya en una práctica habitual en muchos laboratorios. A medida que profundiza, se apasiona y atemoriza a partes iguales. A través de esta técnica podrían llegar a controlarse procesos como el hambre, la sed, el dolor, el sueño, el aprendizaje o la memoria.

Así es como han logrado implantar recuerdos ficticios en ratones, el experimento del que le habló la investigadora del Ramón y Cajal. Con él, los científicos pretenden comprender por qué los seres humanos a veces evocamos cosas que no han sucedido.

La primera vez que lee sobre esto cree haber encontrado la solución a sus «delirios», pero cuanto más profundiza, menos probable le parece: lo suyo es mucho más complejo de lo que son capaces de hacer con esas técnicas. No obstante, si ya se comparten resultados tan propios de una distopía, cuántas iniciativas habrá que estén en una fase experimental demasiado previa como para publicarlas, aunque lo suficientemente avanzada como para materializar algunas de nuestras peores pesadillas.

Algunos días, la lectura le consume toda la jornada. Otros, le deja espacio para la que considera su actividad principal: intentar acceder a los servidores del Ramón y Cajal. No le está resultando fácil. Se ve que, aparte de los estudios neurológicos, están bastante al día en seguridad informática. No le extraña. Intuye que tienen bastante que ocultar.

En algunas ocasiones, cuando Merchi vuelve del cole, consigue aparcar el trabajo un rato. En ese aspecto, los meses en el Santa Lucía le han funcionado como una doble cura de desintoxicación. Quizá nunca haya sido tan importante lo que hace y, a la vez, nunca haya estado tan dispuesta a dejarlo a un lado por tareas menos productivas. Hasta el punto de que, incluso, ha llegado a ver con la niña un concurso en la televisión, algo que no hacía desde pequeña. Por momentos consigue imaginar que ha vuelto a su hogar y que es Mateo quien la acompaña en el sofá. Pero si es sincera, sabe que difícilmente estarían así. Ella andaría corriendo de un lado a otro, revisando algún informe, resolviendo cosas urgentes o, de centrarse

en él, intentando maximizar el tiempo que le dedica para, ya de paso, mejorar su base cultural o sus aptitudes cognitivas. Dicho de otro modo, para aumentar todavía más la ventaja en la vida de la que ya goza solo por haber nacido en su familia.

Merchi, desde luego, no va a tener tantas ni tan buenas oportunidades. Desde ya, sus cartas están marcadas. Como ella, Mari Jose trabaja mucho, y llega extenuada después de limpiar las casas de otros durante todo el día. Su ausencia no se compensa con canguros bilingües ni clases extraescolares carísimas, sino que su hija pasa las horas de soledad lo mejor que puede: viendo programas basura en la tele, básicamente. Cuando por fin llega su madre, trae poco ánimo para pamplinas. Pero esa niña no es su problema, se dice un día sí y otro también, y además confía en que se marchará en breve de su lado, así que intenta no involucrarse demasiado. Sin embargo, a menudo sus acciones contradicen lo que piensa.

Un día la enternece verla pelearse con el lazo de unas zapatillas que trata de anudar. Le ofrece una ayuda que la cría rechaza muerta de rabia.

—No, yo sé.

—No, no sabes. —Le señala los pies—. Llevas veinte minutos y no has conseguido atarlas.

—¡Que sí que sé! —protesta, cada vez más furiosa.

Bárbara decide no insistir. Poco más tarde se le acerca con las zapatillas en la mano. Le gustaría abrazarla, pero se contiene.

—No pasa nada por no saber —le explica mientras le anuda los cordones—. Nadie lo sabe todo.

Madre e hija viven solas porque el padre es, en palabras de su madre, «un cacho cabrón».

—No me pasa un duro y, la mitad de las veces que dice que va a venir a visitarla, luego se le olvida. Es un mierda seca.

Mari Jose señala a la niña, absorta en la tele.

—Pero lo peor es que ella lo echa de menos.

En medio de esa calma chicha, casi sin avisar, llega Nochebuena, un día en que Bárbara desearía borrarse del mapa. Se siente tentada a no moverse de la cama y, cuando al final lo hace, se ve obligada a tumbarse de nuevo porque se marea. Pero esta vez no es uno de esos malestares extraños que sufre desde «el cambio» —como lo llama ella para sus adentros—, sino la pura pena que la devora por no estar con los suyos en un día como ese, en que toda la sociedad conspira para que los que no tienen familia, o no pueden estar con ella, se sientan los seres más desgraciados del universo.

Es el olor de la costilla de cerdo al horno el que consigue levantarle el ánimo. El plato no puede ser más humilde, pero al probarlo casi llora de lo rico que está. De postre hay turrón de chocolate Suchard y mazapán. Y de beber, sidra. Se ríe para sus adentros. En su cena navideña del año pasado sirvieron cordero lechal y *risotto* con cítricos y centollo, regado con Juvé & Camps, todo cocinado por el restaurante de la esquina. Que no tiene una estrella Michelin, pero poco le falta. Quién le iba a decir lo distinto que iba a ser su menú doce meses más tarde. Y lo mucho que, para su propio asombro, iba a disfrutarlo.

Después de cenar juegan por fin al *Saboteur.* Y aunque descubre enseguida quién tiene la carta de la saboteadora, se comporta como si no lo supiera. Su habitual competitividad allí no tiene mucha cabida.

—¡¡Y ahora, karaoke!! —anuncia Merchi, exultante, después de ganar una ronda.

Bárbara se arruga y argumenta que está cansada, pero las otras dos cierran filas. En esa casa nadie se va a la cama sin cantar en Nochebuena. Y Papa Noel se espera lo que sea necesario. Le tienden el micro de una PlayStation 2. Presuntos implicados, nada menos. Bueno, ellas se lo han buscado.

Coge el micro y, de repente, se obra el milagro. Joder, es verdad que canta bien. No, bien no. Canta de putísima madre, casi como la mismísima Sole Giménez. «Cómo hemos cambiado», dice la canción, y ella piensa brevemente en la ironía, pero, sobre todo, se deja

llevar por esa voz alucinante y por la pasión. De pie en el salón de ese humilde piso, vuela como si estuviera en el Madison Square Garden. Algo se le debe de notar porque las otras la observan muertas de la risa.

—Ni que fueras la Pantoja —comenta Mari Jose, arrancándole el micro cuando termina.

Son ya las tantas cuando Merchi se duerme sobre ella y durante un rato intenta casi ni respirar para no despertarla. Entretanto, «su hermana» recoge y friega. Ha colocado los regalos bajo el árbol y se ha bebido la leche que la pequeña ha dejado para Santa Claus, después de que ella la rechazase con una sonrisa. Si esa niña se convirtiera en Mateo, piensa, ya no necesitaría nada más. Lo dejaría todo atrás sin la menor pena. Su trabajo, su casa llena de cosas bonitas, el dinero, los viajes, los restaurantes caros… Su hijo es lo único que echa en falta. Y también a David, claro. Bueno, al David de hace unos años. Al actual, en verdad, no lo añora en absoluto.

Si sigue dándole vueltas acabará por estropear lo que, después de todo, ha sido una gran noche. Por eso desliza sus dedos por el suave pelo de la chiquilla y cierra los ojos para creer que, ahora sí, el mundo se ha vuelto perfecto durante un rato.

***

De todas formas, se alegra cuando tres días después por fin ocurre algo: el casero llama a su hermana por teléfono y le monta un pollo descomunal. Alguien ha revuelto el apartamento, dejándolo patas arriba: ropa, papeles, utensilios de cocina. Sospechan de ella porque no hay señales de que hayan forzado la puerta y, sobre todo, porque han cerrado con llave al irse.

—No tenía mis llaves —le recuerda, mirándola con intención—. Tuviste que darme tú las tuyas.

Mari Jose sacude la cabeza, pensativa.

—Entonces…

—Entonces creo que quienes saben que allí apareció una tarjeta que conducía hasta ellos han querido asegurarse de que no había

nada más.

Esa llamada funciona como una salva que la arranca de la modorra en la que había empezado a instalarse. De nuevo esa noche no duerme, y se la pasa vigilando la calle desde una rendija de la persiana. Y otra vez todos los coches le resultan sospechosos, como si ese breve paréntesis de calma no hubiera existido nunca.

Va a lavarse la cara para despejarse. En el espejo, el rostro de Juliana ya le resulta más que familiar, como si nunca hubiera tenido otro. Su rasgo más característico es la larga melena que le llega casi hasta el culo, y al verla comprende que, aunque es un auténtico pecado, ha llegado el momento de decirle adiós.

Y así, tijera en ristre, va podando la espectacular masa de rizos, que caen al suelo conformando, uno encima de otro, una espesa alfombra, cuya visión le provoca unas irrefrenables ganas de llorar.

Intermedio

David

12

Tras subir como unas treinta veces a la atracción de Pequeño Mundo, tanto David como Bárbara estuvieron de acuerdo en que habían tenido Disney suficiente para una vida entera. A continuación, le dedicaron un par de días a la torre Eiffel y al Louvre, y coincidieron en que era mucho más interesante el de Orsay, mientras intentaban acallar las protestas de Mateo recordándole que los días anteriores habían sido solo para él.

La vuelta a casa estuvo presidida por una extraña mezcla de hastío y sensación de deber cumplido. Y habría sido un trayecto silencioso y preñado de rencores de no ser por el infatigable parloteo del crío, que dedicó las horas de regreso a repasar hasta la náusea todas y cada una de las atracciones y momentos del viaje.

Hacía tiempo que las cosas no iban bien entre David y Bárbara, y en los últimos meses no habían hecho sino empeorar. Sus tentativas de aproximarse el uno al otro parecían *a posteriori* ideadas por un enemigo encarnizado. La última —su idea luminosa de cambiar la decoración del estudio y ampliar la habitación del niño— los había sumergido de lleno en una guerra sorda, otra más.

El parque de atracciones tampoco había sido la mejor de las ocurrencias. Los animó el éxito previo de la visita a la Warner, pero está claro que una cosa es una experiencia de un día y otra muy distinta un viaje de ese estilo. Se habían aburrido y tolerado regular los momentos en que el crío entraba en barrena, ya fuera por extenuación o por estar motivado en exceso. Después, ambos opinaron que habría sido mejor si los hubiera acompañado al menos otro niño y, sobre todo, otros padres con los que compartir alguna copa y aliviar la tortura. Disney no es un sitio fácil para un hijo único ni para una pareja cuya relación hace aguas.

De regreso, Mateo hablaba y hablaba y Bárbara, como siempre, fingía escucharlo a la vez que resolvía algún asunto del trabajo. Él, por su parte, se dedicó a revisar las últimas grabaciones del grupo. Se moría de ganas de volver para probar un par de ideas que se le habían ocurrido en París.

La banda era su única ilusión. Vivía deslomado entre el hospital y la clínica, y al llegar a casa se encontraba un campo minado. Toda su vida, Bárbara había estado muy volcada en su carrera profesional, pero desde la baja maternal solo parecía pensar en conseguir ratos para sí, como una obsesión. A veces dudaba de si se habría equivocado al casarse con una mujer tan ambiciosa. Después de todo, él ganaba de sobra para los dos. Quizá debería haber escogido a alguien que no viviera corriendo de un lado a otro, de viaje en viaje, de reunión en reunión. Una mujer que lo tomase en serio o, incluso, por qué no, que lo admirase un poco. Pero así era y, por otra parte, formaban una pareja excelente. Eran la envidia de muchos: guapos, exitosos y todavía jóvenes, como un anuncio de ropa cara. Y Mateo crecería y todo sería de nuevo como antes.

Antes.

Se preguntaba en qué momento se había torcido el rumbo de su relación de pareja. De un tiempo a esta parte le parecía otra, una total y absoluta desconocida, tan distinta de la irreverente, vital y chispeante Bárbara de la que se había enamorado. Como si alguien la hubiera reescrito por dentro, borrando la versión anterior y sustituyéndola por otra, más fría, más obsesionada. Pero así, imaginaba, era la vida adulta: una sucesión de decepciones, renuncias y olvidos.

Al llegar a casa recogió la maleta a toda prisa, fue al súper a por una compra básica y cuidó hasta el modo de preguntar si quedaba alguna tarea pendiente. Ella levantó la vista del portátil, intrigada.

—¿Te pasa algo?

—¿A mí? No. ¿Por qué?

—Nada. Me sorprende tanta diligencia…

Él se sintió tentado a contestar. Se le ocurría mucho que decir; por ejemplo, que a él le sorprendía también que ella fuera capaz de vivir con la cabeza metida en el portátil. Pero, por supuesto, decidió callarse.

—Quiero acabar rápido… Hoy tengo ensayo.

—¿Hoy? Pero si hoy yo he quedado con Marga…

—No lo sabía.

En previsión de que se pusiera de uñas y le desbaratase el plan, decidió proponer una solución rápida:

—¿Llamamos a Lía?

Lía, la canguro, estaba libre esa noche, y los dos consideraron que la estancia en Disney les convalidaba una buena dosis de paternidad, así que por una vez no hubo discusión. Una hora más tarde, David salía exultante con su guitarra y un montón de ideas que pretendía poner a prueba. La sesión se le iba a quedar corta.

***

—Deberíamos subirle medio tono —propuso, tras la tercera repetición del mismo tema.

—Pero si está perfecto —le rebatió Mat, el bajista—; siempre lo hemos tocado así.

—Lo digo por su voz… —aclaró, señalando a la cantante que se había incorporado a la banda pocos días antes—. ¿Tú qué opinas?

La última cuestión iba dirigida a ella, ninguneando a posta al pelma de Mat. A David le desesperaban su terquedad, su poquita idea de música y lo mucho que se metía en todo, aunque al final entrase en razón y terminara por aceptar lo que él había sugerido desde el principio. Podrían haber empezado por ahí porque era obvio que si alguien sabía allí de música era él y, sin embargo, el muy pesado no paraba de discutirle hasta el último detalle. Una dinámica cansina con la que, por otro lado, tampoco les había ido tan mal.

Mat y él eran amigos desde la carrera, los Lennon y McCartney de Los Canallas, que fue como bautizaron a su grupo con la vana pretensión de amortiguar su imagen de niños bien. Se conocieron en

Madrid, pero resultaron ser de dos pueblos muy próximos entre sí, por lo que en verano y vacaciones les pegaban duro a los temas: él a la guitarra y Mat al bajo. El batería había cambiado a lo largo de sus distintas etapas y en ese momento tenían a uno semiprofesional, bastante más joven que ellos y que no le ponía ni la mitad de su pasión, pero que a cambio era un puto fenómeno. Los Canallas habían estado parados, que no disueltos, durante casi una década, hasta un par de años atrás. Desde entonces, aunque tuvieran sus encontronazos, la banda se había vuelto un elemento esencial en su existencia, sobre todo para David. Eran buenos y quizá habrían podido llegar a tener éxito en su día si la vida no los hubiera llevado por otros derroteros. Pero, qué caray, aún no estaban muertos y les quedaba mucho futuro por escribir.

En su primera etapa contaban con un *frontman* con una presencia de la leche y muchísima personalidad, un estudiante de Filosofía de Jerez de la Frontera con el que acabaron como el rosario de la aurora. Por eso era David el que cantaba. Formaban un *power trio* brutal, a la vieja usanza, aunque él era más fan de las formaciones de cuatro y habría preferido no tener que llevar el peso de la voz y poder darle caña a la guitarra. Aunque habían barajado varias veces la idea de buscar cantante, nunca encontraban el modo ni el momento. Al oírse con la nueva incorporación, que, por añadidura, les había caído del cielo, se arrepentía de no haberlo intentado antes. También es cierto que las cosas ocurren como ocurren por algún motivo. El destino, que suelen decir.

—¿Qué? ¿Lo subimos? —insistió; ella no parecía darse por aludida—. ¿Julia?

En esa ocasión, la joven se giró. Al verla le impactó de nuevo lo guapísima que era, además de cantar como una diosa. Llevaba el pelo muy cortito y un montón de tatuajes y pendientes que le conferían un aire andrógino, y a la vez muy sexy, perfecto para ser la vocalista de una banda de rock como la suya. Nunca habían tenido a nadie con una imagen tan potente ni que cantase tan bien.

Ya solo necesitaban dar los pasos correctos y quizá, por qué no, por fin les llegaría el reconocimiento. Esa vez sí.

—Probamos si quieres. Podría funcionar —le concedió ella.

—¿En serio? Si sonaba acojonantemente bien… —protestó Mat.

Siendo honestos, a David el medio tono le daba bastante igual. Ella estaba sonriendo y, al hacerlo, había iluminado el local de ensayo. Una imagen algo cursi que, aun así, razonó, quizá debía incorporar a la letra de una canción.

Parte II

Julia

13

No le resultó difícil hacerse la encontradiza con él, pero lo que sí le costó, y mucho, fue que no se le notase cuánto la alteraba tener a Mateo tan cerca. Había practicado el encuentro a solas, varias veces. Lo hizo en su nueva casa, dado que abandonó la de Mari Jose tan pronto como supieron que su llamada al centro de investigación había disparado alertas en algún sitio. No quería ponerlas en peligro, pero tampoco estaba dispuesta a permitir que nadie la parase ya.

—Si alguien viene a preguntar, hazte la loca —le advirtió—. Tú no sabes nada. Puedes montar jaleo y decir que no piensas pagar mis deudas y esas cosas, como si nos llevásemos mal.

Mari Jose lo había entendido a la primera. Fue ella quien le arregló el corte de pelo antes de irse.

—Ya que te lo has desgraciado, al menos hazlo bien —le dijo.

Se lo dejó cortísimo, pero con mucha gracia. Y la idea de los tatuajes también fue suya.

—Como la Ruby Rose —sugirió—. Y te puedes poner unas lentillas de color y ya te digo yo que así no te reconoce ni la madre que te parió, que en paz descanse.

Al verse en el espejo por poco se le corta la respiración. No era tan guapa como la actriz, pero, como a ella, ese corte de pelo, las mechas claras y los tatuajes le daban un aspecto impactante. Le haría caso con lo de las lentillas. Los tatuajes eran de *henna,* o sea, que se los tendría que repasar cada tres semanas o se le borrarían, una estrategia idónea para hacerla invisible si era necesario.

De Merchi se despidió con un abrazo enorme y la promesa de que volvería.

Eso sí, un *look* como ese requería una ropa decente si quería evitar parecer una auténtica *outsider*. Se recorrió los *outlets* y

tiendas de segunda mano de Madrid, buscando prendas de marca asumibles dentro de su menguado presupuesto. Su cuerpo actual no tenía nada que ver con el de antes. De hecho, comprobó con envidia que le quedaba bien todo. Llevaba casi dos tallas menos, pero tenía unas buenas tetas, no como ella, que se quedaba plana en cuanto perdía un par de kilos. Gracias a eso, fue mucho más fácil hacerse con un buen armario.

Así metamorfoseada alquiló un apartamento lo más cerca que pudo de Santa Engracia. Un cuarto sin ascensor, qué remedio, por el que le cobraban una fortuna. Ya apenas le quedaba ni un céntimo del dinero de Juliana: tendría que ingeniárselas para conseguir más.

Dos días después de instalarse se apostó, con su nueva imagen y unas gafas de sol, en la terraza de un bar desde el que podía vigilar toda la calle. Tarde o temprano tendrían que pasar por allí. Tardaron más de lo esperado, pero, al final, David y Mateo terminaron por aparecer en lontananza, charlando animados. Ocultó como pudo su nerviosismo tras el móvil y no levantó la vista hasta que los sintió llegar a su altura. Y entonces salió a su encuentro, saludando a David con pretendida sorpresa y radiante efusividad.

Él reaccionó con obvio desconcierto mientras rebuscaba su identidad en su disco duro. Podía buscarla sin éxito todo el día, pero ella traía la respuesta preparada. Como a esas alturas sabía mejor que nadie, no hay nada más sencillo que hacer dudar a alguien de su memoria. No creía que su marido fuese a ser una excepción a la regla. No solía serlo. En casi nada.

—Eres David, ¿no? De Medina —dijo, acompañando el asalto con una sonrisa, con la que pretendía suavizarlo. Estaba tan tensa que rezó para sus adentros para que no se convirtiese en una mueca grotesca que lo ahuyentase para siempre—. ¿Qué pasa? ¿No te acuerdas?

Se quitó las gafas y se quedó unos instantes quieta fingiendo que pretendía facilitar su identificación. Sus ojos, antes castaño oscuros, brillaban ahora con un llamativo azul grisáceo.

—Soy Julia. Julia Rodríguez, también de Medina. ¿Nada?

—No sé si caigo… —dijo él, tratando de disimular su desconcierto.

—Normal. Yo era una cría la última vez que nos vimos y no llevaba estas… estas pintas. Pero, oye, tú estás igual, no has cambiado nada.

—Soy muy despistado, pero creo que ya me doy cuenta…

—No te preocupes. A mí me pasa a menudo. Aunque —matizó cargada de intención y con una coquetería más que evidente—, ya ves, de ti no me he olvidado.

Después miró a Mateo, luchando por contener los nervios.

—No me digas que este es tu hijo. Se parece un montón a ti.

En realidad, no. En verdad era igualito a ella. David asintió, educado, aunque sin disimular del todo su incomodidad. Le daba igual: no estaba dispuesta a dejarlos marchar tan fácilmente. Hizo como que no se percataba y se esforzó por prolongar la conversación.

—Es muy guapo —añadió con intención, dirigiéndose a David.

Touché. El piropo por persona interpuesta había llegado a destino, comprobó gracias a ese casi invisible levantamiento de ceja que era capaz de detectar a kilómetros.

—¿Cuántos años tienes? —continuó, esa vez centrándose en el niño.

—Seis —respondió él.

La voz. Tuvo que contener el suspiro que amenazaba con explotar como un hongo atómico. Le había cambiado la voz. Le había cambiado la voz y ella no estaba cuando ocurrió. Tuvo que contener las ganas de gritar o de agarrar a su hijo y salir huyendo con él sin más explicaciones. Pero prefirió ceñirse a su plan y no dejarse llevar por los impulsos más primarios, con los que no conseguiría llegar ni a la siguiente esquina.

—¿Sabes qué pasa? —la cortó él—. Es que tenemos prisa…

—Ah, claro. Perdona… Ya nos veremos.

David le dedicó un leve gesto de despedida y ella aprovechó para lanzar un último órdago, a la desesperada.

—¡Por cierto! Iba a todos vuestros conciertos. Los Canallas, ¿verdad?

Al oír eso, a él le cambió la cara. Bárbara se rio para sus adentros. Pobre David, quien, por lo visto, creía en serio que su grupete de chichinabo podía llamar la atención de alguien.

—Anda —contestó él, por fin genuinamente interesado—, ¿en serio? Es que, de hecho, voy con tanta prisa porque hoy tenemos ensayo.

—¿Con Los Canallas? ¡Qué me dices! Pensé que ya habríais disuelto el grupo.

—Qué va, si estamos más activos que nunca —contestó él, encantado—. Si te interesa, búscanos en las redes sociales… Aunque no tenemos muchos seguidores aún, tampoco lo hemos movido en serio. Pero por ahí puedes enterarte de los bolos y los nuevos temas… El próximo fin de semana estaremos en un garito pequeño, pero muy auténtico, que no está muy lejos… Vives en Madrid, entiendo.

—Sí. Muy cerquita, de hecho.

—Entonces no tienes excusa.

David le clavó la vista dos segundos más de lo debido. Ella, que lo conocía incluso mejor que a sí misma, se dio cuenta al instante.

«No vamos mal», razonó con una mezcla de satisfacción y rabia al volver a su mesa. Eso sí, al sentarse tuvo que apretar los dientes para no llorar al pensar en su querido niño, tan alto, tan cambiado y, sobre todo, tan ajeno a ella. Su hijo, que la miraba como si fuese una extraña. Ese niño al que ahora veía alejarse sin el menor atisbo de reacción y que no se había girado atrás ni una sola vez.

Hablar con David también la había impresionado.

***

—¿Entonces qué? ¿Probamos con el medio tono, sí o no? —retoma Bárbara, en el local de ensayo.

—Intentémoslo, ¿no? —secunda David, pletórico.

Si supiera lo que piensa sobre él en este momento, no lo estaría tanto, se dice ella para sus adentros mientras agarra el micro y se dispone a bajar el semitono dichoso a la estúpida canción, como si eso fuera a mejorarla una barbaridad.

***

Su entrada en el grupo fue pan comido, gracias a ese don inesperado que el «cambio» le había regalado y que, aparte de hacerle mucha ilusión, resultó ser de lo más útil.

Antes de interactuar con la página del grupo, añadió una publicación en su perfil de Instagram con el texto: «If I don't meet you no more in this world then uh, I'll meet ya on the next one, And don't be late, Don't be late». Era un fragmento de una canción de Jimi Hendrix, un cantante al que David, como buen aspirante a guitarrista, veneraba por encima de todo.

Inmediatamente después le dio «me gusta» a Los Canallas y se entretuvo un buen rato revisando su perfil, en el que aparecía una foto de Mateo de espaldas, frente al mar. Luego revisó algunas instantáneas suyas: era muy guapo. Siempre lo había sido. Después de todo, ella tenía buen gusto.

Él respondió a su movimiento pidiéndole amistad y a partir de ahí empezaron a hablar más a menudo de lo debido por mensajería. David iba picando en cada anzuelo que ella le tendía. Se consoló al pensar que no habría sido tan fácil si no lo conociese tan a fondo, si no hubiera sido tan consciente de sus puntos débiles y de sus inseguridades.

Un día subió un *story* interpretando una *cover* de «Little Wing»: «Cosas que hago cuando me aburro», escribió para acompañarlo. Él fue uno de los primeros en verlo y lo saludó con un montón de emoticonos y corazones de todos los colores. Rojos unos cuantos, claro está.

—Pero ¿cómo no me dijiste lo bien que cantas? Y un tema de Hendrix, no me lo puedo creer… Que sepas que tengo una

Stratocaster y la afino medio tono bajo… Por supuesto, no consigo que suene igual.

En respuesta, ella le explicó que si se había decidido a grabar ese tema era precisamente debido a las conversaciones de ambos a lo largo de esos días.

—No te acordarás, pero el otro día me dijiste que lo suyo no era música, sino levantar fantasmas con distorsión. Me pareció tan bonito… No sé si he sabido reflejarlo en mi interpretación, aunque lo he intentado.

Le daba vergüenza ajena escucharse y le parecía increíble que aquello pudiera colar, pero lo hizo. Finalmente, él se lanzó. Tal vez a ella le apeteciera… si era cierto que le gustaba tanto el grupo… Se hizo de rogar, no demasiado, antes de aceptar. Durante los siguientes días repasó los temas que tenían en SoundCloud, hasta aprendérselos de arriba abajo. Y también algunos de los que sabía que él solía ensayar, lo que le permitió presentarse a la «prueba» con los deberes hechos. Incluso de más.

—¿Pero en serio te sabes nuestros temas? —inquirió Mat, asombrado—. Debes de tener bien poco que hacer…

—Supongo que lo que escuchas de chica se te queda de otro modo. Era muy fan, ya se lo dije a David. Me resulta increíble estar aquí con vosotros.

Después de eso podía haber sonado como el papel de lija, que le habrían hecho la ola igual. Pero es que encima parecía Aretha Franklin.

Unos días más tarde, David se fue con «su mujer» y con Mateo a Disney. A su regreso, les dijo que se había pasado el viaje pensando en el grupo, que se le había hecho eterno y que estaba deseando volver. Aunque sentía ganas de ahogarlo, sonrió como si le encantara.

***

—Ha quedado niquelado. —Pablo, el batería, la saca de la ensoñación tras la enésima repetición del tema que llevan

ensayando la última media hora. Gritará si tiene que hacerlo una vez más, así que se apura a buscar una salida.

—Tengo la garganta seca. ¿Queda alguna cerveza?

—Se han terminado, que estos beben como animales —contesta Mat—. Puedo ir a pillar más, si queréis.

—¿Y si salimos y nos tomamos unas en el bar? —aprovecha ella para proponer.

—¿Birra? Siempre —dice Mat.

—Me rajo. —Pablo alza las baquetas como señal de *stop*—. Mañana conduzco el autobús escolar a las siete.

—Yo me apunto —se apura a decir David, evitando mirarla, no se le vaya a notar la urgencia que su voz hace evidente—. Pero si nos vamos ya nos quedarán un par de temas por repasar… Podríamos volver mañana, si queréis.

La sorpresa de ella lo obliga a justificarse.

—No es lo normal, no te asustes. No pretendo que ensayemos a diario, ni mucho menos. Es que mi mujer se va por la tarde a Bilbao y no vuelve hasta pasado. Si a vosotros os va bien…

—¿Y tu hijo? —apunta ella.

—Hay canguros…

—¿Y por qué no lo traes? —propone, sin apenas pensar. «Ojalá, ojalá diga que sí. Ojalá».

La propuesta lo descoloca, tanto que busca con los ojos la aprobación de Mat.

—Por mí, fetén. Hace mogollón que no veo a mi ahijado. Ya no mete los dedos en los enchufes, ¿verdad?

—Bueno, vale —dice, aunque no muy convencido.

Todavía paladea la ilusión y el nerviosismo que le genera la idea de ver a su hijo al día siguiente cuando, en la recogida, ve cómo a David se le deslizan las llaves del bolsillo al mover la cazadora de sitio. La alfombra amortigua un poco el ruido, así que él no se da cuenta. Está a punto de avisarle, pero en su lugar, por puro instinto, da un paso hacia ellas y les pone el pie encima. Lleva unos pantalones muy anchos y su vuelo oculta una buena porción del

suelo. Y en ese momento nadie se fija en ella. Se agacha y las coge con disimulo. Si la descubren, no tiene sino que devolvérselas a su propietario con naturalidad. Pero, como nadie la ve, se las guarda. Se le disparan las pulsaciones. Necesita salir de ahí.

—Ahora que lo pienso, debo ir un momento al súper —improvisa con rapidez—. No tengo nada para desayunar mañana.

—No, si ya sé yo cómo va esto —le reprocha Mat—. Las estrellas a brillar y los curritos a recoger.

Ella, con aparente ligereza, se limita a coger el bolso para irse.

—Efectivamente, privilegio de cantante. ¿Nos vemos en el bar?

Los demás asienten.

Ya en la calle su rictus cambia. Echa a andar a toda prisa, seria. Hay un cerrajero cerca, pero no tiene ni idea de a qué hora cierra y, comprueba, pasan veinte minutos de las ocho. Si apura, en menos de diez estará allí.

Como temía, cuando por fin llega, el hombre está empezando a recoger.

—¿Llego a tiempo de que me haga una llave? —pregunta, apurada.

Él niega.

—Estoy cerrando.

—Por favor, es urgente. —Pone su mejor cara de súplica—. Y solo es una.

Saca el manojo del bolsillo con dedos temblorosos y localiza la llave del piso. Sabe cuál es, la identifica a la primera: le encantaría que estuviera allí Raquel para explicar cómo es eso posible si su teoría es cierta.

El cerrajero la analiza con ojo crítico.

—No es de las fáciles. Me llevaría un rato.

—¿Pero me la copias hoy?

—No, hoy no. Mañana.

—No, no. Mañana no puede ser. Tiene que ser ahora. Por favor. Por favor, por favor.

Él estudia la llave otra vez. La mira de reojo y, al final, cede.

—En diez minutos la tienes. Pero te va a costar veinte euros —explica, condescendiente. Ella asiente con rapidez.

—¿Te importa mucho si voy al súper un momentito? Tardo menos que un suspiro, te lo prometo.

Él le da permiso con resignación y ella corre a por cuatro cosas al azar, a toda pastilla. De hecho, cuando regresa, él todavía no ha terminado.

—No hacía falta que te dieras tanta prisa, mujer, a ver si te va a dar algo.

***

Llega sin resuello al bar solo para descubrir que allí no hay nadie. En su teléfono comprueba que David le ha enviado un mensaje de disculpa: no localiza sus llaves por ningún lado. «¿A que voy yo y las encuentro?», reacciona ella, disimulando los nervios.

Ya en el local, finge sumarse a la búsqueda hasta que, por fin, ve la oportunidad de deslizarlas entre un par de sillas.

—¿Qué pasa? ¿Tienes poderes? —es su respuesta cuando ella se las tiende, triunfal.

—Aún no conozco al primer hombre capaz de encontrar algo. No ibais a ser la excepción.

—Parece mi mujer. Siempre dice lo mismo —apunta Mat, riéndose.

Bárbara sabe que David se calla que la suya también.

—Ya había mirado ahí, no lo entiendo —replica, sin embargo.

—Es que hay que saber mirar.

Y eso también lo suele decir Bárbara, piensa. Debe evitar parafrasearse. Intentar sentirse Julia y hablar como ella; permanecer alerta, mantener la guardia.

Por eso, precisamente, en vez de una Estrella Galicia, que es su cerveza favorita, se pide una Super Bock 0,0.

—No suelo beber alcohol —explica—. Muy pocas veces, vaya. Y menos hoy, que mañana tengo una entrevista de trabajo…

—¿En serio? ¿Dónde?

—Ya os lo contaré si me lo dan.

—Estoy seguro de que lo conseguirás —responde David.

Y a ella le suena tan baboso que incluso le cae mal. Pero disimula como puede y finge estar encantada con el comentario. Lo más curioso de todo es que a él le cuela.

14

Julia Rodríguez. 27 años. Soltera. Acaba de regresar a Madrid tras unos meses en el Reino Unido. Le interesa encontrar trabajo rápido, cierto, pero también le gustan el ambiente y la cultura de esa empresa a la que cree que puede aportar muchas cosas. No, no está sobrecualificada. O sí, pero ¿acaso no lo están todos? Tiene tela, España debe de ser uno de los países del mundo con más titulados universitarios que trabajan de dependientes o de camareros. Por no hablar de los másteres.

Ha sido fácil. Vale que no está optando a nada de primer nivel, pero su empleador no ha indagado mucho más allá del LinkedIn, en el que figuran un título de graduada en Psicología por la Universidad Complutense, tres meses de *internship* en una empresa de Londres y varios trabajos de dependienta y camarera, todos inventados. Ninguno, por otra parte, pertinente para el que va a desarrollar allí. Impacta lo fácil que es construir una identidad ficticia.

—Te llamaremos en breve —anuncia el entrevistador apenas ha ojeado su currículum—. Te adelanto que, por mi parte, haré lo posible para que te incorpores.

A pesar de que el puesto es de teleoperadora, sale pletórica. Van a darle el trabajo, está segura. Y, además, verá a su hijo esa misma tarde, lo que la sume en una mezcla de euforia e inquietud de lo más estimulante.

Por fin las cosas empiezan a salirle bien. Se lo ha ganado.

Se bebe un litro de tila alpina. No pueden notarle nada, no si quiere volver a verlo. Aun así, cuando David entra con Mateo de la mano, el corazón amenaza con parársele y le parece casi imposible que los demás no se den cuenta de la turbación y los nervios que la

acogotan. De nuevo disimula con el móvil, antes de atreverse a levantar la vista y saludarlos.

—Tú tienes cara de que te gustan los aviones —le dice nada más entrar—. ¿A que sí?

Le entra el miedo en cuanto lo verbaliza. Le gustaban los aviones hace un año. ¿Cuánto tarda en desvanecerse una pasión en un niño tan pequeño? Han pasado muchos meses sin que sepa nada de él. A lo mejor ahora le gustan los barcos. O coleccionar cromos de fútbol. O las estrellas. El dolor la recorre desde la boca del estómago hasta los pies. Sí, ya es otro niño, no hay más que verlo. Ha crecido mucho, tanto que los pantalones le quedan cortos: alguien debería fijarse en él. Si ella estuviera en casa no ocurriría esto. Si ella… Se obliga a detenerse.

Se da cuenta de que la evalúa, extrañamente serio. Quizá intuya algo. A lo mejor sabe instintivamente quién es. O puede que tan solo huela sus emociones, como los perros. Tendría sentido que toda esa energía que trata de contener se desbordara por algún sitio. Presa de los nervios, insiste.

—¿Me equivoco?

Él se mira las zapatillas antes de contestar, con una timidez que ella no recuerda haberle visto nunca, pero que de nuevo ignora si se debe a los meses que le faltan de su vida, o a que está viéndolo desde unos ojos para él ajenos.

—Sí que me gustan.

—Pues menos mal… Ya pensé que había metido la pata.

Bárbara se estira para alcanzar su mochila, de la que saca una bonita maqueta de una avioneta de color amarillo.

—Es para ti —le dice al niño, a *su* niño—. ¿Te gusta?

Y entonces, en vez de lanzarse al avión, como ella esperaba, él busca el auxilio de su padre con los ojos. Algo le inquieta, aunque no logra deducir qué es.

—Anda, qué chulo. Dale las gracias, ¿no? —El niño sigue mirándolo con insistencia—. ¿Qué pasa? —le pregunta David, desconcertado.

Mateo aprieta los labios y esboza una leve mueca que ella entiende a la perfección: quiere hablarle en privado. Él no se entera e insiste en pedirle que se explique en alto.

Bárbara se come las ganas de gritarle. Está claro lo que le ocurre; solo hay que prestar un mínimo de atención. A falta de la cual, él traga saliva y resuelve la situación por sí solo como puede.

—Es igual que uno que me regaló mamá hace poco.

Una frase baladí que, sin embargo, la desgarra y la deja helada al mismo tiempo. La otra le acaba de arrebatar también ese gesto mínimo con el que ha soñado durante varios días. La muy hija de puta, como si no le bastara quedarse con todo lo demás. Pero ¿cómo lo supo? ¿Cómo fue capaz de averiguar que iba a comprarle justo ese? Está tentada a girarse, sospechando que va a descubrirla allí de pie, plantada tras ella, mirándola irónica. Pero le da tanto miedo que no se atreve. Y encima la ha llamado mamá. Allí la única madre que hay es ella, hostias.

—No pasa nada, te traigo otro la próxima vez —consigue articular—. O puedes quedarte con dos, así no se sienten solos.

De pronto le resulta crucial que él tenga algo escogido por ella. Pero no se lo pone fácil.

—Tengo un montón —replica—. Casi no me caben.

—Por favor, no seas desagradecido —le amonesta su padre.

—No está siendo desagradecido —interrumpe, enfadada—, sino sincero. Eso está bien.

Y entonces una sombra cruza la mirada de David. Podría ser simple extrañeza por su comentario, sin más, pero ella, que lo conoce bien, percibe un matiz distinto, un brillo que le eriza la piel. Si no fuera absurdo, juraría que la ha reconocido. El pensamiento la atraviesa con la violencia de un rayo: ¿y si él sabe más de lo que aparenta? ¿Y si tiene que ver con su suplantación? La idea es tan improbable como insoportable, pero no consigue apartarla. Lo mira y, por primera vez, lo siente como un extraño peligroso, alguien capaz de ocultar secretos detrás de esa sonrisa ensayada.

Aterrada, aparta la vista y se obliga a centrarse en Mateo, tratando de disimular.

—Oye, me encantan tus botas… ¿Son nuevas?

—Me las trajeron los Reyes. Son mágicas. —Ella lo invita a continuar—. Son las que más saltan y, además, se limpian solas.

A Bárbara se le llenan los ojos de lágrimas. Por suerte, David, más ocupado con su guitarra, ha dejado de prestarles atención.

—¿Tú tienes hijos? —le pregunta el niño.

Le dan ganas de decir que sí, que tiene uno y que se lo han robado. Pero, como no quiere asustarlo, se limita a negar.

—Pues yo no tengo hermanos —añade él.

Esa ha sido una de sus quejas recurrentes casi desde que empezó a hablar. Quería un hermano, sí, y también un perro. Pero ellos apenas tuvieron que discutirlo: esa fue una de las pocas cosas en las que coincidieron enseguida. Con uno ya tenían suficiente. Lo del perro ni entró en la ecuación.

—Yo tengo una, ¿sabes? Se llama Mari Jose y es muy simpática. Y tiene una niña de tu edad, que se llama Merchi. —Él la escucha muy serio. Y ella se muere de ganas de apretujarlo y comerlo a besos—. ¿Sabes a qué jugamos Merchi, Mari Jose y yo? Al *Saboteur.*

—¿Ah, sí? —responde él, interesado—. Juego muy bien.

—Lo sé —se le escapa—. Me lo imagino, vaya, se te ve que eres muy listo.

David se les acerca.

—No querría ser yo quien interrumpiera esta amena conversación, pero tendremos que ensayar, ¿no?

Bárbara se incorpora, tensa. Él le tiende su móvil al niño.

—Solo al *Brain It On,* ¿vale? —le pide antes de dejárselo.

Cacho capullo. Lo habían pactado y se suponía que estaban los dos de acuerdo. Si los hijos de los ingenieros de Silicon Valley no usan pantallas hasta los catorce años, por algo será. Él solo tiene seis. Seguro que ni siquiera le ha puesto control parental al móvil.

No le queda otra que morderse la lengua, hacer como si tal cosa, sonreír y cantar esa estúpida cancioncilla con la que él parece creer

que le van a dar un Grammy. Hay que joderse.

Antes de despedirse discuten si ir a un concierto de un grupo tributo de Queen quince días más tarde. Ellos también versionan uno de sus temas, por lo que valoran que no estaría de más escuchar cómo lo aborda la competencia.

—A ver qué dice mi mujer —resopla Mat—. Porque eso, ¿a qué hora es?

—Empieza a las diez y media. Podemos ensayar e ir después —explica David.

—Sí, claro —se ríe su colega—. Y pagas tú la pensión de divorcio.

Aun así, Mat queda en que lo intentará; Pablo se raja y ella, por supuesto, se suma, mientras sigue estudiando a David con disimulo. Tras ese momento raro, no ha vuelto a percibir nada que escape de lo normal.

—¿Y tú qué pasa? ¿No tienes que hablarlo en casa? —aventura, ligera.

—Soy un hombre abandonado. Mi mujer se marcha de nuevo la próxima semana. A París, esta vez. Creo que no está en condiciones de negociar.

Mateo levanta la vista al escucharlo.

—Mamá vuelve hoy —es una afirmación que incluye una pregunta implícita, cargada de ansiedad.

—Sí —confirma su padre—. Esta noche.

«Mamá». Su madre. Otra vez. Esto va a ser más duro de lo que imaginaba.

Contra todo pronóstico, esa noche se queda dormida en cuanto pone la cabeza en la almohada. A cambio, la pasa sumida en sueños que, sin llegar a la categoría de pesadillas, la perturban sobremanera. Sueña que está casada con Pablo y que juntos secuestran a Mateo. Después el niño duerme en una cabaña, pero su cama la ocupa un monstruo. Es él, se dice, transformado; aun así, debe quererlo. Y es entonces cuando descubre que la cabaña es un hospital. Su hijo yace inconsciente, con unos sensores en el cráneo. Al verlo, ella se despierta: a su alrededor todo está borroso y

se siente próxima al desmayo. Pero no se ha despertado en la realidad, sino en el sueño, dado que finalmente es el teléfono el que la arranca, intranquila y tarde, de ese batiburrillo de imágenes confusas.

La llamada es para notificarle que ha conseguido el trabajo y que puede ir a firmar el contrato hoy mismo. Se pone de lo más contenta, a pesar de que las condiciones que le ofrecen son próximas a la esclavitud. Ignora cómo alguien es capaz de subsistir con semejante miseria en Madrid: tendrá que encontrar el modo de conseguir más dinero por otro lado; pero al menos algo es algo.

Aprovecha la noticia para escribirle un mensaje a David. Él le contesta al instante y, con la excusa, se pasan dos horas de charla trivial que, al menos, sirven para ahondar en su complicidad, pero que la dejan igual de a ciegas que antes. A ella se le ocurre comentarle lo mucho que le gusta *Just Kids,* de Patti Smith, que finge estar leyendo. El entusiasmo de él es tan desmedido que Bárbara asume que va a tener que ponerse a ello de verdad. Le está bien empleado, por lista.

***

Los días se esfuman vertiginosos. Su nuevo trabajo resulta levemente hipnótico: las horas pasan volando sin darle tiempo a pensar en nada. Por las noches se sienta ante el ordenador para, metódica, seguir intentando reventar los sistemas de seguridad del Ramón y Cajal. Lo hace de forma mecánica y extremando las precauciones para no dejar rastros de su actividad, que, de momento, sigue sin dar los frutos deseados.

Ha conseguido acceder a los servidores de algunos departamentos, pero los del equipo de la doctora Riquelme parecen estar mejor blindados. Eso, lejos de desanimarla, le permite intuir que va por el buen camino.

A menudo se queda pillada mucho rato decodificando información irrelevante o se empeña en agotar vías que está claro que no llevan a ningún lado. Se pregunta cuánto habrá ahí de estrategia de su

mente para retrasar lo que le asusta y, de paso, normalizar lo anormal: dejar pasar los días, acostumbrarse a esa piel, a esos ritmos. De hecho, con frecuencia piensa que, en el fondo, esa vida no está tan mal. Hasta cierto punto es incluso mejor que la que ha dejado, sin tantas presiones, urgencias, ambiciones y necesidades de cosas que no necesita. Podría seguir así eternamente, si no fuera por Mateo. Y porque ha escogido mal el verbo. No ha dejado la vida que tenía, sino que se la han arrebatado.

La parte mala es que siempre hay algo que, más tarde o más temprano, interrumpe sus rutinas y ese espejismo de normalidad. Como si de un vórtice se tratara, cada noche acaba zambulléndose compulsivamente en el correo y las redes de Bárbara, el Instagram de David y en sus archivos. Sistemática y obsesivamente, lee y relee buscando una pista, una prueba que demuestre que saben que ella existe. Pero todo rezuma una cotidianeidad que le duele como una bofetada. Así descubre, por ejemplo, que, en efecto, a su hijo se le ha caído su primer diente. La noticia la deja destrozada durante días. Y, pese a ello vuelve, noche tras noche, a vigilar esa vida que debería ser la suya, igual que un náufrago que contempla, impotente, cómo la orilla se aleja cada vez más.

***

Un día, sin pensarlo demasiado, toma una decisión arriesgada que, por suerte, sale bien. Aprovechando que a estas alturas conoce la estructura del Ramón y Cajal como si ella misma la hubiera diseñado, decide solicitarles información sobre una posible beca predoctoral en el área de gestión de datos. Esta vez se presenta como informática. Le contesta una chica muy amable, Begoña, a la que, después de varios intercambios de correos, se atreve a preguntar si podría visitar las instalaciones. La cita para un par de días más tarde.

Antes de ir estudia su imagen: es casi imposible que alguien reconozca en ella a Juliana. Por si acaso, le incorpora unas gafas de sol.

—Hostia, tienes más pinta de roquera que de investigadora —comenta Begoña al verla.

Ella se ríe.

—No son incompatibles, ¿no?

—No, claro que no. Si a mí me encanta, pero ya verás cómo van todos aquí. Nada que ver.

Begoña es valenciana y muy simpática. Hacen buenas migas al instante. Por unos momentos fantasea con que podría incorporarse a un puesto en ese centro y terminar trabajando codo con codo con esa tía tan maja. Que se harán amigas e irán juntas a conciertos o de viaje a alguna capital europea, en vez de seguir instalada en su vida de prestado.

—No te lo voy a enseñar todo porque nos podríamos tirar el día entero. Lo justo para que ubiques lo que te podría interesar si al final vienes. Que, ojalá.

Como la mayoría de los edificios de su estilo, el centro conforma un auténtico laberinto. Despacho tras despacho y pasillo tras pasillo, salpicados por salas de reuniones, patios y corredores cubiertos, uno igual que otro, uno detrás de otro. Un sitio idéntico a otros similares que ella ha visitado a lo largo de su vida. Centros de investigación, universidades, edificios administrativos… Cambian los nombres de los carteles, los contenidos de los tablones de anuncios y, a veces, también el modo en que la gente va vestida. Allí, por ejemplo, como ha anunciado Begoña, casi todos usan vaqueros y camiseta de manga corta, de colores básicos, ellas con el pelo recogido en colas de caballo y ellos, en su mayoría, bien afeitados, aunque con el flequillo un par de dedos más largo de lo que deberían.

Y pese a ese tufo a normalidad, el lugar pone la piel de gallina. Al recorrerlo, otra vez se siente como si entrara en una casa del terror, anticipando el miedo a algo tan inevitable como seguro. Solo es sugestión, se dice para tranquilizarse: no hay nada que justifique ese temor irracional que va en escalada. Hasta que, al doblar un pasillo, un pinchazo le taladra el cerebro y la obliga a parar en seco.

—Ey, ¿qué pasa? Te has puesto pálida. ¿Estás bien? —pregunta Begoña.

Se apoya en la pared con la pretensión de disimular su mareo.

—Sí, perdona. Creo que es un bajón de tensión. Me pasa a menudo.

Frente a ella se alza una puerta opaca de doble hoja, una puerta como cualquier otra. A un lado tiene un cartel que no consigue leer desde donde está, ni falta que le hace, porque sabe perfectamente lo que pone. Ella ya ha estado ahí, lo recuerda muy bien. Se ve cruzando el umbral con Mateo de la mano. ¿O quizá solo lo imagina? No, está segura, una certeza que viene acompañada de una punzada en el cráneo tan significativa como desagradable.

—¿Damos la vuelta? Total, aquí no hay mucho que ver…

—¿Qué es? —inquiere, con voz temblorosa.

—El CCI. Conectoma cerebral… Tienen equipos muy delicados, así que no podemos entrar. Si te interesa, organizan visitas guiadas.

—¿Es el equipo de la doctora Riquelme?

—Exacto —responde Begoña, complacida—. ¿La conoces?

—Solo de oídas.

—Es una eminencia. —La mujer la estudia—. Oye, ¿seguro que estás bien? ¿Te traigo un poco de agua?

—Qué va. Estoy perfectamente.

Begoña sonríe, aliviada.

***

Ese fin de semana va a comer a casa de «su hermana». Lleva una bandeja de pasteles y Merchi le da un abrazo gigante. Juegan al *Saboteur* durante horas. Después, la niña se pone a ver la tele y ellas se quedan hablando un rato a solas. Le explica cosas de su vida y su trabajo. Lo que no le cuenta son las horas que se pasa espiando a Bárbara, ni que se ha metido como cantante en el grupo de su marido. Tampoco que ha visto a su hijo. Sabe cuál sería su reacción: la misma que tendría ella si se viera desde fuera. Vive tu vida y déjalo correr; aparca esta obsesión enfermiza, con la que lo

único que consigues es hacerte daño. Pero como no sabe nada de todo eso, lo que dice es otra cosa:

—Jo, cómo me alegro, Juli. Por fin te van bien las cosas, ¡qué maravilla!

Le encantaría no decepcionarla. La vida que le cuenta a Mari Jose suena casi perfecta. Lástima que no sea más que un espejismo.

15

Dado que David sigue siendo su única vía de regreso a Ítaca, se obliga a vencer la repugnancia y el temor que le provoca y propiciar todos los encuentros posibles. Necesita averiguar qué sabe y también ganarse su confianza para rascar algún momento más con Mateo, si es que juega bien sus cartas.

Finalmente, se ponen de acuerdo para ir al concierto del grupo que homenajea a Queen: ella, Mat y David. La velada resulta mucho mejor de lo esperado. La banda inunda la sala con un buen rollo contagioso que los empuja a bailar hasta la extenuación. Había olvidado lo que era sentirse así. De hecho, la vida era esto, se dice, coreando «otra, otra, otra» cuando el grupo amenaza con terminar. De reojo, comprueba que él no le quita la vista de encima. A ella. No a ella, ella, sino a ella, la otra. Sonríe, incómoda, y le da un trago a la cerveza, que está muy fría.

—Pues habrá que ir a otro lado, ¿no? —propone David con una sonrisa.

Le apetece un montón, más allá de estrategias y planes ocultos, y por eso mira a Mat, implorante, para animarlo a que se les una.

—Bueno, yo una y ya, eh… —acepta el bajista tras comprobar la hora en el móvil—. Que a las doce tengo que estar de vuelta.

Van a un bar cercano donde suena rock de los 90: Nirvana, Pearl Jam, Foo Fighters… Son los grupos de su primera juventud, de modo que se sabe la letra de todas las canciones y las baila y corea como si de nuevo tuviera veinte.

—Vaya cultura musical la tuya —la elogia él.

Ha tenido que parar de bailar para escucharlo. La música está muy alta. Él se acerca y lo repite, más cerca de su oreja. Tanto que su aliento le hace cosquillas, y, sobre todo, permite que la invada

ese olor tan familiar, mezcla de sudor y de su colonia de siempre. No hay nada más evocador que un olor, y esta combinación en concreto hace que le tiemblen las piernas. Él debe de percibir algo también porque los dos se quedan paralizados en una tensión casi masticable, hasta que, incapaz de soportarla, decide ganar distancia. Física al menos. Así que da un paso atrás.

—¿Por? A estos grupos los conoce todo el mundo, ¿no?

—Todo el mundo de mi generación puede —aclara él—, pero tú debes de ser como diez años más joven… Me sorprende que la tengas tan controlada.

Se tensa al darse cuenta de la metedura de pata. Hace un gesto para quitarle importancia, aunque por dentro se maldice.

—¿Cuántos años tienes? —continúa él.

—Eso no se pregunta —se escabulle con coquetería mientras se escurre hacia la barra. Cuantos menos datos concretos tenga él, menos oportunidades tendrá ella de patinar.

Contiene las ganas de tomarse una copa. No puede arriesgarse a perder el control, por lo que se pide una tónica y otra, con Seagrams, para él. Está esperando a que le sirvan cuando se le acerca Mat, chaqueta en mano.

—¿Qué tomas?

—Nada, me voy ya —responde él, resignado, abrochándose la chaqueta.

—No, venga, no te vayas. —Le cae bien, pero su principal motivación para insistir es que teme que, si él se marcha, David también pegue la espantada.

—Ya lo siento, no me queda otra. Mañana me tocan suegros.

—Uuuhhh.

—Sí. No necesito darles más munición de la que ya tienen, gracias. Me voy a la francesa, que no quiero que David me dé la turra —añade—. Pasadlo bien. Y no le dejes beber mucho, que se pone muy plasta.

Todo el mundo se pone pesado cuando bebe, aunque sí, es cierto que le cuesta controlarse y, tras la primera copa, el resto suele ir

detrás en un efecto dominó al que no le da importancia hasta que ya hay motivos para arrepentirse. Creía que era algo universal, pero al reflexionar sobre ello se le ocurre que tal vez no lo sea tanto.

—¿Qué es? —pregunta cuando le tiende el *gin-tonic.*

—Seagrams con tónica, como el mío. Si no te gusta, me quedo los dos, no hay problema.

—¿Cómo lo has sabido? —responde él, asombrado—. Es lo que bebo siempre, qué fuerte. ¿Te lo ha dicho Mat?

De nuevo se siente dividida entre celebrar el éxito de su estrategia o lamentar lo fácil que está resultando. Se pregunta si le ocurriría lo mismo, si alguien que apareciera fingiendo compartir el más nimio de sus gustos la encandilaría con tanta rapidez. Porque de que está encandilado no cabe duda. Basta con fijarse en el modo en que la mira bailar. ¿Cuánto hacía que no la miraba así? Aunque… ella es ella, ¿no? Es el continente el que ha cambiado, no el contenido… ¿Qué es lo que nos atrae de una persona? El físico es importante, claro, pero ¿no lo son más la forma de moverse, de hablar y de expresarse? La personalidad, vaya. Sí, vale, lo que quieras, pero si estuviera dentro de un cuerpo menos atractivo quizá no habría tenido tanto éxito. Y si no fuese Bárbara, sino Juliana, ¿lo habría conquistado igual? Darle vueltas a eso —y no es la primera vez que lo hace— le resulta tan perturbador que se obliga a centrarse en la letra de la canción y a dejarse llevar por su ritmo hipnótico.

Su siguiente parada es un pub más tranquilo, en el que se sientan a descansar y charlar un rato. David va por la cuarta copa, mientras que ella se ha pedido un agua, ya sin disimulos.

—No puedo seguir bebiendo —explica—. Mañana voy a llevar a mi sobrina al zoo y no quiero ir con la resaca del siglo.

Es miserable utilizar así a Merchi, por lo que se promete que, pase lo que pase, hará realidad esa visita. Si no mañana, sí lo antes que pueda.

—Anda, no sabía que tenías una sobrina…

—Sí. Y me encantan los niños, además.

—Ya me di cuenta el otro día al verte con Mateo. Le caíste muy bien, por cierto.

Trata de que no trasluzca la ansiedad que le provoca el comentario.

—¿En serio?

—Sí. Al principio se quedó un poco sorprendido por tus…

Dibuja un vago gesto, que la abarca por entero.

—¿Por mis pintas, te refieres? —sale en su auxilio, quitándole hierro.

—Es que nuestro entorno es más… —Sigue costándole escoger las palabras.

—¿Pijo? —lanza ella—. ¿Qué estamos, jugando al *Tabú*?

—Tal cual. Iba a decir «conservador» pero me vale. Eso sí, superado el *shock* estilístico, dijo que le habías caído genial.

—Como él a mí. Mucho. Me pareció un encanto. Y muy listo. Oye —propone con ligereza, como si la idea se le acabase de ocurrir en ese instante—, si te apetece, podríamos organizar algo con los niños. Veníos al zoo…

Cruza los dedos para que diga que sí, aunque es consciente de que está como una cuba y que mañana no va a estar en condiciones ni de ir a por paracetamol a la farmacia de la esquina. Pero no puede dejar de intentarlo.

—No. Tengo… una cosa. Un tema familiar.

—Ah, ¿que tú también comes con tus suegros? —le pica, aunque sabe mejor que nadie que no es así: sus padres murieron hace años.

—¿Cómo? —replica él, desconcertado.

—No, lo decía porque Mat come con sus suegros; pensé que tú…

David reacciona con alarma.

—¡Hostias! ¡Mat! ¿Dónde está? Nos lo hemos olvidado… Tenemos que volver a rescatarlo.

—A buenas horas —se ríe—. Ya debe de ir por el segundo ciclo de sueño.

—¿En serio? ¿Cuándo se ha ido, que no me he enterado? ¿Y qué hora es?

—Las cuatro.

—Genial, es temprano. ¿Entonces adónde vamos?

—Yo a mi casa y tú a la tuya —afirma, decidida—. No querrás llegar así a la comida con tus suegros.

—Que no tengo suegros —responde él—. Lo que tengo es necesidad de tomarme otra copa.

—Entonces mañana… —aventura. Le asusta seguir, pero si ha llegado hasta ahí ha sido con idea de sonsacarle cuanto pueda, así que lanza la caña ahora, que ve la ocasión propicia— ¿vas a algún sitio con tu mujer?

Él asiente, pese a que no se le ve muy contento con la deriva de la conversación.

—No cuentas nada de ella —insiste Bárbara—. ¿Lleváis mucho tiempo juntos?

—Mucho, sí. Toda la vida.

—Qué maravilla. A mí me da envidia eso de ir creciendo con alguien al lado, evolucionando con esa persona. Supongo que te da una complicidad total. Lo sabréis todo el uno del otro…

—Sí, supongo. Aunque, no creas, a veces me da la impresión de que cada vez la conozco menos.

El corazón se le desboca. Él lo ha notado, sabe que hay un cambio. Ella ya no es quien era. Ella…

—Por cierto, no hemos celebrado lo de tu trabajo —corta él con la clara intención de cambiar de tema. Se queda mirándola desde el espesor mental de su embriaguez—. Eso sí, diría que no tengo ni idea de en qué trabajas… ¿En qué trabajas?

—En algo con poco glamur, me temo. Soy operadora de telefonía.

—¡Cielos!

—Bueno, no está tan mal, ¿eh? Es un curro del que te puedes olvidar en cuanto pones un pie fuera de la oficina.

—Visto así. A mí me pasa lo contrario. Mi curro es de esos que te persiguen adonde quiera que vayas.

—¿Sí? —Se hace la loca—. ¿A qué te dedicas?

—Soy médico. ¿Y tú? Me refiero a que imagino que ser operadora de telefonía no era tu sueño desde pequeñita, ¿no?

Lo que pretende averiguar, sin atreverse a formularlo con claridad, es si ha estudiado o no. Es así de elitista, pero, se corrige, quizá no tenga tantos reparos en relacionarse con alguien sin un título si la «ocasión» lo merece.

—No, claro. Lo que siempre he querido es ser cantante.

—¡No!

Aunque es de lo más tentador seguir puteándolo, se contiene.

—Pues no, claro que no. Estudié Psicología —aclara, riendo.

Valora un segundo si es oportuno añadir lo que se le acaba de ocurrir. Y decide que sí, que es buena idea, así que dispara.

—Me gustaría trabajar en un sitio como el centro Ramón y Cajal. Investigación en neurociencia, no sé si te suena.

Y, bingo. David se queda lívido y a ella la recorre un escalofrío. A pesar de eso, sigue tirando del hilo, impertérrita en apariencia.

—Me interesa mucho el funcionamiento del cerebro. Debería haber estudiado Psiquiatría, pero Medicina no me atraía en absoluto.

Él se ha quedado serio y abstraído. La mención al centro lo ha perturbado sobremanera.

—Te estoy aburriendo, claro —enuncia, a modo de interrogante, para sacarlo del ensimismamiento. Necesita entender qué acaba de ocurrir.

Él sacude la cabeza.

—No, no, qué va. Suena muy interesante. —Consulta el reloj carísimo, que luce en la muñeca—. Lo que pasa es que es tarde, ¿no? Igual deberíamos ir pensando en irnos.

Su reacción solo puede significar que, en efecto, sabe algo y que su intuición del otro día había sido buena. Al final ha resultado ser uno de esos maridos que parecen producto exclusivo de la ficción que, tras una apariencia intachable, esconden la capacidad y el deseo de borrar a sus mujeres de la manera más rocambolesca. Nadie lo diría por su aspecto y, sin embargo, ahí está.

El pánico le atenaza la base de la columna y le hunde los dedos en los pulmones, dejándola sin aliento. Trata de leer en sus ojos si él sospecha. No lo parece y no cree que sea tan buen actor como para ocultarlo. Pero sí, claro que lo es. No hay más que verlo.

—¿Compartimos taxi? —pregunta él mientras se levanta.

Aunque quiere negarse, una docilidad que no sabe de dónde surge asiente por ella. Sube al vehículo con el corazón pegando alaridos. No debería y, sin embargo, lo hace, como esas víctimas que caminan por su propio pie hacia un sótano oscuro. Maldita educación.

—Me bajo yo primero, ¿vale? —propone, procurando que el miedo no la delate.

Él se deja caer en el asiento trasero, derrotado por el alcohol. Ella se mantiene erguida, lista para saltar en marcha si hace falta. Pero no lo hace. El taxi se detiene, ella baja y él, medio grogui, se inclina en su dirección.

—Ha sido una gran noche, Julia. Gracias.

Resulta tan anodino cómo lo dice que, cuando la puerta se cierra a su espalda, ya no sabe ni qué pensar.

***

No vuelven a verse hasta el siguiente ensayo. A lo largo de la semana, David se comporta con total normalidad o, al menos, acorde con la normalidad que se ha instalado entre ellos. Tanto que acaba por dudar de su percepción sobre la noche compartida. Él le manda mensajes, canciones, textos y todo tipo de chorradas casi a diario. Al principio los lee con algo de distancia y mucho de rabia, pero al poco empieza a añorarlos si tardan y a emocionarse al recibirlos. Y es que hace mucho que nadie la trata así. Mejor dicho, nadie la trata así desde que él lo hizo hace siglos, justo al principio de su relación. A veces se pregunta cuánta culpa de que se haya estropeado de esta forma es suya. Otras, si tal vez esto es una retorcida segunda oportunidad que le regala el universo. Y casi siempre se obliga a recordarse que está encerrada en un cuerpo que

no es el suyo, que no sabe cómo ha llegado ahí y que hará bien no fiándose de nadie. Ni tan siquiera de sí misma.

En ocasiones duda de si él coquetea a conciencia o si está malinterpretando sus señales; si lucha por evitar lo que se gesta entre ellos o si, por el contrario, lo provoca, si tiene mala conciencia, si lo habrá hecho antes y si se le notará en casa. Pero, por supuesto, su interrogante más grande es quién la suplanta y por qué; eso es lo que en verdad querría preguntarle a él, pero ni sabe cómo ni se atreve. Y, mientras, David parece haber olvidado por completo el Ramón y Cajal y no ha vuelto a mencionar a Bárbara. Ella tampoco, no por falta de ganas.

Al terminar es él quien propone unas birras. Mat y Pablo se rajan, de modo que esta vez van solos. Sentados en la barra del bar, cierta tensión se apodera de ambos, hasta que, finalmente, decide lanzarse con uno de los interrogantes que la atormenta últimamente.

—Oye, el otro día, me pareció que te incomodaba cuando mencioné el Ramón y Cajal —aventura—. Supongo que es de lo más indiscreto volver sobre el asunto, pero me quedé intrigada. ¿Te ha pasado algo relacionado con ese sitio?

Él se tensa.

—Le tengo un poco de tirria. Es algo personal, nada que afecte en absoluto a tus aspiraciones profesionales.

¡Bum! Ahí está. Por fin.

Y no puede dejarlo escapar.

—Si no quieres contármelo no pasa nada… —dice, con el intenso deseo de que haga justo lo contrario—. Tú estás bien, ¿no?

Él confirma, incómodo.

—¿Tu mujer? —aventura. Se la juega porque confía en que su reacción le proporcione alguna pista.

Él le da vueltas al botellín hasta que, por fin, escupe.

—No hay nada de lo que preocuparse. Se está haciendo allí un… una especie de tratamiento. Mi impresión es que le están robando la pasta, sin más, pero diría que lo que yo creo le importa un bledo.

—¿Está enferma? —pregunta, intentando disimular la ansiedad.

—No, no es eso. Es que su madre murió de párkinson a los 43 años.

—¿Y eso qué tiene que ver? —se le escapa, incrédula. Su sorpresa es auténtica.

—Pues que Bárbara es la clase de persona que cree que con dinero se arregla todo. Y no, no se puede. Casi todo sí, pero todo no.

Sí, su madre murió de esa enfermedad. Se le ha quedado grabada a fuego la pesadez de las persianas bajadas, el llanto de su padre y las miradas de compasión que le dirigían los adultos que, arrastrando la pena, pasaban por su casa. Su madre era demasiado joven, y ella demasiado pequeña para perderla. Por eso al quedarse embarazada de Mateo la obsesionó que pudiera convertirse como ella en un huérfano prematuro del que los demás tuvieran que apiadarse. Se sometió a unas pruebas tras las que le dijeron que no había nada de lo que preocuparse y a partir de ahí, que recuerde, aparcó el tema para siempre. ¿O ha vuelto a empezar y eso también lo ha olvidado? ¿A qué demonios viene esto ahora?

Como un eco, procesa que David sigue hablando.

—… un estudio para detectar un gen.

—Una mutación genética —aclara ella.

Él levanta la mirada, sorprendido.

—Vaya, controlas del tema. Pensaba que lo tuyo era la psicología.

La sangre le zumba en las sienes. ¿Cuándo ha vuelto a hacerse las pruebas? ¿Y por qué no lo recuerda?

—¿Tiene algún síntoma? —se atreve a preguntar.

Él niega, seco. Y justo en ese momento reaparecen en tromba las imágenes que la han asaltado en los últimos meses: la mujer que se inclina sobre ella, cada vez más nítida; a sí misma cruzando la puerta del Ramón y Cajal con un abrigo *beige;* su hijo de la mano. Esos recuerdos escurridizos vienen, como de costumbre, acompañados de un dolor intenso. Ahora se les suma una imagen nueva: ella y David discuten porque quiere ir a algún lado a hacer… algo, por lo que él, enfadado, le grita.

—No te gusta que se haga esas pruebas —dice, como si hubiera tenido una revelación—. ¿Por qué no?

Él se revuelve, incómodo.

—La verdad, no me apetece hablar de esto. ¿Podemos parar ya?

Ella se tensa. El tono ha sido más áspero de lo que esperaba. Él lo nota, y enseguida matiza, bajando la voz:

—Perdona. No quería sonar borde. Es que… no sé. Últimamente en mi casa las cosas no van bien. Sé de sobra cómo suena, por eso no me apetece hablar de esto… y menos contigo.

Con ella, ¿por qué? ¿Qué pasa? ¿Qué está ocurriendo? Y si él lo sabe, ¿por qué no se lo dice? Se mueve en un terreno peligroso, pero si se ha arriesgado tanto es precisamente para llegar ahí. Así que insiste.

—¿Discutís más que antes? ¿Ha cambiado algo últimamente?

Y de pronto, la obvia incomodidad que ha exhibido hasta el momento da paso a una mirada fija e intensa, con la que se diría que tratara de escrutar en el fondo de sus ojos, antes de responder, lentamente.

—Sí, sí que ha cambiado algo.

Y entonces entiende por fin hacia dónde ha derivado la conversación. Y no quiere que siga por ahí.

—Vaya, sí que ha debido de ser terrible la discusión. Entiendo que no quieras hablar de ello… —dice, tratando de quitarle hierro a lo que acaba de oír.

Él esboza una sonrisa torcida, casi amarga. Le pega un trago largo a la cerveza.

—Joder, eso podría haberlo dicho Bárbara.

Se le hiela la sangre en las venas. Pronuncia con cuidado.

—Que insinúes que me parezco a tu mujer no sé si me hace muy feliz, después de lo que me has contado…

—Pues sí que te pareces un poco. Pero es que antes era… diferente. Tampoco es que sepa mucho de lo que le pasa por dentro. Nos hemos convertido en dos desconocidos que comparten casa…

Nada, la misma mierda de todas las parejas que llevan muchos años juntas, supongo. Se nos pasará.

De un trago se bebe lo que queda de cerveza y se apresura a pagar para dar la velada por concluida.

—En fin. Da igual. Olvídalo.

Lo observa, con el corazón desbocado. Ignora cómo interpretar la retahíla de confesiones que acaba de escuchar. Una vez más, siente que da pasos al borde del abismo.

16

Al menos una tarde a la semana, se acerca hasta el Ramón y Cajal. Se queda a una distancia prudencial y a menudo se pregunta por qué va, aunque sigue haciéndolo, como si el edificio ejerciera una atracción magnética que no es capaz de resistir.

Los primeros días los dolores se le agudizaban al acercarse. Inicialmente lo achacó a la tensión que le provocaba el lugar. Sin embargo, ahora sospecha que no se trata solo de eso porque, si bien persiste aún un leve rastro del dolor, también ha ido atenuándose, como si la exposición progresiva lo debilitara.

Un día sucede algo inesperado. Está sentada en la terraza de una cafetería cercana, con la mirada perdida en el aire, cuando una mujer cruza ante ella. La desconocida camina con rapidez, pero logra ver su rostro. Es el mismo que ha estado apareciéndosele desde «el cambio». Y en ese preciso instante, los pinchazos regresan con una intensidad inusitada.

Se lleva la mano a las sienes, lentamente. El tiempo se espesa y sus oídos parecen girarse hacia el interior. Siente el impulso de huir, pero sus músculos no responden a su voluntad. Por más que intenta levantarse para seguirla, no es capaz.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunta una mujer desde la mesa contigua.

Quiere responderle, pero tampoco puede. Y entonces, una vez más, su conciencia se apaga.

***

Se despierta en otro lugar. La cabeza le duele horrores. La gira lentamente para examinar su entorno, que parece una habitación de hospital. Está tumbada en una camilla, rodeada de instrumental

médico. Afortunadamente, la luz es tenue y, aun así, la hiere, obligándola a cerrar los ojos de nuevo.

Tiene miedo.

Los sonidos de los aparatos se mezclan con voces humanas. Algunas sombras atraviesan su campo de visión.

—Ha recuperado el conocimiento —escucha justo antes de que todo vuelva a difuminarse.

Pelea para no desvanecerse de nuevo, pero es en vano. De pronto, le inunda una paz enorme. Tampoco estaría tan mal morirse ya. Y en tanto lo piensa y duda si entregarse o no al vacío, la imagen de Mateo le impacta como un misil para recordarle que no, que no quiere ni puede morirse. Al menos ahora no. Pese a lo cual, la luz de su cerebro se apaga sin que ella pueda remediarlo.

No se ha muerto, pero quizá por haberse desmayado con ese temor, cuando por fin vuelve en sí, una pena enorme la abruma. Su mejilla está húmeda: está llorando, comprueba con sorpresa. Se da cuenta de golpe de que no ha llorado en esos meses, salvo la solitaria lágrima que se le escapó con Mari Jose. Es extraño, con todo lo que le ha ocurrido.

Una mujer desconocida se acerca y le habla con dulzura.

—¿Estás despierta? ¿Me oyes? ¿Hola?

—Estoy llorando —aclara, como si hiciera falta.

—Sí, ya lo veo. Llora lo que necesites. —La voz amable de la mujer intensifica su dolor—. Además, es buenísimo para la piel, no solo para el alma.

Como si hubiera activado un interruptor, las lágrimas de momento silentes se convierten en un torrente de sollozos. Llora lo que no ha llorado en años. Por la ya lejana muerte de sus padres, por la pérdida de Mateo, por la lucha constante de la vida que ya no tiene y la lucha continua de la vida que tiene ahora. Llora porque no sabe quién es ni dónde está. Y porque, aunque no quiere, al mismo tiempo siente que es lo único que la alivia. Llora hasta que el agotamiento la anestesia y entonces sueña que llora y que tiene que nadar para salir de un lago salado, cuyas orillas no es capaz de

distinguir porque el sol es tan cegador que se lo impide. El lago es rosa, el cielo, azul, y su piel, muy blanca. Y sigue soñando, hasta que alguien menciona su nombre, «Bárbara», y ella por fin despierta.

—¿Juliana?

Juliana ha dicho, no Bárbara. Eso también lo ha soñado. Abre los ojos, apesadumbrada. Frente a ella, un joven de apariencia amigable la observa compasivo.

—¿Dónde estoy?

—En el Hospital 12 de Octubre. Perdiste el conocimiento en la calle, llamaron a los servicios de emergencia y te trajeron aquí. Has estado inconsciente —el joven consulta el documento frente a él— durante más de doce horas. Tu hermana está fuera esperando. ¿Quieres que la haga pasar?

—Mi hermana…

—Sí, tu hermana —dice el chico, antes de preguntar—. ¿Sabes quién eres? ¿Qué día es hoy?

Por supuesto que sabe quién es y también que no tiene ninguna hermana. Ella es Bárbara, aunque todos, incluso los espejos, se empeñen en afirmar otra cosa.

—Soy Juliana Rodríguez —responde, sin embargo—. Sobre el día, después de lo que me has dicho, estoy confusa, pero entiendo que sigue siendo miércoles. Y, sí, tengo muchas ganas de ver a Mari Jose.

No hay como decirle a la gente lo que quiere oír, reflexiona al identificar la satisfacción con la que el chico abandona la habitación.

***

Se somete a una extensa batería de pruebas, con las que pretenden descubrir la causa de sus desmayos. Previamente, su «hermana» les ha hablado de su amnesia, pero ella, por su parte, procura no proporcionar más detalles de los estrictamente necesarios. Al principio se ilusiona con que esos exámenes tan exhaustivos tal vez hagan salir a la luz lo que sea que haya detrás de ese extraño cruce

de identidades, pero enseguida sus esperanzas se desvanecen. Los resultados son normales y no hay ninguna causa física u objetiva que explique lo que le ocurre.

Mari Jose la acompaña a menudo, lo que la obliga a pedirse horas e incluso días libres en el trabajo. Le apena que lo haga, puesto que sabe de sobra lo mucho que necesita el dinero e imagina lo que le supone renunciar a lo que gana, por poco que sea. Pero no atiende a razones y sigue acudiendo a todas las citas que puede. En la sala de espera, mientras finge leer una revista atrasada, le pasa la mano por la espalda en círculos diminutos, casi infantiles, como quien calma a un niño.

Y a su lado también, siempre, con el cuello tenso y la espalda rígida, escucha a los médicos con los dedos crispados. Luego ella ha de aclararle buena parte de lo que han oído. No todo porque, en efecto, es muy lista, y en unos días se maneja como nadie.

No tarda en darse cuenta de lo mucho que empieza a quererla. Le provoca mala conciencia la impostura de la que la hace partícipe y víctima. Como tantas veces, necesita recordarse que no es culpa suya, que no se ha metido a propósito en esa situación de la que ella es la principal damnificada, pero no puede sino sentir que está dejando un montón de cadáveres a su paso. Y culpa sí tiene. Al menos con ella sí que se comporta como si fuese su hermana amnésica. Por mucho que insistiese en decir la verdad, tampoco la creería. Así y todo, siente que no está jugando limpio.

En la última visita, el médico les cuenta sus sospechas, ahora descartadas, de un tumor cerebral. Les explica que, en ocasiones, los neurogliomas pueden provocar efectos extraños. Como una barcelonesa que se gastó más de doscientos mil euros en compras absurdas debido a un meningioma del tamaño de una pelota de tenis. Ambas se angustian al escucharlo, pero él se apresura a aclarar que si ese fuera el caso ya habría aparecido algo en las pruebas realizadas.

—Esa mujer tenía otros síntomas: una completa falta de respuesta emocional y abandono de la higiene personal, por

ejemplo. Las compras compulsivas eran parte de un cuadro de lo más completo. En tu caso, salvo la pérdida de memoria y los desmayos, el resto es normal.

—Bueno, cambiar ha cambiado lo que no está en los escritos —le corrige Mari Jose, preocupada.

—Puede, pero su comportamiento es razonable, estructurado y responde a la lógica habitual —matiza él.

Cuando le dan el alta, salen con las mismas preguntas con las que entraron. El médico le hace prometer que volverá en tres meses, a menos que aparezca algún síntoma grave, en cuyo caso debería acudir de inmediato.

—Estos resultados quedan en el sistema. La próxima vez irán a tiro fijo desde el principio —añade—. Acabaremos dando con lo que te pasa. Yo voy a estar aquí, alerta como un francotirador, te lo prometo.

Ella no tiene tanta fe como él, pero no quiere desanimarlo. Se le ve voluntarioso y buena gente, aunque duda de si eso es suficiente.

Van a desayunar a una cafetería próxima para celebrar las que se supone que son buenas noticias. Un auténtico lujo para las economías de ambas.

—No sabes lo asustada que estaba —dice Mari Jose, extendiendo una capa de mermelada de fresa sobre un cruasán—. Menos mal que de esta nos hemos librado.

Al oírla decide que es suficiente, que no puede seguir engañándola de ese modo, así que la interrumpe.

—Necesito decirte una cosa muy importante. Pero escúchame con calma.

—¿Qué pasa?

—Que no soy tu hermana.

La otra se queda en silencio, procesando la bomba que acaba de escuchar. Hasta que reacciona, enfadada.

—¿Otra vez? Pensé que ya habíamos dejado esto atrás.

—No —insiste—. Os he seguido la corriente, pero me siento fatal por engañarte. Me llamo Bárbara Rabelin, mi marido se llama David

y, por desgracia, no tengo hermanos. Pero sí un hijo, Mateo, un año más pequeño que Merchi.

A Mari Jose se le llenan los ojos de lágrimas.

—Dejaste la medicación, ¿verdad? —Su desconsuelo es tal que empieza a arrepentirse de haber abierto la boca. Pero ya es tarde para recular.

—No, escucha. No estoy loca y puedo demostrarlo. He entrado en su Facebook, en su Instagram. Me acuerdo de sus contraseñas, de todo…

Y, por un momento, la duda se abre paso. Con el cuchillo aún en la mano, se debate entre creerla o no. Pero es que no.

—Juliana, te lo estás inventando. Esas personas solo existen en tu cabeza.

—Que no, te lo juro, que es cierto. No sé qué ha pasado, por qué estoy en este cuerpo y quién está en el mío. Creía que era Juliana, pero ahora lo dudo porque David…

—¡Has dejado de tomar la medicación! ¿A que sí? ¡Otra vez estamos en las mismas! ¡Mucha promesa, mucha promesa, y al final la misma mierda! Y yo, que soy gilipollas. No debería haberte metido en casa.

—No, escúchame. Es que no lo entiendes.

—Sí lo entiendo, Juliana. Lo entiendo demasiado bien. Lo que pasa es que estoy harta.

Arroja el cuchillo de la mermelada contra el plato, se levanta y sale de la cafetería, sin mirarla.

Al menos lo ha intentado. Un consuelo bastante pobre para tapar el agujero que, al cerrar la puerta del bar, Mari Jose deja en su vida. Debe contener las ganas de salir corriendo tras ella y suplicar su perdón: es consciente de que lo único digno que puede hacer es darle ese espacio para el dolor y la rabia que está tan legitimada para sentir.

Podría haberse callado hasta después de que se hubiese tomado el cruasán, piensa con pena al verlo abandonado en el plato. Y, en

un absurdo gesto de expiación, decide que tampoco ella se comerá el suyo.

***

De vuelta en casa, Bárbara se queda postrada en el sofá, sin saber muy bien qué hacer ni por dónde tirar. Las pruebas médicas le dejan un poso de realidad contra el que es difícil pelearse, y la ausencia de Mari Jose, casi tan huérfana como cuando perdió a su madre hace tantos años. Ya no le queda nada. Está más sola que nunca. De hecho, mira su móvil con desasosiego, la única persona que la ancla con la vida es David.

Durante su estancia en el hospital, él ha seguido enviándole mensajes a menudo y ha creado una lista de reproducción en Spotify, cargada de romanticismo. «Dejarse llevar suena demasiado bien», dice una de las canciones. Quizá no sea tan mala idea, después de todo. Quizá deba limitarse a seguir el consejo y permitir que la vida fluya, aceptar que siempre ha sido Juliana y disfrutar de ese amor que él parece prometerle, como si nunca hubiera sido Bárbara, como si nunca hubiera conocido a otro David, como si esa fuera la verdadera vida. No lo es, y por eso su primera reacción es dejar el móvil en la mesa y tratar de olvidar sus mensajes. Pero una hora más tarde, y después de haberle dado otra vuelta a la *playlist,* le escribe para contarle que ya ha salido del hospital y también para preguntarle si ese viernes habrá ensayo.

No, explica él. En ese momento va de camino a La Manga, donde pasará el fin de semana. La llamará en cuanto tenga un momento y, por supuesto, se alegra muchísimo de que ya se haya recuperado. Todo de lo más normal, salvo porque ella sabe mejor que nadie qué significa La Manga. De ahí que esa frase en apariencia inocua acabe de poner su frágil mundo de nuevo patas arriba. Una vez más.

La Manga. La primera vez que fue le pareció un espanto, pero ahora es el lugar del mundo que asocia a la felicidad adulta, igual que Corrubedo está vinculado a la de su infancia. Aún no había nacido Mateo cuando una tía suya les ofreció utilizar un apartamento

de su propiedad que tenía disponible durante unas semanas después de que se rajaran unos inquilinos a última hora. Aceptaron encantados. Acababan de pagar la entrada del piso y no tenían ni un duro para irse de vacaciones. Cuando llegaron, sintió ganas de huir. Afortunadamente no lo hizo.

El mar Menor y la franja de tierra de trece kilómetros que lo bordea podrían ser un paraíso si no fuera porque en los años sesenta, bajo el auspicio de Fraga, se perpetró allí una de las peores atrocidades urbanísticas jamás vistas, que se dice rápido. De hecho, en las primeras vacaciones jugaron a escoger el edificio más aberrante. Les resultó harto complicado decantarse por uno, lo que los obligó a otorgarle un simbólico *ex aequo* a un palacio de inspiración grecorromana y a algo que se parecía a una pirámide egipcia. Acabaron por resultarle fascinantes tanto el disparate arquitectónico como la decadencia del lugar, que desde luego había conocido tiempos mejores. Sin contar con que, si eras capaz de mirar solo al mar, era un lugar de una belleza indiscutible.

Seguramente también influyó en su ánimo lo mucho que se quisieron en ese viaje. O, tal vez sea más exacto, lo mucho que se desearon. Recuerda vívidamente lo pegados que caminaban, sus pieles encendidas actuando como imanes. Tampoco ha olvidado las cañas al atardecer, los baños en el Mediterráneo, el sexo en la habitación con las ventanas abiertas y las cortinas ondeando por ese viento gracias al cual podían respirar y que, al detenerse, convertía el aire en una pelota en su garganta. Para ella, La Manga es el sitio al que regresa, aunque sea mentalmente, para entender por qué están juntos, por qué siguen estándolo. Por más que a menudo piense que quizá no deberían.

Si ha sido él quien ha sugerido ir a La Manga solo ve una lectura posible: ignora que Bárbara no es Bárbara e intenta acercarse a su mujer y arreglar lo que ella está poniendo en riesgo. Si no es así, le cuesta creer que sea tan cínico como para proponer ese viaje mientras coquetea con ella, salvo que no la vea más que como un entretenimiento pasajero al que no da la mayor importancia. Lo que,

de ser verdad, revelaría una faceta de su marido que preferiría seguir ignorando. Pero no tiene el menor sentido que lo haya hecho la impostora. «Habrá sido Mateo», se dice para tranquilizarse. A él también le gusta ir, aunque para sus padres la experiencia es otra bien distinta desde que él existe. Reflexionar sobre esto la lastima, así que se esfuerza por detener la avalancha de recuerdos y centrarse en el aquí y ahora. No importa cuánto lo intente; no puede evitarlo.

En buena lógica debería alegrarse de que su marido quiera volver con ella, pero el caso es que ella no es ella, sino la sombra que la suplanta: ¿cómo podría no importarle? Y, por si fuera poco, esa escapada de fin de semana también derrumba como un plumazo las esperanzas de una vida nueva que ha acariciado durante apenas un par de horas. Otra vez esos celos que no había sentido nunca, y esta vez por partida doble. Encima, ha sido ella la que ha iniciado ese juego retorcido. ¿Y él? ¿Será en verdad un ingenuo o, peor aún, sabe más de lo que aparenta y juega a un juego retorcido? Como ella, por otra parte.

«¿A La Manga? ¿Pero no es un sitio feísimo?», le escribe, aunque solo sea por joder. Ansiosa, espera su respuesta. «Escribiendo», anuncia su estado en WhatsApp. «Lo es. Cuando lleguemos allí, te llamo, ¿vale?».

Le cuesta un mundo aguantarse las ganas de tirar el móvil.

«¿Hasta cuándo te quedas?», pregunta ella. «Volvemos el domingo por la noche», responde él.

Y entonces comprende que tal vez no habrá otro momento tan bueno para usar sus llaves. Al fin y al cabo, dispone de un fin de semana completo por delante y nada mejor en qué emplearlo.

***

Bárbara se obliga a avanzar por el espacio que una vez fue suyo y en el que ahora se siente como una intrusa. La mayoría de las cosas siguen donde ella las recuerda. El olor también es el mismo: una mezcla de sus colonias y de los productos de limpieza que

acostumbran a comprar. No como ella, que sí ha cambiado, y mucho, en esos meses. Y es en esa visita a su antigua casa cuando por fin comprende con una contundencia implacable que ese tiempo detenido en su memoria es un lugar al que ya nunca más podrá volver.

En el pasillo, ve un coche de Mateo en el suelo. Lo recoge con cuidado y lo lleva a su habitación, donde sí nota cambios. No demasiados. Hay un nuevo cuadro en la pared. Es bonito. También algunos juguetes, principalmente aviones o maquetas, que dejan claro que su hijo no ha abandonado su pasión durante esos meses. Registra mentalmente sus nuevas adquisiciones. Cuando salga de allí irá a comprarle uno que no tenga. El más lindo de todos. El más especial.

Después se encamina a su propia habitación. Las prendas fuera de lugar insinúan una salida apurada. Como siempre, por otra parte. No se atreve a tocarlas. En cambio, abre el armario y revisa su ropa. No sabe qué busca, pero ha decidido ser sistemática. Al terminar, empieza por los cajones, de manera meticulosa y pausada. Encuentra varios jerséis que apenas usa, pero que alguna vez estuvieron entre sus favoritos. Escoge uno. Nadie se dará cuenta de que falta. Y si es así, tan solo se preguntará dónde se habrá perdido. Un pensamiento que la atraviesa como un escalofrío.

Mientras repasa ropa, libros y recuerdos, comprende que en el fondo lo que hace es posponer algo que le da miedo. Pero se repite que no ha venido para un viaje sentimental, sino para buscar respuestas. No cree que allí vaya a encontrarlas, aunque decide mirar en la caja fuerte, que está escondida tras un cuadro en el despacho de David, en la que guardan el dinero B que él ingresa con la clínica. Ninguno de los dos está demasiado orgulloso, pero la vida es así.

Dentro de la caja hay casi treinta mil euros. Es un dinero del que llevan una contabilidad muy somera y al que ambos recurren cuando les surge un imprevisto; nadie va a echar en falta los seis billetes de cien que se guarda en el bolsillo: cinco para ella y uno para Mari

Jose. Si no descubre nada, por lo menos no habrá corrido riesgos en vano.

Después revisa sistemáticamente su escritorio, en el que tampoco encuentra nada.

Finalmente se dirige al suyo, al que es consciente de que le asusta acercarse. También allí todo rebosa normalidad. Encima de la mesa descansa una libreta que no reconoce, que todavía está sin estrenar. Su documentación, la escritura del piso y los pasaportes de toda la familia descansan en el cajón en el que los ha guardado siempre. Comienza a desesperarse. No es posible que no haya nada extraño. A punto de rendirse, tropieza con un viejo clasificador en el que guarda documentos obsoletos. La mayor parte debería haberse ido ya a la basura si hubiera tenido la paciencia de hacer limpieza de vez en cuando. Lo abre sin esperanza y allí, como una broma macabra, aparece la pieza que busca, en la forma que menos habría imaginado. En la C. Porque se trata de un contrato.

Sus manos tiemblan mientras lo hojea. Es la primera vez que lo tiene delante, pero a cambio sí conoce bien los nombres del encabezado: Clara Riquelme Díaz, como representante del CIC del Centro de Investigaciones Neurológicas Ramón y Cajal, y… ella misma. Bárbara Rabelin, como clienta.

Son páginas y páginas de cláusulas técnicas, advertencias sobre daños irreversibles, pérdida de memoria e incluso el riesgo de muerte. Y en cada una de ellas, comprueba con asombro, está su firma. Es su letra. La misma con la que rubricó la hipoteca, la matrícula de Mateo y la que figura en su DNI. Y, sin embargo, ella negaría ante quien fuera haberlo visto alguna vez antes.

Se le eriza la piel. No solo le han robado su vida, sino también su gesto más íntimo: la manera de decir «yo soy yo». Se obliga a mirar de nuevo, como si hubiera una trampa, un error de imprenta, una falsificación burda. Pero no. Es su firma, no le cabe la menor duda, y esta signatura estampada en un documento en el que, sucintamente, acepta someterse a una técnica de copiado cerebral.

Aprieta el documento contra el pecho. La tentación de tirarlo y fingir que nunca lo ha visto es casi irresistible. Pero no lo hace. Se hunde en la silla con la certeza de que ha abierto una puerta que no podrá cerrar.

17

Lee en un auténtico estado de *shock,* sin conseguir reaccionar ante toda la verborrea legal que deja claro que el objeto del contrato es la réplica del conectoma cerebral de la abajo firmante, actualizable cada seis meses hasta la fecha de su muerte, salvo posteriores actualizaciones contractuales que establezcan otra cosa. A cambio, ella se compromete a contribuir al proyecto con veinte mil euros anuales y a facilitar la realización de pruebas o experimentos adicionales que en el futuro se revelen necesarios. Pruebas que, se aclara, no supondrán costes extra para la paciente —qué detalle— y cuyo objetivo será, en todo caso, avanzar hacia la posible implantación de dichas copias en un organismo vivo.

El contrato contiene numerosas cláusulas, a cada cual más espeluznante, que eximen al CIC de cualquier responsabilidad si llegan a aparecer síntomas como desorientación, pérdida de memoria, psicosis o, incluso, daños cerebrales irreversibles.

Y han falsificado su firma en esa atrocidad.

Lo que implica ese documento es tan abrumador que no logra procesarlo, aparte de que el tono en que está escrito, plagado de formalismos legales, términos objetivos y un soniquete casi neutro, apenas enmascara la pavorosa propuesta que hay detrás. La disfraza, pero no la borra. ¿Se ha convertido en un puto conejillo de Indias? ¿Quién narices está detrás? ¿Por qué han falsificado su firma?, ¿por qué está ese documento delirante ahí y qué papel desempeña Juliana?

Ella no ha autorizado eso… Todo apunta a su marido, claro. ¿Quién si no podría haber puesto allí ese contrato? ¿Y para qué? ¿Quién está ocupando su lugar? ¿Han montado este lío para

quedarse con veinte mil euros suyos? No es posible… Nada tiene sentido.

Ni siquiera termina de creer que todo eso sea viable, al menos según lo que sabe sobre el estado actual de la investigación cerebral.

El primer mapa completo del cerebro de un ser vivo no se obtuvo hasta 2023: la cría de la *Drosophila,* más conocida como mosca del vinagre, con sus 3.016 neuronas y el más de medio millón de sinapsis que las relacionan. Una ridiculez si se compara con las 86 000 millones que posee un humano, capaces a su vez de generar aproximadamente 10 elevado a 14 espacios sinápticos. Y en copiar el cerebro de la mosca tardaron doce años, según el artículo publicado en la revista *Science*.

Sabía, claro, de la existencia de iniciativas que exploraban formas de replicar conexiones cerebrales humanas más allá del propio *Human Brain* del CIC. En sus investigaciones recientes se había tropezado con varios proyectos del MIT o, por ejemplo, con Neuralink, de Elon Musk, que busca desarrollar implantes cerebrales para controlar dispositivos con el pensamiento.

Pero de ahí a haber conseguido lo que promete el contrato hay un salto de dimensiones estratosféricas.

Y, sin embargo, ahí está, prometiendo materializar lo que hasta entonces ha considerado vagas especulaciones futuristas. Por no hablar de ella misma, con un cuerpo que no reconoce, pero con su memoria casi intacta.

Se gira despacio. Un escalofrío le atraviesa la columna. Está convencida de que va a encontrarse a alguien a su espalda, que le han tendido algún tipo de trampa o, una vez más, que se ha vuelto loca por completo y que nada de esto está sucediendo.

Pero detrás de ella no hay nadie y la casa guarda un silencio que ahora mismo le resulta hasta indignante.

Todavía hay muchas cosas que no logra entender, demasiadas piezas que no encajan. Su primer instinto le pide abordar a la impostora y lo haría de inmediato si no hubiera tanto en juego. No

quiere dar ningún paso en falso, no puede permitírselo, y resulta obvio, además, que quien está en la mejor posición de aclarar sus dudas es la otra firmante de ese documento, o sea, la propia Clara Riquelme.

Busca su número con manos temblorosas y, durante una eternidad, espera a que responda. La otra vez lo cogió de inmediato, pero hoy es viernes a última hora y es más que probable que no esté en el despacho. El lapso le sirve para cuestionarse si esa es la aproximación más inteligente y qué dirá en caso de que por fin conteste: «Hola, qué tal, soy una de tus víctimas. ¿Cómo va la investigación?». Así no parece una gran idea, pero ya se le ocurrirá algo mejor.

A ella aún no la ha investigado en las redes sociales. Lo hace ahora. Su perfil de Instagram está abierto y proporciona muchos más datos de los que su propietaria seguramente imagina: congresos a los que ha ido o a los que irá en breve o cuándo y adónde va de vacaciones. Empieza a elaborar estrategias, a cada cual más rocambolesca, hasta que cae en la cuenta de que hay una forma mucho más sencilla de conseguir que le ayude a rellenar las lagunas que le faltan. Arranca el ordenador de Bárbara y desde su cuenta de Instagram le envía un mensaje: «Necesito hablar contigo. Es urgente. En persona mejor». Con frustración, comprueba que no son amigas en dicha red social: quizá Clara nunca llegue a leer el mensaje. Valora pedirle amistad, pero teme que la otra se dé cuenta de la actividad sospechosa en su cuenta, así que decide darle un margen de unas horas para contestar, mientras, por si acaso, idea un plan alternativo.

Antes de irse le echa un último vistazo a su casa, a la que espera volver pronto, ya con pleno derecho. Porque todo se va a arreglar, de eso está segura.

***

Una llamada de David le sirve para acortar la espera. La pilla justo en una tienda de aeromodelismo, donde estudia un precioso modelo

escala 1:72 de un Corsair F4U de color azul. Será su regalo para Mateo cuando vuelva. Al ver su número en pantalla, se apresura a pagar el juguete y salir a la calle para hablar. Necesita averiguar cuánto sabe él de este asunto, hasta qué punto está implicado.

—Perdona lo de antes —se excusa él—. Es que iba en el coche.

—No te preocupes —lo corta—. Lo entiendo perfectamente.

Se pregunta si debería contarle directamente qué está pasando, pero teme qué puede ocurrir si lo hace si es él quien está detrás de todo esto. En el contrato no aparece mencionado en ningún sitio y eso también se le antoja extraño.

—Oye —se lanza, sin embargo, sin pensarlo mucho más—. ¿Te acuerdas de que un día me contaste que tu mujer había ido al Ramón y Cajal para unas pruebas? ¿Sabes si sigue yendo? ¿Qué tal le fue?

Hay un silencio tenso del otro lado.

—No estoy seguro. ¿Por qué?

—En el hospital me han sugerido que valore ir allí. Han visto algo inesperado en uno de los escáneres. Vaya casualidad, ¿no?

—Me estás asustando —la interrumpe él, preocupado—. ¿Grave? ¿En el cerebro? ¿Quién te ha atendido?

—No, grave imagino que no. Es que, por lo visto, allí disponen de unas máquinas con las que solo cuentan ellos en España —improvisa sobre la marcha, aunque le da la impresión de que lo está haciendo de puta madre—. Pero creo que es privado, y supongo que carísimo. No sé si merecerá la pena. Por eso me preguntaba si…

—Espero que no te moleste que te lo diga, pero si necesitas dinero, por supuesto yo puedo prestarte lo que necesites.

Ella aprieta los labios. Ya tardaba en salir el David paternalista. Un gesto tan típico de él que resulta imposible no reconocerlo. Que ironía que él la acuse a ella de pensar que todo se arregla con dinero cuando es él quien no sabe ofrecer otra cosa. Eso sí, el temblor de su voz deja bastante claro que está haciendo cuanto está en su mano para deslumbrarla. Y cada vez está más segura de que

ignora que en verdad Julia no es la chica joven y guapa que lo admira y que, a diferencia de su mujer, todo se lo da por bueno.

—No, si no es eso —lo interrumpe—. Solo quería saber si valía la pena. Y como recuerdo que me contaste que…

—Pero ¿qué te han dicho exactamente? —la corta de nuevo, ansioso—. ¿Qué es lo que han visto? Te habrán dado un informe por escrito, un diagnóstico…

—Sí, me han dado un informe, claro.

—Pues pásamelo. Te acuerdas de que soy médico, ¿no?

—Sí, claro, pero no te quería molestar.

—No es ninguna molestia. Al contrario.

—Te lo mando luego. Es que estoy en la calle.

—¿Pero estás bien?

—Sí, sí, perfectamente. ¿Y entonces qué opinas? ¿Debería intentar ir al centro ese? —No hay manera de sacarle nada concreto, empieza a desesperarse.

—Déjame leer los informes y luego te digo. ¿Seguro que estás bien?

—Que sí.

—Vale, vale. Me quedo más tranquilo.

Él suspira. Parece sincero. A continuación, ambos guardan silencio, como si fueran dos adolescentes.

—Julia… —rompe él al fin, con un tono cargado de algo más que preocupación y que augura una confesión.

Al oírlo, el corazón le bombea, enloquecido, en tanto él busca las palabras.

—Dime.

—Nada. —Su brusco cambio de voz revela que se ha arrepentido en el último segundo—. Una tontería. Ya te lo contaré cuando nos veamos. Tengo que colgar, pero mándame eso cuando puedas, ¿sí?

Al acabar la llamada la invaden la frustración y el desconcierto. ¿Qué demonios querría decirle? Quizá se ha equivocado al no sincerarse con David, pero le faltan aún algunas piezas del puzle por

juntar y no quiere hacer nada imprudente hasta disponer de la imagen al completo.

Y, encima, Clara sigue sin haber leído su mensaje, constata con desesperación.

Presa de un impulso, teclea el número de Bárbara —que, por supuesto se sabe de memoria— y lo mira durante un buen rato antes de darle al botón de llamar. No debería, no todavía, pero no soporta esta inacción obligada después de lo que acaba de descubrir. Al otro lado de la línea, su teléfono está apagado o fuera de cobertura. No sabe si llorar o reír.

De vuelta en casa —la de Julia, no la de Bárbara—, se sienta delante del portátil y empieza a tirar de todos los hilos que se le ocurren. Sus intentos de hackeo al CIC le han permitido ir accediendo a algunos ficheros que en principio le parecieron irrelevantes, pero que tal vez le aporten lo que necesita. Lanza distintas búsquedas con los nuevos datos, hasta que una de ellas por fin surte efecto. En uno de los documentos, bajo la firma de Clara Riquelme, aparece un número de móvil que supone que es el suyo.

—¿Sí? —responde una voz de mujer. No pinta mal.

—¿Eres Clara Riquelme? —pregunta por si acaso.

—Sí, ¿quién eres?

—Ah, es que no estaba segura de que este fuera tu número. Soy Bárbara Rabelin, ¿te acuerdas?

Su interlocutora guarda un segundo de silencio más de lo correcto: es obvio que la llamada la sorprende y la desconcierta a partes iguales.

—Claro, cómo no me voy a acordar —comenta, sin embargo, con cordialidad—. ¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

Suena honestamente preocupada, constata Bárbara. Lo malo es que su cabeza empieza otra vez a traicionarla con ese fastidioso dolor. Ahora tiene una idea de a qué se debe, pero eso no lo vuelve menos perturbador. Presiona con dos dedos una de sus sienes para

intentar detenerlo, pero sabe por experiencia que no va a conseguir demasiado.

—No, no estoy bien. De hecho, te llamo porque tengo un dolor… —Al menos, la parte buena es que no necesita fingir—. Es espantoso.

—¿Cuándo? ¿Ahora te está doliendo?

—Sí, una barbaridad. No puedo soportarlo.

—Vale. Tranquila. ¿Dónde estás? ¿Hay alguien contigo?

—No, estoy sola. Y necesito verte.

—No estoy en el trabajo, pero puedes ir a la clínica. Llamaré para que te atiendan de inmediato…

La interrumpe.

—No, no voy a ir a la clínica. Quiero hablar contigo, en persona. Y a solas, a poder ser.

—Lo entiendo, Bárbara, pero es que ya te he dicho que no puedo. Yo…

—Clara, o nos vemos ya o me voy directa a poner una denuncia en la Policía… Te espero dentro de una hora en la plaza Dos de Mayo. Te busco.

—¿Esto es una broma? ¿Bárbara?

—En una hora —consulta su reloj—. A las cinco. Si no apareces me voy a la primera comisaría que encuentre y le explico lo que estáis haciendo en el CIC. ¿Me has oído?

—Pero… —escucha decir a Clara antes de colgar.

Espera que el farol salga bien. No sabe qué hará si no es así. Pero cree que sí, que funcionará y que mucho antes de una hora Clara estará dando vueltas por la plaza de Malasaña tratando de localizar a una mujer rubia que, por supuesto, no va a aparecer. En cambio, si se lo permite el dolor de cabeza, tendrá que enfrentarse a una gitana joven y muy moderna a la que le debe un montón de explicaciones. Por primera vez percibe que está muy cerca de entenderlo todo y de llegar a la verdad. Y está aterrorizada.

18

Como había previsto, al llegar divisa a Clara, que la espera sentada en un banco. Está mirando en dirección contraria y por eso no la ve hasta que, ya a su lado, la interpela.

—Hola, Clara —le dice.

Ella pega un pequeño brinco, antes de girarse y observarla, desconcertada. Su esfuerzo por reconocerla es obvio, pero no piensa ayudarla, que se joda. Sin embargo, termina por resolver el enigma por si sola, lo que la lleva a esbozar una sonrisa que se esfuerza en ocultar.

—¿Eres…? ¿Tú eres Juliana? —La sonrisa se ensancha—. ¿O Bárbara? Sí, eres Bárbara, ¿verdad?

Ahí está. Por fin la confirmación de que no está loca, de que todo tenía sentido. Ni esquizofrenia, ni fuga disociativa, ni hostias en vinagre. No sabe si pegarle o abrazarla.

—Pues eso es lo que yo creo, sí, y, por lo que veo, tú también. Pero me da la impresión de que no hay muchos más que opinen lo mismo.

—Dios mío —Clara se tapa la boca, emocionada—, no me lo puedo creer.

Vista de cerca es cualquier cosa menos atemorizadora: una mujer elegante, próxima a los sesenta, con ojos vivaces y expresivos. Tanto que, muy a su pesar, le cae simpática nada más verla; también porque el entusiasmo que irradia tiene un punto contagioso.

—Y… ¿estás bien? —Hace la pregunta como si estuviera sinceramente preocupada. Bárbara se obliga a recordar que por su culpa ha vivido unos meses en el infierno. «No es tu amiga», se recuerda, «es una hija de puta que te ha destrozado la vida. No se te ocurra fiarte de ella, ni un pelo».

—Dentro de lo posible, supongo —responde, con cierta acritud.

—Ya, entiendo. Has tenido que pasarlo fatal. No quiero ni imaginarlo. Deberías haber venido a nosotros antes.

Bárbara se obliga a callar. Le cuesta horrores no lanzarse a insultarla, pero comprende que lo más sensato es contenerse y escuchar. Y, por suerte, lo logra.

—No sé cuánto sabes —continúa Clara— ni si te das cuenta de lo que significa esto para mí —hace una pausa—, para nosotros. Para todos…

Hace un ademán que le permite entender que ese «todos» engloba como mínimo a los que pasean por la plaza. Quienes deduce que, a su vez, deben de representar de alguna forma a toda la humanidad. Un planteamiento megalómano que le provoca una inmediata aversión.

—Ya, lo que no sé es si tú te das cuenta de lo que ha significado para mí —responde en un tono poco conciliador.

Clara esboza un gesto de comprensión.

—Es lo primero que te he dicho, de hecho. Y tendrás dudas, por supuesto. Pero —señala de nuevo a su alrededor— no sé si este es el mejor sitio para responderlas.

—Opino que sí —contesta, retadora. No lo está gestionando bien, pero la ira la devora y no logra disimularlo.

—Como prefieras. Por mi parte tengo millones de preguntas, pero si decides empezar tú, desde luego estás en tu derecho. Intentaré responderte lo mejor que pueda.

La rabia le anuda las cuerdas vocales. La naturalidad de Clara le resulta ofensiva. Oyéndola, cualquiera diría que están discutiendo las últimas tendencias de *fitness* o cualquier chorrada semejante.

—Lo único que quiero es recuperar mi vida. El resto me da igual.

Clara reacciona como si no hubiera oído nada.

—¿Me has oído? —insiste ella.

—Te he oído, sí. Lo que pasa es que eso no es tan fácil.

—Me da igual. Haz lo que tengas que hacer.

Se esfuerza en buscar una amenaza contundente y definitiva con la que concluir, pero, como no se le ocurre, se limita a lanzar fuego por los ojos. Espera resultar lo bastante intimidatoria.

—Insisto en que sería mejor que hablásemos en el laboratorio o, al menos, en un sitio más tranquilo. —Clara suspira—. Creo que no eres consciente de tu singularidad. Eres un antes y un después, no ya para la ciencia, sino para la humanidad.

Bárbara la interrumpe.

—¿Singularidad?

—Exacto. En resumen, nuestro primer caso de éxito. Un tanto involuntario, debo decir, pero no por eso menos maravilloso.

Trata de procesar esa información y todo lo que implica.

—No sé si yo lo veo igual de maravilloso —responde con amargura.

—Vale —se corrige Clara—, quizá he sido desconsiderada al expresarlo así. Es que esto es tan emocionante que…

—¿En serio? —la corta, indignada—. ¿Tú te das cuenta de que me habéis arrebatado mi vida? ¿De que llevo varios meses pasándolas putas? ¿De que creía que me había vuelto loca?

Clara la escruta impertérrita. Supone que busca de nuevo palabras corteses y poco comprometidas que eludan el meollo del asunto, pero ella no está dispuesta a seguir jugando.

—Mi vida, ¿lo oyes? ¿Entiendes de qué estamos hablando? Quiero recuperarla. No te vas a ir a ningún sitio hasta que me digas cómo, hasta que esté segura de que ese cómo es viable y me des garantías de que va a ser así. ¿Lo comprendes? ¿Sí o no?

Clara abre los brazos, mostrando las palmas para dar a entender su impotencia.

—Mucho me temo que no va a ser posible.

—Yo que tú buscaría el modo de que lo sea. Tengo documentación sobre vuestras actividades, sobre absolutamente todo. Los contratos que firmasteis conmigo, o sea, con Bárbara… Y un montón de cosas que he conseguido de vuestros servidores del CIC. —Esto último es un farol, pero la conversación no está yendo

por donde a ella le gustaría; decide echarse un órdago—. Supongo que no te apetecerá mucho visitar la cárcel. Bueno, a lo mejor es un lugar cojonudo para seguir con tus investigaciones, no sé.

—Esos contratos están supervisados por nuestro equipo de abogados. No hay absolutamente nada ilegal en ellos. Nada.

Bárbara se señala a sí misma.

—¿Y esto? ¿Esto no te parece ilegal?

—Ya. Entiendo. O sea, vas a ir a la policía a explicarles que eres Bárbara Rabelin y que estás atrapada en el cuerpo de una prostituta heroinómana. Y, claro, te van a creer, van a estudiar toda la enrevesada documentación que has obtenido mediante procedimientos ilegales y vendrán a detenerme a mí, que está feo que lo diga, pero soy un pilar de la comunidad científica, una persona respetable y respetada, con un doctorado y varios premios de investigación…

Su convicción la hace dudar, pero mantiene el tipo.

—Estoy dispuesta a llegar hasta donde haga falta.

—Sí, lo sé. Y por eso también me pregunto por qué no has llevado ya a cabo esas amenazas, en vez de haberme citado aquí para suplicarme.

—No es una súplica, es una exigencia —replica, aunque sus ánimos empiezan a desinflarse—. Quiero que me devuelvas mi cuerpo, no es tan difícil de entender.

—¿Tu cuerpo? —Clara empieza a resultar cualquier cosa menos simpática. No entiende cómo ha podido verla bajo una luz favorable ni por un instante—. No, tu cuerpo no. El de Bárbara, en todo caso.

Intenta procesar lo que oye. ¿No ha reconocido antes que ella es Bárbara? ¿A qué viene eso ahora?

—Espera… —reacciona la mujer, al ver su expresión—. Que no lo habías entendido… ¿En serio? —Amaga una leve mueca de compasión cuya falsedad es evidente—. ¿Qué pensabas entonces?

—¿Quién está ocupando mi lugar? —pregunta con miedo a escuchar la respuesta.

—Los humanos nos creemos tan singulares… —dice con sorna—. Es curioso lo poderosa que es la idea del yo…

—Yo soy Bárbara. Acabas de reconocerlo.

—Eres una copia del cerebro de Bárbara instalada en el cuerpo de Juliana. Y el original está en su sitio, claro, donde debe estar… Y es de suponer que ha seguido con su vida, con lo que, de hecho, sería incluso discutible sostener que a estas alturas seáis ya la misma persona.

No puede ser.

—Pero no entiendo, entonces, ¿qué pasa con Juliana?, ¿dónde está su…? —duda—. Su mente, sus ideas, sus recuerdos…

Clara hace la mímica de algo que se desvanece con una cara de circunstancia que no se cree ni ella.

—Juliana estaba perdida de todos modos.

—¿Qué dices? —la interrumpe, horrorizada.

Pero ella continúa, implacable.

—Tenemos un tratamiento para la esquizofrenia, todavía en una fase muy experimental. La advertimos de los riesgos, de lo que podía salir mal. Era una jugada arriesgada, pero ella tenía una vida de mierda y poco que perder. Fue una apuesta y en mi humilde opinión hizo bien: podía haber funcionado…

—Pero no funcionó.

—No, no lo hizo. Utilizamos una técnica que permite intervenir en un cerebro empleando luz, pero sin querer causamos daños en una parte que…, bueno, digamos que se habría aproximado a un estado vegetativo. Cuando vimos que no se podía hacer nada, decidimos probar un procedimiento que, honestamente, nunca creí que pudiese salir bien.

—Pero me desperté en un callejón… No tiene sentido lo que me estás contando.

—Es que se escapó. Te escapaste, vaya. Estabas en coma y de repente, puf, fuimos a la habitación y ya no estabas. No sabemos qué pasó ni cómo lo hiciste, ¿lo sabes tú?

Y una mierda, piensa Bárbara. Una mierda que no lo sabéis.

—La matasteis, ¿no? Como a un conejillo de Indias. Experimento, pinchazo y, hala, a otra cosa.

—No es así. Y, además, ya te he dicho que estaba desahuciada. De hecho, lo estaba incluso antes de entrar por la puerta de la clínica.

—Esa es tu opinión.

—Vale. Puede ser. Pero, fíjate, al final, sin pretenderlo, hemos conseguido darle una segunda oportunidad a su cuerpo. A lo mejor no deja de ser un engreimiento considerar que el cerebro ha de importar por definición más que el resto…

—Y… ¿por qué yo? O sea, ¿por qué Bárbara? —El horror la invade a medida que va completando la información que le permite entender lo sucedido.

—Vuestra estructura neurológica parecía compatible. Acertamos.

—Sí, pero ¿cómo copiasteis el mío? ¿Por qué?

—Porque nos lo pediste. O, mejor dicho, porque nos pagaste una cantidad bastante alta de dinero para ello. El tuyo y el de tu hijo… Tu marido se ha negado a seguir viniendo, pero hay una copia suya, bastante desactualizada, claro.

Bárbara sacude la cabeza.

—No, no es verdad: lo recordaría.

De repente, un pinchazo la sacude otra vez. Se dobla en dos.

Entre los habituales fogonazos confusos cobra forma la imagen de Clara al otro lado de la mesa de un despacho con los papeles del contrato ante sí. Su voz en el presente suena distorsionada.

—¿Qué te pasa? ¿Cómo es el dolor? ¿Te ocurre a menudo? Ha tenido que ser el efecto de un recuerdo suprimido. Deberíamos ir al laboratorio y registrarlo… —explica la mujer, con urgencia.

¿Un recuerdo suprimido? Bárbara piensa en las otras veces que ha sentido esos dolores, y de pronto ciertas piezas parecen encajar.

—¿Cómo que un recuerdo suprimido?

—Como en *Olvídate de mí,* ¿recuerdas? —sonríe Clara—. De la película al menos seguro que sí. Me hablaste mil veces de ella. Y

también fuiste tú quien me explicó una frase de Borges sobre si uno recuerda los recuerdos originales o el recuerdo del propio recuerdo.

—Yo no he firmado nada —protesta, al borde del llanto—. Llamaré a un perito calígrafo para que demuestre que esa no es mi letra. Se os va a caer el pelo.

—Sí, sí que lo firmaste, solo que no te acuerdas. Inhibimos las conexiones sinápticas relacionadas con el proceso de clonado —continúa ella—. Sigue ahí, pero de alguna manera está «desconectado». Siempre intuí que podría llegar a reactivarse y deduzco que eso es lo que te acaba de pasar. A través de tu experiencia podríamos confirmar si mi hipótesis es correcta.

—A lo mejor te dan el premio Nobel —responde, con rabia.

—Puede ser. —A Clara se la ve del todo ajena a su ironía.

—¿Y pretendes que me crea que permití que copiarais mi cerebro y que habéis borrado mi recuerdo de haberlo hecho? No tiene puto sentido.

—Sí, sí que lo tiene. Decidimos suprimir la memoria del copiado porque los estudios indicaban que los deseos de suicidio eran muy poderosos en las copias si eran conscientes de serlo. Otra vez el ego y la singularidad.

—Pero es que no lo entiendo —la interrumpe—. No quiero nada de esto, ¿por qué querría pasar por esta situación? Y pretendes que crea que también he consentido que repliquéis el de Mateo… Pero ¿en qué universo iba a consentir semejante salvajada?

—Es que esto no tenía que haber sucedido así. Te explico: ha pasado casi una década desde que conseguimos culminar por fin el copiado de un cerebro humano, un proceso para el que ya solo faltaba que la tecnología se pusiera a la altura en capacidad de gestión y almacenaje de datos. —Clara inspira antes de continuar—. Nos conocimos cuando te hiciste un estudio relacionado con el párkinson.

Sí, pero eso ocurrió miles de años atrás.

—Te interesaban mucho los estudios sobre estos temas… Hablamos largo y tendido sobre el asunto, tanto que nos pareció que

eras una candidata adecuada para, cuando llegó el momento, ofrecerte el acceso a este «servicio» que todavía tiene cierto componente experimental y que podríamos considerar bastante exclusivo.

—¿Pero qué mierda estás diciendo?

—La idea era hacer copias de seguridad regulares de tu cerebro, a las que se pudiera acceder en caso de que, por ejemplo, sufrieras una lesión grave, una enfermedad neurodegenerativa… o párkinson. Como quien respalda los datos de un teléfono móvil o de un ordenador… Los daños cerebrales no son un escenario habitual, y esperemos que no ocurra nunca, pero también es poco probable que tu casa se incendie y, sin embargo, tienes un seguro, ¿no?

Bárbara está noqueada.

—Hemos logrado transferir con éxito el sistema de conexiones neuronales humanas a un sistema informático muy complejo. Estaba hasta ahora pendiente, sin embargo, su implantación en un organismo vivo en el que la «copia» pudiera funcionar. Hemos trabajado en ello sin descanso, como parte de una investigación internacional en la que participan los laboratorios más punteros del mundo. Y debo decir que estamos avanzando muy rápido. Como muestra, tú misma. —La señala—. ¿Te interesa? ¿Sigo?

Bárbara asiente. Claro que le interesa.

—Imagina que lo que se daña no es tu memoria, sino, por ejemplo, tu cuerpo. Que te quedas tetrapléjica. En ese caso podrías usar la copia de tu cerebro y transferir tus recuerdos, intereses y conocimientos a un cuerpo funcional.

—Un cuerpo. Claro. Como si fuera un coche o una prenda de vestir…

Clara desestima el comentario.

—¿Y si tu cuerpo deja de funcionar? Si te mueres, vaya —continúa.

—O si se vuelve demasiado viejo —apunta Bárbara—. O si está muy gordo…

—Sí, claro, eso también. ¿Por qué no?

—Cuerpos personalizados para quienes puedan pagarlos, ¿no?

—Te pareció una idea seductora cuando te la conté la primera vez.

—Porque era la puerta a la inmortalidad —se oye verbalizar casi sin pensar, no está segura de si recordándolo o razonándolo ahora.

—Exacto.

—¿De dónde vienen los cuerpos, Clara?

—¿Androides? —pregunta, haciéndose la inocente.

—Juliana no es un androide. Tiene una hermana, ¿sabes? Se llama Mari Jose y, como ella misma diría, de puro buena es tonta. Y una sobrina, Merchi. Y se va a morir antes de haber ido a Jamaica.

—Muy poético, sí. Pero sabes tan bien como yo que no habría ido a Jamaica en ningún caso. Mi parte es la investigación, Bárbara. Mi trabajo es buscar la manera de hacer posible lo imposible. Pero las reglas y la ética tendremos que pactarlas entre todos. Y las injusticias sociales no son cosa mía.

—No he autorizado esto.

—Me has dicho que has visto el contrato. Hay una cláusula que nos permite experimentar con las copias. Si no, cuando quisieras utilizar la tuya, no tendrías cómo.

—Habéis matado a Juliana. —Clara exhala un profundo suspiro, tras el que se percibe cierto hartazgo—. La has matado, sí —continúa Bárbara, enfebrecida—. Las has matado para que una pija de mierda conserve su puto ego durante toda la eternidad.

La mujer intenta ocultar su sonrisa irónica.

—Tu ego, quieres decir.

—No sabía que esto iba a ocurrir, que me iba a ver atrapada en este cuerpo…

—Yo tampoco lo sabía. Lo que ha ocurrido contigo es el resultado inesperado de un proceso experimental que ha salido a la vez muy bien y muy mal. Esas cosas pasan. Nadie quiere que sucedan, pero son daños colaterales inevitables.

—¿Muy bien y muy mal? ¿Daños colaterales? —Bárbara levanta la voz. Algunas personas alrededor la observan con cierto disimulo—.

Pero ¿qué coño dices? ¿Y mi familia? ¿¡Y mi hijo!? ¿Qué pretendes? ¿Quieres que me largue y los olvide? ¿Quieres que pretenda que nunca han existido?

—No lo sé.

—Quiero que lo arregles —exige, rabiosa—, de inmediato. Tienes que arreglarlo.

—Los avances científicos tienen víctimas, Bárbara. Uno a cambio de muchos. Gracias a este descubrimiento, un montón de personas disfrutará de condiciones sustancialmente mejores. Esto es más grande que tu vida, que la mía y que la de Juliana… Solo somos anécdotas.

La intensidad de Clara y sus ojos encendidos evidencian que se enfrenta a una versión moderna, elegante y sutil del científico loco estereotipado por la ficción.

—Esto no es un juego, Bárbara. Esto va a cambiar el mundo.

—Un mundo en el que unas personas mueren para salvar a otras, en el que hay ciudadanos de primera y otros de segunda, un mundo en que…

—Claro, que no era así ya. —Reacciona con sorna—. Perdona, lo había olvidado. Y sí, a mí también me gustaría que el mundo fuera justo, que todos tuviéramos las mismas oportunidades… Pero no es así. Yo lo sé, y tú lo sabes. Y Juliana lo sabía bastante mejor que nosotras.

Las dos se quedan calladas.

—Esto es solo el principio. Lo mejoraremos. En el futuro se podrán fabricar cuerpos sintéticos, robots muy parecidos a los humanos. Esa no es mi parte, no puedo saber cómo será, pero sí que estará bien. Estoy segura y tú también lo estabas; hemos hablado mucho de esto y sé que compartías mi visión. Piénsalo, trata de recordarlo.

La invaden las náuseas.

—No voy a participar en esta mierda.

—También lo entiendo, y no pasa nada. Ahora que sé que se puede, lo replicaremos. Sería más rápido si contamos contigo, pero

no te necesito.

—Iré a la prensa. Les contaré que has matado a una mujer para experimentar con su cuerpo y con su mente y que vas a hacerlo de nuevo. Haré que todo el mundo se entere. Destruiré tu reputación, tu carrera y tu vida entera.

—Suerte con eso. A ver si encuentras quien lo publique.

Bárbara la mataría allí mismo si supiera cómo.

—Esto es imparable —continúa Clara—. No se puede detener el progreso. A lo mejor puedes ralentizarlo si te empeñas, pero no lo detendrás. Hay un montón de gente trabajando en este proyecto a nivel mundial. Estamos en una esquina, Bárbara, grita lo que quieras. Pero si hay quien niega el cambio climático…

Ella está horrorizada.

—O puedes sumarte. Ya eres parte, te guste o no. O sigues peleándote con la realidad o la abrazas. Piénsalo. Tienes la oportunidad de empezar una nueva vida y trabajar conmigo, en el laboratorio. No toda la investigación en España está tan mal pagada. Dispondrías de dinero, un bonito cuerpo diez años más joven y tu inteligencia y tu talento intactos. Hay gente a la que le pasan cosas terribles: se le muere su familia en un accidente de coche y tiene que arrancar de cero en condiciones bastante peores que las tuyas…

—Pero mi familia no se ha muerto en un accidente, hostia. Sigue viviendo en mi casa. Y quiero volver con ella.

—Ya sabes lo que hay, Bárbara. Piénsalo. Valora tus opciones y escoge la que te parezca que tiene más futuro.

El suelo se ha abierto bajo sus pies y el cielo se ha desplomado sobre ella, pero a su alrededor todo exuda cotidianidad. Muy cerca, unas niñas pintan en el suelo con unas tizas de colores, aunque solo las blancas funcionan bien en ese cemento que pretenden llenar de flores. Un señor alimenta a un grupo de palomas, a pesar de las prohibiciones al respecto. Entre ellas, un llamativo loro de color verde corretea de un lado para otro. La terraza de la esquina está repleta de personas aparentemente felices, que parlotean de cosas insustanciales. Le dan ganas de gritarles y pedirles que se detengan,

que no es posible que la vida continúe como si nada, que han ocurrido cosas terribles, que el mundo como lo conocemos se ha acabado. Pero, terca, la realidad se empeña en demostrarle lo contrario.

19

Al irse de allí, lo único que siente es una fatiga que la abruma. Desearía agazaparse en un rincón. Sus pies, sin embargo, la arrastran sumergiéndola en un flujo de humanos que la empuja hacia la zona más turística de la ciudad. Quizá sea una forma inconsciente de intentar sentirse una más entre la muchedumbre, en vez de la aberración que en realidad es: la mezcla de dos seres humanos o, según se mire, una mera copia sin valor; el duplicado de otra persona, de alguien que está viva, que en otro lugar experimenta emociones similares a las suyas; que tiene los mismos recuerdos que ella o, para ser exactos, que ha vivido los recuerdos que ella percibe como propios, pero que no lo son. La idea es demoledora y, sí, le permite entender a la perfección lo que le ha contado Clara sobre las tentaciones suicidas de las copias.

Para salir del paso, le ha prometido valorar su oferta y pedido unos días para pensárselo. Clara se ha mostrado en apariencia conforme y comprensiva, aunque sin disimular por completo su impaciencia. Quiere una respuesta inmediata, pero ella no tiene intención alguna de dársela. Solo le ha dicho que se lo pensaría para poder marcharse. Sin embargo, empieza a creer que quizá no le queden muchas más opciones: no tiene un lugar al que volver ni un futuro en el que proyectarse. No le queda nada. Pero la idea de colaborar con ese proyecto de investigación le provoca ganas de vomitar. Quizá pueda aparentar buena voluntad y un deseo de cooperación que le permitan boicotearlo desde dentro. Lo primero sería descubrir cómo borrar los *backups*. Se pregunta de cuántas personas los habrán hecho y, aún más inquietante si cabe, si habrá más versiones de ella misma por ahí circulando. Clara le ha dicho que el suyo ha sido el primer caso de éxito, pero como para creerla.

Y también han copiado el cerebro de su hijo, y, lo que es peor, ha sido ella quien lo ha permitido. Es horrible.

Debería avisar a los «clientes» de a qué se arriesgan prestándose a ese experimento. Juntos podrían articular una denuncia millonaria y conseguir frenarlos. Serán gente con influencia, conexiones o, al menos, con dinero. El plan le parece tan bueno que le provoca ganas de regresar y decirle a Clara que sí, que cuente con ella, que quiere empezar ya. Pero como se conoce, comprende que necesita sopesarlo mejor antes de lanzarse. Tal vez incluso debería consultarlo con la Bárbara «real».

Al pasar ante el mercado de San Ildefonso decide parar y tomarse una cerveza, como en los viejos tiempos. O, mejor dicho, se corrige, como en su recuerdo artificial de los viejos tiempos. Este pensamiento le amortigua las ganas, que terminan de esfumarse por completo tan pronto como pone un pie en el interior. Allí solo va a sentirse más sola e inapropiada, tan distinta de ellos, con sus vidas tan normales. La idea le resulta intolerable, así que se da la vuelta para marcharse y, al hacerlo, tropieza con un hombre que acaba de entrar tras ella.

Se disculpa y él se aparta para dejarla pasar. El gesto es de lo más anodino y, sin embargo, le ha disparado una alarma interna. Algo anómalo acaba de ocurrir, no sabe qué, pero su instinto la obliga a girarse para, en efecto, encontrarse con que el hombre la vigila desde la puerta.

El corazón se le desboca. Aprieta el paso lo que puede, sin correr, reprochándose su inocencia. Debería haber anticipado que Clara no iba a dejarla marchar como si tal cosa. Ella tampoco lo habría consentido en su lugar.

¿Será mayor su valor viva o muerta? ¿Correrá peligro su integridad física? Puede que solo quieran saber adónde va, pero su intuición le grita que lo más probable es que pretendan secuestrarla y seguir experimentando con ella sin su consentimiento. Es un caso singular, ha dicho. Y lo será, sí, pero no piensa dejarse atrapar, no así de fácil.

Ralentiza el paso. La calle abarrotada la hace sentirse protegida. En lugar de agotarse caminando sin rumbo, decide ganar tiempo para planear el siguiente paso. En una esquina, más adelante, localiza uno de esos espejos convexos que se utilizan para aumentar la visibilidad en los cruces complicados. Se coloca en un lugar estratégico para, mirándolo con disimulo, ver la calle a su espalda, a la vez que finge atender una llamada. Su perseguidor se detiene ante la carta de un restaurante mientras intenta librarse del propietario, que lo invita a entrar. Ella levanta la voz. Su intención es que la oiga.

—Sí, sí. Es que estoy en la calle y te oigo fatal. Pero sí, estoy yendo a casa. Nos vemos en un rato, ¿vale?

Ni la espera nadie en casa ni cree que sea una opción regresar a ella, pero es lo mejor que se le ha ocurrido para sembrar un poco de confusión, aunque no es gran cosa. Mierda, desearía no haber insistido en descubrir la verdad, retroceder al pasado inmediato y seguir viviendo en la ignorancia. Pero ya no cabe lamentarse. El conocimiento a menudo conlleva una maldición. Si no, que se lo pregunten a Eva. Otra expatriada, como ella.

Al llegar a Gran Vía, el rojo de un semáforo la sobresalta, erizándole la piel. Una luz como esa marca para ella la frontera entre la vida que recuerda y la que vive ahora. Lanza una discreta mirada a su alrededor: todos le parecen sospechosos. Se gira y ve al hombre ya muy cerca de ella, lo que intensifica su angustia. Acelera el paso, sin atreverse a mirar atrás. Hasta que, a lo lejos, una tienda de H&M se le antoja el escondite perfecto: entra, agarra al azar un par de prendas y con ellas en la mano se escabulle en el probador.

Allí refugiada, saca su móvil con manos temblorosas.

—Soy Juliana —susurra—. Necesito que me ayudes, por favor. Es cuestión de vida o muerte y no tengo a nadie más a quien llamar.

***

Media hora después, una monja entra en los probadores y sale acompañada de una mujer de pelo corto canoso, vestida con

vaqueros y una camiseta blanca. Nadie les presta atención, como si se hubieran vuelto invisibles. Por eso tampoco nadie se percata de que la mano y el cuello de la religiosa están cubiertos de tatuajes.

Recurrir a ella ha sido una idea brillante. Pensó en llamar a Mari Jose, pero, tras evocar su último encuentro, decidió buscar en Google el teléfono del Santa Lucía y por eso ahora sor Margarita, vestida de «paisano», guía el camino, tocándose el pelo, visiblemente incómoda.

Suben a un autobús y, una vez a bordo, comienza a buscar las palabras con que explicarle, pero ella le pide silencio.

—Cuando lleguemos —dice.

Ella obedece, aliviada.

***

Sor Margarita la lleva al convento en el que vive, un colegio concertado donde las hermanas ocupan la última planta. Es un lugar pulcro, ordenado y opresivamente triste, en el que se diría abolido cualquier signo de individualidad. Una gran mesa de madera preside la sala común, decorada con carteles religiosos, lemas motivadores y diversas imágenes de Cristo diseñadas con tan mal gusto que se le quitan a una las ganas de mirarlas. Se pregunta si esa imaginería será tan tosca a conciencia o tan solo fruto de la falta de talento de sus creadores. Es difícil saberlo.

La monja la acompaña a una habitación austera y deprimente, que marida con el resto. Quizá debería retirarse a un sitio así, donde podría seguir disfrutando del dudoso privilegio de estar viva. Pero sabe de sobra que ese no es un escenario válido para ella. Ni siquiera entiende cómo su amiga es capaz de soportarlo.

—El baño está al final del pasillo —le informa—. ¿Te apetece un té?

—Prefiero que hablemos ya.

Tiene ganas de contarle a alguien lo que ha descubierto, escuchar cómo suena en voz alta. A medida que avanza, sin callarse nada, comprueba con alivio que esta vez sor Margarita sí la cree, como

evidencia el horror que se insinúa en su rostro. Por primera vez, dispone de todas las piezas y gracias a eso lo que explica tiene sentido, no como antes, que solo era capaz de enhebrar una sucesión de hipótesis delirantes. Al finalizar, le enseña los papeles que ha robado en casa de Bárbara. La religiosa los revisa en silencio, impactada.

—¿Pero esto no es ilegal? ¿Pueden hacer algo así?

—Me imagino que no, yo qué sé. El caso es poder demostrarlo. Tú has creído que estaba loca de remate durante mucho tiempo.

—Tienes razón. ¿Y has hablado con ella? ¿Con tu otra «tú»? —le pregunta sor Margarita—. Si las dos lo contáis sería bastante más difícil de rebatir. ¿Sabe ella que existes, lo que te ha pasado?

—No creo, aunque no puedo estar segura de nada. Han borrado parte de mi memoria y me han «transferido» a otro cuerpo —responde—. Pero llevas razón en lo de que si vamos juntas en esto será mucho más fácil.

—Tu caso es muy extremo, pero nadie puede confiar plenamente en sí mismo —replica la monja—. Somos seres falibles y limitados.

—A diferencia de Dios, ¿no?

La vibración del teléfono reclama su atención. Sor Margarita aprovecha la interrupción para dejarla sola. Es David. Duda si cogerlo. El aparato parece un animal agresivo que en cualquier momento podría saltar y morderla. Siente un gran alivio cuando por fin la llamada finaliza, pero de inmediato empieza a vibrar de nuevo. Él insiste. Esta vez, decide apagarlo porque no tiene ni idea de qué le va a decir y porque tampoco soporta seguir escuchándolo vibrar.

***

La fuerza de la costumbre es tan poderosa que, cuando se despierta, sudorosa y muchas horas más tarde, lo primero que hace es encenderlo. Tiene un montón de llamadas y mensajes de David, algunos de Clara y uno de Mari Jose, un escueto «¿cómo estás?».

Empieza por los de Clara, que finge interesarse por su estado de ánimo. «¿Ya lo has digerido?», pregunta, la muy desgraciada. Al

leerla deduce que da por hecho que va a colaborar, puesto que aprovecha e introduce para su reflexión varios puntos de su futuro acuerdo. Le impacta semejante sangre fría, así como que le hable sobre todo de dinero. De hecho, propone una cantidad tan desorbitada que solo confirma su temor de que, si acepta, no piensan mantenerla viva mucho tiempo. Al menos, si cierra el acuerdo, eso será para Mari Jose y su hija. El corazón se le arruga al pensar en ellas.

Clara además intenta, con «disimulo», enterarse de su paradero. Le ofrece enviarle un coche para recogerla y le pide que le dé sus datos, dirección incluida, para ir redactando los contratos. Sí, claro, y después le enviará su cabeza en una guillotina, envuelta con un lazo.

Los de él redundan sobre el mismo asunto: «Estoy muy preocupado. Llámame, por favor».

No piensa hacerlo, para qué. Como mucho, lo mejor que podría conseguir a estas alturas es que David y Bárbara se divorcien, y eso es negociado de la otra, ella ya tiene bastante con lo suyo. Más allá de que haya tenido cierta gracia jugar al noviazgo clandestino, David y su actitud le generan un rechazo total. Y tampoco se siente demasiado orgullosa de sí misma, ni antes ni ahora. Ha sido ella quien ha provocado esta situación. Fue ella, aunque no lo recuerde, quien se metió en ese lío de copiado de cerebros, quien, en efecto, se ve que creyó que el dinero podía comprarlo todo y quien sigue casada con un tipo al que, en el fondo, no soporta. La misma que se anestesia trabajando para no ver que su vida de cuento de hadas es una puta basura que apesta a kilómetros de distancia. Y quien, para acabar de arreglarlo, se ha ganado la confianza de ese mismo tipo con trampas y añagazas. ¿Qué va a decirle? ¿Cómo coño va a explicarle lo que pasa?

Ellos no se quieren, ya no. Al menos no se quieren bien. Incluso puede que en el fondo hasta se detesten. Pero o mucho se equivoca, o él es de los que no rompen con sus mujeres, de los que no renuncian a su vida de privilegios y comodidades. Quizá Julia haya sido la primera mujer con la que David ha tonteado, pero si no lo ha

sido —y algo le dice que no— intuye que para él no es un gran problema compatibilizar su piso caro y la esposa *high class* con una aventura que le dé un poco de vidilla. Si se divorciase perdería dinero y estatus, y pasaría a formar parte del grupo de los que «han fracasado en su matrimonio». Pero él no es de los que fracasan. Y Bárbara tampoco. No. Ellos no son esa clase de personas. De ahí que nada de lo que está descubriendo sobre su matrimonio le haya sorprendido. Sabe de sobra lo que hay. Tampoco a ella le ha importado hasta ahora transitar por una existencia sostenida en falsedades, mentiras que ha contado durante años para sobrevivir.

Lleva años volcándose en su trabajo hasta la extenuación. Le aporta dinero, estatus y poder, pero encima le ayuda a no tener que enfrentarse a su vida y darse cuenta sin remedio de lo poco que le gusta, de lo poco que se gusta. Una vida, que, sin embargo, ha considerado, en su soberbia, necesario preservar. No sabe si le da más pena que asco o viceversa.

Pero *esa* ya no es ella. Esa es Bárbara, la que aún vive con David. Clara lo dijo con acierto: habían sido la misma persona, pero ya no lo son. Le han pasado muchas cosas desde entonces. Ha cambiado. Lo malo es que no sabe cómo seguir adelante. Quizá su mejor opción —o tal vez la única realista— sea poner tierra de por medio, oscurecer su pista lo suficiente para que nadie sea capaz de rastrearla y asumir que ha de convertirse en alguien nuevo; ni Bárbara, ni Juliana, ni tan siquiera Julia.

Pero hay un problema, solo uno.

Mateo.

Puede renunciar a todo, sí, menos a ser su madre. De eso sí que no está dispuesta a desertar.

«Te quiero mucho», le contesta a Mari Jose antes de volver a apagar el móvil. Si están intentando dar con ella, al menos que no les resulte tan sencillo.

***

Durante un par de días, se queda en el convento intentando tomar una decisión, aunque le faltan la energía y el aliento necesarios. Ha llegado al punto en que empieza a valorar la idea de ocultarse allí para espiar la vida de su hijo desde una distancia más o menos segura.

Pero si ya en dos días la depresión comienza a devorarla y tiene ganas de matar a la mitad de las monjas, no quiere ni imaginar cómo sería su vida si se quedara ahí para siempre. Si no se pone pronto en marcha acabará devorándola la inacción.

Al segundo día, contraviniendo sus reflexiones previas al respecto, decide devolverle la llamada a David, que se la coge de inmediato.

—Menos mal —dice, sin saludar—. Estaba preocupadísimo. ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—Bueno, ahora sí. —Ha decidido mentir hasta las últimas consecuencias—. Me dio otra crisis. Estoy con mi hermana.

Al otro lado del teléfono se hace un silencio absoluto. Deduce que él ha tapado el micrófono. La lógica le dice que es la simple precaución de un marido que busca un escondite, pero el gesto le eriza el vello de la espalda. No está segura de poder fiarse de él. Ni de él ni de nadie. Ha sido una estúpida al hacer esa llamada.

—¿Se ha cortado? —pregunta, con idea de colgar si no recibe una respuesta inmediata.

El sonido se activa de nuevo. Él suena agitado y habla muy cerca del micrófono.

—Julia, estoy muy nervioso. ¿Puedo ir a verte?

Su tono revela su urgencia a pesar de que habla casi en susurros, como quien teme que lo pillen.

—He llamado a los hospitales, a la policía… Creí que había ocurrido algo grave, pensé que…

David suspira profundamente. Suena atropellado.

—Joder, Julia, yo no… No quiero asustarte, pero estos días me he dado cuenta de que si te pasa algo, a mí… No sé cómo explicarlo.

Ella nota un cosquilleo en el estómago. Mariposas. En realidad, un resultado de la adrenalina que envía más sangre a los músculos de

brazos y piernas para poder huir y se la quita, en contrapartida, al estómago y a los intestinos. Tiene gracia que el enamoramiento y el pánico pongan en marcha el mismo mecanismo biológico. Y, aunque ignora cuál de ambos en verdad acaba de activarse, tiene claro que no quiere que siga por ahí. No es buena idea. Ya no.

—Estoy bien —le responde, seca—. No hay nada de qué preocuparse.

Él se queda callado unos instantes. Pero enseguida vuelve a la carga.

—¿Qué pasa? ¿Te ha molestado lo que he dicho?

—No, claro que no. Qué tontería. Pero tengo que colgar. Me están esperando.

—No entiendo qué pasa…

—Ya te lo dije, me puse mala otra vez…

—¿Pero tan mala como para no poder contestar ni un mensaje? Pensé que me habías bloqueado; no lograba imaginar por qué…

—No, es me quedé sin batería y no llevaba cargador.

—¿Por qué no me mandas el informe médico?

—Qué va. Creo que fue una falsa alarma. Ya te lo explicaré con calma cuando nos veamos.

—Si no me lo quieres contar no puedo obligarte, está claro. ¿Puedo preguntarte cuándo vuelves?

—Pronto, la semana próxima tal vez.

—¿Por qué no te animas a venir al ensayo este viernes? —pregunta él, con una ansiedad evidente, aunque trata de disimularla—. He escrito un tema nuevo que me encantaría enseñarte.

—No estoy segura de si podré, pero lo intentaré. Te aviso cuando lo sepa, ¿vale? —Y, no sabe por qué, lo siguiente le sale sin pensar—. Tengo ganas de verte.

—Y yo, lo estoy deseando —dice él, emocionado—. Ojalá puedas venir el viernes.

Ella no debería haber dicho semejante cosa, pero lo peor es que está tan confusa, se siente tan sola y lo ve todo tan negro que es

verdad hasta cierto punto. Su matrimonio no tiene arreglo, cierto, pero tal vez ella y David podrían llegar a construir algo juntos, una segunda oportunidad para ambos que, además, sería la forma en la que ella podría recuperar un lugar junto a su hijo. No es tan absurdo. Ella es Bárbara. En otro cuerpo, pero Bárbara, y tienen la ventaja de que conocen de sobra los errores que hicieron que su historia se fuera al garete. Quizá incluso un juez podría darle la custodia compartida… ¿por qué no? Ahora casi siempre lo hacen. Y, aun sabiendo que es un ovillo imposible, no puede dejar de darle vueltas una y otra vez. Como un gato insomne.

20

Lo peor es explicarle a Mari Jose que su hermana no va a volver.

La cita en una cafetería de un centro comercial a primera hora. La zona de ocio está casi desierta, salvo por algunos empleados que hunden la cabeza en las pantallas de sus teléfonos. Nada que ver con el aspecto ruidoso y abarrotado que tendrá por la tarde.

La mujer llega extrañada y tensa. Se ve que no espera nada bueno de ese encuentro misterioso. Se sienta frente a ella sin decir nada, interrogándola con un afilado movimiento de barbilla.

La asombra lo fácil que le resulta contárselo. Su relato fluye con facilidad, como sucedió con la monja. Al igual que ella, esta vez tampoco Mari Jose cuestiona lo que oye. La escucha en silencio, muy concentrada, sin pronunciar ni una palabra hasta que termina.

—Así que no te los inventaste —enuncia, muy seria—. Y eres Bárbara Rabelin.

Ella asiente.

—Entonces —mastica las palabras, antes de escupirlas— mi hermana murió por tu culpa.

Un asunto en torno al que ella también se ha enredado tantas veces que es capaz de responder sin titubeos.

—No, yo no pedí esto. Si lo piensas, a mí no me beneficia en absoluto; al contrario.

—Pero querías poder hacerlo.

Ante eso no le queda sino callar, consciente de que tiene razón.

—Y debería ponerme contenta de que te haya salido mal —continúa—, pero ni siquiera.

—He aprendido mucho, te lo aseguro. Y te prometo que voy a intentar pararles los pies a cualquier precio.

—Nos ha salido un poquito cara tu lección —la interrumpe.

Es una verdad tan aplastante que no sabe ni cómo defenderse. Tampoco le apetece mucho hacerlo.

—Diez mil euros le dieron a cambio de su vida —sigue—. Diez mil cochinos euros.

Al oírla se da cuenta de que se ha gastado alegremente, como si fuera suyo lo que en rigor pertenece a Juliana..

—Te lo devolveré en cuanto pueda —le da vergüenza hablar de eso en semejante contexto, pero sabe que es importante. Si el dinero no fuera un problema, o una necesidad, ninguna de las dos estaría allí.

—No, qué va a ser mío. Ahora ella eres tú, para algo la has comprado —le escupe con una mezcla de rabia y tristeza—. No quiero nada tuyo. Salvo que nos dejes en paz.

Con mucha dignidad, coge su bolso barato y se levanta. Quiere suplicarle que no se vaya, pero sabe, esta vez con más razón, que carece del derecho a invadir ese espacio de dolor que irradia como un campo minado. Se limita a ponerse en pie, con la cabeza gacha.

—Que tengas mucha suerte —continúa—, que me imagino que la vas a necesitar.

Hay muchas cosas que le gustaría alegar en su defensa, pero su dolor es tan poderoso que lo único que le sale es respetarlo, echarse a un lado y dejarla salir de su vida, con la misma espalda recta y las manos crispadas que exhibía en las pruebas médicas a las que la acompañó. Esta vez intuye que no habrá una nueva oportunidad, ya no.

Al quedarse sola busca las fotos que cogió hace semanas del apartamento de Juliana. Es de lo más extraño sentirse tan unida a alguien a quien nunca conoció. Se pregunta qué clase de persona sería, si se habrían caído bien, cómo habría sido su vida si los hados hubieran estado más de su parte desde el principio mientras contempla ese pedazo de papel que muestra su rostro actual y, a la vez, a alguien que no es ella en absoluto.

La chica de la foto no va a volver, nunca más. Se ha ido para siempre. Y también Mari Jose. Siente como si le arrancaran trozos

del cuerpo a pedazos y teme que, si sigue perdiendo partes de su vida, va a morirse de la puta pena.

***

Aunque no sabe cómo hará para pagarle, ha pedido cita con un abogado de prestigio. Uno distinto del suyo habitual, dado que, por supuesto, está dispuesta a denunciar a Bárbara en primer lugar si es eso lo que le aconseja. Pretende luchar por el derecho a ver a su hijo, a lo que ya intuye que su madre se opondrá con todas sus fuerzas. Desde luego, eso es lo que ella haría, así que… Y quiere conseguir justicia para Mari Jose y Juliana, abrir un debate social y mediático sobre el copiado de cerebros y fomentar la regulación legislativa. Eso para empezar.

—Entiendo, sí. Pero no es tan fácil. Hay que valorarlo bien —le explica el abogado—. Lo más probable es que esto termine por volverse en su contra.

—¿Cómo que en mi contra? —Se remueve, incómoda—. ¿En qué sentido?

Imaginaba que no se lo iban a pintar de color de rosa, pero no contaba con este giro.

—Supongamos que lo que me acaba de contar es verdad…

—Nada de supongamos. Lo es —replica, seca.

Él obvia la interrupción.

—Ellos también contratarán a un abogado, a uno de los buenos. O a varios.

—¿Y? Los hechos son los que son.

—Los hechos son que usted tiene una esquizofrenia diagnosticada, un historial importante de adicciones y que ha vivido varios meses con la identidad de Juliana, asumiéndola como propia. Y ante numerosas personas que pueden atestiguarlo así. En cuanto a la documentación que presenta como prueba principal… —el hombre señala el contrato situado encima de la mesa—, ha sido obtenida de manera fraudulenta, mediante la violación de una

propiedad privada, con el agravante de la premeditación que supone el modo en que obtuvo la llave y el engaño perpetrado.

—Para eso hay explicación… —replica, irritada—. Se lo he contado ya, de hecho.

Durante unos instantes él evalúa lo que le ha revelado. Su respuesta la sorprende.

—Por inverosímil que parezca, me inclino a pensar que está contando la verdad y, lo que es más, que dicha verdad, por disparatada que suene, responde a lo acontecido en la realidad. Créame que de corazón preferiría que no fuera así. —Ella está a punto de argumentar, pero él la detiene—. Sin embargo, para llegar a esta conclusión la he estado escuchando durante un montón de tiempo sin que nadie nos interrumpiese. Esto no ocurre en un juicio, donde, mientras intentamos exponer su versión de los hechos, otras personas contarán la suya, desmontando sus argumentos, matizándolos… y ya le digo que no va a salir muy bien parada. —Él suaviza el tono—. ¿Qué pretende conseguir con la demanda?

—Impedirles que sigan matando a seres humanos, por ejemplo, ¿no le parece suficiente? —responde ella, con los dientes apretados.

—Sin duda, pero la justicia se rige por leyes. No veo muy factible una condena por asesinato si no hay un cadáver y el hecho es que Juliana Rodríguez Rodríguez está ante mí; no sé de qué homicidio les podemos acusar.

—No entiendo.

—Aun en el supuesto de que el juez la crea, no veo claro a qué artículo del Código Penal nos podríamos agarrar en este caso. En el fondo pretende acusarlos de asesinarla a usted misma, que, a todas luces, goza de una salud excelente.

—Usted sabe que eso que dice no responde a la verdad. No es justo.

—No, no lo es. Y si lo que cuenta es cierto, tarde o temprano habrá una ley que regule estas prácticas, pero el caso que, de momento, no existe.

—Iré a los medios de comunicación…

—Imagino que eso será lo más eficaz para promover un cambio legislativo, pero hágase a la idea de que llevará años. Igualmente, podemos darle una vuelta al tema de la demanda. Si logramos plantearlo bien será un caso muy atractivo y tal vez podamos dar con una brecha desde la que defenderlo.

—Lo que más me importa es el tema de mi hijo —aventura ella, insegura—. Es lo único que me interesa.

—De eso olvídese. Dudo mucho, pero mucho muchísimo, que un juez se vaya a pronunciar a su favor en algo relacionado con el menor.

—Me conformo con verlo de vez en cuando…

—¿Y en qué le beneficia eso a él? Eso solo es bueno para usted y los jueces priman siempre el bienestar del niño. Como debe ser, por otra parte.

—Pero soy su madre.

Le tiembla la voz al pronunciarlo. Quizá una abogada la habría entendido mejor, quizá se habría mostrado más empática. Aunque sabe que él está cargado de razón. No quiere aceptarlo, pero lo sabe.

—El menor ya tiene una madre de la que usted, si aceptamos lo que me acaba de contar, es solo una copia. Si a algunos padres biológicos ya les cuesta conseguir la custodia compartida o un régimen amplio de visitas, imagínese.

La rabia le nubla la razón.

—Pero qué me está contando —protesta. Los ojos se le llenan de lágrimas de la frustración que la embarga—. También hay jueces que obligan a los niños a convivir con padres maltratadores. Padres con sentencia firme, padres que a veces matan a sus madres. O que incluso los matan a ellos…

—Son casos excepcionales y no se puede legislar para la rareza, sino para la norma.

—¿Y si hubiera tenido un accidente de tráfico que me hubiera deformado la cara? ¿Tampoco podría seguir siendo su madre?

—Es que él ya tiene madre, Juliana. Eso es así. Usted solo le complicaría la vida y le causaría confusión. Ningún juez va a aceptarlo. Yo no lo haría. Ni siquiera creo que sea capaz de defenderlo.

Las lágrimas le atoran los ojos y la garganta. Debería desaparecer de la vida de todo el mundo y forzarse a olvidar ese pasado que le aseguran que no es suyo, por mucho que su cerebro se empeñe en lo contrario. Aunque, ahora mismo, lo único que quiere es meterse en la cama y llorar. Llorar hasta morirse de la pena.

***

En vez de eso, lo que hace es enviarle un correo a Clara proponiéndole las condiciones para colaborar con ellos, una serie de exigencias que le envía en un archivo adjunto. Es un PDF con un montón de solicitudes de tipo económico, reconocimiento, garantías, etc., algunas razonables y otras más «exóticas», pero también, y sobre todo, que incorpora varios *scripts* que espera que le abrirán el paso a su computadora como si fuera el patio de su casa. Si estuviera en su lugar, jamás se le ocurriría abrir un archivo enviado por una informática más que posiblemente cabreada, pero de sobra sabe lo inconsciente que es la gente en temas de seguridad digital. Confía en que este sea el caso.

Tras un par de minutos, recibe el aviso de que Clara ha leído su correo y, apenas unos segundos más tarde, el de que ha picado y ha abierto el PDF. Frente a ella, una ventanita en blanco y negro le da la bienvenida a su ordenador y, desde él, a muchos y muy interesantes documentos del CIC. Como buena hormiguita que es, se ve que acostumbra a conectarse desde su vivienda al fijo de la oficina y que mantiene la conexión siempre abierta en su equipo. Gracias, amiga, todo un detalle.

Varias horas después la sobresaltan unos golpecitos en la puerta. Está tan concentrada que casi golpea el techo por el susto. Por la ventana se insinúa una tenue luz de amanecer.

—Ave maría purísima —recita una monja pequeñita y arrugada como una pasa—. Es la hora del Ángelus.

Bárbara está a punto de protestar, pero se lo piensa mejor. Además, le asombra la casi perfecta sincronización que han tenido el Ángelus y ella porque le está dando los últimos retoques a su trabajo. Cierra el portátil y, agotada, la sigue hasta la capilla, donde media docena de religiosas se dispone a iniciar el rezo.

Ha dedicado la noche a descargar material que pueda venirle bien para hablar con otro abogado, con los medios de comunicación o para lo que sea que decida hacer en adelante. Ahora sí es cierto lo que le dijo a Clara sobre lo informada que está acerca de sus actividades. Tiene varias ideas respecto de qué hacer con ellos y, de hecho, va rellenando un listado de direcciones de correo electrónico de personas a la que enviárselo, empezando por Mari Jose y terminando por varios especialistas en bioética. El listado consta, por el momento, de unos cuarenta nombres, pero su intención es completarlo hasta llegar a un par de cientos, como mínimo.

Ha conseguido localizar el contrato firmado por Juliana en el que, en efecto, acepta formar parte de un tratamiento experimental para la esquizofrenia. Al igual que el suyo, recoge innumerables posibles efectos secundarios de cuya responsabilidad el Ramón y Cajal queda exonerado por completo, como no podía ser de otro modo. Una de las complicaciones que se contemplan es la muerte del paciente, y en todas y cada una de las páginas aparece recogida la signatura de Juliana, de cuya autenticidad no duda en absoluto. Aun así, le cuesta creer que un simple consentimiento los exima de toda responsabilidad sobre lo acontecido.

Pero no ha dedicado su tiempo solo a conseguir información, sino que ha aprovechado para introducir un virus que se activará en el cumpleaños de Juliana, dentro casi de quince días, en cuanto Clara acceda a la red. En ese preciso instante, el contenido de su equipo quedará encriptado, al igual que ocurrirá con quienes inicien sesión a continuación. Todos y cada uno de los ficheros a los que accedan, ya sea directa o indirectamente, se codificarán, de forma que será

imposible acceder a su contenido, salvo que se utilice un *software* para desencriptarlos con unos códigos que, por supuesto, solo ella conoce.

Al menos tendrá algo con lo que negociar o, a las malas, les complicará la vida a esos hijos de puta. Si sus comentarios sobre la envergadura internacional del proyecto son ciertos, probablemente no les hará más daño que la picadura de mosquito en un elefante. Le da igual. Lo poco que pueda joderlos, bienvenido sea. Ese va a ser en adelante el principal objetivo de su existencia. Se lo debe a Juliana. Y a sí misma, qué carajo.

«Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Amén».

La oración se da por terminada. Y menos mal, porque la come la impaciencia. Una energía electrizante la recorre por dentro. Por fin ha vuelto: es ella otra vez. Original o no, ahora le parece tan solo un matiz, y no demasiado relevante.

***

Al acercarse al edificio en el que ha trabajado durante años, las ganas de huir empiezan a reemplazar la decisión que la ha arrastrado hasta allí. De hecho, se detiene antes de llegar y desde allí saca el teléfono para marcar su propio número. Aunque tal vez debería decir «el de Bárbara». El suyo, el de Julia, ni siquiera se lo ha aprendido todavía. El corazón está a punto de salírsele por la boca mientras escucha el tono de llamada. Su cabeza trabaja a toda velocidad, pensando qué va a decir y cómo, si es que Bárbara responde. Lo hará si insiste lo suficiente, y por eso marca otra vez. A la tercera, el sonido cambia abruptamente: le ha colgado. Abre el WhatsApp y escribe y borra varias veces. Nada le suena razonable al verlo por escrito. Por eso decide atenerse a su idea inicial de abordarla en persona. Al fin y al cabo, para eso ha ido hasta allí.

Se instala en la Manhattan, una cafetería próxima a la que ella acude con frecuencia, y desde cuya terraza puede vigilar la puerta de entrada de la empresa. En algún momento verá entrar o, lo más probable, salir a Bárbara, y entonces la interceptará para explicarle

lo ocurrido. Le da un miedo atroz enfrentarse a sí misma. Por el hecho en sí, lo primero, y también por la incertidumbre sobre cómo va a reaccionar. Probablemente mal en un primer momento, pero espera y confía en que al final encontrará en ella más una aliada que una enemiga. Así debería ser, al menos.

Al entrar, saluda a la camarera —cuyo nombre ignora a pesar de que en su otra vida la veía casi a diario— con una sonrisa que ella misma percibe demasiado intensa y que a la mujer le provoca un leve desconcierto. Al darse cuenta, aparta la vista, incómoda, y ella hace lo propio después de preguntarle qué le sirve. Un americano largo de agua, sin azúcar.

—Pero muy largo —aclara.

Quizá a ella le sorprenda que le haya pedido lo mismo que una de sus clientas habituales o, por el contrario, tal vez su petición sea tan común que no le ha llamado la atención lo más mínimo. Con amargura, recuerda el discurso de Clara sobre el ego y la pretensión de singularidad: todo el mundo quiere sentirse único, pero, en el fondo, la gente es asombrosamente parecida, como si hubiera cuatro o cinco modelos de humanos con ligeras variantes combinables entre sí.

Los minutos pasan, Bárbara no aparece, y ella se pone cada vez más nerviosa. Se aproxima la una del mediodía. Si está dentro, sí o sí ahora saldrá a tomar un pincho rápido, con el portátil, el teléfono y mucha prisa. Pero transcurre más tiempo aún y nadie acude. Se pide otro café, el tercero ya. La camarera la estudia de reojo, tal vez consciente de su párpado izquierdo palpitante a causa de los nervios y el exceso de cafeína. El siguiente lo pedirá descafeinado.

Y entonces, por fin, distingue a Marcos, su asistente personal, que sale del edificio y enfila en dirección contraria a la suya. No es lo que buscaba, pero es mejor que nada.

—Espera, mejor no me lo pongas —le pide a la camarera, que, con el cazo en la mano, la asesina con la mirada—. Cóbramelo igual, claro.

La mujer reacciona con una lentitud exasperante en lo que supone que es su modo de hacerle entender cuánto le ha molestado la contraorden. Pero tiene prisa, así que tira un billete de diez euros sobre el mostrador y sale a toda pastilla, justo a tiempo de ver, a lo lejos, a Marcos convertirse en un puntito diminuto que amenaza con perderse entre la multitud. Corre tras él. Su ayudante camina rápido, pero ella prácticamente vuela, arrollando a los que se interponen en su camino. Grita su nombre cuando ya está a una distancia lo bastante próxima como para que él pueda oírla y lo repite hasta que, por fin, se gira. Al verla, su rostro refleja la misma extrañeza que la camarera, aunque, en este caso, ella cuenta con una estrategia.

—¡Hola, Marcos! ¡Menos mal! ¡Pensé que no te pillaba! —le dice con soltura.

En la mirada de él sigue viéndose un interrogante tamizado por la educación. Él no la identifica —normal, no la ha visto nunca—, pero al menos se ha parado y espera a que llegue a su altura. Lo hace jadeando.

—Te acuerdas de quién soy, ¿no? —Él esboza un gesto de duda—. Alicia. Alicia Méndez. De Dotpuntocom. Nos conocimos en Bruselas, en agosto del año pasado.

Él simula reconocerla. Y porque ella sabe que finge, ya que si no, se lo habría creído. Ha hecho referencia a un congreso al que, en efecto, Marcos y ella fueron juntos el verano anterior y en el que, por supuesto, no se encontraron con «Alicia». Pero Marcos es un profesional como la copa de un pino. Se muere de ganas de abrazarlo. Dios, cuánto lo ha echado de menos a él también.

—Es que me he cortado el pelo —argumenta—. Y llevo un par de tatuajes más.

Marcos profundiza su sonrisa al tiempo que rebusca en su memoria con disimulo. Ella continúa.

—Había quedado con Bárbara hoy en su oficina, pero la he estado llamando y no me lo coge. A lo mejor se ha olvidado.

Marcos duda.

—No me ha dicho nada. No lo tengo agendado.

—¿No? Me sorprende. Lo cerramos hace… —finge echar cálculos— unos quince días.

—¿Para hoy?

—Salvo que me haya equivocado al anotarlo, sí, para hoy a las once.

—No puede ser. Es que no está. Y hace quince días ya lo sabíamos. No entiendo…

—No me fastidies. —Se lleva la mano a la cabeza con un suspiro—. La he estado llamando; supongo que cuando vea las perdidas me dará un toque y ya hablaremos. No sé qué ha podido pasar.

Él frunce el ceño y amaga el gesto de quien afronta una catástrofe inmediata.

—¿Por teléfono?

Ella asiente.

—¿Cuándo? —continúa él, alarmado.

—Hace un par de horas.

—Ups. Es que está en Seattle —anuncia él, sin modificar su expresión de desazón—. La has telefoneado a las… —ella siente un vuelco en el pecho al oírlo. Marcos echa un vistazo rápido a la pantalla de su móvil— dos de la mañana, aproximadamente.

La reacción de él va del agobio a la risa nerviosa. A ella le impacta verlo así de angustiado. Él, siempre tan sereno y eficiente, parece otro. Decide tranquilizarlo.

—Oye, que no es culpa tuya y yo tampoco lo sabía. Eso sí —le muestra su móvil con una mueca culpable—, espero que lo tuviera silenciado porque he insistido tres veces.

Él pone cara de apuro. Ella sigue sin entender, hasta que, de pronto, una luz se enciende en su cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Tiene muy mala leche?

Él levanta las cejas, irónico.

—Pensé que la conocías.

—No sé. A mí me pareció una persona afable, y muy inteligente —responde ella desde el desconcierto.

—Ah, sí. Sin duda es una de las personas más inteligentes que conozco. —A su vez, Marcos ha borrado la mueca de su cara y adoptado un tono totalmente profesional.

El corazón le palpita con fuerza. Se ha cerrado la compuerta que ha entrevisto abierta, pero a cambio le ha permitido atisbar lo suficiente para comprender que Marcos no es, como ella pensaba, un compañero y casi amigo, sino un mero subordinado que, además, la teme. Y ese es un espejo que le revela una cara de sí misma con la que no contaba.

—Bueno, pues nada, esperaré a que me devuelva la llamada.

Se despide mientras trata de ocultar las emociones que se atropellan en su cabeza. Hasta que se da cuenta de que le falta una información fundamental.

—Perdona, ¿qué día me dijiste que volvía?

—La semana que viene estará en la oficina otra vez —le informa él.

Asiente. Quiere irse de allí cuanto antes porque la invade una especie de vergüenza a la que no sabe poner nombre. Le vendría muy bien una cara amiga a la que contarle cómo se siente, junto a la que intentar averiguar por qué esa tontería la ha desestabilizado casi más que todas las cosas terribles que le han pasado estos últimos meses. Pero no tiene a quién acudir.

En cambio, eso sí, hay algo que ahora sabe con certeza, y es que hoy no va a ser Bárbara quien recoja a Mateo a la salida del colegio. Una información que es oro puro.

21

Las siguientes horas las dedica a recorrer la ciudad a buen ritmo, con la pretensión de calmar los nervios, hacer tiempo y aclararse las ideas. Es consciente de que debería comer algo, pero la inquietud no le permite detenerse. Pese a la caminata intensiva, a las cuatro y media sigue bastante lejos del colegio. Le pide a un taxista que la deje en una calle próxima. Se muere de ganas de ver a Mateo; por necesitar, necesitaría abrazarlo, pero, dado que eso está completamente fuera de su alcance, al menos quiere respirar el mismo aire que él respira.

Cuando baja del taxi está lloviendo. No mucho, aunque sí lo suficiente para acelerar el paso de los viandantes. Dado que apenas hay niños por la calle, los coles no deben de haber soltado aún a los pequeños que se amontonan en las aulas. Cerca de la escuela empiezan a proliferar los coches en doble fila y los adultos con paraguas que ocupan la acera, charlando entre ellos, paseando la vista por el vacío o, en la mayor parte de los casos, con la vista fija en el móvil.

Camina esquivándolos, como si fuera a alguna parte, aprovechando la inercia que lleva consigo.

De reojo localiza el coche de David, que también es el suyo. O, mejor dicho, lo era.

Se adentra en un territorio prohibido y eso la tienta a echarse atrás, pero no lo hace. En el interior del vehículo, también él mira, distraído, la pantalla de su teléfono. Da un par de golpes en la ventanilla del copiloto para llamar su atención. No reacciona, así que insiste, más fuerte, hasta que por fin pega un respingo. Al verla, muestra una mezcla de sorpresa y una leve incomodidad. Se le

renuevan las ganas de huir, pero, en vez de eso, sonríe mientras él baja la ventanilla.

—Anda, qué casualidad —suelta ella, con falsa inocencia.

La lluvia le moja el pelo. Él está paralizado por el desconcierto: es evidente que era la última persona a la que esperaba encontrar allí y no sabe cómo reaccionar, hasta que por fin se apresura a inclinarse hacia la puerta del copiloto.

—Vaya sorpresa —dice—. Sube, anda, que te estás mojando.

Ella amaga una leve protesta, pero, de facto, se instala en el asiento vacío, sin darle opción a rectificar.

—Pero ¿De dónde sales? Pensé que no estabas en Madrid —comenta él, todavía perdido.

—Volví anoche. Oye, te voy a mojar el coche…

—No te preocupes. Me alegro un montón de verte. Estaba muy preocupado.

—Ya te dije que no era nada…

—Ya veo. Qué bien. —Se detiene, como si no supiera cómo continuar—. ¿Y qué haces por aquí? Menuda casualidad, ¿no? Yo estoy esperando a Mateo, que sale en breve del cole.

Ella le cuenta que ha ido a visitar a una amiga de la facultad que acaba de tener un bebé. Adorna la historia hasta que está a punto de írsele de las manos. Él sigue muy distraído.

—O sea, que tu hijo va a este cole… No tenía ni idea.

Él asiente.

—A lo mejor he interrumpido algo… —apura ella.

Él sonríe.

—No, perdona, es que acabo de salir del trabajo y todavía me bulle la cabeza. Y, sobre todo, que me has pillado por sorpresa. —Comprueba la hora en el salpicadero—. ¡Ostras! Tengo que ir a buscarlo.

En verdad, faltan cinco minutos para que salga, constata ella, por lo que intuye que lo que a David le incomoda es su presencia allí. Si las circunstancias fueran otras se disculparía al momento y se

evaporaría, pero ha ido a ver a su hijo y lo verá; le importa un bledo lo que opine él.

—¿Vais a casa? —le pregunta—. Iba a coger el metro, pero, con la que está cayendo, a lo mejor no os importa acercarme.

—Claro, te llevamos nosotros. ¿Esperas aquí y así me vigilas el coche mientras? Dejo las llaves puestas por si alguno de estos necesita salir.

Hay un abismo entre la fría cortesía de ahora y la intensidad de su última llamada. O se le ha despertado el rencor por su esquivez, o no le ha hecho ni pizca de gracia encontrarla allí. Lo más probable es que sea una mezcla de ambas.

Lo ve alejarse bajo la lluvia, protegido por un paraguas plegable de color negro. Le habría encantado traerle a Mateo el avión que le ha comprado, pero no habría sido fácil explicarlo. Se interroga sobre cómo la hará quedar este movimiento ante un juez si finalmente consigue denunciar. ¿Será un agravante o un atenuante? «Estaba dispuesta a lo que hiciera falta, señor juez». ¿Incluso a mentir y a manipular? Sí, claro que sí. Por supuesto, faltaría más.

Mientras espera a que vuelvan, revisa la propuesta de contrato que Clara le ha enviado por correo. Concreta que le pagarán trescientos mil euros —cincuenta mil al mes— por colaborar con el proyecto de investigación durante medio año. Una cantidad tan alta como para que, llegado el caso, le sirva prueba, a pesar de que, como es obvio, no especifica nada ilegal. Recoge un calendario de pagos, así como la cláusula de que, si le ocurriera algo durante el proceso que le impidiera completarlo, la cantidad restante se le ingresaría a sus herederos. Al menos si, como ella teme, lo que pretenden es hacerla desaparecer, Mari Jose y su hija tendrán a cambio un futuro mejor. Se lo merecen. O, mejor dicho, se lo merecerían si de verdad estuviera dispuesta a aceptar, que no es el caso.

Sabe que eso sería lo correcto. Ella no debería existir: tendría que quitarse del medio y, ya puestos, al menos hacerlo de forma que sea útil para alguien. Eso sí, le jode ayudar a Clara a conseguir un

avance decisivo, si bien tampoco consigue olvidar lo que le dijo de que, con o sin ella, el proyecto continuará.

La mujer ha acompañado el contrato de un texto en el que la urge a dar señales de vida y a iniciar ya el proceso. Evidencia así no solo que se está impacientando, sino, también, que desconocen su paradero. Aunque tal vez ahora sí lo sepan. Estudia con desconfianza sus alrededores antes de hundirse en el asiento. Si quieren encontrarla, su hijo es la primera persona a quien vigilar. Pero está más que dispuesta a asumir el riesgo.

Al subirse al coche, el niño le dedica una mirada seria y desconfiada, que le parte el alma. Ha crecido mucho. Por un momento, lo siente casi como un extraño, lo mismo que es ella para él. Como si esos meses separados hubieran abierto una brecha insalvable, como si ya no hablara su idioma ni reconociera esos ojos y esa piel que, desde que nació, ha sido como una extensión de sí misma.

Por suerte, al rato, esa sensación empieza a esfumarse mientras parlotea, nerviosa. Quiere saber si se acuerda de ella, si sus zapatillas siguen siendo rapidísimas, si le han regalado algún avión nuevo. Él contesta con entusiasmo. Atento al volante, su padre aprieta levemente la mandíbula. Decide proponer un juego, el favorito del niño.

—¿Sabes jugar a adivinar el personaje? ¿Con preguntas de sí o no?

—No sabes lo que has hecho —le advierte David.

Lo sabe de sobra. Mateo es capaz de jugar a eso durante horas, y resulta complicado convencerlo para que pare. Por eso mismo lo ha propuesto.

—Empiezo yo —propone él, entusiasmado.

Juegan varias rondas antes de llegar a su calle. Al verla, el niño protesta, ruidoso.

—¡No! ¡¡Ven a casa y seguimos jugando!!

Antes de que pueda aceptar, David se le adelanta.

—De eso nada, no seas pesado; Julia tendrá cosas que hacer…

Y entonces, como un mazazo, comprende qué es lo que le pasa y por qué está tan raro. No quiere mezclarla con su hijo. Tiene sentido. No desea juntar con su familia legítima a la que sin duda ve todavía como potencial amante. Ese descubrimiento la corroe por dentro. Si por un momento valoró trabajarse la relación con él como una posibilidad remota de recuperar a su pequeño, ahora le resulta evidente que para él ella no pasa de ser un juego clandestino, una chispa de emoción a espaldas de una vida que quizá no lo llene del todo, pero a la que no piensa renunciar. A la desesperada, hace como que no se entera.

—No, es que no tengo nada importante, así que por mí encantada.

Él aplaude, feliz, y a ella el corazón se le sale del pecho.

—Vaya, pero no puede ser —contraataca David—, ¿no te acuerdas de que vas a merendar con Yago?

Le cuesta ocultar la rabia. Yago es un vecino del mismo edificio al que recurren *in extremis* cuando necesitan dejarlo con alguien y se les han acabado las opciones. Ese desgraciado le está robando un tiempo precioso para dárselo a una persona a quien no le importa mucho ni poco. Lo peor es que Mateo recibe con complacencia el plan alternativo.

—Bueno, pues otro día terminamos la partida —replica, intentando ocultar su frustración—. Vaya paliza que me has dado, ¿eh?

Él sonríe y, al hacerlo, revela una boca tan llena de agujeros como su corazón ahora mismo. Se le han caído más dientes desde la última vez que lo vio. Se muere de ganas de gritar.

—¿Nos vemos mañana? —le pregunta a David. Al día siguiente es viernes y los viernes normalmente ensayan.

—Hemos suspendido el ensayo —responde él, cariacontecido—. Como no contestaste, creíamos que no estabas. Y además me toca quedarme con él.

—Pues que venga, como la otra vez.

—Imposible. Tengo un lío de narices. De hecho, me lo llevaré al trabajo. Me han programado dos operaciones después de la comida y no tengo con quién dejarlo.

A David no le gusta nada llevárselo al trabajo. No es lugar para un niño, rebate siempre que ella lo sugiere. Y de ese modo la puerta que acababa de cerrarse se abre de nuevo, mucho más luminosa aún que antes. Se apresura a aprovechar la oportunidad.

—Puedo quedarme yo con él. Los planes que tenía acaban de caerse… —suelta, con una mirada cómplice.

Y ahí está. David duda y es Mateo quien aprovecha la vacilación.

—¡Yupi! Así acabamos la partida.

—Si tu padre nos da permiso, podemos ir a comer un helado. Hay una heladería cerca de El Retiro que me encanta.

—¿En serio? ¡¡Es mi favorita!!

—¿Sí? Qué casualidad. La mía también. —Se pone seria para intercambiar con el padre un amago de disculpa—. Bueno, si te parece bien a ti. A lo mejor te apetecía que te acompañara al trabajo.

Desde el asiento de atrás, el niño encadena varios «porfas» en un tono tan simpático que consigue arrancarle una sonrisa a su padre.

—Luego te llamo y lo hablamos —le dice él, sin dejar de sonreír.

Ella le guiña un ojo a Mateo, quien, a su vez, cierra los dos con mucha energía. «Al menos aún no ha aprendido a guiñar los ojos», piensa, aliviada. No quiere perderse ni un segundo más de su vida, ni uno solo de sus aprendizajes, ni un fogonazo de su existencia. No quiere que se le caigan más dientes sin que ella está delante. No le da la gana.

Pero, cuando el coche se aleja llevándoselos a ambos, se queda a solas con la demoledora verdad. En el caso de que nada se tuerza y consiga la tarde de mañana, ha comprendido que no será fácil que haya otras como esa. Le cuesta respirar.

Duda antes de subir a su casa. Quizá debería volver donde las monjas y seguir instalada en la prudencia que ha presidido esos días, pero tampoco quiere. Quizá, en el fondo solo busca provocar

que todo acabe de una vez. Antes de subir decide darse una vuelta por un parque cercano y llamar a Clara, que se alegra un montón al recibir su llamada, y más cuando le explica que va a aceptar su oferta. Empezarán el lunes, según pactan. Esta vez lo dice creyendo que es verdad. No ve muchas más salidas.

—¿Dónde estás? —pregunta la mujer. Seguramente no se fía y quiere amarrar su colaboración por la vía que haga falta. Se la imagina con las orejas levantadas, como un perro avistando a su presa. Pero ella no va a dejarse atrapar: va a disfrutar de su momento con su hijo sea como sea.

—Me he venido al campo —miente.

Confía en que por el micrófono solo se cuelen los pajaritos y no las voces humanas ni los coches. Ha buscado un sitio lo suficientemente aislado, pero, por si acaso, intentará abreviar la conversación en lo posible.

—Bárbara…

Oírse llamar por su antiguo nombre le impresiona. Titubea.

—Casi prefiero que me llames Julia —aclara. Tampoco está muy segura de si es así. Lo único cierto es que ya no sabe quién es. Una, ninguna o cien mil.

—Has tomado la decisión correcta. Entiendo que no quieras pensar en el futuro, pero te garantizo que lo hay y que es mucho más halagüeño de lo que te imaginas.

—Ojalá no te equivoques.

Y ojalá pudiera creerla, piensa. Pero no, no hay ningún futuro. Ella es un ratón de laboratorio, metida en un laberinto sin salida. Y es bien sabido cuál es el destino de las cobayas.

En su apartamento todo está tal y como lo dejó. Incluso demasiado, según comprueba con disgusto al abrir el cubo de basura. La nevera alberga unos cuantos cadáveres de verduras.

Dedica un rato a limpiar y a adecentar su casa, sin dejar de vigilar el teléfono, esperando con ansia las llamadas tanto de David como de Bárbara, que confía en que, en algún momento, se las devolverá. Se instala con un yogur delante de su portátil. Ya son las doce del

mediodía en Seattle, comprueba. Casi mejor. Ya no está segura de querer hablar con ella, no al menos hasta después de la jornada de mañana. Entonces, ya verá.

Decide trabajar para entretener la espera, mientras ordena la documentación de que dispone y completa la lista de personas a las que se la enviará. Haga lo que haga con Clara, esa parte de su plan sigue inamovible. Sin embargo, su cabeza está embotada y se distrae con facilidad. Cada poco, compulsivamente, actualiza la ventana de WhatsApp, a la espera de un mensaje de David que no acaba de llegar. También se demora descargando fotos de Mateo, que mira y remira una y otra vez. Frente a ella, en su mesa, está el avión que espera poder regalarle al día siguiente.

Él no llama hasta las diez y media de la noche. Algo en su voz la inquieta, pero hace como si nada.

—Al final, he conseguido convencer a la canguro de que se quede con mi hijo. Siento avisarte tan tarde, pero no he podido antes.

No puede ser. Esto no puede estar pasando. No puede hacerle eso. No tiene derecho. No.

—Pero si a mí no me importa —dice, luchando por ocultar su malestar—. De hecho, me apetecía un montón y él parecía contento con la idea.

—Es mejor así.

—No entiendo. ¿Por qué?

El silencio al otro lado de la línea parece que no va a acabar nunca.

—Es difícil de explicar.

Su manera de hablar resulta extraña, lenta y pastosa. Tanto que termina por preguntarle si se encuentra bien.

—Sí, estoy bien. Ah, y he hablado con los chicos y al final sí que ensayamos, espero que puedas venir. Estoy deseando que escuches la canción de la que te hablé, ¿te acuerdas?

¿Canción? ¿Qué canción? ¿De qué mierda le habla ahora?

—Mira, de hecho te la voy a mandar —continúa él, como si nada—. La acabo de grabar, a ver qué opinas. Estoy deseando que

llegue mañana.

Ella también estaba deseando que llegase mañana, pero, de repente, todo se ha venido abajo, por su culpa. Querría gritarle, aunque debe aparentar normalidad.

Con desgana, abre el vídeo que le acaba de enviar. Entonces se da cuenta de que lo que le pasa es que está borracho. Bastante, además. Y la canción, como se temía, es una declaración de amor en toda regla que le provoca una mezcla de pudor y rabia. Las rimas son patéticas. Al menos hacen juego con él.

No quiere que pase la tarde con el niño porque no quiere que le hable de ella a su madre. Tiene otros planes, claro. Se lo imagina en la cocina bebiéndose otro whisky, inquieto, preguntándose si ella responderá y cómo al mensaje que acaba de enviarle disfrazado de canción. ¿Cuántas veces habrá hecho eso antes? La indignación la abrasa por dentro. No va a quedarse sin ver a su hijo porque él esté planeando una infidelidad sin huellas. Lo escucha con los dientes apretados: lo que para él es el pistoletazo de salida para una historia de «amor», para ella es la prueba definitiva de que debería haberse divorciado hace años. Y en ese instante, con una lucidez cruel, comprende que acercarse a él solo la alejará aún más de Mateo. Ese camino está cerrado.

Por lo pronto, se cobra la pequeña venganza de guardar silencio sobre el vídeo. Que se cocine en su jugo alcoholizado.

Esa noche sueña con que una corriente de agua arrastra a Mateo y lo aleja a velocidad de vértigo, río abajo. Ella lo ve, impotente, incapaz de moverse. El sueño se convierte en una especie de bucle, y, una y otra vez, vuelven al punto de partida. Lo peor es cuando los dedos del niño se escurren de los suyos. Porque todas y cada una de las veces ella sabe que no puede hacer nada para evitarlo. En el sueño, su rostro es el de Bárbara. Al darse cuenta, se enfada como nunca.

22

A esas horas, David está en el trabajo, Mateo en clase y la asistenta ya se ha ido, pero, aun así, llama al timbre para asegurarse de que no hay nadie. Debe darse prisa. Tres pisos más arriba se escucha la aspiradora del portero y lo último que quiere es que la descubra. El corazón le late con violencia.

Espera durante lo que parecen varias vidas hasta que, por fin, decide entrar. Recorre la vivienda con sigilo para comprobar que, en efecto, no hay nadie, antes de lanzarse a por el ordenador de David, al que, a diferencia del de Bárbara, no ha logrado acceder en remoto. Más que nada porque lo usa lo justo, y algo menos.

Con alivio comprueba que conserva la contraseña de siempre y que tiene abierta las sesiones tanto de WhatsApp como de Telegram. La suerte la acompaña, se dice, queriendo interpretarlo como una señal.

Ahora que es casi una experta en el funcionamiento del cerebro, sabe que la idea de despertarse con la solución de un problema no es un mito, sino que cuenta con una base científica sólida. La historia está poblada de ejemplos: el químico Friedrich August Kekulé encontró durmiendo la solución al problema de la estructura química del benceno, Mary Shelley soñó con Frankenstein, y Stevenson, con el doctor Jekyll y Mr. Hyde, mientras que, por lo visto, Paul McCartney amaneció tarareando «Yesterday» y no fue capaz de sacársela de la cabeza hasta que la convirtió en una de las canciones más exitosas de todos los tiempos.

En la fase REM, el cerebro trabaja intensamente, pero algunas áreas, como el córtex prefrontal dorsolateral, apenas registran actividad. Es decir, se activa una forma de pensamiento distinta a la de la vigilia en la que nuestra mente, entre otras muchas tareas,

trabaja para resolver los problemas que nos preocupan, explorando caminos distintos a los que establece la lógica diurna.

Gracias a lo cual, ella se ha despertado sabiendo no solo qué hacer para ver a Mateo, sino asimismo con la certeza de que, en lugar de aceptar esa especie de suicidio planeado, lo que debe hacer es huir con él. No sabe adónde, aunque, puestos a soñar, le gustaría terminar en Jamaica, el lugar al que siempre quiso ir Juliana y donde no existe tratado de extradición con España, según acaba de comprobar.

Si se queda, la eliminarán como un borrón en un dictado. El abogado se lo ha dejado bastante claro: ella es una anomalía, una aberración, alguien que no debería existir. Al poderoso instinto de supervivencia se suma que, por primera vez, entiende lo que es prescindible en su vida y lo frágiles que eran los cimientos en los que había decidido asentarla. Sin duda, tal y como le indicó Mari Jose, es una lección con un precio demasiado alto, aunque ella no eligió pasar por esto. Culpas aparte, ha ocurrido. Y no puede obviarlo.

Cierto es que podría limitarse a escapar, y confiar en que terminasen por dejarla en paz si ella, a su vez, los deja en paz. A Clara no le falta razón: con ese cuerpo ha rejuvenecido diez años. Dispone de una vida entera para empezar de nuevo, tener otra pareja, más hijos e incluso una nueva carrera profesional. Pero no soporta la idea de imaginar al suyo, al que ya tiene, creciendo sin ella, con una madre que es y a la vez no es. Con la cómplice de esa aberración, una mujer que vive instalada en una mentira egoísta y cuyo único objetivo en la vida es mantener su propio bienestar. No quiere que se convierta en David ni en Bárbara. No, si puede evitarlo.

Nadie va a quererlo más que ella, sobre todo ahora que ha vivido el drama de perderlo. Pero si ella misma ha visto a «la otra» sin hacerle puto caso, tan ocupada con sus mierdas… Por supuesto, no dejan de resonarle las palabras del abogado: lo mejor para él es quedarse con su madre y la vida que conoce. Eso piensa él, sí, pero ha obviado que ella también es su madre. Y la víctima de ese

disparate. Ya se encargará de educarlo de forma que sea él quien elija escapar de un mundo de mentiras.

No se engaña respecto al egoísmo que subyace a su discurso. Es consciente de que, por encima, está que no concibe seguir viviendo sin él, sabiendo que crece en otro lado, lejos de su mirada y de su amor. Quizá no tenga derecho a elegir por él y para él una vida de fugitivo, pero esta ventana de oportunidad no se va a repetir. No puede dilapidarla en darle vueltas. Ya lo hará cuando estén lejos y a salvo. Si se arrepiente, siempre cabe echarse atrás y devolverlo. Ahora tiene que intentarlo, no le queda otra.

Lo primero que ha hecho, nada más despertar, ha sido clonar las voces de David y de Bárbara en una web de inteligencia artificial. Ha utilizado los audios que le ha enviado él por WhatsApp para alimentar a la IA con las 25 muestras que necesita. El resultado es asombroso, tanto que incluso ella es incapaz de distinguirlo del original.

En el caso de ella, recurre a una conferencia subida en YouTube. Trocea el archivo en los veinticinco fragmentos que la aplicación le exige y, *voilà;* si no fuera porque el tiempo apremia, podría pasar un rato entretenido jugando a las películas con esos dos. No deja de ser ligeramente poético que la mujer clonada vaya a burlarlos utilizando herramientas informáticas de copiado. Un mundo duro este que se avecina.

«Lía, al final lo he arreglado. No hace falta que vengas hoy».

Le provoca escalofríos escuchar la voz de David recitando lo que acaba de escribir, un mensaje de audio que envía desde su cuenta de WhatsApp y que borra tan pronto como ve el doble *check* de enviado. Lía responde casi al momento. «Ah, qué bien. La verdad es que me venía fatal».

A Lía siempre le viene mal, y, al contrario de como suele verlo, hoy se lo agradece de corazón.

Tras eliminar su mensaje va a la caja fuerte, de la que se lleva el dinero. Añade un par de relojes carísimos, así como algunas joyas que ella jamás usa. Supone que no le darán demasiado por ellas,

pero todo suma. Por último, se agencia el libro de familia, el pasaporte del niño y una mochila que llena con varias prendas de él. Trata de elegir las menos llamativas: camisetas básicas y zapatillas blancas… El objetivo es no llamar la atención.

Antes de salir, pega la oreja a la puerta. La aspiradora se escucha a lo lejos y por la mirilla no ve a nadie. Veloz como el viento, aprovecha para huir con su botín.

***

Faltan tres horas para que salga de clase. Desde un Starbucks, aprovecha la espera para comprobar qué aviones despegan hoy. Su plan de ir a Jamaica es muy romántico, pero de entrada un tanto inviable. Quedará para más adelante.

Cuenta con el DNI del niño, su pasaporte, el libro de familia y, por supuesto, una autorización «firmada» por su madre. Ha estado indagando en la *dark web* lo difícil que es conseguir documentación falsa: semeja mucho más sencillo de lo que debería. Lo malo es que no llega a tiempo de gestionarlo ahora; por otro lado, ella ha viajado muchas veces con él sin que le hayan pedido demasiadas explicaciones. Eso sí, le inquieta cómo va a reaccionar el niño, si querrá subirse a un avión con ella, si colaborará o se lo pondrá difícil.

Sale del colegio a las cinco y diez, como muy tarde. A las 19:35 hay un vuelo para Hassi Messaoud, según comprueba. Argelia. No le convence, pero de entrada se perfila como la mejor alternativa. A las 20:51 habrán llegado a su destino. Con un poco de suerte, a esa hora David estará saliendo de la clínica. Le jode dejar tanto margen al error o a la improvisación, pero es lo que hay.

***

Al verla, le dedica una sonrisa luminosa que le calienta el corazón. Tiene que enseñarle su DNI a la tutora, pero entre el saludo del crío y que el centro ha recibido un mail de su padre anunciando que irá

ella a buscarlo, el trámite no dura más que unos segundos. Vaya diferencia con lo que vivió allí mismo unos meses antes.

—Papá dijo que iba a venir Lía. —Su tono deja claro que el cambio no le parece mal.

—Uy, pues hay un montón de novedades más.

—¿Entonces no vamos a ir a comer helado? —replica él, decepcionado.

—Claro que sí. ¿Quién ha dicho lo contrario?

Le compra uno industrial en una tienda cercana, el más grande. Después se sientan en un banco de un parque en el que solo ve a un par de chicos con el uniforme del colegio, ya un poco mayorcitos, que supone que, como ella misma, se habrán desplazado hasta allí en busca de cierta privacidad. Esos no cree que vayan a importunarlos.

—¿Está alguno de tus amigos por aquí? —pregunta, por si acaso.

Él niega, saboreando su helado gigantesco.

—Vaya —responde ella como si fuera una mala noticia. En verdad respira, aliviada. Necesita convencerlo de que se suba a un avión con ella y no quiere testigos ni interrupciones—. Pues tengo otra sorpresa para ti.

A él se le redondean los ojos por la curiosidad.

—Resulta que tu papá ha tenido que irse unos días fuera por una cosa de trabajo, ¿sabes?, por eso al final he venido yo.

—Mamá está de viaje, pero va a volver hoy.

Lo mira preocupada. No esperaba esa respuesta.

—¿Sí? No, creo que era mañana… En cualquier caso, ha habido un problema. Su avión no ha podido despegar.

—¿No? —responde, compungido.

Finge una sonrisa: le está resultando más duro de lo que esperaba.

—No, pero a cambio tengo una buena noticia. Una buenísima. ¡Vamos a ir juntos a verla!

—¿No está muy lejos? Ha ido en avión.

—También se puede ir en avión a sitios que no están tan lejos… Además, tu mamá me ha dicho que está viendo cosas muy bonitas que seguro que te gustan. Hay un *aquapark* enorme, por ejemplo.

—¿Tú conoces a mi mamá?

—Mucho. Casi desde que nacimos.

—¿Sí? —El tono del niño transmite su ilusión, junto con un atisbo de desconfianza—. Creía que eras amiga de papá.

—Sí, pero lo soy más de tu madre.

Como ya había previsto esto, reproduce uno de los audios que ha preparado con la voz de Bárbara, presuntamente dirigido a Julia, en el que le agradece que acompañe a su hijo en el viaje. «Estoy deseando verlo». Al oírla, se le enciende la cara de tal forma que hace que casi se sienta tentada a echarse atrás.

—¡Yo también tengo ganas de verte, mami! —responde al teléfono, con toda su inocencia.

—Es un audio, cariño. Es que ahora es de noche en el sitio donde está, por eso no podemos hablar con ella.

La naturalidad con que reacciona a la explicación deja claro que eso ya lo ha oído antes.

—Por cierto, tengo una cosa para ti.

Saca el avión de juguete de su mochila y, esta vez sí, a él se le encienden los ojos.

—Espero que este no lo tengas también.

El niño niega, mientras lo contempla embelesado.

—Vamos a ir en uno aún más bonito que ese, ¿te apetece?

Mateo asiente, ya plenamente confiado.

—Pues entonces tenemos que darnos prisa.

Lo coge de la mano, apretando con fuerza: no quiere volver a perderlo. No tardan más de veinte minutos en llegar en taxi al aeropuerto. Pasa los billetes electrónicos por el lector automático, que les franquea el paso sin problemas. Ha comprado un vuelo de ida y vuelta, para siete días. El segundo no piensa usarlo.

Después, pone sus cosas en la cinta de seguridad del control que también, para su alivio, pasan sin mayores dificultades. Pero una vez

dentro comprende que el aeropuerto, plagado de cámaras y controles, quizá sea el peor lugar del mundo para desaparecer. Aunque ya es tarde para arrepentirse, así que confía en que esta vez la suerte la ayude un poco. El karma se lo debe.

Pasan quince minutos de las seis. El embarque está previsto en menos de una hora, y les falta cruzar el último control, el de pasaportes. Al revisar su móvil, constata que no hay mensajes ni llamadas, lo cual sin duda es buena señal.

Van a una cafetería, donde él elige un *muffin* enorme de chocolate y ella añade una mandarina, una manera ridícula de rebajar el nivel de mala madre que está alcanzando en las últimas horas.

—Cómete primero la fruta —le dice.

Él aplaude, feliz.

—Me encantan las mandarinas. Soy el monstruo de la fruta.

—Ya, pero prefieres la magdalena, ¿a qué sí?

Él sonríe travieso. El *muffin* y la mandarina le cuestan una pequeña fortuna, como es típico de los aeropuertos. Mientras él da cuenta del pastel, Bárbara se dirige a una pantalla próxima para verificar la puerta de embarque. Al girarse, ve que ha desaparecido. Su corazón se acelera. Está a punto de echar a correr, a lo loco, cuando se da cuenta de que está justo a su lado, estudiando la misma pantalla. Se agacha para abrazarlo, nerviosa.

—¿Está ahí el vuelo que nos va a llevar junto a mamá? —pregunta el niño.

De nuevo se le encoge el corazón. Espera ser capaz de explicárselo algún día y que entonces él pueda entenderla y perdonarla. Aunque sospecha que será un tema difícil de roer en el futuro.

Se acercan a uno de los grandes ventanales desde el que contemplar los aviones. Mateo pega las manos manchadas de chocolate al cristal, absorto en esos grandes pájaros de acero. Ella lo estudia, pensativa. No puede dejar de cuestionarse si lo que hace está bien, si tiene derecho. Tal vez está volviendo a pecar de la

misma arrogancia que ha presidido su vida hasta ahora, la misma que las ha puesto a ambas en esa situación, dando por hecho que el futuro que va a ofrecerle es mejor que el que lo obliga a abandonar.

Nunca podrán vivir tranquilos en ningún sitio, siempre con temor a que los localicen. O, se contraargumenta, tal vez sí. Hay gente que un día se esfuma y de la que nunca se vuelve a saber nada. Es de suponer que es así porque precisamente han logrado tener éxito en su escapada.

Y, como si fuera una respuesta a sus pensamientos, justo en ese momento su móvil empieza a vibrarle en el bolsillo. Lo saca con miedo, temiendo que se trate de David, que se ha enterado ya de que se ha llevado a su hijo. Sería de lo más normal que hubiese fallado algo en un plan tan lleno de agujeros.

Sin embargo, lo que en su lugar encuentra en la pantalla, es un teléfono que no está en su agenda, pero que reconoce a la primera. Bárbara. Instintivamente otea a todas partes con un pánico paranoico, convencida de que está ahí y de que puede verla. Se obliga a tranquilizarse. Simplemente, se dice, le está devolviendo la llamada que le hizo ayer; si no le coge el teléfono, muy probablemente no insistirá. Es tan fácil como ignorarla y el problema se resolverá solo.

Pero en la ecuación falta Mateo, tan pequeño e inocente, parado a su lado, a punto de dejar su vida atrás. Quizá, quién sabe, podría reconducir las cosas, o al menos intentarlo. Se lo debe.

—¿Quieres que compremos un cuento para el viaje? —le propone.

A él se le ilumina la cara.

Mientras se acercan a la librería, el teléfono le quema en la mano hasta el punto de que se siente tentada a tirarlo. Al entrar, sus ojos se posan en un ejemplar con una portada llamativa. «Esto lo mantendrá ocupado», piensa, y rápidamente se lo da.

Después busca a su alrededor un rincón tranquilo donde instalarlo y mantenerlo a la vista mientras devuelve la llamada. Lo acomoda en uno de los extremos más alejados de la terminal. Antes de alejarse, amaga una caricia que no se atreve a consumar.

—No te muevas de aquí, enseguida vuelvo —suplica, rozándole el pelo con la mano.

Se aleja lo suficiente para tener privacidad, aunque sin perderlo de vista ni un instante. Al teclear el número de Bárbara, siente una punzada en el estómago que se intensifica cuando, casi sin sonar, se corta el tono para dar paso a una voz de sobra conocida.

—Hola. ¿Sí? ¿Quién eres?

23

—Soy Julia —responde, tras unos segundos de duda.

La pregunta banal con que Bárbara ha abierto la conversación no puede dar más en el clavo.

—¿Julia? —repite, del otro lado del teléfono, desconcertada—. No caigo ahora.

—La nueva cantante del grupo de David.

—Ah, es que así de entrada… —Bárbara se detiene de golpe—. ¿Ha pasado algo? ¿Le ha ocurrido algo a David?

—No, no, tranquila. Él está bien.

—Ah, vale. —De nuevo el silencio es más largo de lo debido y claramente la otra espera que lo rellene con una explicación del porqué de su llamada, pero no encuentra las palabras para arrancar—. Estoy en Seattle, no sé si lo sabes.

—Sí, lo sé.

—Ah. Es que tenía varias llamadas perdidas. Eran tuyas, ¿verdad?

—Sí, te llamé yo.

—Mira, disculpa, pero me estoy poniendo nerviosa. ¿Puedes explicarme por qué me llamas? ¿Seguro que no le ha pasado nada a David? ¿Estás con él?

Ella traga saliva y, por fin, se lanza.

—No estoy con él. Te llamo por otra cosa. No tiene relación con David, sino con nosotras. ¿Te acuerdas del día en que una mujer intentó llevarse a Mateo del colegio diciendo que eras tú?

Debe ser rápida y acertar o perderá la oportunidad de sacar algo en limpio de esa llamada.

—Pues era yo. Pero escúchame, por favor. No es lo que crees. Es mucho más grave y tiene que ver con el Ramón y Cajal.

—¿Quién has dicho que eres? —La tensión en la voz de Bárbara es notoria. Quizá después de todo, esa no haya sido una buena idea.

—Has estado yendo allí —continúa ella— una vez cada seis meses. Con la doctora Clara Riquelme.

Bingo. La perplejidad ha congelado a su interlocutora. Lo percibe incluso sin verla.

—Según su versión, aún no saben poner esos *backups* en ningún organismo vivo. Te ha contado que ha habido algunos experimentos exitosos en ordenadores y también que está segura de que en el futuro lo lograrán.

—No sé quién eres —responde, firme—, pero voy a llamar a la policía. ¿Dónde está mi marido?

—Pero esa no es toda la verdad —sigue obviando la interrupción—. Sí que saben. Y yo soy la prueba. Pregúntame lo que quieras. Por ejemplo, usas el nombre del perro de tu vecina en las preguntas de seguridad en internet porque nunca tuviste una mascota propia. Y ahora te sabe fatal no comprarle una a Mateo, aunque no se lo dices a nadie, claro. Ni a David, por si acaso.

El silencio es masticable. Le está prestando atención real, por lo que se esfuerza en encontrar las palabras adecuadas.

—¿Sigo? Puedo contarte muchas cosas que nunca le has revelado a nadie, las que quieras. Pregúntame y así sabrás que no lo he preparado. Si tú te acuerdas yo me acordaré. Cualquier cosa, salvo lo relacionado con el copiado de cerebros; eso lo han borrado.

Bárbara titubea del otro lado.

—No sé si han eliminado algo más, claro —añade—. Pregúntame y lo sabremos.

Como su interlocutora no reacciona, ella decide seguir.

—A los ocho años dijiste que habías perdido un anillo en el patio de la iglesia, un domingo, pero fuiste tú quien lo tiró.

El silencio del otro lado de la línea le hace temer que la otra haya colgado.

—¿Sigues ahí? ¿Hola?

—Sí, sigo aquí. Continúa.

—En el pequeño jardín de la parroquia… Según sales de la puerta principal, a la… —hace ademán de situarse en el espacio mientras entrecierra los ojos para recordar— a la izquierda. No estoy segura de si había una puerta del otro lado…

— Yo tampoco —contesta la otra, atónita.

—… pero juraría que sí —dicen las dos, casi al unísono.

Ella sigue.

—Era una mañana de sol. Llevabas una falda de color azul marino, de una tela un poco basta, unos zapatos también azules y unos calcetines blancos, de ganchillo. Del resto no me acuerdo.

—Ni yo —continúa Bárbara, pensativa—. Bueno, sí, las bragas…

—También ganchillo. Las odiaba. Las odiabas. Tiré… tiraste el anillo en un desagüe redondo, cerca de la entrada. Los parterres tenían flores, rosas concretamente.

—No puede ser. —Bárbara está horrorizada—. ¿Cómo puedes saber todo eso?

—Creo que te lo imaginas…

—¿En serio pretendes que crea que tú eres yo?

—Exacto.

—Pero ¿cómo? Es un disparate; esto no puede ser.

—Borran el recuerdo del proceso de copiado, así que no lo sé. Un día me desperté sin la menor idea de qué me había pasado; creí que estaba loca. Mis recuerdos y mi identidad son los tuyos, pero mi cuerpo no. Es otro, totalmente distinto. Se llama…, se llamaba Juliana. Yo no entendía nada. He ido descubriéndolo paso a paso. Espera, no cuelgues.

Desde el móvil, copia el enlace a la carpeta con los documentos que ha ido descargando en la última semana y lo envía al correo de Bárbara. A lo lejos, Mateo, muy tranquilo, pasa absorto las páginas de su libro. Si no se da prisa, lo terminará antes que ella la conversación.

—Abre tu correo. He conseguido acceder a los archivos del Ramón y Cajal. Lo que te acabo de enviar es suficiente para

demostrar lo que te he contado, ante un juez, incluso. Si tú me ayudas, claro.

—Estás hablando en serio —replica.

—Sí, estoy hablando en serio. He ido a un abogado y no lo ve fácil. Al no existir legislación al respecto, será complicado encontrar un delito del que acusarlos, pero si vamos juntas será distinto.

—Un segundo. Estoy viendo lo que me has enviado. —Tras unos instantes, la otra Bárbara sofoca un grito—. Pero esto… ¿Esto es en serio?

—Eso me temo.

—Vale, pues sí. Los denunciaré —anuncia—. Se les va a caer el pelo.

Ella experimenta un enorme alivio al oír eso. La ha escuchado y la va a ayudar. Tal vez también consigan alcanzar algún tipo de solución que le permita pasar tiempo con su hijo. Quizá, quién sabe, incluso en el futuro pueda instalarse con ellos, ayudar con su crianza.…

—Pero no entiendo una cosa. —Bárbara la saca de su ensoñación—. Cuando hemos empezado a hablar me has dicho que eras Julia, la cantante del grupo. Eso no es verdad, ¿no?

Traga saliva. Es consciente de que esta parte es difícil de explicar.

—Sí, sí que lo es.

Es mucha información para asimilarla de repente, pero es ágil y no tarda en comprender lo ocurrido. Cuando habla su voz ha adquirido una vibración metálica.

—Has mentido, entonces. Y te has acercado a mi marido con engaños… ¿Te has liado con él?

—No, no nos hemos liado.

Pero Bárbara está furiosa y no la deja hablar.

—¿Qué quieres? ¿Qué estás tramando? ¿Por qué no me has contado nada de esto antes? ¿Estás intentando quitármelo? ¿Es eso?

—En rigor, no es tuyo y nadie puede quitarte lo que no te pertenece; pero no, no es mi intención. Puedes estar tranquila.

—¡¿Tranquila?!

—Sí, tranquila. Y ya puestas, te diré que tengo la impresión de que por su parte no es la primera vez. Has pecado de inocencia, sospecho.

Tan pronto lo verbaliza, ella misma comprende que hay algo más.

—O de soberbia.

—No vuelvas a acercarte a él. —Está rabiosa—. Ni a él ni a mi hijo. Mantente lejos de mi familia.

—O si no ¿qué?

Sabe lo que piensa tan bien como ella, claro. Lo que piensa es: «O te mataré, no sé cómo, pero te mataré, acabaré contigo, te destruiré hasta que no quede nada de ti». Que lo intente, a ver si puede.

—¿Sabes qué? Cuando se lo arrebatas todo a alguien lo vuelves invencible —le dice—. Yo no tengo nada que perder.

—¿Por qué me has llamado? ¿Qué quieres?

Guarda silencio, mientras busca cómo explicar que lo único que pretende es no estar sola en esto. Y que se haga cargo.

—Lo que ha pasado es culpa tuya; estaría bien que me ayudaras a encontrar una solución mejor.

—¿Culpa mía? —La rabia de Bárbara da pavor—. ¿Culpa mía que me hayan clonado y aparezca una tiparraca diciendo que soy yo y que amenaza con arrebatarme mi vida? Es lo que me faltaba por oír, vamos.

Al escucharla se percata de lo antipática que es. Lo cruel y pagada de sí misma que resulta en su convencimiento de que el mundo le pertenece, de que la razón siempre está de su lado, de que quien se oponga a su voluntad no merece sino la muerte. No puede evitar recordar la reacción de Marcos al hablar de ella. Sí, por fin detecta su egoísmo, su agresividad y su absoluta falta de empatía. No quiere ser ella. No quiere serlo más.

Después de todo, sin pretenderlo, le ha hecho un regalo.

—Aléjate de mi vida —continúa—. Voy a denunciar al centro y quiero que esto… que esto termine. Que lo arreglen.

Se calla que *eso* que tan alegremente llama *su vida* es también la suya. Ella preferiría no existir de este modo, no «haberse hecho realidad», pero nadie le ha preguntado. Eso sí, ahora que ha quemado todas las naves y está en plena tormenta en alta mar, tiene al menos la certeza que le faltaba. Sin añadir nada, cuelga el teléfono y sonríe, poniendo su alma en que no se le noten su turbación y malestar. Antes de volver con su hijo, saca la tarjeta del móvil y la tira a un cubo de basura cercano.

—Caramba, casi te lo has acabado —observa.

—Es muy divertido, sobre un perro que quiere ser bailarín de *ballet.*

—Suena genial. Luego me lo explicas, ¿vale? Tenemos que irnos.

Su siguiente barrera, y la prueba de fuego, es el control de pasaportes. Si logran atravesarlo serán libres, pero, si no, la aventura se acabará ahí.

La cola es interminable y el control va exasperantemente lento. Ella sostiene en una mano el libro de familia, los pasaportes y la tarjeta de embarque. Con la otra aprieta la mano de Mateo. Sus nervios se disparan con la espera.

La zona está llena de policías. Demasiados. No suele haber tantos. Claro que, normalmente, para ella no representan, como ahora, una amenaza y por eso ni se fija en cuántos son ni en si van o vienen.

Intenta ponerse en el lugar de Bárbara: ¿qué habría hecho ella tras una llamada como la suya? Lo primero, contactar con David, claro. Se maldice por haber tirado la tarjeta del móvil y, por otro lado, se felicita por no llevar encima un localizador que, por otra parte, sigue a escasos metros, señalando como un cartel de neón gigante sus intenciones de escapar en un avión. Y si Bárbara lo ha llamado, es más que posible que a esta hora ya sepan que ha huido con su hijo. Su sudor es tan frío que le provoca temblores.

«Piensa, piensa, piensa», se urge.

Siempre ha tenido una cabeza rápida, pero en este momento es como si hubiera dejado de funcionar. Su cerebro se ha quedado

atrapado en las señales de peligro que la rodean y lo cierto es que no puede haber más. Debe encontrar una solución. Y ha de ser ya.

La cola avanza a oleadas. Toca moverse y, mientras lo hacen, intuye que cada paso que da la acerca irremisiblemente al fin de este intervalo tan breve en el que ha podido soñar una nueva vida con su hijo. Y ante eso solo hay una solución posible: huir.

Coge a Mateo de la mano y sale de la fila, nerviosa.

—¿Qué pasa? —pregunta Mateo, angustiado—. ¿Ya no vamos a ir a ver a mamá?

—Sí, claro, pero hay un problema con el avión, cielo. Tenemos un poco de prisa, luego te lo explico.

Al menos, su hijo le está poniendo las cosas fáciles. Quizá si tuviera a Bárbara delante, a estas alturas le estaría montando un pollo descomunal, pero los críos se portan mejor con quien tienen menos confianza. Por otro lado, se ve que no ha hecho del todo bien la parte esa de educarlo para no irse nunca con extraños. Menos mal.

Le lleva apenas un par de minutos localizar a un agente de seguridad ante una pequeña puerta de salida.

—Espera aquí, cariño. Necesito hablar con ese señor.

Le cuenta que acaba de recibir una noticia terrible: el padre del niño ha tenido un accidente y está en el hospital, a punto de ser operado de urgencia, debatiéndose entre la vida y la muerte. Ellos iban a ver a la abuela; quién se lo iba a imaginar. Necesita salir de allí de inmediato y no quiere que el niño se entere todavía de lo ocurrido.

Está tan nerviosa que le falta poco para echarse a llorar de verdad. A él se lo ve incómodo.

—Claro —le dice mientas señala la puerta—. No necesitaba darme tantas explicaciones… Por esta salida van a dar directos a llegadas de la T4.

Ella se maldice. Espera que el numerito no la haya hecho especialmente recordable. La angustia la sensación de estar

cometiendo un error tras otro. Cada vez está más segura de que eso no va a salir bien. Aun así, llama a Mateo, que se acerca corriendo.

—¿Adónde vamos? —pregunta él.

—A coger un bus. Se ha estropeado el avión —improvisa.

En algún momento habrá de construir una historia coherente que le permita eludir sus interrogatorios. Pero no ahora. No, ahora no.

La cola de los taxis es larga, aunque va a toda pastilla. El taxista que les toca tiene ganas de conversación, así que no se conforma con saber el destino de la carrera.

—Así que ahora al autobús, ¿eh? Vaya tute… ¿Y adónde van? —pregunta.

—A Valencia —replica, casi sin pensar.

—Valencia, qué bonito es Valencia. Quién pudiera.

Mientras sortea el tráfico vespertino, parlotea sobre la pésima organización del aeropuerto, el desastre que son los políticos, el caos del tráfico en la ciudad, el calor… Lo de siempre, vaya. La cantinela ejerce de nana. Se pregunta adónde los llevará el destino, a ella y a su hijo, que, agotado, se ha quedado medio dormido en su regazo.

Porque obviamente, a Valencia no va. Su idea es subirse al primer autobús en el que pueda pagar en metálico, no importa a dónde. A partir de ahí serán Alicia y Mateo. Se quitará las lentillas, se dejará crecer el pelo y buscará el modo de borrar cuanto antes los tatuajes de *henna* que la hacen tan visible y comprobará si, como desea, en la sociedad de la tecnología es todavía posible esfumarse sin dejar rastro.

Ignora qué viene a continuación. Ella, que hasta hace un año tenía una vida sin el menor espacio para las sorpresas, se enfrenta a todas las incógnitas imaginables.

No sabe dónde vivirán ni de qué trabajará, cómo se llamarán las amigas que no ha hecho ni tampoco si alguna vez tendrá pareja de nuevo. Nunca podrá abrirse una cuenta en redes sociales ni permitirse destacar en nada. Vivirá una vida silenciosa y pequeña,

en la que pasar desapercibida, por la que ella y su hijo puedan existir, aunque a hurtadillas. Algún día lo entenderá. O eso espera.

Ahora tanta incertidumbre y tanta libertad la abruman. No está segura de poder digerirlas, pero, mientras lo piensa y se imagina cruzando España con Mateo, siente, por primera vez desde que es capaz de recordar, que tal vez por fin pueda dejar de ser la esclava de su propia vida.

EPÍLOGO

El rastro de Mateo y su secuestradora se perdió para siempre en el aeropuerto. Las cámaras de seguridad recogieron su paso por la terminal, pero su salida no quedó registrada en ninguna parte. Si alguna cámara la recogió, no lograron dar con ella.

Los medios construyeron un relato cuya truculencia fue tal que Bárbara y David no lograron sobrevivir a él como pareja, y acabó abocándolos al divorcio pocos meses más tarde. La prensa explotó con detalle la íntima relación entre el marido y la raptora, así como el trastorno psiquiátrico que la había llevado a obsesionarse con Bárbara Rabelin. Él aparecía como víctima de una mujer desequilibrada y drogadicta a la que convirtieron en la más pura encarnación del mal. No les resultó difícil.

A Mari Jose la invitaron a un programa de televisión, en el que intentó defender la maltrecha imagen de su hermana, pero los periodistas se le echaron encima de tal forma que a duras penas consiguió articular dos palabras seguidas. Aunque la hubieran dejado hablar, tampoco tenía muy claro qué decir ni cómo explicarse. La experiencia fue tan dura que no le quedaron ganas de volver. Al menos le pagaron bien.

Si ya tenían a su malvada de libro, los medios comprendieron pronto también que Bárbara era la víctima/heroína que necesitaban. La retrataron como una madre abnegada y una profesional brillante, golpeada por la fatalidad de un marido infiel y una desequilibrada adicta a las drogas.

La noticia se convirtió en *trending topic* y en protagonista absoluta durante semanas. Después cayó abruptamente en el olvido. En sus escasas intervenciones públicas, Bárbara siempre afirmó que

nunca dejaría de buscar a su hijo. Un año más tarde, si lo hizo o no ya no le importaba a nadie en absoluto.

Por supuesto, desde el primer momento le contó a David lo que «Julia» le reveló antes de su desaparición, pero él se negó a creerlo con una terquedad digna de estudio. Y eso a pesar de la abrumadora documentación que le plantó delante de las narices y de que sabía de sobra que ella había estado sometiéndose a esos *replicados de conectoma* —ambos se resistían a llamar a las cosas por su nombre—. De ahí a aceptar que pudieran colocarse en otro cuerpo o que eso hubiera ocurrido con alguien con quien él se relacionaba de forma tan cercana, mediaba un salto que no estaba dispuesto a dar. Cada vez que ella sacaba el tema para enfocar la búsqueda desde ahí, él simplemente se negaba a escucharla y, con frecuencia, terminaba por largase pegando un portazo, que acallaba cualquier intento de Bárbara de hacerle entrar en razón.

En la primera marejada habían logrado mantenerse unidos. Sin embargo, a medida que pasaban los meses, comenzaron a culparse mutuamente del secuestro de Mateo y a reprocharse tanto lo que se les ocurría a ellos por sí solos como las municiones adicionales que los medios de comunicación les fueron proporcionando. Comenzó así una batalla cruenta y despiadada, tras la que concluyeron que era mucho mejor que cada uno siguiera por su lado.

A pesar de que abandonó la casa conyugal afirmando que su vida acababa ahí y que nunca se iba a reponer de ese cúmulo de desgracias, dos meses más tarde ya se había echado una novia; una extranjera bastante guapa, con la que se le veía de lo más animado. Por su parte, ella dedicó la energía que antes depositaba en su trabajo en intentar encontrar alguna pista de los fugitivos. Al menos contaba para ello con la ayuda de Clara, que no solo la creía, sino que tenía tanto interés o más que ella en encontrarlos. Aparte de los recursos tradicionales, utilizaron todo tipo de técnicas relacionadas con el funcionamiento del cerebro, aprovechando el hecho de que Bárbara y Julia eran, en esencia, la misma persona. Mediante hipnosis y ejercicios mentales para potenciar el subconsciente,

exploraron todas las propuestas de destino e identidades alternativas que se le pasaron a Bárbara por la cabeza. Claro que a ella le faltaban los meses de experiencias vividas por la otra en el cuerpo de Juliana.

Si en algún momento Bárbara pudo haber valorado la posibilidad de responsabilizar a Clara y su investigación de aquel, llamémoslo, despropósito, semejante idea quedó por completo anulada en virtud de esa alianza, del hecho de que fuera la única que la creía y por la amistad que fueron forjando a partir de esos vínculos.

Bárbara había resultado, además, de gran ayuda para solucionar el problema informático que su *alter ego* provocó antes de irse. Conocía perfectamente el origen del virus y, tras algunos intentos fallidos, logró dar con la contraseña para desencriptar los archivos. Le resultó de lo más inquietante cobrar consciencia de una manera tan explícita de su conexión indisoluble con la persona a la que más odiaba en el mundo.

El empecinamiento de Bárbara por encontrar a su hijo y a su captora la llevó a un extremo tal que llegó el día en que en su empresa, considerando que su actitud superaba el límite de lo razonable, le hizo notar que, o bien volvía a los niveles de productividad de antaño, o, quizá, sería bueno considerar alternativas. Que se planteaban echarla, vaya, aunque tampoco lo iban a enunciar así de claro: si aquello se convertía en un despido improcedente, tendrían que soltarle un auténtico capital.

En su lugar, le ofrecieron un cambio de destino, que ella, tras pensárselo brevemente, aceptó de buen grado. Por entonces ya había perdido por completo la esperanza de dar con la raptora de su hijo y pensó que no le vendría mal cambiar de aires. Se trasladaría a una filial de la empresa en Colombia, lejos de la vigilancia de los medios de comunicación y de la popularidad indeseada. En una nueva vida, vaya. Justo lo que tanto necesitaba.

***

Por su parte, Mateo y Alicia vagaron por distintos lugares por toda Europa y el norte de África durante casi tres años, hasta dar con una pequeña isla en Turquía, en la que ella consideró que se hallaban lo suficientemente a salvo como para abandonar la vida errante que habían llevado tras salir de España. Decidió su recorrido con criterios completamente azarosos. En general, ante dos alternativas escogía la que le resultaba menos apetecible, consciente como era de que la persona más interesada en encontrarla tenía su misma forma de pensar. Por eso se esforzó en ser lo menos ella que pudiera. Y se ve que lo hizo bastante bien.

Por su parte, también le costó media vida dejar atrás la obsesión de rastrear a Clara, Bárbara y el Ramón y Cajal. Se dio cuenta de que habían sorteado el encriptado de los archivos con asombrosa facilidad y también comprobó que su intento de escandalizar al mundo científico con sus correos resultó ser un fracaso estrepitoso. La mayoría rebotaron o acabaron en carpetas de *spam.* Algunos respondieron con educada incredulidad, otros con amenazas veladas de demandas por difamación. Hubo quien le pidió más datos, pero ella ya no podía proporcionarlos sin exponerse. Un par de publicaciones siguió el hilo de su denuncia e incluso lo vincularon por escrito con su desaparición, pero sonaba tan fantasioso y peliculero que ningún medio serio se hizo eco del asunto y al final todo cayó tan en el olvido como lo hizo el rapto de Mateo. De hecho, incluso un poco más.

Finalmente, terminó por comprender y aceptar que el silencio era su única y mejor protección. No hay peor ciego que el que no quiere ver, y estaba claro que, por mucho que se desgañitase, no iba a conseguir gran cosa. La puntada definitiva se la dio enterarse de la concesión del Premio Nacional de Investigación Científica a Clara Riquelme. Con el corazón en un puño vio su discurso de aceptación en YouTube. Tenía razón. Tanto ella como su proyecto eran imparables, por lo menos con respecto a ella, una auténtica hormiga en ese océano de despropósitos. A su lado tenía la razón más poderosa para dejar aquello atrás: no se había llevado a Mateo para

ponerlo de nuevo por detrás de sus obsesiones. Esta vez lo haría mejor.

Han pasado cinco años desde que echaron raíces en ese lugar que huele a higos maduros y a sal. Es un enclave al margen de las principales rutas turísticas, al que apenas acceden en verano algunos barcos que sueltan a los excursionistas durante cincuenta minutos escasos. Lo suficiente para visitar las tumbas sumergidas, echar un vistazo a las ruinas del castillo y gastar algo de dinero en los helados y la artesanía local que los habitantes del lugar venden durante los meses estivales. Porque en invierno la vida es más tranquila, si cabe. Y el paisaje, de lo más hermoso, aunque a veces el tiempo pasa muy despacio. Demasiado incluso.

Alicia vive de escribir artículos para diversas publicaciones en línea y de la economía de trueque que mantiene con sus vecinos: ella los ayuda con sus variados e interminables problemas tecnológicos y ellos a cambio le dan huevos, higos y otros manjares. A sus catorce años, Mateo es un chico guapo y dulce que lee mucho y maneja con soltura diversos tipos de embarcaciones. Al principio preguntaba todo el rato por sus padres. Ella se vio obligada a enhebrar un relato enrevesado y de final dramático, que hace más difícil aún explicarle esa verdad que no le ha contado todavía. Alguna vez insiste en saber por qué no han vuelto a España, pero con el paso del tiempo empieza a quedarle tan lejos que lo sitúa al mismo nivel de los relatos que lee, los que le cuenta Alicia o los mitos y leyendas de la isla en la que habitan. Si alguna vez echa de menos la vida que tuvo antes, no lo dice y, desde luego, parece feliz con la que tiene ahora.

En cuanto a ella, también afirma ser feliz y así se siente la mayor parte del tiempo, aunque no logra quitarse de encima el temor a que algún día los descubran. Lo que más le preocupa es que Mateo llegue a enterarse de lo ocurrido y cómo reaccionará al saberlo: no quiere volver a perderlo, bajo ningún concepto, y teme que eso es lo que sucederá si descubre por qué han acabado allí y las mentiras sobre las que se cimienta su presente.

A cambio, en ese lugar nadie los interroga ya por su relación, ella tan morena y él tan rubio, ni por dónde están sus verdaderos padres. Se han acostumbrado a ellos. Han normalizado también que él la llame Alicia mientras ella se refiere a él como su hijo. Y sin duda lo trata como tal. Y es que la costumbre termina por deglutirlo todo, lo propio y lo extraño. Si todos intuyeron desde el principio que había una tragedia oculta tras su hosquedad y sus silencios, ese misterio ya no le interesa a nadie. A nadie, salvo a la que, para sus adentros, sigue siendo Bárbara, que prácticamente todas las noches sueña con distintas versiones de una película que vio de pequeña o, al menos eso explica por la mañana. *La invasión de los ladrones de cuerpos,* aclara cada vez que Mateo le pregunta por el título de esa cinta que tanto vuelve a su imaginario. Ante lo que él siempre responde con el mismo chiste.

—Te entendí *La invasión de los ladrones de puercos* —se ríe, como el niño que todavía es, no por mucho tiempo—. Que no me digas que no suena mucho mejor.

Ella calla lo cerca que están sus pesadillas de la realidad, de una historia que, aunque a medida que pasan los años, empieza a sonarle a mentira, en verdad les ocurrió a ambos. De la que los dos son víctimas y sobre la que le debe una explicación que en algún momento habrá de darle. Cuando llegue la hora, se dice para tranquilizarse. Pero en el fondo sabe mejor que nadie que el tiempo agiganta incluso los secretos pequeños. Qué decir de los que, como ese, son tan enormes que no caben en una vida.

***

En el otro extremo del mundo, Bárbara se despierta de la siesta, sudorosa y desorientada. A pesar de los meses que lleva allí, no ha conseguido acostumbrarse al clima de Colombia y eso que en su chalé cuenta con los mejores equipos de aire acondicionado, que mantienen la temperatura constante en veinte grados. Sin embargo, debe apagarlo para dormir, ya que le provoca una horrible sinusitis. Por eso, a menudo, es el calor lo que la despierta de la siesta y no

las pesadillas, que ha ido consiguiendo mantener a raya a fuerza de hipnóticos. Así y todo, a veces la asaltan, feroces; tan potentes que le cuesta deshacerse del malestar, que resuena como un eco durante varios días, y convierten el calor pegajoso en un chiste de mal gusto.

Hoy ha dormido sin sueños o al menos se ha despertado sin recordarlos. Se lava la cara y se dirige al salón, desde donde el sonido de un videojuego atruena la vivienda.

En el sofá, un niño moreno y guapo, de unos diez años, maneja el mando muy concentrado.

—Mateo —le advierte ella, con la voz estrangulada por el sueño—. ¡Mateo!

El crío apenas gira la cabeza, enganchado a la pantalla. Sus dedos aprietan los botones con urgencia.

—Ahora no, ma. Estoy a punto de pasarme este nivel.

—Pero ¿cuánto llevas jugando?

—Muy poco… ¡Mierda!

El sonido del videojuego y la interjección del niño indican que acaba de perder una vida en la partida.

—Ese lenguaje… —le reprocha ella.

El juego comienza de nuevo.

—¡Pero si te dije que pararas!

Esta vez el niño obedece y empieza a guardar la consola de mala gana. Bárbara lo observa mientras lo hace.

Está creciendo sano y fuerte y, desde luego, se le ve feliz, aunque algún día la historia de su «hermano» desaparecido terminará por salpicarle y entonces formulará cuestiones a las que no será fácil contestar. Casi a diario valora si debería anticiparse y contarle la verdad, pero no sabe cómo empezar, especialmente porque Mateo, que no es tonto, acabará por querer saber de dónde proviene su cuerpo. Y eso sí que no ve modo de explicarlo. Sospecha que él no será capaz de entender el dolor que la llevó a tomar una decisión tan dura. Teme su reacción y no quiere perderlo. Otra vez no.

El «tránsito», como lo denominó Clara, fue difícil. Los primeros días el niño estaba desconcertado por su nuevo color de piel y por la

imagen que le devolvía el espejo, tan distinta de la que esperaba. Pero se fue acostumbrando.

Los recuerdos conscientes comienzan a fraguarse a partir de los tres y cuatro años, así que con los menos de seis que tenía la última copia de Mateo, quizá no tenía demasiado sentido insistir en preservarlo. Fue la propia Clara quien intentó convencerla de que adoptar a otro niño podría tener más sentido porque, además, estaban en una fase demasiado experimental y al haber perdido a Bárbara/Juliana ignoraban los riesgos futuros de la transferencia. Sin embargo, ella se negó a escucharla, acogiéndose a los estudios que demuestran que los primeros meses son esenciales en la formación de la personalidad. Pero, sobre todo, rechazaba de plano considerar cualquier alternativa que implicase renunciar a su hijo, fuese cual fuese su apariencia y tuviera el coste que tuviera.

Parte del precio, sin duda, había sido su matrimonio, que, por otra parte, seguramente estaba condenado en cualquier caso.

Desde el principio, David se mostró muy hostil a los copiados y cuando perdieron a su hijo se negó a escuchar cualquier cosa que tuviera que ver con el asunto. No solo no quería creer que Julia era una copia de Bárbara, sino que cuando ella le recordó que contaban con varios *backups* del cerebro de Mateo y que debían decidir qué hacer con esos datos, se puso como un auténtico demente. Semejante reacción contribuyó a ahondar en el sentimiento de culpa de ella hasta extremos difícilmente soportables. Pero con el paso del tiempo y algo de terapia, aprendió a asumir lo irremediable y, en cambio, empezó a alegrarse de no haber pedido permiso para llevar a su hijo con ella a alguna sesión de vez en cuando. Y es que siempre le había dado pánico la idea de perderlo, una intuición que en cierto modo terminó por convertirse en una suerte de autoprofecía. Pero para la que finalmente, y bien mirado, al menos había solución. No óptima, desde luego, pero era mejor que nada.

Clara, a su vez, opinaba que había cumplido con su deber aconsejándola de ese modo, aunque en el fondo estaba tan deseosa

como ella de volver a experimentar una transferencia que, encima, en ese caso sí que podría estudiar con todo lujo de detalles.

Así pudieron constatar algo que los análisis psicológicos previos ya anunciaban: la aceptación de un cambio tan radical de la propia imagen es un proceso impactante al principio, pero viable a largo plazo. No es sorprendente, considerando, por ejemplo, lo rápido que el cerebro humano se adapta a las transformaciones causadas por cirugías estéticas, incluso las más extremas. Después de todo, uno no se pasa el día mirándose en el espejo, por lo que la conciencia de la propia imagen es más escurridiza de lo que parece.

La parte más complicada fue encontrar un cuerpo en el que «colocar» el cerebro de Mateo. A los involucrados les quedó claro que, si en el futuro querían avanzar en esa dirección, debían buscar estrategias que no implicaran un coste tan alto. Cierto es que también se mostraban de acuerdo en que se trataba de un caso especial que justificaba que hicieran la vista gorda, al menos una vez y, aunque solo fuese en consideración a lo que había sufrido esa madre. Tanto, que ninguno de ellos se atrevía siquiera a imaginarlo.

AGRADECIMIENTOS

El camino para llegar hasta aquí ha sido largo y habría sido del todo imposible sin la intervención directa de todas las personas a las que voy a citar y, por supuesto, sin la indirecta de muchas más a las que no puedo mencionar porque exigiría la vida de demasiados árboles.

La idea de esta novela empezó a tomar forma allá por 2015, un día en que mi hijo Teo me barrió con la mirada en la puerta del colegio. En su despiste está la semilla de esta historia. Mucho más tarde, su hermano Óscar la leyó y opinó varias veces, como ha hecho con casi todas las versiones de lo que escribo. Tiene mérito, porque os aseguro que son muchas.

En las primeras fases conté con la inestimable ayuda de Beto Marini y con el apoyo total de Ana Miragaya y Antonio Sanjuán, que apostaron por *Extraña* cuando aún estaba lejos de titularse así y ocupaba poco más de un par de páginas. Fue por culpa —supongo que ahora debo decir gracias— de Santi Baró que lo que iba a ser un guion se convirtió en una novela. Y que María Ruiz tuviera la feliz idea de crear su refugio para escritores en Belmonte me permitió encontrar el lugar y el tiempo propicios para acabarla. Ella y su marido fueron tan primeros lectores, que se iban leyendo el borrador a medida que yo daba por terminados los capítulos. Sus ánimos fueron tan fundamentales como la *vibra* de aquella casa.

No puedo olvidarme de mis amigos y protolectores oficiales: Cristina Iglesias, Elisa Vecino, Joselo Gegunde y Olaia Sendón. Menos mal que estáis siempre ahí. A José Pedreira «Wicho» le debo (además del descubrimiento de internet, hace muchos años) la confianza para escribir sobre temas científicos que tanto me fascinan, pero en los que me siento una intrusa. Y a Héber

Fernández, gracias por sus atinados comentarios y por haberse alegrado conmigo de la inminente publicación de este libro.

No sé si todos los escritores son unos ladrones, pero, desde luego, ese sí es mi caso. No recuerdo los latrocinios cometidos en esta novela, pero gracias a que la vida me llevó hace poco a reencontrarme con Rocío González, soy consciente de por qué Juliana es, como ella, de Corral de Almaguer. Y es que Rocío y yo compartíamos un piso en la calle Ramón Gómez de la Serna, donde vive Juliana, no por casualidad, aunque nuestro piso era bastante más acogedor y, sin duda, mucho más divertido.

La hospitalidad de Silvia Cossío me permitió ubicar la casa de Bárbara en la suya. Y gracias a que Lucía Saro me citó en esa misma plaza que llevaba meses habitando en la ficción, le hablé de la novela. Se desató así un maravilloso tejido de causas y azares por los que esta obra acabó llegando a Pablo Álvarez, que me acogió en la familia de Editabundo, de lo que no puedo estar más feliz. Él y su equipo, David de Alba, María Ángeles Aparicio y María Ridao, han hecho un trabajo maravilloso desde el primer momento, gracias al cual la novela ha conseguido ver la luz en una editorial como AdN. Nunca podré agradecerle lo suficiente a Fernando Paz que haya decidido apostar por ella. Gracias también a Laura González y Víctor Cendra, cuyas sugerencias de edición han ayudado a mejorar el texto.

Y, sobre todo, gracias a los lectores y a los que compran, recomiendan y regalan libros. Sin vosotros, nada de esto tendría sentido.

ÍNDICE

Parte I: Bárbara

Intermedio. David

Parte II. Julia

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Edición en formato digital: febrero de 2026

Diseño de cubierta: Compañía

© Olga Osorio, 2026
Autora representada por EDITABUNDO, S.L., Agencia Literaria.
© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 979-13-87596-32-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.